ACANTILADO

Joseph Roth

Años de hotel

Postales de la Europa de entreguerras

SELECCIÓN DE
MICHAEL HOFMANN

TRADUCCIÓN DE
MIGUEL SÁENZ

AÑOS DE HOTEL

POSTALES DE LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

JOSEPH ROTH

SELECCIÓN DE MICHAEL HOFMANN
TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE MIGUEL SÁENZ

ACANTILADO
BARCELONA 2020

TÍTULO ORIGINAL *The Hotel Years*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 − 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

de los textos en alemán © by Verlag Allert de Lange, Ámsterdam,
Países Bajos, y Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH
& Co. KG, Colonia, Alemania
de la selección © 2015 by Michael Hofmann
© de la traducción, 2020 by Miguel Sáenz Sagaseta de Ilúrdoz
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-49-0

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
marzo de 2020

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet —, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos

LA EUROPA DE ENTREGUERRAS
NORUEGA
SUECIA
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
MAR DEL NORTE
MAR BÁLTICO
DINAMARCA
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
RUSIA ORIENTAL
URSS
POLONIA
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
ALEMANIA
OCÉANO ATLÁNTICO
FRANCIA
SUIZA
CHECOSLOVAQUIA
AUSTRIA
HUNGRÍA
RUMANÍA
ITALIA
YUGOSLAVIA
BULGARIA
MAR NEGRO
PORTUGAL
ESPAÑA
ALBANIA
GRECIA
TURQUÍA
MAR MEDITERRÁNEO

«ENVOI»

1

ALGUIEN LEE UN PERIÓDICO

El rostro de quien lee un periódico tiene una expresión seria, que unas veces se endurece hasta resultar sombría y otras se disuelve en una sonrisa. Mientras los ojos, cuyas pupilas se ven bulbosas tras los redondos cristales de las gafas, se deslizan lentamente de izquierda a derecha, los soñadores dedos del lector de periódicos se deslizan por la marmórea arenisca de la mesa del café, con un tecleteo silencioso y mudo que parece una especie de lamentación, como si las yemas buscasen invisibles migas dispersas para apropiárselas con rapidez.

El lector de periódicos lleva una barba bien recortada, cuadrada y larga, que le oculta el suplemento cultural cuando lee las noticias políticas. Bajo la barba reluce una corbata violeta, ancha, cuyo nudo no puedo ver, salvo cuando el lector de periódicos se acaricia la nuez.

Pero sí puedo ver lo que el lector de periódicos está leyendo: noticias sensacionalistas de Budapest, con llamativos titulares. Se presentan de forma espaciosa, invitadora, francamente apetecible, formando compactos párrafos, cada uno de ellos precedido por otro titulillo atractivo. Como todas las noticias, se ofrecen antes de que sea posible leerlas por extenso, y prometen más de lo que terminan dando.

Sólo se las puede calificar de sensacionalistas. Hablan de billetes falsos pero no lo cuentan todo. Son escrupulosamente detalladas, pero se reservan algunos detalles. Describen la

personalidad del falsificador, pero no desvelan su nombre. Hablan de «personas que ocupan altos cargos», pero no es posible leer cuán altos son ni dónde están. Sin embargo, precisamente lo que no se dice resulta estimulante. Las lagunas de las noticias son lo que más interesa. ¿Qué le pasa al lector de periódicos? ¿Cómo reacciona a lo que no sabe? ¿Se alegra de las falsificaciones, le indignan o también él es de Budapest? Sin duda pertenece a la gran muchedumbre de los moralmente afectados, a los que toda falsificación ajena sume en una indignación prestada. Todos los fusibles que ardían lentamente alcanzan el punto en que provocan una explosión. ¡Imperceptible, por supuesto! ¡Sin efectos palpables! Es una explosión contenida en ella misma, una implosión más bien…

En cualquier caso, es evidente que las noticias provocan un efecto en la delicada alma del lector, aunque él crea que provoca algún efecto en las noticias. Si no llevara esas grandes gafas, casi parecería que es el periódico el que lo lee. Tal vez cree que su fantasía completa lo que las noticias le cuentan a medias. Pero son esas noticias especiales las que juegan con su fantasía. Le ha encantado un inquisitivo artículo de fondo, en el que todo resulta tan luminoso que no puede menos que sentirse deslumbrado. Así que el lector se levanta ahora iluminado, más sabio y viejo, enriquecido por la experiencia. Alisa con la mano izquierda las ondas que hayan podido aparecer en su barba y se quita las gafas (por un instante, tiene ojos de ratoncito tímido). Luego abre el ataúd negro de otro estuche, se pone unas mundanas gafas oscuras y sale a la calle convenientemente protegido…

El suplemento cultural sigue escondido. Se lo deja a caracteres menos viriles que él.

Pero si un día, tranquilamente, leyera esto, aburrido y en silencio, tampoco le gustaría. Porque no escribo como a él le gusta.

Frankfurter Zeitung, 11 de enero de 1926

PRIMERA PARTE

ALEMANIA

2

DE PERROS Y HOMBRES

Hace unos días, a las muchas escenas callejeras de la miseria de la guerra en Viena ha venido a añadirse otra:

Un hombre al que la guerra ha convertido en una escuadra rectangular—inválido, con la columna vertebral destrozada—se mueve de forma casi inexplicable por la Kärntnerstraße, vendiendo periódicos. Sobre su espalda rota, paralela a la acera, se sienta… un perro.

Es un perro inteligente y bien adiestrado, que cabalga sobre su amo y cuida de que no se le pierda ningún periódico. Una criatura de un moderno cuento de hadas: una combinación de perro y hombre, creada por la guerra y puesta por la miseria de los inválidos en el mundo de la Kärtnerstraße.

Pero es también un signo de los nuevos tiempos, en que perros cabalgan sobre hombres para protegerlos de otros hombres. Una reminiscencia de aquellos grandes tiempos en que se adiestraba a los hombres como perros y, con una simpática combinación de conceptos, los llamaban «perros cerdos»—u otras cosas parecidas —quienes eran perros sabuesos (aunque más valía no llamarlos así).

Una consecuencia del patriotismo, que hacía depender la imagen erguida de Dios de los cuadrúpedos, desprovistos de la capacidad moral que permite convertirse en héroe o en carne de cañón, y a los que como mucho podía destinarse a servicios sanitarios. En el pecho del inválido se balancea una condecoración

de las tropas del emperador Carlos. Del cuello del perro cuelga una placa.

Todo el que tiene la condecoración de las tropas del emperador Carlos es una víctima. Quien tiene la placa perruna es alguien que actúa. Protege del dolor al inválido. Le *evita* daños. La patria y sus compañeros sólo podían *causarle* daños. A ellos tiene que agradecerles que sea el perro quien lo guarde. ¡Oh, signo de los tiempos! Antes había perros pastores que cuidaban rebaños de ovejas, perros guardianes que vigilaban las casas. Hoy hay perros lazarillos que tienen que cuidar de los inválidos, perros lazarillos que son la consecuencia lógica de los hombres perros. La imagen tiene para mí la fuerza de una revelación: un perro sentado sobre un hombre. Siempre que éste recuerda lo que ocurrió cuando confiaba en los hombres se alegra de depender de ese perro. ¿Hay algo más triste que esa visión, que se ha convertido en un símbolo de la humanidad? Alrededor se pasean quienes tanto se han enriquecido con la guerra gracias a su visión de rayos-x, y en el centro hay un perro a lomos de un hombre. La raza humana ha perdido, se ha impuesto la superioridad del animal. Hemos salido airosos de esta guerra, que fue el adiós a la caballería, y gracias a ello ¡los perros montan a lomos de los hombres!

JOSEPHUS
Der Neue Tag, 1.º de agosto de 1919

3

MILLONARIO POR UNA HORA

De vez en cuando me gusta pasar un rato en el vestíbulo del gran hotel en el que se alojan personas de países con divisas fuertes. El pardo techo artesonado se compone de preciosos paneles, y en el centro de cada panel brota una lámpara eléctrica que parece una flor de vidrio con hojas doradas.

El techo es bajo, pero amplio, como los muebles. Todo tiende de algún modo a la amplitud y al lujo. Los techos bajos parecen decir: «¡Ni te levantes, ponte cómodo!»; los amplios sillones tapizados: «¡Recuéstate, estira las piernas!».

Yo extiendo una pierna y observo complacido la raya de mis pantalones (los únicos que tengo, pero mejor no hablar de eso). También me alegra contemplar mis zapatos relucientes a los que acaba de sacarles brillo con una suave franela el limpiabotas de Unter den Linden.

Cuando llevo sentado alrededor de un cuarto de hora y me siento importante y eufórico, empiezo a convencerme de que soy de un país con una moneda fuerte y vivo en el hotel.

El botones, que cruza el vestíbulo llevando una carta, tiene que dar un amplio rodeo para sortear mis brillantes zapatos. El botones no tiene idea de que no vivo aquí. Cuando lo llamo, se detiene ante el círculo de moneda fuerte en cuyo centro me encuentro sentado, y se quita la gorra parda, con un gesto cuidadosamente estudiado. Tiene unos ojos grandes y azules que fija admirado en mi rostro, las mejillas sonrosadas y el agradable aroma de leche de los bebés

recién lavados. Desde hace ya dos años aprende a respetar a los adultos que vienen de países con monedas fuertes.

La blanca servilleta del camarero comienza ya a agitarse con reverencia a diez pasos de mí. El director del hotel, que recorre con la dignidad de un gran visir los exquisitos ornamentos de la alfombra de Esmirna, inclina sutilmente la cabeza cuando lo miro.

Con el tiempo, aumenta mi interés por mis colegas millonarios. Visten muy bien. Los hombres huelen a una mezcla de maleta de cuero nuevo, jabón de afeitar inglés y carbón. Las mujeres difunden por la sala suaves notas de perfume ruso: es un aroma agridulce que, antes de desaparecer, me produce un cosquilleo en las ventanas de la nariz.

Los millonarios son maestros en el arte de posar. Los jóvenes llevan gabardina de color vainilla con cinturón de discreta hebilla mate. Los sombreros son casi siempre de color gris claro y tienen en el centro un pliegue ligero, muy ligero, como casual. Estos jóvenes millonarios también llevan guantes blancos y botines marrones o caoba, y cuando se sientan levantan un poquito el pantalón para que se vean sus calcetines de seda.

Los millonarios viejos, por su parte, no parecen darse cuenta de que ha llegado la primavera. Lo que les preocupa no es cuánto suben las temperaturas, sino cuánto suben las acciones. Llevan siempre abrigos de invierno y guantes de piel, y mantienen en la boca sus cigarros recién cortados, expectantes, hasta que acude presto algún camarero de frac frotando un oportuno fósforo en el esmeril de la cajita.

He llegado a conocer a algunos de los que viven aquí: a un hombre con patillas que parece un senador de Hamburgo (a juzgar por el modo en que pronuncia las «s»). Negocia interminablemente con un joven que lleva su discreto cinturón de hebilla mate. Hablan del petróleo. Al parecer, el joven es polaco. Tiene listo un documento en el bolsillo del pecho, que señala con énfasis de vez en cuando, y al hacerlo el anciano de las patillas se calla de repente y mira compungido al joven.

Tras una columna, un mulato se apoya en una silla de mimbre. Fuma un oloroso cigarrillo turco y negocia con un vividor de edad imprecisa que parece creerse una estrella de cine y lleva unos guantes de un color amarillo canario tan intenso que casi me parece oírlos piar. Sólo lleva puesto el guante derecho; el izquierdo yace abandonado como si tal en la mesa de mármol. De repente, el vividor se levanta y se despide del mulato haciendo un gesto amistoso con el guante izquierdo, como si estuviera en un andén ante un tren a punto de partir. Diría que ha tomado el pelo al mulato. No hay que fiarse de los que llevan guantes amarillo canario.

En el vestíbulo del hotel se ofrece desde cocaína y azúcar hasta sistemas políticos, golpes de Estado y mujeres. Un príncipe ruso considera la conquista de Kronstadt. Un comerciante de alfombras negocia entregas con un individuo que se ha convertido en «señor» recientemente. Un abogado recibe media docena de pasaportes de una familia rusa. «Lo lograremos», parece querer decir con un parpadeo. Se ajusta los quevedos en la nariz y cierra con súbita decisión la cartera. Se inclina tres veces, alejándose de cara al patriarca ruso, que lo despide paternalmente.

A las cinco, la orquesta toca en el salón *Peer Gynt*. Los millonarios aparcan sus negocios y se reúnen con sus mujeres. Las millonarias toman café, saborean helado y mordisquean pastas, todo ello con el meñique de la mano derecha bien estirado, como si fuera un órgano especialmente sagrado que jamás debiera rozar ninguna taza.

Cuando dejo el hotel, ante la puerta giratoria está el portero, dispuesto a saludarme, tan tieso como un tenedor parlante. El monograma de su propietario le adorna el pecho y la cabeza. Un chofer me pregunta si quiero que me lleve a algún lado. No quiero.

Ya no soy millonario.

Neue Berliner Zeitung - 12-Uhr-Blatt, 1.º de abril de 1921

4

EL PARAGUAS

Anteayer por la noche llovió. El asfalto de la Kurfürstendamm estaba resbaladizo y una mujer cruzó corriendo la calle con el paraguas abierto, se tropezó, pasó un coche y la atropelló. Su paraguas quedó abandonado en el pavimento; la gente corrió hacia el lugar del accidente para socorrerla. Que no le había pasado nada sólo se supo una vez pudieron llevarla al café. Pero, antes de saberlo, mientras aún yacía en el suelo, ensangrentada en la imaginación de todos los transeúntes que habían presenciado el accidente, y quizá hasta amputada, un hombre tuvo presencia de ánimo suficiente para recoger el paraguas de la mujer accidentada y robárselo. Nunca había creído que la bondad de la gente pudiera superar su egoísmo. Pero el incidente del paraguas me convenció de que la bajeza es más grande aún que la curiosidad, y de que no es difícil quitar a un moribundo la almohada y malvender las plumas en la primera esquina.

En cualquier caso la mujer, que había salido ilesa, lloró la pérdida del paraguas sin alegrarse de haber tenido la suerte de conservar los miembros. Como puede verse, hay dos tipos de personas: malvadas o estúpidas.

Neue Berliner Zeitung - 12-Uhr-Blatt, 31 de mayo de 1921

5

EL BARCO DE LOS EMIGRANTES A BORDO DEL «PITTSBURGH»

El barco de los emigrantes se llama *Pittsburgh* y debe zarpar de Bremerhaven a las once y dos minutos. Los emigrantes vienen del Este, en su mayoría son judíos que felizmente han conseguido escapar de los pogromos, pero también hay campesinos rusos y jóvenes ucranianas con vistosos pañuelos coloridos que recuerdan vivamente los alegres prados soleados con flores azules y rojas. La naviera White Star Line, a la que pertenece el *Pittsburgh*, ha terminado por fin con el concepto hace tiempo anacrónico de «pasajeros de entrepuente», eliminando el entrepuente e introduciendo camarotes de tercera clase. Ha desaparecido todo el romanticismo proletario de hombres y maletas vagando desamparados. Todos están bien guardados en los pequeños camarotes, incrustados en las paredes como taquillas que pueden cerrarse. Judíos imberbes o barbudos, campesinos rusos de rostros más surcados que los campos y campesinas ucranianas deslumbrantes, todos están encerrados. Su pobreza de emigrantes está oculta, no como hasta ahora, expuesta a una mirada viva e indagadora. Sin embargo, hay mucha miseria visible antes de ser cargada en cubierta. El equipaje: extraños, estrambóticos objetos, almohadones cosidos en viejos sacos de arpillera, fardos atados de mil modos y cestos cerrados con grandes candados viejos. Todo se lleva al puerto en carritos pequeños, rápidos y dotados de motores eléctricos. Sin embargo, los emigrantes tienen que arrastrar muchas

cosas. Hay algunas de las que nadie quiere separarse… ni media hora. Por eso los judíos ancianos sudan bajo sus preciosas cargas, que llevan sobre sus espaldas encorvadas, con manos ateridas, hasta llegar a los regordetes policías portuarios con casco, magnífico ejemplo de autoridad a medias terrestre y marítima. Sus redondas mejillas sonrosadas parecen iluminadas por dentro, como si tuvieran en la boca uno de esos farolillos de las fiestas veraniegas. También los viejos cocineros de barco tienen ese aspecto. El casco, el manto oscuro y el sable no armonizan demasiado con esos rostros salinos. Una gran calma se desprende de esas caras increíblemente radiantes y anchas, así como una suave bondad, que parece reñida con la severidad de los centelleantes cascos y de los sables. El policía está en el extremo del estrecho puente que une la tierra firme con el amplio mar. Los emigrantes tienen que pasar junto a él con su pesado equipaje. Dejan sus bártulos en el suelo con gran dificultad y no sin antes buscar un lugar lo más limpio posible, y si por ellos fuera extenderían en el suelo sus grandes pañuelos de cuadros rojos y azules para poner encima su carga. Todo el trámite dura sus buenos cinco minutos, en el barco resuena ya un gong, anunciando la comida, y dentro de diez minutos entrará el *Washington*, y el *Pittsburgh* tendrá que dejar su puesto de amarre. Pero el policía irradia luz roja de semáforo y tranquilidad, hay mucho tiempo, por prisa que tengan los barcos. Se sacan y se muestran pasaportes y billetes de barco que salen de bolsillos escondidos en una inmensa variedad de rincones. El policía los examina con celo a la luz de su propio rostro.

El barco (de dieciséis mil toneladas) transporta a mil ochocientos pasajeros. Una tercera parte son emigrantes. Vienen de Rusia y los países sucesores, de Polonia y Lituania, los expulsa la Europa oriental. Desde hace siglos emigra esa población de judíos orientales, de campesinos pobres, hacia el oeste, dejando su patria, buscando su patria. De ellos emana una gran tristeza: de sus barbas grises, de sus rostros surcados, de sus conmovedores fardos toscos. Hay una familia de Kowel: una madre anciana, enlutada, dos

hijas jóvenes, de cabello negro corto y rizado, y un hijo de ancha espalda y manos rojas que cuelgan de sus brazos como gigantescas herramientas. Se ríe y sacude los hombros, desde hace dos años vaga con su familia por la moribunda y triste Europa occidental, buscando a su padre, que hace una década se fue de Kowel Dios sabe adónde. Estuvieron en Budapest, pasaron seis meses esperando día y noche la temida expulsión, hasta que finalmente llegó la orden; se marcharon a Viena, donde durante un año alquilaron un sótano en una callejuela llamada Schiffergasse. También allí fueron una carga para las autoridades—el hijo se dedicó a la venta ilegal de ropa—y tuvieron que desplazarse hacia el tristísimo Berlín oriental, en la Hirtenstraße, donde el mercado negro prometía ganancias insospechadas que jamás se realizaron. Finalmente se puso en contacto con ellos un sobrino de Nueva York, vendedor ambulante y callejero de limones y naranjas, les envió billetes de barco y diez dólares por cabeza—Dios ayuda a los abandonados—. Ahora viajan a América: una libertad grande y hermosa aguarda a los niños, una tumba a su anciana madre. Habrán escapado de Europa, el continente de los pogromos, la policía, el mercado negro, el tráfico ilícito de ropa. Los campesinos ucranianos huyen del hambre, la peste y la denigrante caridad. Uno de ellos tiene en América a un cuñado—se llama Nikita—y otro a un sobrino, Timofei. Las direcciones están anotadas en sobres viejos y arrugados, casi indescifrables, porque desde hace muchas semanas los campesinos llevan esos sobres en los recónditos bolsillos secretos de sus chalecos, en cajas de rapé o en cazoletas de pipa de madera de guindo que no utilizan. Las campesinas observan de reojo, parpadeando, como animalitos asustados, el ajetreo, el tumulto, las grandes grúas que, como seres vivos, acarrean enormes cantidades de carbón, se mueven lentamente en el aire, abren los ganchos como grandes manos de gigante y sueltan su carga. Oyen el pesado sonido de la campana del barco, los gritos de advertencia de los trabajadores del puerto, el tronar y retumbar de los camiones en movimiento. Finalmente ven cómo el puerto se aleja más y más, ofreciendo a los ojos abiertos el ilimitado mar, una inmensidad azul que jamás antes habían visto.

En lo alto del barco ondea la bandera de barras y estrellas de Estados Unidos sobre el pabellón internacional del barco, que es azul como el mar y el cielo, con un círculo blanco en el centro que parece una blanca nubecita. En el puente de mando hay un hombre con el barbuquejo de la gorra atado sobre el mentón dando órdenes en un lenguaje técnico indescifrable, tan misterioso como el mar. Un pequeño remolcador tira de un largo cabo del gran barco, hasta que el puerto abre despacio y solemnemente el puente, como si de una complaciente puerta triunfal se tratara, para dar paso a la embarcación. Los emigrantes de a bordo gritan algo a la tierra que desaparece. Como nadie ha ido a despedirlos, saludan con la mano a extraños: al luminoso policía, a los trabajadores portuarios y a los estibadores. Arriba, al lado de una chimenea gigantesca, surge una figura negra, un deshollinador, que parece un juguete del gigantesco buque, tan diminuta y delgada es su silueta recortada sobre el infinito fondo azul. Desde los pequeños ojos de buey de los camarotes, los rostros de los emigrantes ven Europa por última vez.

Prager Tagblatt, 18 de febrero de 1923

6

LA CIUDAD SANEADA

La única ciudad asequible y saneada económicamente de Alemania es Hamburgo. Porque ha introducido su propio dinero, el marco de oro hamburgués tan elogiado, buscado y sobrevalorado en la zona que ocupa el mercado negro. Había visto con mis propios ojos un marco de oro hamburgués, un trocito de papel en el que se dice de forma indudable que los bancos de Hamburgo responden de su plena convertibilidad. Y se sabe en Alemania y en el mundo que los bancos de Hamburgo son buenos, que su palabra escrita es de fiar, y por ello la ciudad se ha convertido en la más barata.

Una habitación de hotel cuesta medio dólar; una comida, un cuarto de dólar; una carrera de taxi, medio dólar; una libra de carne, un marco veinte. Hay desempleo: estibadores desempleados y marineros u obreros fabriles despedidos. Hace cuatro semanas existía el peligro de que la multitud de desempleados, a los que la propaganda comunista y nacionalista adoctrina asiduamente, causaran una revolución, o al menos una serie de pequeñas revueltas. Pero, ¡quién lo habría dicho!, llegó el marco de oro hamburgués y se calmó todo. Uno de los mayores enigmas de la economía es que un grupo de personas hambrientas, ninguna de las cuales tiene un pfennig de oro hamburgués, se calme sólo porque exista el marco de oro hamburgués. Por todas partes reina la tranquilidad. Los más viejos economistas se maravillan del milagro. No se sabe, sin embargo, cuánto durará.

No se sabe porque, por todas partes, en los antros del puerto, en las oscuras tabernas frecuentadas por los hombres más desesperados, los que perdieron el barco, los delincuentes a los que busca la policía de todas las ciudades y países desde hace tiempo…, en esos turbios lugares de reunión de los delincuentes internacionales, ha entrado la política desde hace unos meses. Una política extraña. Esas personas, que han permanecido indiferentes ante los avatares de la economía europea o las modificaciones constitucionales del Imperio, para quienes la esvástica y la estrella roja son emblemas de mundos absolutamente ajenos donde, más que forasteros, habitan alienígenas, esas mismas personas pasan las noches en algún local lleno de humo, de aire viciado… No porque les interesen los discursos, sino porque les dan comida, aguardiente y… dinero. El marco de oro de Hamburgo va casi tan bien como el rublo soviético y mejor que el del viejo zarismo. Parece como si fuerzas desconocidas intentaran ganarse ante todo al proletariado lumpen de las ciudades portuarias. En ninguna parte es la propaganda de derechas e izquierdas tan intensa como en Hamburgo y Bremen. Esas ciudades tenían, curiosamente, una burguesía muy conservadora. Habría podido pensarse que, precisamente en esas ciudades, la contemplación diaria de la inmensidad del mar ampliaría el horizonte intelectual y aguzaría la visión de las necesidades políticas de la patria. Pero precisamente allí el progreso social tropieza con la resistencia más férrea, y las contradicciones parecen insuperables. La propaganda nacionalista apela a la iracunda clase media, que ha resultado extraña y absurdamente impresionable. La propaganda comunista alimenta el desprecio de los ricos y de la burguesía acomodada. En ninguna ciudad alemana es mayor el odio a los desposeídos, en ninguna parte es mayor la terquedad de los propietarios.

De momento, el marco de oro de Hamburgo ha calmado a la gente. Sin embargo, a la larga, a ningún desempleado puede consolarle el hecho de que los obreros con empleo puedan permitirse ahora comprar mantequilla. Sin la comida gratis que los parados reciben en los mítines morirían de hambre. Y en esos

mítines que se celebran en los lugares donde la gente iba antes a hacer manitas o a beber, ahora aprenden a pintarrajear esvásticas o estrellas rojas en las paredes mugrientas.

Prager Tagblatt, 6 de enero de 1924

7

VIAJE AL BÁLTICO

La «temporada»—es un término técnico—ha empezado muy auspiciosamente en la costa del Báltico alemán. También aquí, como en otros balnearios del mundo, distinguen entre temporada baja, alta y media. La alta comienza ahora, en julio; la baja, a finales de agosto. Pero ya hay tantas reservas para ambas que la mayoría de los hoteles, villas y pensiones no tienen plazas que ofrecer. Parece que será un verano especialmente rentable para los hosteleros y la población local de las playas del Báltico. Se lo merecen. El veraneante, que sólo ve el mar y la costa a la luz del sol o, en el peor de los casos, durante una lluvia de varios días, no tiene idea, naturalmente, de las dificultades con que tienen que lidiar los habitantes en otoño, en invierno y en los primeros días de la primavera. El Báltico no es siempre tan amable como en temporada. Mientras los huéspedes del país están lejos, disfrutando de chimeneas y calefacción central en ciudades civilizadas y resguardadas de tempestades, en las costas se desarrolla una lucha estremecedora entre los habitantes y los elementos. Lo que pequeñas comunidades no excesivamente ricas crean—puentes, cabañas en la playa, pequeñas torres de madera—lo aniquila una tormenta en una sola noche de primavera. El primer y más importante requisito para vivir aquí es una resistencia sin igual. He hablado con habitantes que me han contado de los terribles e interminables inviernos en que todo está nevado, inviernos en los que nadie sale a la calle, en los que la nieve sepulta las casas, no

funciona la electricidad ni las luces de gas, el agua se hiela en las fuentes y en las playas, y el vendaval sopla con una furia tan despiadada que nadie puede mantenerse en pie. Para esas gentes, el verano significa, más que la recuperación, la curación o incluso la resurrección. En esos horribles inviernos han aprendido a ser silenciosos, duros, desconfiados, obstinados. Sin embargo, hay en ellos una humanidad cálida, su hospitalidad es sincera, su palabra fácil, su saludo silencioso pero amable. En nuestra Alemania polifacética, tribal, esa población es una de las más interesantes. Sus canciones son sencillas como el ritmo del mar, su lenguaje está lleno de consonantes sordas, hechas para ser audibles en medio del eterno rugido del mar. No se puede reprochar a esas gentes que cobren precios relativamente más caros, superiores en la actualidad a los de muchos balnearios de la Riviera francesa. Los atractivos de la costa del Báltico justifican los precios. Además, los baños están más próximos que en otros balnearios y, en definitiva, son… nuestros. Cuando los visitamos, nos beneficiamos. Una habitación, pensión incluida, cuesta en temporada alta *de siete a diez marcos por cabeza y día*. A principios de temporada es dos o tres marcos más barata.

Los baños del Báltico reúnen más encantos naturales que la mayoría de los balnearios europeos. Los caracteriza una combinación casi inverosímil de variedad rural y eterna monotonía del mar. Es posible caminar durante días viendo a un lado el mar y al otro paisajes de lo más variados: colinas, valles, bosques y mar, mar, mar. Uno se levanta temprano y oye batir el oleaje, un rugido que crece y disminuye de nuevo. El beso de las olas va y viene, llega y se marcha, combina el saludo y la dolorosa despedida… y, al mismo tiempo, es posible oír el dulce canto de una miríada de pájaros del bosque, un coro que resulta tan exótico que uno creería estar en el lejano sur. Llegamos pensando que sólo oiremos el sonido del mar y las gaviotas. Pero enseguida descubrimos la riqueza melódica de un bosque de hoja caduca que lucha obstinado contra el ritmo monótono del agua. Resulta tan inesperado oír al mismo tiempo el piar de pájaros y el susurro del mar que nos parece

estar soñando, y lleva un tiempo acostumbrarse a esa unión fabulosa de melodías disonantes.

Los grandes balnearios como Swinemünde, Heringsdorf, Bansin, Ahlbeck se conocen mejor que la isla de Rügen. La ingenua idea de «isla» que domina a la mayoría de los marineros de agua dulce hace que muchos sientan la misma leve timidez ante Rügen que ante los lugares difícilmente accesibles. Y aunque es evidente, o quizá porque lo es, hay que repetirlo una y otra vez: los balnearios de la isla de Rügen son tan confortables, tan europeos y tan civilizados como los de la costa del continente. Tienen electricidad, gas, agua corriente, teléfono, peluquero, baños, hoteles. Y tienen más aún: esa pizca de naturaleza intacta e ingenua que es la única que garantiza al ciudadano civilizado un descanso de la cultura. Uno puede ir al barbero, enviar un telegrama, escuchar a una banda… y, aun así, dar un paseo solitario por lugares encantados y encontrar a un pescador que parece sacado de un cuento de hadas. Sí, en Binz, el mayor de los balnearios de Rügen, resulta incluso muy difícil eludir a la orquesta de jazz. Naturalezas de inclinación poética y hábiles publicitarios lo llaman «El Sorrento nórdico». Tiene veinte hoteles y doscientas villas de alquiler y un paseo junto al mar de dos kilómetros, lleno de tiendas donde es posible comprar maquillaje, polvos de talco, atropina, raquetas de tenis y pantalones a rayas, y de innumerables bares atestados de clientes achispados; una sala de baile donde es posible usar esmoquin y vestidos largos; e incluso banderas con esvásticas. En Saßnitz, cuyos balnearios acogen a más de veintiséis mil huéspedes, incluso es posible edificar el alma participando en un servicio divino evangélico o católico. Se halla en una depresión, protegido del norte por colinas cubiertas de hayas, y cerca se encuentra la Stubbenkammer, adonde puede llegarse a pie en dos horas. El suelo de arena y arcilla es sustituido por la creta. Es el paisaje de las antiguas historias de piratas. Los acantilados de creta son increíbles, relucen espectralmente de noche, están predestinados para esas historias; las extrañas formaciones de estas escarpaduras evocan rostros, y el contraste entre la mortal

palidez del material y sus formas vivas y aterradoras resulta fabuloso.

Quien busque tranquilidad, paisajes pintorescos, idilios, visitará los pequeños balnearios de Sellin, Baabe, Göhren, Thießow, Putbus o Lauterbach. En ellos los camareros llevan menos pecheras almidonadas, los clientes hablan bajo alemán. Las gallinas cacarean por las calles, y hasta es posible cruzarse con hermosas mujeres paseándose en albornoz por la ciudad. La tranquilidad de las aldeas sólo se ve alterada aquí o allá por alguna marcha inofensiva de las bandas. No hay jazz que irrite a Neptuno o a otros dioses de los mares. Y, con suerte, se puede ver a los viejos habitantes de Mönchgut bailando en traje regional. Llevan unos trajes de lino de fabricación artesanal que consisten en una falda negra, un chaleco de colores, unas cadenas doradas y pantalón corto blanco de perneras anchas que cuelgan sobre las botas de agua y parecen campanas. A pesar de las botas, las piernas parecen los badajos. Son los últimos bailarines. Los campesinos jóvenes ya no tejen ni bailan. Toda una forma de vida se está desvaneciendo.

Muy recomendable para quienes deseen evitar la política actual es Baabe, uno de los balnearios más tranquilos y baratos del Báltico, dirigido por el eficiente, inteligente y moderno alcalde Thormann. Tampoco en otros lugares la población local se siente inclinada a las esvásticas, y la propaganda nacionalista que encontramos ha sido importada por los propios veraneantes.

El mar, mientras tanto, sigue como siempre, limpio e indiferente a los violentos juegos infantiles de los hombres. Basta contemplar la infinitud del cielo y el agua para olvidar. El viento que agita la bandera con la esvástica nada sabe de ella. Las olas en que se refleja no son responsables de tal profanación. Pero los seres humanos son tan estúpidos que ni siquiera contemplar la eternidad los estremece.

Frankfurter Zeitung, 6 de julio de 1924

8

MELANCOLÍA DE UN TRANVÍA EN EL RUHR

Cae una persistente lluvia fina. El tranvía sale a las doce y quince. A la una y cuarenta y cinco se detendrá en la ciudad siguiente. La parada está ante un bar, donde tomo un *kirsch* y contemplo la calle a través de las cortinas de encaje. Esta lluvia amortigua los sonidos, como la nieve. Sí, si las cortinas no fueran de encaje, si este bar no tuviera cortinas—¿para qué pondrán cortinas?—, seguramente podría ver llegar el tranvía. Tiemblo ante la idea de perderlo, y al mismo tiempo, me gustaría que así fuera. Entonces podría tomar el tren, más rápido, más fiable y más cómodo. Pero estoy bajo el hechizo de un tormento libremente elegido. Cuanto más tiempo, paciencia, frío, *kirsch* y aborrecimiento invierto en esta empresa, más difícil me resulta renunciar a ella. El tiempo y la lluvia fluyen.

El tranvía llega puntual (inexplicablemente). Su estribo es alto y está empapado, también el suelo del interior del vagón está húmedo; un hombre mayor fuma en pipa, una mujer está sentada con un cesto cubierto en el regazo. Entran colegialas cargando sus feas carteras toscas sobre las que ha tamborileado la lluvia (me recuerdan a las mochilas de los soldados en las que colgaba una esponja). Dos trabajadores se apoyan en la plataforma trasera junto al conductor. Hay también una campesina que lleva gafas de montura dorada y va descalza. Viéndola me viene a la mente la imagen de un arado tirado por una locomotora. Nadie habla. Todos se preparan para el tormento de un largo viaje. Tal ejercicio requiere

un silencio absoluto. Los duros asientos de madera barnizada no sólo son estrechos, sino que además están inclinados. Sentarse en ellos significa tener que estar continúa e inútilmente tratando de no resbalarse.

Avanzamos por una larga calle de casas ennegrecidas y oscuros solares entre las casas, parcelas marcadas con tablas y vallas que no tienen sentido, pues no parece posible esperar que jamás se conviertan en jardines o en casas. Son los cadáveres de antiguos terrenos. La ciudad se resiste a terminar, pero incluso si terminara la siguiente ciudad comenzaría inmediatamente. Las ciudades entregan sus calles a las poblaciones vecinas. En cada parada nos detenemos ante casitas pardas de madera alquitranada, que parecen las primeras estaciones de los rincones más remotos de la América profunda. Luego aparecen los pequeños huertos y sus chocitas con tejados de cartón asfaltado, que son los castillos donde veranean los hombrecitos y los conejitos. En los listones en punta de las cercas hay clavados jarros, cacharros, cuencos, como cabezas cortadas. A continuación aparece una fábrica de ladrillos rojos, con su verja de hierro y una caseta de piedra blanca en la que es visible el reloj de fichar, y detrás varias chimeneas inmensas, cuatro, cinco, seis, dispuestas a multiplicarse en cualquier momento.

El campo parece estar a punto de reaparecer y dominar el paisaje una y otra vez, pero nunca lo logra. No hay casas; la carretera podría convertirse aquí en una pista rural, a juzgar por los árboles a ambos lados. Pero nuestro tranvía necesita los cables, y los cables necesitan esos largos postes de madera, desnudos, en cuyo extremo superior florecen aisladores eléctricos de porcelana, como caricaturas de campanillas de invierno.

A lo lejos, en el horizonte, la naturaleza se esfuerza por producir un bosque. Pero no hay bosque, sino tan sólo una especie de parche de vegetación rala en la que pueden verse unas pocas ramas de pino aisladas. Y de inmediato aparecen las posadas, una tras otra, cada una anunciando su «pintoresco alojamiento con jardín». ¿Qué querrá decir *pintoresco* en un lugar como éste? Me imagino un restaurante con naranjos pintados y laurel en jarrones; o

un trocito de jardín de colinabos con una veranda; cuatro vallas adornadas con parra. La fantasía no tiene límites.

Luego, una parada imprevista. El conductor baja de la plataforma, y lo mismo hace el revisor; se encuentran a medio camino. Se oye caer la lluvia. Ni rastro de la marquesina de una parada, tan sólo las chimeneas inmensas, algunas gruesas, otras delgadas, humeando en un tormento sin remisión. La lluvia deshace el humo espeso, lo pulveriza uniformemente, sin rencor; tiende cortinas sobre el paisaje, pero cortinas sin ornamentos. No hay propiamente paisaje, tan sólo una especie de panorama urbano o industrial salpicado de pintorescos alojamientos con jardín.

Luego, apenas visible a través de la cortina de lluvia, descubrimos el anuncio de una funeraria y, al otro lado, «Persil, la chispa de la vida». Nadie habla. Cada vez que se abre la puerta, alguien se apresura a cerrarla. Hace frío. Y cuando estamos detenidos, hace más frío aún. Nos gustaría poner los pies en los asientos, pero seguro que está prohibido. Siempre podemos distraernos leyendo los letreros: «20 asientos», «Prohibido escupir en el coche». Estaba a punto de hacerlo.

El tranvía vuelve a ponerse en marcha y comienza la siguiente gran ciudad. Hemos llegado a nuestro destino, muy parecido al lugar del que venimos. Se diría que ya no es posible desplazarse en el espacio, sino tan sólo en el tiempo, como si se tratara de la certera, inevitable y definitiva muerte del último trocito de tierra virgen.

Frankfurter Zeitung, 9 de marzo de 1926

9

EL HUMO UNE A LAS CIUDADES

Aquí el cielo entero es humo. Une todas las ciudades. Forma una cúpula gris sobre la tierra de la que ha surgido y que lo produce continuamente. El viento que podría dispersarlo queda ahogado, sepultado; el sol que podría atravesarlo se ve rechazado, envuelto en nubes espesas. Como si no fuera terrenal y efímero, el humo asciende, conquista regiones celestiales, adquiere masa, y lo que parecían puras sombras termina formando un cuerpo sólido cuyo peso específico aumenta incesantemente. Se alimenta una y otra vez de colosales chimeneas. Se alza en el cielo, cada vez más hinchado. Es sacrificio, dios y sacerdote a un tiempo. Exhala miles de millones de motas de polvo. Lo creamos con una diligencia que es más que devoción. Dejamos que nos llene.

Y también llena por completo la gran ciudad que forman todas las ciudades del Ruhr, una siniestra extensión de grandes y pequeñas conurbaciones unidas por raíles, cables e intereses, y cubierta de humo, aislada del resto del país. Si fuera una sola ciudad monstruosa seguiría siendo un lugar fantástico, pero menos espectral y amenazante. Una gran ciudad tiene centros, calles unidas que dan sensación de estructura, tiene historia, y su desarrollo controlado es tranquilizador hasta cierto punto. Tiene una periferia, un límite decisivo, en algún lugar se interrumpe y desemboca en el campo. Aquí, sin embargo, hay una docena de comienzos y otra docena de finales. La tierra trata de reaparecer, una tierra pobre, preñada de humo, pero pronto surgen los cables,

como diciendo: «No, aquí no vas a poder». Grandes fábricas de ladrillo avanzan sin previo aviso, están ahí, más sólidas que las montañas o las colinas, aceptadas con mayor naturalidad que los bosques. Todas las pequeñas poblaciones periféricas tienen su centro, sus afueras, su desarrollo. Pero como el humo las une en una sola ciudad, su estructura y su historia singulares pierden credibilidad, o por lo menos sentido. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué está Essen aquí? ¿Por qué están ahí Duisburgo, Hamborn, Oberhausen, Mülheim, Bottrop, Elberfeld, Barmen? ¿Por qué tantos nombres, tantos alcaldes, tantos funcionarios para una sola ciudad? Y por si fuera poco, también una frontera provincial atraviesa la región. A la derecha de la misma, los habitantes creen que pertenecen a Westfalia y a la izquierda, al Rin. ¿Pero de dónde son realmente? Son habitantes del país del humo, de la gran ciudad del humo, devotos del humo, productores del humo, hijos del humo.

Es como si a los habitantes de las ciudades los abrumaran el juicio y las aspiraciones de las propias ciudades, como si las cosas tuvieran una perspectiva privilegiada sobre el futuro. Los seres humanos sienten históricamente, es decir, retrospectivamente. En cambio, los muros, las calles, los cables, las chimeneas sienten prospectivamente. Las personas obstaculizan el progreso. Sus sentimientos son lastres para los pies alados del tiempo. Cada cual quiere su propio campanario, pero entretanto las chimeneas sobrepasan la altura de todos los campanarios. El humo engulle el tañido de las campanas, las envuelve en un oscuro algodón, para que no se las pueda oír, y menos aún distinguir. Cada ciudad tiene su teatro, sus monumentos, su museo, su historia. Pero ninguna de estas cosas posee una resonancia duradera. Porque las cosas históricas o «culturales», como las llaman, viven del eco que las alimenta. Aquí, sin embargo, no hay lugar para el eco ni la resonancia. Como las campanadas, viven de los ecos, pugnan entre sí, hasta que llega el humo y las ahoga.

Algunas de estas pequeñas poblaciones conservan zonas antiguas, con sus románticos tejados de dos aguas, que se consideran lugares idílicos. Es posible oír el zumbido del tiempo en

los cables que se enredan por todas partes, en lo alto. Las ondas transportan constantemente las actualísimas palabras que retransmiten las emisoras de radio. ¿Qué sentido tienen estos vestigios, esos rincones de una belleza irreal? Estaban en su elemento bajo el cielo azul, pero ahora se cierne sobre ellos un humo gris. Están sepultados bajo millones de partículas de carbón y motas de polvo. Nunca jamás resucitarán, ni los bañará un dorado rayo de sol puro, ni los lavará una lluvia limpia, ni les dará sombra una nube de veras. Pese a toda su solidez, están perdidos. Fueron construidos con piedra eterna para durar siglos, y están ahí sólo porque los materiales son muy firmes, no porque posean la fuerza para seguir vivos. Son como monedas de plata antiguas que no tuvieran valor de cambio. El billete de papel más delgado es más actual.

Y de un material igual de fino están construidas las nuevas partes de la ciudad. Hay paredes tan delgadas que es posible pellizcarlas con los dedos. Hay barracas de madera y ladrillo hueco. Hay techos de teja que recuerdan las construcciones de los niños. Se edifica, se echa abajo y se vuelve a edificar. Hasta hace nada las casas todavía relucían blancas, recién pintadas, pero ya son negras como dientes cariados. Cada calle parece una boca abierta.

En ellas viven personas, con sus ambiciones y sus deseos, incluso si están desempleadas. Pero pronto se marchan. ¿Para qué quedarse? ¿Qué hay que ver? Los niños juegan en medio de las calles. Todas las ventanas y las puertas de las casas son iguales. Sólo cambian los números. Todos están empeñados en ir a alguna parte, a lo mejor van a comprar a la cooperativa o a un mitin, a cometer un atraco, a hacer la revolución, o tan sólo al cine.

¡Ah, qué más da dónde vayan! Todos los lugares, todas las calles, todas las ciudades son iguales. Basta tomar el tranvía en cualquier parte. En media hora estarás en la ciudad más cercana, pero ¿acaso hay alguna diferencia? ¡El mismo humo cubre el mundo! Si viajas a Oberhausen, y luego a Mülheim, Recklinghausen, Bochum, Gladbeck, Buer, Hamborn, Bottrop, ¡el mismo humo cubre el mundo! No hay cielo ni nubes, la lluvia cae del

humo: lluvia ácida. Cien chimeneas, como dedos extendidos o columnas del cielo humeante, altares del dios humo. Los raíles surcan la tierra, y el aire, las correspondientes catenarias. Una sola ciudad lúgubre hecha de pedazos de ciudades y montones de pueblecitos. Una frontera abstracta divide estas tierras, pero por encima se cierne un cielo uniforme de humo, humo y más humo.

Frankfurter Zeitung, 18 de marzo de 1926

10

EL INVIERNO ALEMÁN

Este invierno es de una placidez inusitada. La supuesta ferocidad de la naturaleza no es nada comparada con la crueldad de la historia. La nieve, amable, se funde dos horas después de haber caído. Un viento suave sopla sobre el país. Existe un vínculo secreto entre los deseos y el temor de los hambrientos, los que pasan frío, los que no tienen con qué calzarse o con qué vestirse, y las eternas leyes naturales que rigen el cambio de las estaciones. La implacable mano de Dios jamás había sido tan clemente. Debe tratarse de una especie de mecanismo de compensación.

Yo vengo del *extranjero*, donde amablemente se preparan paquetitos de regalo para el Ejército alemán, y donde los periódicos dedican la primera plana a atacar sin piedad a los políticos alemanes y la contra a defender humanitariamente a las víctimas alemanas, donde en las ventanillas de los bancos y las oficinas de cambio se exhiben innumerables billetes de marcos imperiales como curiosidades; donde aparecen los mejores actores de Alemania, no en busca de fama, sino de dinero contante y sonante; donde los billetes conservan su brillo, y son suaves y lisos al tacto, como si los hubieran untado con la grasa sagrada del becerro de oro.

Sin embargo, en este país extranjero los jefes de estación pasan hambre, los trenes llegan y parten impuntuales, la calefacción no siempre funciona, los botones viven sólo de las propinas, los retretes no tienen agua y la iluminación de los compartimentos es lamentable. Mientras que en Alemania los vagones están llenos de

hombres de negocios y un revisor hambriento controla los billetes, pero la calefacción funciona y una lámpara resplandeciente, digna de un magnífico salón, esparce una claridad casi solar. Los botones tienen sus tarifas. Los horarios de los trenes no son ficciones, se cumplen. Tras las ventanillas hay empleados. La cadena de los inodoros funciona. La maquinaría de la vida pública marcha bien y está debidamente engrasada. En las ciudades existen desagües especiales en los que las escobas diligentes que barren las calles pueden arrojar la porquería que recogen. A las puertas de las tiendas de comestibles el gran ejército de hambrientos alemanes hace cola ordenadamente.

En Leipzig vi al empleado de una funeraria en un entierro. Llevaba una chistera reluciente. Tenía un mostacho encerado con las puntas retorcidas hacia arriba, y todo su atuendo inspiraba una mezcla de temor y respeto, como si poseyera el aura de eternidad del portavoz que media entre el aquí y el más allá, de un Caronte centroeuropeo: daba a la muerte una espléndida solemnidad. Sin embargo… no iba en una calesa tirada por dos caballos negros; ni tampoco en un reluciente automóvil negro; ni siquiera en un tranvía. Pero tampoco iba a pata, no: aquel imponente personaje iba… ¡en bicicleta! Así que pedaleaba y volvía a pedalear yendo al cementerio y regresando. Se inclinaba sobre el manillar y pedaleaba con todas sus fuerzas. En sus siniestros pantalones negros podían verse brillar los aros metálicos que llevaba en los tobillos para recoger los pantalones, que parecían paraguas plegados en un día de sol. Aquel distinguido personaje no podía permitirse viajar en tranvía, de modo que todo su terrible peso metafísico se disipaba. Era imposible sentir respeto por aquel representante de la eternidad en bicicleta. Si yo hubiera sido el cadáver que aguardaba el entierro, aquel sepulturero me habría hecho olvidar el miedo al inminente Juicio Final.

En la estación de Chemnitz vi a un revisor comiendo pralinés: había encontrado un paquete empezado en un vagón vacío. Era un hombre en «la flor de la vida», como se suele decir, sencillo, grandullón, con una gran cabeza cuadrada, el tronco robusto y

corto, y llevaba unas recias botas impermeables. Pero verlo comer bombones rellenos de licor dulce lo despojaba de toda la seriedad que se le supone a alguien que desempeña el trabajo de revisor. Aquel hombre comía las chucherías que compran las adolescentes en el cine con la actitud seria y rígida con que los revisores como él se comen sus buenos bocadillos o sus salchichas enormes. Hace seis meses aquel mismo revisor no se habría puesto a comer pralinés. Pero hoy está hambriento. Lo que para el pasajero era un capricho, para él es una necesidad. Si lo que hubiera encontrado hubiera sido un mendrugo de pan, el efecto no habría podido ser más triste. En Alemania se ha llegado a un punto en que los revisores tienen que recurrir a costosas chucherías para paliar el hambre. Lo que unos olvidan descuidadamente en los vagones a otros les salva la vida. A eso se ha llegado en Alemania.

En Dresde conseguí hablar con un agente de policía. Cuando le di cinco coronas checas toda su parquedad profesional y humana se esfumaron y de pronto se volvió hablador. Tenía seis hijos. Una semana antes se había quedado sin un céntimo. Se registró como desempleado, pero como el subsidio no le daba para vivir cogió una mochila y se fue al campo… a mendigar. Eso le permitió llevar a casa unas patatas de las que viven aún. El perro de una granja le rompió los últimos pantalones que tenía, así que tuvo que remendarlos ¡con un cordón!, porque no tenía hilo: el cordón, demasiado grueso, le rompió más aún los pantalones. Muy pronto, este agente irá completamente cubierto de cordones.

Éste es el tipo de cosas que pasan en Alemania. En el extranjero sólo se reproducen los discursos políticos. Son irrelevantes, pequeños accidentes retóricos y políticos. Pueden hacer poco daño y son completamente inútiles. Pero en Alemania puede verse a un revisor comiendo pralinés; a un individuo que en lugar de llevar pantalón va cubierto de cordones; a la muerte pasar en bicicleta. En todas esas imágenes hay una chapucería espantosa. Su carácter evidentemente simbólico parece una invención. La vida no siempre se toma la molestia de crear algo verosímil, a veces hace chistes malos como un humorista de variedades. ¿Quién se ríe de las

grandes familias bien situadas de Alemania que no dejan de enriquecerse y que gracias a ello siguen consiguiendo pan? Se trata de una improbable realidad grotesca que reseñar en una marginal columna de las noticias. Mientras tanto, la muerte por inanición está dando lugar a un romance lúgubre y facilón: en el Berlín occidental me crucé con dos estudiantes de bachillerato que andaban por una calle ancha y animada, agarrados del hombro, como suelen hacer los borrachos, cantando:

¡Muera, muera, muera la república de los judíos!
¡Que caiga la república de los judíos!
¡Que caiga la república de los judíos!

Los transeúntes les abrían paso, nadie se detuvo para darles una bofetada. No digo ya por indignación política, sino simplemente porque en cualquier otro país soportar a unos críos importunando a los vecinos con sus confusas convicciones políticas habría podido llevar a alguien a adoptar medidas pedagógicas. No obstante, en Alemania se respetan las convicciones de los adolescentes. Así de respetuosos con la ley son los berlineses. Y ese respeto provoca situaciones tragicómicas. Que un estudiante nos imponga sus opiniones sobre la república de los judíos o que un revisor tenga que comer pralinés, son dos escenas tan ridículas y tan trágicas que ningún extranjero puede comprenderlas. Nadie entiende Alemania. Es *el país más incomprendido de Europa*.

Un estudiante japonés de Berlín me contó lo siguiente: «Cuando los estudiantes extranjeros nos matriculamos en la Universidad de Berlín, el profesor Roethe, que es el rector, nos dijo: “Les hemos aceptado *a pesar de* ser *extranjeros*. Gracias a Dios no dependemos de su amistad”…». ¿Se aprecia la relación entre la histeria de los estudiantes que andan vociferando por las calles y la del discurso del rector? Ambos son ejemplos de la decadencia alemana. Así delira la gente cuando le sube la fiebre. Quien ha estado alguna vez a la cabecera de un enfermo grave sabe que las peores horas no son las de los estremecimientos y el patetismo. Hay

momentos en que el enfermo dice infinidad de sandeces, de cosas ridículas y triviales, indignas de él y su padecimiento.

Eso es exactamente lo que falta en Alemania: la conciencia reguladora.

Frankfurter Zeitung, 9 de diciembre de 1923

11

MAGDEBURGO RECORDADA

Llegué antes de medianoche. Sabía que estaría lloviendo, y así fue: caía una lluvia tenaz, decidida. A través de las cortinas de las ventanas de los cafés escapaba una luz amarillenta, además del sonido amortiguado de unos tambores y címbalos. Con la audacia de quien navega en medio de una tempestad en el mar, algunos clientes salían de los cafés. Las farolas plateadas en las calles desiertas parecían estar allí más para complacer a la lluvia que para ayudar a los transeúntes. Las fachadas de las viejas casas, entre los edificios de nueva construcción claramente funcionales, resultaban conmovedoras, y hasta los viejos nombres de las calles me parecían familiares aunque jamás los hubiera oído. Sin duda, aquella ciudad me conmovió, antes de que empezara a disgustarme. ¡Qué blando se vuelve uno con los años! Cuanto más sabes, menos confías en los sentidos. Tras las apariencias de las cosas, sospechas una verdad secreta, escondida, que temes quebrantar. Nadie es más cauto que el guasón veterano, especialmente si conoce la susceptibilidad de los miembros del Rotary Club y de los periódicos locales. ¡Lo desmienten todo, hasta las impresiones! Así que tratemos de ser conciliadores: en mi recuerdo de Magdeburgo—ya han pasado algunas semanas desde mi visita—la ciudad ha adquirido un resplandor melancólico.

El Breite Weg es la calle principal de Magdeburgo. El nombre se conserva sin cambios desde hace mucho. Su sencilla pero confiada reivindicación me parece un signo del buen gusto de los

magdeburgueses. Otras ciudades habrían dado hace tiempo a su calle principal un nombre más sonoro. Veo en esa simple inalterabilidad un sentido de historia y tradición. En las ciudades alemanas hay pocas calles en las que el carácter de «calle histórica» se haya conservado tan visible. Aun así, hay una pugna desatada entre la constancia de la vieja tradición y el reciente fanatismo de la «nueva objetividad» que pretende apoderarse de cualquier lugar, movimiento, asociación o comunidad en Alemania, y altera las honestas características de las fachadas que se han conservado con la audaz frialdad deliberada del liso y neutro hormigón, tan burdamente enfático. Los modernos bloques de viviendas son funcionales: en sus amplias ventanas y techos planos, en la brutal intención de aprovechar todo el espacio, la luz y el aire, de ahorrar dinero y fomentar implacablemente la salud de personas, animales y máquinas, reside toda la arrogancia desaforada de esta época que no conoce freno; y las pequeñas ciudades, por miedo a quedarse atrás, se apresuran a anticiparse, adoptan el ritmo de las grandes y terminan echando a perder sus mayores virtudes arquitectónicas. Frente a la antigua catedral, realmente hermosa y rodeada de una plaza silenciosa y sosegadora que traza un círculo verde oscuro a su alrededor, está el edificio del Reichsbank, ejemplo espantoso de la cultura moderna de cuarteles y fábricas, como una bofetada de piedra a los pies de la casa de Dios. Ya se están talando algunos de los árboles que daban sombra en la plaza, a la sombra de la catedral. Apostaría a que dentro de diez años la pasión por los rascacielos y los bloques de piedra habrá destruido la plaza de la catedral y la catedral misma. Entonces también el hermoso café de la plaza, el Café Dom, templo sagrado de viejísimos jugadores de ajedrez, en el que un perpetuo humo de cigarros ha dado una pátina oscura a los techos, columnas y paredes, se habrá transformado en un moderno «establecimiento metropolitano» cubierto de linóleo, cristal y metal cromado, uno de esos lugares con música de baile a los que hoy llaman *bares*.

El folleto donde se describe el edificio del ayuntamiento de Magdeburgo lleva un prólogo del alcalde de la ciudad que dice:

«¡Conocer el ayuntamiento de Magdeburgo es enamorarse a primera vista!».

Seguramente, nunca hay que tomar al pie de la letra a un alcalde. Pero en este caso sin duda el lenguaje resulta demasiado limitado para expresar los sentimientos humanos, y *amor* es una palabra que a duras penas permite abarcar las gigantescas dimensiones del ayuntamiento. El único sentimiento que me inspiran las más modernas construcciones alemanas es el pasmo. El ayuntamiento me parece un intento logrado de construir un palacio para el pueblo; un intento de representar algo como la *dignidad de la multitud*. Hasta el último detalle de esa construcción gigantesca ha sido pensado para evitar que la multitud se vea privada de su dignidad humana. Guardarropas en los que no es necesario apiñarse, entradas y salidas que evitan los empujones, un económico exceso de espacio, espacio y más espacio, para reducir al mínimo la posibilidad del «pánico»: así se educa a las masas a autocontrolarse. Noble madera clara en los suelos sin alfombras; sencillas cortinas de terciopelo grises, azules y rojas; techos de madera de un color gris plateado; hileras de focos en el estrado; brillantes ornamentos de níquel; ¡el mayor órgano de Alemania (si no del mundo) con sus diez mil tubos! Es el triunfo de lo cuantitativo y de lo funcional. Hay muchas cosas, pero ninguna superflua. Lo práctico es elevado a la categoría de lo digno, y la dignidad se confunde con lo útil.

En esta mañana tranquila en que vago por el ayuntamiento, me asalta una asociación puramente verbal entre las palabras *eco* y *reseco*, y oigo resonar en los tablones de madera desnuda el eco atronador y exagerado de mis pasos. Cuando miles de personas suban y bajen esas escaleras en alegres veladas de celebración, seguro que el eco no resonará tan hueco, triste y fúnebre. Quizá la madera sea tan silenciosa como las alfombras siempre y cuando la pise una multitud suficientemente numerosa. Estando yo solo, me siento como un solitario gimnasta. Mientras me alejo del ayuntamiento y contemplo, enfrente, la catedral, me pregunto si ya puedo confesar que me encantan las alfombras y que el suelo de

tablones de madera pelada siempre me parece tristón. Me detengo en lo que llaman «explanada». Casi todas las ciudades de Alemania tienen ahora estos espacios en los que hay demasiadas personas, ferias de comercio e industria: zonas de césped sobre el asfalto, y ligeras paredes que en realidad ocultan sólidas estructuras metálicas. ¿Por qué me siento más próximo a la catedral, que es del siglo XIV, que al ayuntamiento, que se terminó en 1927? ¿Por qué? ¡No lo sé! Quizá nuestros nietos, de los que el alcalde afirma que el ayuntamiento les descubrirá de qué es capaz la determinación del pueblo alemán, me comprendan mejor…

Y ahora permítanme pasar de este exceso, más destinado a conquistar mi respeto que mi corazón, a un tema que me toca más: los habitantes de Magdeburgo me parecen más valiosos que sus nuevos edificios. No conocía a ninguno cuando llegué, y me marché conociendo a varios, lo cual dice mucho de la ciudad: en ella no es posible seguir siendo extranjero mucho tiempo. Son tranquilos, críticos y afectuosos. Algunos hasta poseen la bendita virtud de haber regresado a casa después de partir movidos por las ansias de ver mundo y sentir esa nostalgia que a veces tan «aburrida» o «prosaica» se considera. Sin duda hay ciudadanos cerriles, como en cualquier otra ciudad, pero también alberga a un puñado de rebeldes antiburgueses. Patrocinan una librería moderna en la que organizan veladas literarias. Sí, me parece incluso que esa ciudad agradable, trabajadora y amante de la construcción está bendecida con esa clase de «atmósfera» en la que, tanto si se es nativo como forastero, es posible olvidarse y establecerse. El pasado anida en los viejos edificios y sopla desde el puerto del Elba por la parte antigua de la ciudad. Los habitantes son aún suficientemente provincianos para ser caprichosos o excéntricos, y los mejores ni siquiera ansían llegar a vivir en una gran ciudad. Prefieren tomarse su tiempo. La lentitud con la que se deslizan los tranvías resulta tranquilizadora. Las mujeres son guapas. Y el toque de queda, tardío…

De vez en cuando se me ocurre que debería definir a los «alemanes», o al menos dar una descripción precisa de su

existencia «típica». Pero seguramente eso no es posible, porque ni siquiera cuando siento la presencia del alemán típico soy capaz de definirla. ¿Qué puedo hacer, salvo escribir sobre individuos con los que me topo por azar, registrar lo que mis ojos ven y mis oídos oyen, y escoger a los que encajen? Reproducir fielmente las singularidades en el interior de esa diversidad quizá sería lo que menos se apartaría de la verdad, y tal vez lo casual, extraído de esa confusión, sea lo que más contribuya a establecer cierto orden. He visto esto y aquello; sólo he tratado de describir lo que me ha impresionado.

Kölnische Zeitung, 3 de mayo de 1931

SEGUNDA PARTE

BOCETOS

12

EL MIEMBRO DE LA HERMANDAD

El estudiante que forma parte de una hermandad es la única criatura zoológica cuya «aparición» no depende de factores naturales, como el paisaje o el clima, sino de los Estados y los gobiernos. Mientras que en países que tienen condiciones biológicas similares a las de Alemania se ha extinguido ya o ni siquiera ha surgido, aparece entre nosotros en innumerables variantes (el término técnico de las mismas es *couleurs*). Es posible encontrarlo en tabernas, participando en duelos de honor o incluso en reuniones nacionalistas (por ejemplo en las conferencias de profesores como Roethe, Freytag-Loringhoven y otros por el estilo) y aulas universitarias. Se puede reconocer al estudiante que forma parte de una hermandad a simple vista: la teoría teológica de que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza se ve refutada en la práctica por los rostros de tales estudiantes, llenos de esas marcas que comúnmente llamamos «cicatrices». Sobre el cráneo rapado suelen llevar una gorrita que sería la envidia de cualquier mozo de telégrafos o de correo estadounidense. Cruzada en el pecho llevan una llamativa banda de dos o tres colores en la que puede leerse alguna frase como: «¡Con Dios por la patria y el rey!». De modo que proyectan sus sentimientos y convicciones íntimas y así se convierten en eslóganes andantes, alimentados de tradiciones y cerveza, instalados en su vida de papel gracias a la increíble paciencia de sus compatriotas alemanes. Puesto que carecen de

ideas son una especie de cáscaras, como los farolillos de colores la mañana siguiente de una fiesta.

Sin embargo, para demostrar que su existencia tiene algún propósito el estudiante que forma parte de una hermandad ocasiona tumultos y peleas—convencido erróneamente de que hacer ruido equivale a existir—, lo cual evidencia de forma clamorosa su pertenencia al pasado y su anacrónica actualidad. Y su bullicio recuerda al de los agitados espectros del inframundo que no han logrado morir del todo. Puesto que nada lo ata a su época, cree que su época está desbocada; y puesto que duerme de día, sólo ve el mundo de noche—y para colmo, a menudo lo ve doble—. Por eso es incapaz de reconocer las dimensiones de la realidad. Como sólo ve fantasmas, termina convirtiéndose él mismo en un fantasma, y en el sonido de las jarras de cerveza oye las campanas de la vieja ciudad de Heidelberg. La borrachera que debilita a los otros a él le da fuerzas. Vive del moho de lo que fue y ya se ha podrido. Su resplandor recuerda al del cadáver húmedo que fosforece en la noche. Sin embargo—como es un cadáver que la historia ha olvidado enterrar—, sigue su camino, es decir, su carrera, protegido de la despiadada realidad por la ley y la costumbre, y así llega a convertirse en magistrado, político o médico. Un día dicta sentencias, receta aceite de ricino o, convertido en profesor, imagina que transmite conocimientos cuando comparte las cuatro cosas que ha aprendido. Los pueriles ideales de su tierna juventud adornan sus paredes y cuelgan de su cerebro. Y así, aquel joven bebedor de cerveza se termina convirtiendo en un vejestorio. Como si nunca hubiera estado vivo, tras vagar por los años y por la periferia del mundo, aunque convencido de formar parte de él, se vuelve gris y le llega la muerte de los vivos, al final de su vida de muerto.

A su hermandad que lo llora lega su jarra de cerveza, el sable, la cruz gamada, la gorra, la banda y cualquier otra de las chucherías que hubiera podido atesorar durante sus días de estudiante. Ansiosa por recordarlo e imitarlo, llega una nueva generación, y planta en la tumba sus esperanzas, que son nuestra decepción…

Vorwärts, 24 de febrero de 1924

13

GUILLEAUME, EL NEGRO RUBIO

Me dirigí al negro rubio, contradicción en los términos, desmentido viviente de la «vergüenza negra»,[1] ineludible negro de ojos azules que tanto habría inquietado a Artur Dinter, en el viaje de Wiesbaden a Coblenza. El tren estaba lleno de buenos ciudadanos, y en el rincón de la ventanilla se sentaba el negro. ¿He dicho negro? El hombre tenía labios gruesos, hermosos dientes blancos y fuertes pómulos, pero también ojos azules y cabello rubio y rizado. Todos los del compartimento miraban al negro. Llevaba uniforme del Ejército francés y leía un libro… alemán. Finalmente, un señor grueso, un viajero cualquiera, el típico individuo servicial que prodiga consejos sin necesidad de que se los pidan y conoce de memoria el horario de los trenes, no pudo contener su curiosidad. Se inclinó amablemente hacia el negro rubio y le preguntó: «¿Qué libro está leyendo?». El negro dijo: «Uno de Sven Elvestad, una simple novela de suspense», demostrando su superioridad sobre el preguntón, que no tenía idea de quién era Sven Elvestad ni, por lo visto, frecuentaba la literatura de suspense.

Una vez se hubo roto el hielo el negro comenzó a hablar. Hablaba alemán, un alemán fluido con una voz profunda, sonora y agradable. Ya llevaba cuatro meses en Europa. Conocía grandes ciudades alemanas como Colonia, Fráncfort del Meno, Hanóver, Coblenza y Düsseldorf. Se sentía muy a gusto en Alemania. A la gente le asombraba su cabello rubio. Cuando salió un momento, el

señor grueso dijo a su vecino: «Pregúntele por qué es rubio». Pero cuando el negro volvió nadie se lo preguntó.

Nos apeamos juntos en Coblenza. Dejó el vagón con un amable saludo de la Alemania del sur diciendo: «*Grüß Gott*». Un negro que dice *Grüß Gott*, menuda mezcla, es casi un ario puro.

En la estación de Coblenza también despertó mucho interés. Era alto, de espaldas anchas, de largas piernas: un hombre espléndido. Tuvimos que aguardar juntos un rato ante el mostrador de consigna de equipaje. Él tenía que entregar una maleta pesada. Lo dejé pasar. Rehusó. Discutimos cinco minutos sobre cuál de los dos debía entregar primero su maleta. Poco a poco la cosa derivó en la vergüenza negra y entablamos una conversación íntima en la que el negro rubio me contó lo siguiente:

Se llamaba Guilleaume. No sólo se llamaba Guilleaume, sino que se apellidaba Thiele, o sea que su verdadero nombre era Wilhelm Thiele. Era sargento, pertenecía al Ejército de ocupación y por lo tanto era enemigo de Alemania. Un negro rubio, de ojos azules, que encarnaba todas las contradicciones. Era una paradoja política y etnológica: su padre era de la Legión extranjera y su madre negra. Así que tenía el cabello rubio de su padre y el alemán era su lengua materna. Su madre vivió algún tiempo en Múnich y fue taquimecanógrafa en un gran banco. Él vivía entonces con sus abuelos. No sólo era alemán, sino alemán del sur: de vez en cuando decía *nit* en lugar de *nicht*.

Le pregunté cómo se sentía en Alemania siendo «enemigo». Me dijo que le alegraba vivir en Alemania. Daba conferencias a sus compañeros, a veces les leía textos de Goethe, su poeta favorito era Lenau. Y al cabo de un cuarto de hora comprendí que aquel negro no sólo sabía mucho más que Hitler de los negros de la Alta Austria, sino que tenía una relación más profunda e intuitiva con el carácter alemán que individuos como los profesores Von Freytag-Loringhoven o Roethe; que la pureza del alma del negro Guilleaume estaba muy por encima de la pretendida pureza racial de Dinter; y que incluso sin tener los ojos azules y el cabello rubio habría sido alemán. Como vivía en una pequeña casa rural cerca de Coblenza,

pasé la tarde con él y descubrí que tocaba el violín. Reparé en lo delgado que estaba y lo grandes que tenía las manos y los dedos. Vi la foto de su padre, un hombre con un mostacho rubio de puntas retorcidas hacia arriba, que murió al servicio de Francia. Y luego vi la foto de una chica joven de Múnich, con la que al parecer se iba a casar, aunque más adelante, claro, cuando hubiera terminado todo. Me temo que todavía pasará tiempo antes de que todo termine, al menos en Múnich, donde viven los negros blancos y sin duda no es posible ser novia de un negro alemán rubio y francés sin padecer el hostigamiento de las esvásticas.

Neue Berliner Zeitung -
12-Uhr-Blatt, 28 de diciembre de 1923

14

AVENTUREROS

1. EL CAPITÁN DE KÖPENICK

El zapatero Voigt, fallecido hace pocos días, fue un aventurero en miniatura de insólita y duradera influencia. Le correspondió enriquecer el diccionario de la delincuencia con un concepto: la palabra *Köpenickada*.[2]

A esa palabra, no a la audacia de su fantasía, debe su pervivencia en el recuerdo. Era un zapatero menudo y deforme y su solo aspecto lo señalaba como una broma del destino, pero sus actos le permitieron alcanzar el éxito. No es que lo buscara, simplemente ocurrió que, en una época de militarismo exacerbado, tuvo un efecto extraordinario. Su grotesca apariencia pasó inadvertida. Lo cual demostró que hasta la disciplina más severa es inútil contra la eterna estupidez.

Hoy su imagen ha palidecido. Pero su muerte hizo que su nombre se repitiera aquí y allá. La gente recordó una época en que el destino aún se permitía hacer bromas. El presente no ofrece tales aventuras ridículas, sino tan sólo episodios patéticos sin ninguna gracia. Los logros del zapatero Voigt nos parecen vestigios de una era más inocente, prerrevolucionaria: son chistes relativamente inofensivos con final feliz.

Cada época tiene sus aventureros.

2. EL CONDE SCHLIEFFEN

Nuestra época tiene al conde Schlieffen, que hace unos días fue detenido por segunda vez en Hamburgo.

El conde Schlieffen es un cadete burgués cuyo verdadero nombre se desconoce. Tampoco puede prescindir de su brillo militar. Se mueve en los círculos distinguidos de Hamburgo y Estados Unidos, se compromete con una cantante, se casa con papeles falsos, es descubierto en la boda, huye a Berlín con ayuda de algunos políticos de la izquierda radical y se convierte otra vez en noble. Hasta que al fin, de nuevo en Hamburgo, cae definitivamente en manos de las autoridades.

Es el aventurero típico del siglo XX: con un toque demoníaco y orígenes misteriosos, sus coqueteos con la política le dan un aire trágico. Es el perfecto héroe de unos tiempos revolucionarios; erótico y sentimental, deslumbrado por la guerra y la fama, sociable y ambicioso. Un individuo apuesto y calculador, capaz de sacar provecho a nuestra turbulenta coyuntura, de mentir fríamente y actuar como un impasible protagonista de cine, que se sabe innatamente superior a todo lo que se propone detenerlo y al que no arredran ni la policía de fronteras ni la necesidad de documentación.

Lo pierden a menudo algunos enredos porque, como es una especie de prueba viviente del efecto del Eterno Femenino en las almas sensibles, no tiene empacho en renunciar a su carrera por alguna mujer. Y, así, lo arrestan cuando va de camino a Hamburgo en un intento desesperado por hablar con una cantante.

No tenía por qué hacerlo. Habría podido llevar una vida regalada en Berlín durante años, pasando inadvertido para sus perseguidores. Pero probablemente ama a esa cantante, o ella ha herido su vanidad. Que haya cientos de personas que lo consideren un impostor le molesta un poco, pero que esa mujer que un día lo

amó ya no confíe en él, eso le duele. No es que el conde Schlieffen sea un pecador empedernido, simplemente se muestra muy comprensivo con algo en lo que él mismo se sabe muy vulnerable: el corazón es su talón de Aquiles. Cualquiera puede entender al «conde Schlieffen»: lo pierden las mujeres, eso es perfectamente masculino.

3. EL PRÍNCIPE AVALOV-BERMONT

Este príncipe es un plebeyo ruso que ha hecho carrera militar, vivía en Berlín desde la Revolución y había concedido, por decirlo de algún modo, medallas póstumas a soldados y oficiales del Báltico. A causa de ello la policía lo extraditó.

El príncipe Avalov es un entusiasta, no una culebra. Probablemente cree en su nobleza y su importancia. Vive en una pensión mediana en el oeste de la ciudad, con un ayudante, antiguo oficial. Una visita al «príncipe» es una de esas experiencias tan típicamente grotescas de Berlín.

El ayudante nos anuncia, aguardamos en una habitación, la puerta se abre casi de inmediato y el ayudante dice: «Su Excelencia». Y entra resonando, tintineando y traqueteando, la alta figura del príncipe, un hombre apuesto y de buena planta como un abeto blanco de los jardines de la Villa de los Zares.

Tiene la voz áspera y ronca. Las sílabas, breves y secas, parecen desfilar para terminar formando compañías de frases. Su discurso es un desfile militar; sus gestos, ficticios ejercicios de tiro.

El príncipe Avalov cree en sí mismo y en su misión. Y también él puede entenderse como víctima de su época. El zar ha sido asesinado y Avalov se siente obligado a representar la verdadera Rusia ante el mundo. Se pone el disfraz como una forma de protesta contra Lenin y Trotski.

Sin duda es valiente y no es más deshonesto con el mundo que consigo mismo. Como desearía ser representante de la monarquía,

termina ofreciéndose como actorzuelo. Es aventurero porque se engaña a sí mismo. Se cree general y Maquiavelo a un tiempo, pese a ser tan sólo un tipo que se dedica a ponerle medallitas a la gente.

Berliner Börsen-Courier, 8 de enero de 1922

15

LA MADRE

Ayer fue condenado a cinco años de prisión Franz Zagacki, obrero de diecinueve años. Mientras su madre pelaba patatas, el joven trató de matarla, primero con un hacha, luego asfixiándola bajo las sábanas y finalmente a cuchilladas. Después, creyéndola muerta, le robó dos mil doscientos marcos que llevaba en una cartera oculta en las enaguas, y se fue a un estanco, pagó sus deudas, compró cigarrillos, invitó a sus amigos y a su amante, cómplice del asesinato, a una «agradable reunión» en la vivienda de la supuesta difunta y salió a divertirse. Pero como la madre seguía con vida el hijo fue detenido y llevado a prisión.

Ayer compareció la madre ante el juez y explicó que había perdonado a su hijo. Apenas se curó de las heridas que le había causado, se dirigió a la prisión para llevarle conservas y otras delicias que ya no recordaba. E incluso durante su convalecencia en el hospital temblaba por la salud de su hijo, y si su cuerpo hubiera tenido fuerzas y su instinto de conservación no hubiera prevalecido cuando estaba a punto de morir, habría permanecido inmóvil bajo las sábanas con las que trató de asfixiarla su hijo con tal de salvarlo. En cierto momento le preguntaron qué opinaba del chico. Sólo tenía elogios. Él no era culpable, las malas compañías lo habían llevado por el mal camino, las malas compañías tenían la culpa de todo. No sabía nada de la novia, su hijo era influenciable, eso sí, pero de niño había sido muy bueno.

Ahora la madre podrá visitar con más frecuencia a su hijo en la cárcel. Con dedos trémulos envasará las conservas de Navidad y las demás fiestas, trabajará y ahorrará para su hijo, y su vieja alma llorará por él y confiará en que vuelva pronto. Y será exactamente igual que si el chico no estuviera en la cárcel, sino en la universidad, o en el extranjero o en algún otro lugar del que no es fácil regresar por razones profesionales o de otro tipo.

La jornada de esta madre consiste en deslomarse, a veces haciendo trabajos sucios. Pero entre una cosa y otra, fregar suelos y cortar madera, entrelazará los dedos furtivamente. Y siempre, cuando se siente a pelar patatas como el día en que el hacha de su hijo la golpeó, llorará de dolor, pero más fuerte que su pena será la esperanza, mayor su fe que el dolor, y lentamente crecerá quizá, por amor a su hijo, como hierba nueva en suelo fértil, un tímido orgullo, injustificado, sin saber por qué, que no se basará en las cualidades de su hijo sino simplemente en su existencia.

Y cada vez que mire el hacha o se acuerde de ella, emergerá del pasado aquel día terrible. Pero pese a todo el espanto, ese día jamás tendrá la intensidad de otro, cada vez más próximo: el día en que su hijo regrese a casa, con la cabeza bien alta, sanado y arrepentido.

¿Arrepentido? ¡Pero si no tiene nada de que arrepentirse! ¡La culpa fue de otros! En cualquier momento se abrirá la puerta y entrará. Y aunque hayan pasado cinco años, cinco veces trescientos sesenta y cinco días, será como un día cualquiera.

Porque la madre no se atiene a los hechos, niega el calendario y el año solar.

Berliner Börsen-Courier, 25 de abril de 1922

16

ROSE GENTSCHOW

Rose Gentschow es la hija del propietario de una hacienda en las cercanías de Danzig. Su padre murió de una parálisis cerebral. Su madre, morfinómana, está en un psiquiátrico. Tres hermanas han seguido el camino previsto para las chicas burguesas, que conduce al matrimonio con un hombre bien situado. También Rose Gentschow hubiera podido tomar ese camino. Incluso la prepararon en la escuela superior femenina a la que asistió hasta los dieciséis años. Luego fue secretaria. Fruto de una aventura, como tienen muchas chicas jóvenes que se independizan económicamente y la viven sin consecuencias, Rose Gentschow contrajo una enfermedad grave y dolorosa. Tenía entonces veintiún años. Su madre le dio morfina para aliviar el dolor. Ella perdió el trabajo. Unos parientes la mantuvieron. Entonces conoció a un «amigo». Él la puso a trabajar en la calle: robaba en las viviendas de los caballeros a los que abordaba en los bares instigada por su amigo. Solía echar opio en las copas de sus acompañantes. Hasta que el comerciante Hempel murió: Rose Gentschow le echó demasiado opio en la bebida, y el hombre se cayó del taburete en el bar y murió. Detuvieron a Rose.

Hoy tiene treinta y tres años, aunque parece más joven. Posee la engañosa juventud de las mujeres que tienen que parecer jóvenes porque viven de su apariencia; que no conocen otra experiencia que la pasión, la cual no siempre envejece, sino que a veces las mantiene jóvenes; cuya vida es una sucesión de etapas de éxtasis e inconsciencia; que ahogan preocupaciones, edad y enfermedades

en la embriaguez, y las olvidan a cada instante. Rose Gentschow tiene la expresión atractiva y seductora de las jóvenes más morbosas, una expresión que parece salida de los recónditos pecados de los sueños y destinada a los pecados más soñados. Se ha mantenido delgada y esbelta. Nunca tuvo las preocupaciones cotidianas de la clase media que lo vuelven a uno grueso y pesado. Vive consumida por las pasiones. Y también consumida por la pobreza. A veces, como necesitaba dinero para comprar su preciada morfina, se vendía sólo para poder anestesiarse.

Quince veces ni más ni menos intentó escapar a su destino: quince veces hizo una «cura de desintoxicación» y quince veces recayó en la adicción al opio y la morfina. Habría podido insistir en este método y mantenerse viva algún tiempo más (seguramente no demasiado) si Hempel hubiera tenido una constitución más robusta. Que no fuera así es azaroso. La rueda de la fortuna interrumpió la actividad de la «dama del veneno», que así la apodaron los cronistas de tribunales. Sin embargo, la que está envenenada es ella. Tiene unas manos delgadas y mueve los brazos torpe, tímidamente. Llora una y otra vez, trata de taparse la cara y luego se seca las lágrimas de los ojos con el puño. Ese gesto infantil resulta conmovedor: así, con los puños cerrados, se secan los ojos las niñas.

Comparece ante los tres jueces y los seis miembros del jurado. Son los nuevos tribunales; la orden del Ministerio de Justicia del 24 de enero de 1924 ha creado esa composición. Los miembros del jurado se sientan junto a los jueces. Cuando Rose Gentschow habla, se dirige a nueve hombres. Los mira a todos. A veces fija la mirada en uno u otro: quizá le parece más amable, mejor, más benevolente que los demás. Luego la controladora conciencia corrige pronto la mirada fija y vuelve a dirigirla a los nueve hombres.

Tiene una voz débil y sin embargo profunda. Aunque trate de dominarse, a veces se le hace un nudo en la garganta y en contra de su voluntad un sollozo le quiebra la voz. A veces suena más ronca, frágil, como si hablara sin cuerdas vocales. Parece apagada, como si tapara cada palabra con la mano.

Han acudido algunos de sus antiguos vecinos, más por curiosidad que por compasión. Es incluso posible que deseen venganza. La gente ingenua a menudo es vengativa. También hay algunos que comparten el destino de la acusada: en sus ojos asoma la adicción a la morfina, y les tiemblan las manos. ¿Sienten que tienen algo en común con Rose Gentschow? ¿Sufren con ella? ¿Contemplan su propio futuro? Los observo comer bocadillos y me pregunto si es posible tener la funesta realización del propio destino ante las narices y conservar el apetito. Como testigos y oyentes también han acudido algunos hombres cuya salud les permitió resistir los efectos del opio. Un oficial del Ejército declara con tanta calma y objetividad como si fuera un jurista. No está exaltado en absoluto, aunque también él fue víctima de la joven: por suerte, su constitución soportó el opio. Conoció a la chica en la Potsdamer Platz. No fue la primera ni la última chica a la que conoció así, son el tipo de mujeres con las que uno tan sólo se cruza, sin convertirse jamás en su destino, ni ellas en el de uno. Se trata de encuentros episódicos, y por suerte también él fue tan sólo un episodio en la vida de ella. De vez en cuando le gusta merodear por las afueras del peligro tan sólo para asomarse a él.

Rose Gentschow puede salvarse aún. Pero su torpe mente aturdida no está a la altura de la astucia del juez. «¿Cómo llegó a convertirse en ladrona?», le pregunta éste. «No sabía lo que hacía. Ya estaba muy adicta a la morfina», responde ella. «¿Robaba por orden de su amigo?», pregunta el juez. «¡Sí, sí!», responde ella, atisbando de pronto una posible salvación. «¿Cómo pretende entonces que no sabía lo que hacía?», replica el juez, y la lógica la aturde. La esfera de la implacable razón la arranca de pronto de un mundo de embriaguez que agota y embota la mente. Cegada por la luminosidad de la lógica, retrocede, cerrando los ojos. Las claras vías de la razón le resultan laberínticas. Se pierde, está perdida.

Se siente incapaz de seguir, ve hundirse el mundo. Vuelve a abrir los ojos y luego se zambulle de nuevo en un dulce olvido.

Prager Tagblatt, 10 de abril de 1924

17

DOS JÓVENES GITANAS

El sol resplandecía con un brillo insólito, vivificador; era tan fresco como por la mañana y tan cálido como al mediodía, y en las concurridas calles la gente iba y venía apresurada. Salían de grandes almacenes con sus paquetitos, parecían ocupados, aunque por sus alegres ropas claras se habría dicho que se dirigían a alguna gran celebración. Los chirriantes tranvías, los coches con sus bocinas y los autobuses traqueteantes producían un agradable alboroto. Una prisa jubilosa se había apoderado de la gran ciudad, que parecía tan entusiasta como un adulto al que la alegría devuelve a la niñez.

Entonces aparecieron dos gitanas jóvenes.

Eran muy morenas y llevaban vestidos coloridos, blusas escarlata y faldas azules con flores blancas, cintas rojas en las trenzas, collares de grandes cuentas ambarinas y sandalias rojas. Aparecieron de pronto, quizá salieron de alguna tienda. Como la gente, pese a las prisas, se hacía a un lado, las dos jóvenes avanzaban por un espacio vacío, y las miradas que atraían eran tanto de asombro como de desconfianza. Las dos jóvenes tenían unas caritas infantiles, mentones afilados en los que apenas cabían los hoyuelos cuando sonreían, y oscuros ojos llenos de destellos violáceos (incluso el blanco de sus ojos tenía un brillo azulado). Sus blusas parecían descuidadamente abiertas y, sin embargo, estaban recatadamente cerradas, y los gruesos collares de cuentas de ámbar hacían que sus delgados cuellos parecieran aún más nobles,

esbeltos y aristocráticos. Bajo sus amplias ropas era posible advertir que ya no eran tan niñas.

Las dos jóvenes gitanas andaban despacio, distraídas, un poco asombradas o confundidas por el soleado barullo, como dos jóvenes reinas sobresaltadas. Sin embargo, sus sandalias apenas rozaban el pavimento; el paso vacilante de las jóvenes damas de altos tacones era más fuerte, sus pies permanecían más tiempo en el suelo, aunque anduvieran aprisa. Las jóvenes gitanas querían cruzar la avenida, pero tenían miedo de los vehículos, que pasaban traqueteando alegre y peligrosamente. Tres veces llegaron hasta la mitad de la avenida y, como asustados pájaros de colores, retrocedieron hasta la acera. Sus encantadores rostros delataban gran pánico, y la gente se reía un poco.

Así que me acerqué a las jóvenes gitanas, me planté entre ellas, las tomé del brazo y las llevé al otro lado, sintiendo cómo temblaban.

Cuando llegamos a la acera opuesta, me quité el sombrero y las vi alejarse.

Un caballero de gran bigote rubio partido en dos garfios y ojos azul cielo me lanzó una mirada hostil, llena de desprecio, reprobación e indescriptible furia.

Las dos jóvenes gitanas no se volvieron, siguieron su camino. Un golpe de aire hinchó y agitó sus faldas, como dos banderas ondeando al viento.

Frankfurter Zeitung, 12 de mayo de 1924

18

GROCK

Grock, el gran payaso Grock, está en Berlín.

Para empezar, un caballero con gafas, vestido de esmoquin, sube al escenario. Es un violinista, un virtuoso, un virtuoso del montón, una persona civilizada, no tiene nada de extraordinario. La forma en que se pone el violín bajo la barbilla, levanta el arco con el acostumbrado movimiento delicado y empieza a tocar es de una mediocridad, insignificancia y apatía ejemplares. Mientras toca, la pared de la izquierda se levanta despacio y, con mucha precaución, avergonzado y con la modesta desenvoltura de alguien a quien no se le ha perdido nada allí, entra en escena un personaje de frac gris demasiado largo, pantalones anchos y grises, y sombrero de copa gris. Sus grandes ojos saltones—que deberían darle una expresión bobalicona, pero delatan una especie de astucia natural—examinan el entorno. Una barbilla larga, muy blanda y dócil cuelga tristemente, resignada y decepcionada mil, diez mil veces, pese a lo cual aún conserva cierto optimismo. No hay duda: es Grock.

Grock lleva una gran maleta que contiene un violín diminuto. El caballero del esmoquin está enormemente sorprendido, pero Grock ya se siente como en casa. ¡Ah! ¡Qué lugar más agradable! ¡Qué señor más simpático! Grock va a tocar algo para ustedes. Se acomoda en la butaca apoyando en el asiento un inmenso zapato blando y amarillo, y toca de fábula el diminuto violín, de un modo inmensamente conmovedor, «con sentimiento» pero también con precisión y experiencia.

Luego debe acompañar al caballero al piano, pero antes debe cambiarse. Vuelve con un frac negro muy estrecho, y un pantalón tan despiadadamente ajustado que se le ven unas lamentables piernas arqueadas y embutidas. Y entonces comienza la interminable y encarnizada lucha contra la vida para vencer la resistencia de todo en este mundo, la maldad y la grotesca falta de lógica de las circunstancias ordinarias: el piano está demasiado lejos de la banqueta, tiene que acercarse; la tapa del piano está abierta, si pone encima la chistera se le cae al suelo; le resulta imposible tocar las notas adecuadas, porque lleva unos gruesos guantes blancos. Mejor quitárselos. ¿Pero acaso es posible llegar a semejante conclusión sin ayuda? Por suerte tiene a su sensible acompañante para indicárselo.

Grock se quita los guantes y hace con ellos una bola. Parecen huevos. ¡Dos huevos! ¡Quién lo iba a decir! Grock parece estar recordando de pronto una imagen muy divertida: un hombre haciendo juegos malabares con huevos. Un malabarista. Y de inmediato hacer juegos malabares es más importante que tocar el piano. Un par de guantes blancos en forma de huevo no es algo que Grock pueda desdeñar, así que se pone a hacer juegos malabares durante un buen rato hasta que finalmente su acompañante le pide que regrese al piano.

Grock tiene una armónica maravillosa, redonda, casi cilíndrica, que puede sonar como un órgano. Es también, naturalmente, un objeto muy majestuoso, incluso sagrado. Pero, a veces, cuando la sujetas en la mano se pone a tocar sola. Hace unos extraños sonidos muy agudos. A Grock le asustan esos tonos que escapan del instrumento como animalitos exuberantes que ya no soportaran su largo encierro, y al oírlos da un salto, aunque sin soltar la armónica. Otra notita vuelve a brotar. Se inicia una lucha estremecedora donde la voluntad y los dedos de un hombre se enfrentan al rebelde instrumento.

En diversos momentos la lucha parece alcanzar su punto álgido: cuando Grock se busca los gemelos de los puños más allá de los codos, en la parte del brazo donde se suelen poner las vacunas;

cuando Grock coge el violín con la mano derecha, el arco con la izquierda y no consigue tocar; cuando Grock lanza al aire el arco y es incapaz de atraparlo, tras lo cual se oculta detrás de un biombo y practica. Finalmente sale, tira el arco al aire y lo atrapa. Repite la pirueta durante un minuto hasta que de pronto se da cuenta de que ha logrado ejecutar su complejo número y se jalea a sí mismo con un grito que es mitad gruñido y mitad gemido de placer. La inmensa alegría de un idiota adorable.

Agradece a la audiencia los aplausos, se retira hacia el telón, se inclina pero no encuentra la salida. Grock está detrás de los decorados, a merced del público, que sigue aplaudiendo…, pero ¿hasta cuándo, hasta cuándo? Pronto empezarán a reírse de su desamparo, como antes se han reído de sus bromas intencionadas —qué crueles son—. Nadie se mueve, nadie le ayuda, nadie le muestra la salida; el telón tiene innumerables pliegues, sí, es una infinita suma de pliegues ¡y uno de ellos tiene que ser la salida! ¡Menudo berenjenal! Pase lo que pase tiene que disimular, ¡que no noten que no sabe cómo salir! Vuelve a agradecer los aplausos con una amable sonrisa y una graciosa inclinación. La gente se lo ha tragado, creen que permanece en el escenario porque está sinceramente agradecido. Y mientras siguen aplaudiendo ¡levanta rápidamente el telón y pasa por debajo! ¡Salvado!

Grock vuelve a aparecer, pero es otro Grock, sin calva, con el rostro triste y de una noble fealdad, un aristócrata en un mundo burdo, un hombre de palabra mil veces traicionado, un honesto y humilde luchador que siempre termina derrotado, un hombre nacido para la desesperación que se empeña en seguir creyendo, un torpe don nadie, un héroe, un hombre en el fondo noble, mil veces derrotado, pero siempre victorioso.

Frankfurter Zeitung, 10 de diciembre de 1924

19

EL ELEGANTÍSIMO VIAJERO

El elegantísimo viajero entra en el compartimento con un estuche diminuto de piel blanda en la mano, acompañado de un mozo de estación, que pone una rígida maleta de piel en el portaequipajes. El elegantísimo viajero paga en silencio, sin mirar al mozo ni responder a su despedida. Inmediatamente se deja caer en la butaca y rebota una vez antes de que su cuerpo se acomode. Se quita los guantes de piel gris y los guarda en el suave estuchito, del que saca unos guantes de lino grises. Se los pone, estirando y acariciando uno a uno los dedos de ambas manos. Luego se mira en un espejito también forrado de piel, se atusa suavemente el cabello con la mano derecha y mira por la ventana, sin fijar la mirada en nadie ni en nada en particular.

El viajero viste de un discreto gris que realza la exquisita corbata de un violeta iridiscente. Se contempla los pies complacido y con extraordinaria atención: las botitas de piel y los cuidados lazos en los largos cordones. Estira las piernas mientras apoya los codos relajadamente en ambos reposabrazos. Al poco, el viajero vestido de gris vuelve a sacar su espejo y se pasa los dedos por el cabello negro y espeso, como quien pasa un plumero por la porcelana. Luego revuelve en el estuchito y aparecen diversos objetos, a cuál más útil: un llavero de piel, un cortaúñas, una pitillera, un pañuelito de seda y un frasco de agua de colonia.

A continuación, el viajero se pone un cigarrillo entre los labios y busca cerillas en sus bolsillos. ¿Dónde he metido las cerillas?

¿Dónde he metido las elegantes cerillas planas ideales para el bolsillo del chaleco, con su graciosa cabecita amarilla de fósforo?

Las ha olvidado, perdido, se las han robado, se le han caído, han desaparecido, no las lleva encima. El elegantísimo viajero ha dejado de dominar el compartimento. Sí, hasta se siente un poco insignificante con su impecable atuendo y sin cerillas. Su rostro distinguido y atractivo de tez trigueña se torna ligeramente pardo. Y de pronto sale deprisa del vagón con su pequeño estuche de piel en la mano y se dirige al vagón comedor.

Cuando vuelve, saciado, con un poco de grasa en las comisuras de la boca, saca de su abrigo un cuaderno con las cubiertas de piel. Escribe en él con un lápiz plateado, absorto, soñador. No hay duda, es un poeta. Sí, un poeta popular. Inventa personajes femeninos de una delgadez tan morfinómana, tan etéreos, que quizá algunos no vean que están hechos de nada. Es un poeta del papel verjurado, pone su firma en trescientos cincuenta y un ejemplares al año. Pero cuando se inclina y apoya el cuaderno en sus rodillas, veo que lo que apunta con tanto esmero son columnas de cifras. En aquel primoroso cuaderno guarda cálculos profanos.

Cuando vuelve a ponerse un cigarrillo entre los labios, su tez trigueña se oscurece de nuevo. Como yo tengo que bajar del tren, le ofrezco mis cerillas. Pero no quiere aceptarlas, porque se trata de una caja de cerillas vulgar, abultada: estropearía el delicado bolsillo de su chaleco, y encima está llena de toscas cerillas de madera con la cabeza roja, que no podría llevar en su estuche de piel sin comprometer la propia imagen.

Frankfurter Zeitung, 8 de agosto de 1924

TERCERA PARTE

AUSTRIA Y OTROS LUGARES

20

BRÜCK Y KIRÁLYHIDA

Bruck-Királyhida se escribían en otro tiempo así, con guión.

Luego vino el derrumbe, el guión desapareció, y con él, la Monarquía Dual.

Si el guión se hubiera mantenido, quizá perduraría aún la dualidad.

El guión era en realidad un puente sobre el Leitha que conectaba lo que estaba a ambos lados. El tránsito por el puente no encontraba impedimento alguno. En este lado, la gente hablaba alemán y húngaro; en el otro, húngaro y alemán. A este lado resplandecía el negro y el amarillo, al otro brillaba el verde-blanco-rojo. A este lado eran leales al imperio; al otro, al reino. Ésas eran las principales diferencias, las demás eran insignificantes, imperceptibles. A ambos lados los niños tenían cabellos rubios, castaños o negros, pero siempre estaban sucios. A ambos lados los comerciantes eran inteligentes, prácticos y sensatos. A ambos lados uno se quedaba sin dinero fácilmente, sin proponérselo, y lo superaba. En ningún lugar de la monarquía era más fácil superarlo que en Bruck-Királyhida.

Durante la guerra hubo en Brück un establecimiento penitenciario llamado Escuela de Oficiales cuya misión era convertir a los voluntarios «condecorados» en reclusos privilegiados con derecho a sueldo y portaespada de cadete. Todos los días, los pupilos de esa institución atravesaban marcialmente el puente. Entonces, el puente era el lugar donde austríacos y húngaros se

codeaban, para luchar y morir por una patria oficialmente común. Unos por el emperador y otros por el rey. Entonces, los dos eran el mismo. Ahora que ha desaparecido el guión, son dos…

Pero no. Si se mira atentamente, el guión sigue ahí. Sólo que se llama de otro modo. Se ha convertido en un guión de separación. En lugar de unir, separa. Para decirlo brevemente: es una frontera. El guión está ocupado. A este lado por los gendarmes austríaco-alemanes, al otro por la Guardia Roja. Resulta inquietante estar cerca del puente. El corazón deja de latir un momento. Es el fin del mundo. El comienzo del caos. La frontera del sentido común, ¿o de la irracionalidad?

El tráfico fronterizo es intenso. La gente intercambia dinero, mercancías, ideas. Para restablecer el equilibrio, el gobierno austríaco-alemán ha enviado a un agente de policía por cada agitador húngaro. Se llevan muy bien y frecuentan los mismos locales. Para poder observarse mejor, juegan al billar juntos.

También hay burgueses, capitalistas húngaros, aunque es difícil distinguirlos de los agitadores. Son igual de elegantes, también hablan húngaro y llevan carteras del mismo tamaño y capacidad. La única diferencia es que los burgueses no se atreven a cruzar la frontera y aguardan la caída de la dictadura de Béla Kun, mientras que los agitadores esperan que la dictadura del proletariado llegue a Austria.

También la Entente está representada por cuatro ingleses, suboficiales, que cobran cien coronas al día. Como sólo uno de ellos habla alemán, los cuatro andan todo el día juntos: comen lo mismo, beben lo mismo y compran las mismas cosas. Precisamente porque sólo uno habla alemán a los otros no les queda más remedio que acatar. Ya se sabe que es incómodo e impropio de un inglés hablar en exceso y gesticular. Los húngaros compensan con creces la parquedad inglesa: todos hablan alemán.

Hay que estar atento para evitar que en los comercios, cafés, hoteles, etcétera, nos cambien un billete de veinte coronas por billetes de dos coronas con números de serie que empiezan siempre por siete. Ese siete es siniestro: es la marca del dinero de Kun, es

decir, no tiene ningún valor. Lo mejor es endosárselo a algún viajero despistado de la Austria profunda, que siempre podrá usarlo para propinas.

Como ya he dicho, la situación en Brück resulta un poco inquietante. La gente se divide allí en dos categorías: los que llevan camisa azul y los que llevan camisa blanca. Los primeros son espías de la policía y los segundos agitadores comunistas. (A los locales se los distingue porque no usan cuello de camisa). De modo que el extranjero puede despertar muchas sospechas: o bien es un espía o un agitador, a menos que se quite el cuello de la camisa. Pero tarde o temprano lo detendrá el primer gendarme que pase y se acabarán sus preocupaciones.

¡Qué extraña ciudad! Cuando de noche traté de estirarme en la cama demasiado corta, soñé que me daba de narices con el guión, precisamente en el lugar donde se encontraba la Guardia Roja. De pronto me pareció oler el aroma de Béla Kun, me desperté sudando y no pude volver a pegar ojo.

Nunca iré a Brück sobre el Leitha. Desde que no se llama Bruck-Királyhida se ha vuelto un lugar un poco extremo. Y todo por un guión.

Lo lamento por el guión…

Der Neue Tag, 20 de julio de 1919

21

VIAJE POR GALITZIA PAISAJE Y PAISANAJE

Esta región tiene mala fama en la Europa occidental. A nuestra complacida y arrogante cultura le gusta asociar Galitzia con la miseria, la deshonestidad y los canallas. Pero por acertada que haya podido ser alguna vez la observación de que la Europa oriental era menos higiénica que la occidental, hacer hoy esta observación resulta trivial, y cualquiera que lo afirme dirá menos de la región que pretende describir que de su falta de originalidad. No obstante, Galitzia, uno de los grandes campos de batalla de la Gran Guerra, está lejos de haber sido rehabilitada. Ni siquiera lo han intentado quienes estiman que los campos de batalla son por sí mismos campos de honor. Ni siquiera lo han intentado pese a que los cadáveres de la Europa occidental cayeran en tierra de Galitzia, pese a que los huesos descompuestos de los soldados tiroleses, austríacos y alemanes hayan abonado los característicos campos de maíz de la región.

Kukuruza es el nombre de las mazorcas de maíz. Cuando están maduras, cuelgan de los techos de paja de las chozas de aldeano, como borlas naturales, grandes y amarillas, cubiertas de largos cabellos rubios. Con *kukuruz* se ceba a los cerdos, a los gansos y a los patos, y luego se los lleva al mercado. Los comerciantes judíos pobres de Galitzia sumergen las mazorcas de maíz en cacharros llenos de agua hirviendo, recorren las calles con esos frutos de la tierra cocidos para venderlos a otros judíos pobres que venden ropa vieja, trozos de cristal y papel de periódico. Así viven los

comerciantes de maíz de los vendedores de ropa vieja. Pero ¿de qué viven los vendedores de ropa vieja?

Ganarse la vida es difícil. Galitzia tiene que alimentar a más de ocho millones de habitantes. La tierra es rica, los habitantes, pobres. Son campesinos, comerciantes, pequeños artesanos, funcionarios, soldados, oficiales, banqueros, terratenientes. Hay demasiados comerciantes, demasiados funcionarios, demasiados soldados, demasiados oficiales. Y todos ellos viven de la única clase productiva: los campesinos.

Éstos son devotos, supersticiosos, temerosos. Profesan una tímida reverencia a los curas y tienen un respeto desmesurado por la «ciudad», de la que llegan extraños vehículos sin caballos, y funcionarios, judíos, señores, médicos, ingenieros, geómetras, o la electricidad, llamada *elektryka*; la ciudad a la que envían a sus hijas para que se hagan criadas o prostitutas; la ciudad en la que están los tribunales de justicia, los astutos abogados, de los que hay que guardarse, los ecuánimes jueces con sus togas detrás de cruces de metal bajo las coloridas imágenes del Salvador, en cuyo santo nombre se condena a los hombres a meses y años, cuando no a la horca; la ciudad a la que alimentan para poder vivir de ella, para poder comprar allí pañuelos de cabeza y delantales de colores, la ciudad de la que surgen las comisiones, los decretos, las ordenanzas y los periódicos.

Así era cuando reinaba el emperador Francisco José y así es hoy. Son otros uniformes, otras águilas, otras insignias. Pero las cosas esenciales no cambian. Entre ellas está el aire, el alma humana y Dios con todos los santos que habitan en su cielo y cuyas imágenes se alzan en las márgenes de los caminos.

Esas imágenes sagradas que hay entre las espigas de los extensos campos, en los bordes de los prados, en los claros del bosque, fueron destruidas en la Gran Guerra, acribilladas, mutiladas y luego otra vez levantadas, pintadas con inscripciones que muestran que el sacrificio de los campesinos fue tan grande como profunda su devoción. Pero no es así en todas partes. En un pueblecito de la Galitzia oriental todavía se alza un célebre Cristo

cuya cruz destrozaron los disparos, de forma que sólo quedó el Salvador de piedra, con los sangrantes pies clavados a un muñón de madera y los brazos muy abiertos ante la incomprensión de un Dios silencioso y de un mundo lleno de disparos; el Redentor crucificado sin la cruz; el simbólico resultado de los accidentes de guerra. Acertadamente, se decidió mantener el milagro tal cual. A su alrededor las trincheras van cerrándose lentamente.

Pero dejan unas horribles cicatrices, como una enfermedad que desfigurase la piel de la tierra. Trato de evitar los amables reportajes en los que se describe el panorama visto desde la ventana del tren y se ofrecen las satisfechas impresiones anotadas a vuela pluma. Pero no lo consigo. Mis ojos van de las muecas y gestos de los demás viajeros que conversan a la melancolía del monótono y vasto mundo exterior, la sutil tristeza de los cultivos donde brotaron los campos de batalla, y todo lo que comportaron. Ya puede haber junto a mí algún hombre extraño y típico hablando del mundo, de su mundo; aun así, no logro apartar los ojos de la pequeña estación.

Todas las estaciones son estrechas y pequeñas: consisten en un andén y dos raíles frente a éste. El andén parece un fragmento de carretera atrapado entre los campos. Como si se tratara de la concurrida esquina de la calle frente a la Bolsa, allí puede verse a los comerciantes judíos, de cabello negro o pelirrojos. No van a recibir ni a despedir a nadie, acuden a la estación porque forma parte de la profesión de un pequeño comerciante ir a la estación, ver el tren que llega y a quienes se apean de él, ya que el único tren del día es su conexión con el mundo: con él llega una parte del ruido del mundo y parte de los grandes negocios que se hacen por todo el orbe. El tren lleva periódicos alemanes de Viena, de Praga y de la Ostrava morava. Alguien lee en voz alta. Más tarde, los comerciantes regresan a casa charlando en grupitos por el camino que conecta la estación con la pequeña población, un camino a ambos lados del cual hay campos; a la derecha está la imagen de Cristo, a la izquierda un santo, y por en medio van los judíos con la cabeza baja, tratando de no rozar la cruz y de evitar la imagen del

santo, entre las Escila y Caribdis de la religión extraña y deliberadamente ignorada. El barro del camino los salpica.

Visto de lejos el barro brilla como plata sucia. De noche podrían tomarse las calles por ríos turbios en los que se refleja el cielo, la luna y las estrellas mil veces, distorsionados, como en un cristal muy sucio. Veinte veces al año echan piedras en el barro, grandes bloques de piedra, mortero y ladrillos de un marrón rojizo, y lo llaman grava. Pero al final el barro termina imponiéndose: se traga los bloques de piedra, el mortero, los ladrillos, y aunque su engañosa superficie imita una capa lisa y sólida, cordilleras enteras dormitan bajo el gorgoteo del agua, una cadena de montañas dolorosamente arrastrada a través de los desfiladeros. Muchos trenes de mercancías encallaron en esos caminos, la artillería pesada dejó profundos surcos, los caballos se hundían hasta la silla. Todavía lo recuerdo, lo vi con mis propios ojos: una vez tuve que hundir los pies en estos caminos y otros parecidos, hombre de carga entre animales de carga, y el barro nos engullía vivos como engulle la grava de las calles.

Igual que los ríos forman lagos en las montañas, la carretera se ensancha formando un mercado redondo. Ése es el lugar donde nació la ciudad, hija de la carretera. Hay leyes secretas que hacen que unas veces surjan pequeñas ciudades y otras pueblos, unas anchas y redondas, los otros estrechos y alargados. El mercado produce una aldea, y ésta una pequeña ciudad, nunca una urbe. La trayectoria de los lugares está tan predestinada como las de las personas.

Por lo visto, en esta región no se dan las condiciones para el desarrollo. Nada prospera, todo crece deformado. En ese rincón europeo maltratado y despreciado, el gótico sigue vivo. En algunos lugares todo parece irreal: familias que en verano viven de vender jugo de pepino y en invierno de rezar a los muertos; castillos encantados; niños descalzos que venden agua en las estaciones, agua para beber, nada más. En Lemberg un gran caballo de tiro se cayó por una alcantarilla abierta. Las alcantarillas de Lemberg no son más grandes, ni los caballos más pequeños, que en el resto de

Europa. Pero Dios deja que ocurran milagros: todos los domingos se supera a sí mismo.

El habitante de las pequeñas ciudades de Galitzia es distinto al de las pequeñas ciudades de la Europa occidental. Allí crece rodeado de comodidades, como la copa de vino que se toma por la mañana y la civilizada tertulia a la que acude por las noches. En cambio, en la pequeña ciudad de Galitzia no hay comodidades. Hasta los burgueses son allí una rareza. Todo favorece la excentricidad. El frenesí de las pequeñas ciudades de Galitzia no tiene nada que envidiar al de las metrópolis del mundo: hay un movimiento desenfrenado, aunque sin propósito discernible ni razón aparente.

Pero sobre la tierra llana sopla sin cesar un viento eternamente igual, casi imperceptible. A lo lejos pueden verse unas colinas azuladas, como presagios de los Cárpatos. Los cuervos vuelan en círculos sobre los bosques. Esta tierra siempre ha sido su casa, y desde la guerra han prosperado. No hay fábricas, ni publicidad, ni hollín. En los mercados se venden rústicas marionetas de madera, como en Europa hace doscientos años. ¿Acaso termina Europa en esta región?

No, no es así. La relación entre Europa y esta tierra medio marginada sigue viva e intacta. En las librerías vi las últimas novedades literarias de Inglaterra y Francia. Un viento de cultura lleva semillas a la tierra polaca. El influjo de Francia es el más evidente. Incluso algunas briznas consiguen caer en Alemania.

Galitzia se encuentra sumida en la soledad espiritual y, sin embargo, no está aislada; fue desterrada, pero no cercenada; es culturalmente más rica de lo que permiten sospechar su precario sistema de alcantarillado, el desorden y sus innumerables rarezas. Muchos la recuerdan de la guerra, pero en ese entonces su verdadera naturaleza quedó oculta. No era un país, era sólo un territorio lejano o cercano al frente. Pero Galitzia tiene su belleza, sus canciones, sus gentes y su encanto; el triste encanto de los lugares dejados al margen.

Frankfurter Zeitung, 20 de noviembre de 1924

22

LA CALIFORNIA POLACA

Querido amigo:

Acabo de visitar una de las regiones más interesantes de Europa. Me refiero a esa parte de la Pequeña Polonia donde se encuentran los famosos pozos petroleros. Como usted sabe, está al sur de la Galitzia central y en el borde septentrional de los Cárpatos, y su centro es la extrañísima ciudad de Borysław. En esta región se extrae petróleo desde mediados del siglo XIX. En una zona de unos quince kilómetros cuadrados se alzan las oscuras torres de perforación hechas de madera. Comparadas con las torres de perforación de Bakú, ésas me parecen menos crueles y en cierta medida menos perjudiciales para la superficie de la tierra. Porque la tierra de la zona petrolera del Cáucaso sufre la maldición que contrarresta la bendición que encierra en su seno. No hay nada verde allá, sólo un desierto de arena seca de un amarillo grisáceo y estanques de turbias aguas marrones que no parecen querer secarse nunca, aunque todo parezca condenado a secarse bajo el sol meridional. Aquí en Borysław, que llaman el «Bakú polaco», el sol es moderado, y las torres delgadas y desvencijadas que se multiplican por doquier todavía no son las únicas cosas que prosperan en la región. Siguen quedando bosques, que se resisten a hacer sitio a las torres de perforación, aunque, más que huir de ellas despavoridos, parecen rodearlas pacíficamente. La mirada pasa de los pozos vallados a las colinas verdes, a las que da cierta respetabilidad el simple hecho de pertenecer a la familia de los

Cárpatos. Y salvo por el polvo, que sin duda es hermano de la arena caucásica, sólo las torres recuerdan a Bakú.

Pero el polvo está allí, blanco y extraordinariamente espeso. Es como si no fuera el producto casual de los escombros y la materia muerta, sino un elemento como el agua, el fuego o la tierra, más próximo aún al viento, ante el que gira formando gruesos velos. Cubre como harina, talco o tiza la carretera, los vehículos y a los transeúntes, como si tuviera voluntad o intenciones propias. Cuando quema el sol, el polvo mantiene una relación muy especial con él, como si se ocupara de rematar su tarea. Y cuando llueve, se transforma en una masa de un color gris ceniza, húmeda y pegajosa, que forma charcos verdosos en las oquedades más pequeñas.

Así pues, en esa región se produce petróleo. Hace unos decenios Borysław era todavía un pueblo, hoy viven aquí treinta mil personas. Una sola calle—de unos seis kilómetros de largo—une tres localidades, y ya no es posible ver dónde termina y dónde comienza cada una. A lo largo de las casas hay una acera de madera, soportada por postes cortos y recios. Es imposible construir un pavimento normal, porque bajo la calle hay tuberías que llevan el petróleo a la estación. El nivel de la acera está tan elevado con respecto al suelo y a las casitas, que los peatones alcanzan o superan los tejados, e inclinándose un poco pueden asomarse a las ventanas para ver los interiores. Todas las casas son de madera. Sólo a veces una casa más grande de ladrillo, blanqueada y de aspecto pétreo, interrumpe la lamentable fila de viviendas torcidas, mohosas y desvencijadas. Todas surgieron de la noche a la mañana en la época en que el flujo de buscadores de nafta comenzó a desembocar allí. Podría pensarse que no fueron manos humanas las que ensamblaron apresuradamente esas tablas, sino que el aliento de la codicia hizo volar los materiales al azar, porque ninguna de esas improvisadas viviendas parece destinada al descanso de sus moradores, sino a mantener y exacerbar el insomnio de individuos inquietos. El rancio olor del petróleo, ese milagro pestilente, los llevó a ese lugar. La volubilidad de las leyes

subterráneas—ni siquiera predecibles para la geología—aumentó la tensión de los buscadores hasta convertirla en frenesí, y la posibilidad constante de estar apenas a trescientos metros de miles de millones debió de producir una embriaguez más intensa que la de poseer realmente una fortuna. Y aunque todos estuvieran sometidos a la imprevisibilidad de una lotería o una ruleta, ninguno se entregó al fatalismo de la espera, que preludia y suaviza la decepción. Aquí, en el lugar del que manaba el petróleo, todo el mundo creyó la locura de que, mediante el trabajo, era posible forzar al Destino, y el celo de cada cual magnificó el triste resultado convirtiéndolo en un desastre insoportable.

Al pequeño buscador de pozos sólo podía liberarlo del insoportable ciclo que lo llevaba de la esperanza al desánimo la poderosa mano de las «compañías». Podían comprar muchos terrenos al mismo tiempo y, con la relativa calma que es uno de los rasgos masculinos de la riqueza, soportar los caprichos del elemento subterráneo. Entre esos poderosos, a los que la paciencia no costaba nada y que podían sembrar rápidamente millones para cosechar despacio miles de millones, se metieron los especuladores medianos con sus créditos moderados y su consecuente moderado riesgo, y con ello aún asfixiaron más a los pequeños aventureros. Así que éstos fueron renunciando paulatinamente a sus sueños, pero conservaron sus chozas. Algunos inscribieron sus nombres encima de las puertas y comenzaron a comerciar con jabón, con cordones de zapatos, con cebollas, con cuero. Volvieron de las regiones tormentosas y trágicas del cazador de fortunas a la triste modestia del pequeño tendero. Entretanto, las cabañas, que habían sido construidas para vivir unos meses, permanecieron en pie muchos años y su destartalada provisionalidad se convirtió en una especie de color local característico. Parecen imágenes de estudio o vulgares ilustraciones de cubierta de libros de aventuras californianas, o simplemente alucinaciones. A mí, que conozco varias zonas industriales grandes, me parece que en ningún otro lugar los comercios tienen un aspecto tan fantástico. Allí el capitalismo se transforma en expresionismo.

Y, por lo visto, seguramente el lugar conservará su fantástico aspecto. La verdad es que la ciudad se mueve, y no sólo en sentido metafórico. A medida que algunos pozos viejos se secan, se abren otros nuevos, y la polvorienta carretera sigue al petróleo. Arrincona las casitas, da un giro en una curva y avanza aprisa para alcanzar el oro negro. Aunque en la propia Borysław y en Tustanowice la mayoría de los pozos estén secos, en Mraznica martillean ya noche y día las perforadoras. No puedo evitar pensar que esa carretera seguirá avanzando interminablemente, como una cinta larga, blanca y polvorienta elevándose y descendiendo, sinuosa o recta, provisional y sin embargo duradera, impredecible como la suerte de las personas y persistente como la humana ambición.

Debo admitir que la vista de esa gran ciudad que se compone principalmente de una gran carretera me hizo olvidar las leyes de su orden social. Por unas horas, la especulación y la codicia me parecieron elementales y casi misteriosas. Los rostros grotescos que tallan aquí la avaricia y el ambiente siempre tenso, en el que las catástrofes son una posibilidad constante de la noche a la mañana, despertaron más mi interés por su potencial literario que por las personas que vivían allí. El hecho de que también en aquel lugar hubiera obreros y empleados, contribuyentes y desempleados, quedaba oculto tras el aspecto novelesco de los individuos. La fantasía tenía más peso que la conciencia.

En cualquier caso, los trabajadores del petróleo están incomparablemente mejor que, por ejemplo, los mineros. Son especialistas, incluso en esos lugares. El sueldo medio de un peón es de nueve eslotis (es decir, cuatro marcos y medio) y la jornada, de ocho horas. Un capataz gana doce eslotis. Las condiciones de trabajo son relativamente buenas. Se trabaja en un espacio, si no al aire libre, sí aireado; el olor del petróleo no es en absoluto desagradable y, al parecer, incluso es sano para los pulmones. A los profanos, casi todos los instrumentos con que se perfora les parecen escandalosamente primitivos. Las perforadoras las mueven motores, mientras un hombre da vueltas en torno a una especie de cuenca con una barra de hierro horizontal en la mano. Por fácil que

parezca el movimiento y lo que hace con la barra, en realidad es un trabajo arduo. Los expertos dicen que el arte de este obrero consiste en adivinar el grado, es decir, en sentir la resistencia al taladro de los distintos tipos de terreno. En consecuencia, la mano del trabajador debe tener una sensibilidad muy desarrollada, ya que, en parte, sustituye la función del ojo, que en la obtención de petróleo queda excluido. Si algo obstruye el pozo, por ejemplo los restos de un tornillo, se recurre a ingeniosos medios para extraer el obstáculo, instrumentos que pueden llegar hasta las profundidades y tantear en la oscuridad. Estos trabajos recuerdan a los esfuerzos por extraer el corcho de algún recipiente de cuello estrecho. Para lograrlo pueden emplearse horas, meses, y mucho dinero.

¡Dinero, dinero, mucho dinero! Piense que una perforación hasta mil quinientos metros de profundidad cuesta unos noventa mil dólares. Conclusión: ni usted ni yo seremos jamás dueños de pozos. Es una lotería para quienes no necesitan ganar más dinero, es decir, para bancos y consorcios y multimillonarios estadounidenses. Allí, las personas que algún día experimentaron la sensación de ver brotar su fortuna del suelo ya han perdido la capacidad de que las ganancias materiales los hagan felices. Existe un cierto contraste entre, por una parte, la fabulosa forma en que la tierra prodiga tesoros y se generan acciones de los buscadores de pozos de petróleo y, por otra, la calma estoica con que esperan el milagro. Los buscadores de tesoros están muy lejos del lugar donde se produce el milagro de la naturaleza, viven en las metrópolis occidentales, y el hecho de estar tan lejos y ser poderosos, invisibles y casi impersonales, les confiere el aura divina de quien dirige los afanes de ingenieros y trabajadores con una misteriosa autoridad. La mayor parte de los pozos polacos está en manos de financieros extranjeros. Las fuerzas de trabajo las paga una caja que misteriosamente nunca se vacía. En algún lugar lejano, en las grandes bolsas internacionales, se compran y venden acciones, y todas las transacciones tienen lugar con arreglo a leyes desconocidas. Los astrónomos saben más de la aparición y desaparición de cuerpos celestes en el espacio que los

administradores y gestores de las petroleras de los cambios de propiedad de los pozos. Todo lo que pueden hacer los funcionarios públicos es esperar y echarse a temblar cuando llega a sus oídos el estruendo de las grandes tormentas de los mercados internacionales. Por ejemplo, hace poco tres grandes empresas, Fanto, Nafta y Dombrowa, fueron vendidas a un consorcio francés. Tres o cuatro señores se reunieron en París, sacaron sus plumas estilográficas y garrapatearon sus nombres bajo un contrato. Sin embargo, en Borysław y los alrededores perdieron su empleo quinientos trabajadores, y el hambre ya se asoma a sus ventanas y llama a sus puertas, porque en París un dios dijo: «¡Rentabilidad!». Y como era un dios francés—y no inglés, casualmente—motivos diplomáticos permitieron que los periódicos polacos pusieran el grito en el cielo y protestaran por la pérdida de empleos. Los escépticos afirman saber que a los nuevos propietarios sólo les interesa realizar una maniobra bursátil para vender las acciones a un alto precio, no la explotación de los pozos. Pero incluso los optimistas tienen claro que los dioses no son de fiar y son tan ajenos a la conciencia social como a sus empleados y obreros.

Partí de la región en un atardecer dorado y pacífico que no permitía sospechar lo que yace debajo de aquellas tierras. Los trabajadores regresaban a casa con la serenidad de los campesinos al regresar de la labor en el campo, y parecía que llevaran guadañas sobre los hombros, como sus abuelos tiempo atrás. Algunos mendigos se detenían junto a charcos de aguas turbias y recogían petróleo en latas. Eran los colegas de segunda del gran Dreyfus francés. No tienen acciones, sino cubos. Venden el poco petróleo que encuentran e iluminan con él sus provisionales chozas. Eso es todo lo que les ha concedido la pródiga naturaleza. Al resplandor del sol sus barracas torcidas, pardas y humildes parecen acurrucarse un poco más, empequeñecerse, como si quisieran desaparecer por completo. Mañana ya no estarán allí.

Confío, querido amigo, haber logrado que se dé una idea de la atmósfera de la California europea. Decidí describírsela para demostrarle que no sólo me unen a esa región sus encantos.

Siempre suyo,

J. R.
Frankfurter Zeitung, 29 de junio de 1928

23

HOTEL KOPRIVA

En P. se encuentra el Hotel Kopriva. Tiene ochenta habitaciones en dos pisos, y un recepcionista que también es camarero de piso y mozo de equipajes. Es menudo y enclenque, de modo que su aspecto no parece el más adecuado para un hotel de dos pisos y ochenta habitaciones. Acude a la estación a recoger a los huéspedes. Si la ciudad de P. tuviera la gran estación que le correspondería a una ciudad que alberga un hotel como el Kopriva, ni siquiera sería posible ver al recepcionista. Su visibilidad se debe enteramente a las reducidas dimensiones de la estación y a la ansiedad de los visitantes, que lo buscan atentamente puesto que necesitan un lugar donde dormir.

El Hotel Kopriva casi siempre está lleno. Sin embargo, casi siempre es posible encontrar habitación. Porque hay hoteles en los que la ley de la geometría de los cuerpos sólidos queda abolida por otra que reza: «Donde cabe uno caben dos». A esta ley debe el dueño del Hotel Kopriva su éxito, y también a que tiene el detalle de no mostrar sus magníficas habitaciones a los huéspedes hasta que se han registrado. En estas dos cosas, el Kopriva no tiene rival. Muchos directores de hotel deberían aprender de él: no hay reclamaciones si no hay forma de presentarlas y, puesto que tampoco existe nada como las quejas inaudibles, puede afirmarse que todos los huéspedes del Hotel Kopriva están satisfechos.

Otros hoteles poseen pomposos nombres como Imperial, Savoy, Gran Hotel, Hotel Central, París o Metropol. Pero este hotel tiene un

nombre sencillo y pintoresco: «Kopriva». Otros hoteles tienen ochenta u ochenta y pico habitaciones. Pero sólo el Hotel Kopriva cuenta con ciento veinte camas en las ochenta habitaciones, ¡porque cuarenta de las ochenta son «dobles»! No hay duda de que las habitaciones dobles son necesarias en las ciudades donde suelen alojarse los enamorados, u ocasionalmente los casados. Sin embargo, en la ciudad de P., y especialmente en el Hotel Kopriva, donde pernoctan casi exclusivamente viajeros solitarios que temen la competencia, las habitaciones dobles dan lugar a situaciones incómodas. La convicción de que uno no ronca se basa en la imposibilidad psicológica de oírse uno mismo roncar; y la creencia de que los demás roncan se basa tan sólo en una antigua superstición. Pero una objeción de mayor peso aún es el prejuicio de que las personas distinguidas duermen y deben dormir solas. De ahí que a menudo se repita esta escena:

—¡Yo duermo siempre solo! ¡Es una cuestión de principios!—dice un huésped.

—Pero ¿de quién son esas cosas? Le pregunté si había alguna cama libre ¡y no es cierto!—añade el otro.

—¿Cómo que no? ¡Aquí está su cama!—replica el recepcionista.

—¡No pienso pagar una habitación doble!

—¡Ni yo!

—¡La pagarán juntos!

—¡Ni hablar!—dicen los dos a un tiempo.

Pero el recepcionista, que sabe que la naturaleza humana es débil, dice:

—Muy bien, también está disponible la 76.

—¡Qué descaro, si no lo veo no lo creo!—responden los dos viajeros.

Y aunque podría pensarse que realmente sienten mutua antipatía, la osadía del portero que se ha atrevido a imaginarlos como compañeros de cama ha hecho mella: el hecho de resistirse a la idea los une.

—Esto… ¿ronca usted?—pregunta el primero.

—¡¿Roncar yo?!—exclama el otro.

—¡Yo tampoco ronco!

—No es nada personal, ¿sabe?, pero ¡no soporto los ronquidos!

—¡Lo mismo digo! Una vez que iba yo a…—Y a continuación cuenta la inevitable anécdota que forja amistades y crea vínculos.

Lo único peor que los ronquidos es el estridente gramófono. Abajo, en algún lugar del comedor, escupe marchas, valses y pasodobles con la inerte implacabilidad de la máquina. Y cuanto más lejos está uno del altavoz más claro, penetrante e insidioso resulta el sonido. Esa característica perfectamente demostrada de la física convence al insomne huésped de que cualquier escapatoria es imposible o ilusoria. El traumático acoso acústico en la habitación más remota del segundo piso es de una eficacia mucho mayor que en cualquiera de las habitaciones del primero. Sería más fácil dormir pegado al altavoz que en la aparente y engañosa lejanía.

De vez en cuando se celebran ferias en P., pero nunca es posible anticiparlas: se producen como las catástrofes naturales, como las tempestades, de repente. Y entonces el precio de las habitaciones sube, de hecho llega incluso a duplicarse. Además, las ferias son traicioneras: no hay el menor signo de ellas cuando uno llega de noche, de modo que queda atrapado en la feria como en una telaraña.

Miles de maletas con muestrarios pasan por el Hotel Kopriva. En las camas se acuestan representantes de todos los ramos. Se sientan a la única mesa larga que hay en el comedor. El viajante de juguetes con una expresión fúnebre parece más bien un vendedor de reliquias religiosas, pero lleva consigo algunas coloridas alegrías de la vida: jinetes rojos de madera; payasos amarillos; monos saltarines con tirantes; peonzas de colores; deshollinadores del tamaño de estatuillas de Tanagra; muñecas que parpadean; diablillos negros con lenguas de fuego; pequeños ábacos con cuentas de madera coloreadas que convierten las matemáticas en un juego de niños. Pese a todo, a su lado el vendedor de jabones parece feliz. Huele a almizcle, pachulí y polvos de tocador. El de artículos de papelería hace solitarios. El aspecto del vendedor de

plumas estilográficas es un poco anticuado, recuerda las plumas de ganso. El humo de tabaco flota suspendido bajo el techo. Y nadie tiene un minuto, todos están recién llegados y a punto de marcharse. En el Hotel Kopriva todo el mundo ha bajado aprisa de un tren y tiene que salir corriendo a buscar el siguiente. Sus ochenta habitaciones y sus ciento veinte camas se ocupan y desocupan constantemente. El Hotel Kopriva no existe, tan sólo lo parece. El gramófono va escaleras arriba y abajo. Las maletas con muestrarios vuelan. El encargado entra y sale de las habitaciones. El mozo acude corriendo a la estación. El recepcionista inscribe a seis huéspedes. El encargado es el camarero. El portero es el encargado. El camarero es el recepcionista. Los números de las habitaciones son horas de salida. El reloj es el horario de los trenes. Unas cintas elásticas invisibles atan a la estación a los huéspedes, que rebotan de un lado a otro. El gramófono suelta pitidos de tren. Ochenta son ciento veinte. Ciento veinte habitaciones pasan por ochenta camas.

Prager Tagblatt, 4 de diciembre de 1923

24

LA TODOPODEROSA POLICÍA

Al cabo de dos días el recepcionista de mi hotel romano me resulta desagradable. Su amabilidad profesional está teñida de esa curiosidad mal disimulada que delata al espía mediocre. No tiene madera de policía. Lleva veinte años en el sector de la hostelería—si algo de lo que cuenta es cierto—y ya era recepcionista de hotel cuando los extranjeros que visitaban Italia eran aún simples huéspedes en vez de individuos sospechosos para la policía. El cambio de régimen es algo que el extranjero percibe de inmediato en los recepcionistas de hotel, porque lo primero que hacen después de saludar es pedirte el pasaporte. Confieso que siento una profunda desconfianza hacia los Estados en cuyos hoteles hay que entregar el pasaporte. (Hay viajeros a los que les inquieta poco). Toda la hospitalidad tradicional de un país que vive desde hace muchos años del turismo y, según todas las apariencias, no podrá vivir sin él muchos años, me resulta sospechosa cuando el personal del hotel empieza a asumir funciones oficiales y me sustrae el pasaporte, es decir, mi libertad de movimiento, aunque sólo sea durante medio día. Pero este recepcionista no se limita a retirarme la documentación. Cuando le pido sellos de correos, se dedica a leer los nombres de mis destinatarios. Tanto le preocupa mi comodidad que no puede permitir que yo deposite mi correspondencia en el buzón que se encuentra a pocos pasos. Insiste en echar él las cartas. El resultado es que las cartas llegan uno o dos días más tarde de lo que deberían.

Tiene algunos amigos extraños este portero. Varias veces al día hay dos o tres hombres a su alrededor que sin duda no son huéspedes del hotel. Hombres curiosos que enmudecen por completo cuando me acerco a entregar la llave. Mientras me alejo, siento sus miradas en la nuca. A veces me encuentro en el café a algunos de los hombres a los que he oído callar con el recepcionista media hora antes. ¿A ese tipo no lo he visto antes? ¡Ajá!

Soy consciente de que hay viajeros que sólo tienen ojos para las ruinas y se olvidan de los espías. Pero como yo tengo una sensibilidad alimentada y desarrollada a fuerza de estancias en Estados policiales—es decir, Estados con una policía inquieta—, no hay suficientes monumentos de interés turístico que puedan distraerme de la agitada vida del espionaje.

Cuando visito al señor a quien mi amigo de Milán me ha recomendado, el conserje de la casa me escruta con la mirada. El señor al que voy a ver, comerciante y católico devoto, fue por algún tiempo sospechoso para la policía. Cuando salimos de la casa, saluda sonriendo y con una cortesía exagerada al conserje, al que de vez en cuando da propinas.

—Un hombre peligroso—dice mi anfitrión—. En cualquier momento puede denunciarme.

—¿Por qué?

—¡Por lo que sea!

Realmente no es posible saber por qué razón resulta sospechoso al conserje de la casa, confidente de la policía. El ciudadano vive en todo momento temiendo resultar sospechoso. La ley lo entrega sin más a la arbitrariedad de la policía. Permítanme hacer una breve digresión sobre la vulnerabilidad del ciudadano en la Italia actual.

Según las declaraciones del propio Mussolini (26 de mayo de 1927), en la Italia fascista hay sesenta mil gendarmes, quince mil policías y diez mil hombres de la milicia del ferrocarril, correos y telégrafos. A ellos se suma la milicia de fronteras y trescientos mil voluntarios de la milicia fascista para la «Seguridad Nacional».

La mera existencia de esas fuerzas armadas bastaría para coartar las libertades del ciudadano italiano, pero además existen las leyes fascistas, creadas para erradicarlas por completo.

El italiano no puede viajar en su propio país a menos que lleve consigo el carnet de identidad que expiden las autoridades policiales de su lugar de residencia. Sin él, no podrá alojarse en ningún hotel, ni siquiera podrán ingresarlo en ningún hospital. Viajar al extranjero es prácticamente imposible. Las autoridades no expiden pasaportes para el extranjero. A los que sorprenden tratando de atravesar las fronteras sin pasaporte les cae una multa de veinte mil liras y al menos tres años de cárcel.

Además, en Italia existe el concepto del ciudadano «indeseable». Tal ciudadano carece de libertades personales. La policía o los carabinieri lo vigilan continuamente y le indican cuándo puede salir de su vivienda. Una comisión de policía puede asignarle un lugar de residencia… en Italia o en las colonias. Su rutina, su trabajo, su sueño, su paseo diario, su descanso, todo lo decide exclusivamente la policía. La explicación que da Mussolini para justificar esta clase de medidas es la siguiente: «Aislamos a esos individuos de la sociedad normal como los médicos aíslan a los pacientes con enfermedades contagiosas».

De acuerdo con el símil del mismo dictador, podría pensarse que basta con aislar a los enfermos de antifascismo y dejar que los sanos hagan lo que quieran. ¡Pues no! ¡No basta! Todo acto público —científico, deportivo o incluso benéfico—debe comunicarse al prefecto de policía al menos con un mes de antelación. El prefecto puede aprobar el lugar y la hora o bien prohibir el acto. Una comisión lo asesora en su decisión. ¿Y quién forma parte de esa comisión? ¡El secretario de la liga fascista de la provincia en cuestión y, junto a él, el *Podestà* (el comandante de la guarnición)! Ni profesores, ni funcionarios, ni estudiantes universitarios o de instituto están autorizados a reunirse, ni siquiera con fines científicos. (Jamás existieron en la Rusia zarista, ni existen en la actual, leyes similares). Sin permiso de la policía no es posible celebrar ni siquiera un servicio en memoria de un difunto. La policía

tiene derecho a determinar la hora y el lugar de cualquier acto público. Y, como cualquiera imaginará, cuando la policía, por las razones que sea, no quiere o no puede prohibirlo, siempre tiene la opción de establecer que se realice a una hora y en un lugar que compliquen o imposibiliten su celebración.

Es comprensible que mi amigo tema a su conserje: las prácticas policiales lo han convertido en una especie de canal de información. La ley reconoce la existencia de ciudadanos «a los que la opinión pública considera indeseables», pero como los esbirros de esa ley no pueden entrar en las casas, escuchar y comprobar a conciencia el origen de la mala reputación, confían la tarea a los chismosos. Desde los tiempos de Metternich, los denunciantes han sido los ojos y los oídos de la policía.

El ciudadano italiano teme al vendedor de periódicos de la esquina, al tabaquero y al peluquero, al portero y al mendigo, al vecino del tranvía y al conductor. Y el tabaquero, el peluquero, el vecino del tranvía y el conductor se temen entre sí. El día de la llegada de Nobile, estaba en un café de Milán con este amigo italiano y para romper su apesadumbrado silencio, sin esperar ni siquiera una respuesta seria, le pregunté: «¿Qué le parece lo de Nobile?». De inmediato, me respondió: «No me interesa la política». «¿Quiere decir el Polo Norte?». «¡No!—insistió—. ¡La política!». Y acto seguido desplegó su periódico y se sumergió en la lectura de un artículo sobre maniobras militares.

Hojeando los discursos de Mussolini, un pasaje me llama la atención: «Podéis estar seguros de que, en el Estado fascista, todo ministro y todo secretario de Estado es ante todo un soldado. Van donde su líder los manda y se quedan donde yo les ordene que se queden». Al levantar la vista topo con un rostro harto conocido. A dos mesas de mí—con una suave corbata a rayas rojas y blancas, la cabeza, perfectamente peinada y engominada, inclinada hacia adelante para escuchar mejor, un delgado bastón apoyado en una silla junto a él, una mano de uñas rosadas y brillantes sobre el respaldo y una sonrisa de circunstancias que considera encantadora —se sienta uno de los amigos del recepcionista de mi hotel. Se ha

percatado de que conversamos en una lengua extranjera. ¡Qué momento más importante! Por dos liras y media se lo comunicará a la policía. ¡Es magnífico!

Frankfurter Zeitung, 2 de noviembre de 1928

25

DONDE EMPEZÓ LA GUERRA MUNDIAL

La guerra mundial empezó en Sarajevo un cálido domingo del verano de 1914, cuando yo era estudiante. Por la tarde fue a verme una chica, y en esa época las chicas se hacían trenzas. Llevaba en la mano un gran sombrero de paja amarillo y era como si hubiera venido a verme el verano, con el heno, los grillos y las amapolas. En el sombrero de paja llevaba la primera edición especial que veía, arrugada y terrible como un relámpago de papel. «¿Sabes lo que ha pasado?—me contó—. Han matado al heredero del trono. Mi padre, que estaba en el café, ha vuelto a casa. Pero ¿nosotros no nos vamos a quedar aquí, verdad?».

No logré adoptar una actitud tan seria como la del padre, que se había ido del café y regresado a casa. Nos subimos en la plataforma de un tranvía y fuimos hasta los suburbios, donde había un tramo en que la vía pasaba entre unos arbustos de jazmín. Avanzábamos, clin-clan, clin-clan, como un trineo en verano. La chica era azul celeste, suave, cercana, como aire fresco de la mañana, pero por la tarde. Me había traído la noticia de Sarajevo, y yo veía aquel nombre sobre ella como una humareda de un rojo oscuro suspendida sobre una niña inocente.

Año y medio más tarde—es curioso cuánto podía durar el amor en tiempos de paz—volvía a tenerla ante mí, en el andén de la estación de mercancías, rodeada de humo, mientras sonaba música sin parar, los vagones chirriaban, las locomotoras pitaban, mujeres menudas temblaban rodeando con los brazos, como coronas

marchitas, a hombres de verde, con sus uniformes que aún olían a nuevo; éramos una compañía de infantería, no sabíamos nuestro destino, aunque lo sospechábamos: Serbia. Seguramente los dos estábamos pensando en el siguiente domingo, en el telegrama, en Sarajevo. El padre de ella no había vuelto al café desde el día que mataron al heredero: ya descansaba en una fosa común.

Hoy, trece años después de aquel primer disparo, veo Sarajevo. Ahí está la ciudad inocente pero maldita, lamentable escenario de las catástrofes más espantosas, ¡intacta! No llovieron bombas, las casas siguen en pie, las chicas vuelven del colegio, aunque las trenzas ya han pasado de moda. Es la una de la tarde. El cielo es de un azul satinado. La estación a la que llegó el archiduque, con la muerte en los talones, está un poco apartada de la ciudad. A la izquierda hay una calle ancha, polvorienta, en parte asfaltada y en parte de gravilla, que lleva a la ciudad. Los árboles, muy frondosos, oscuros y polvorientos—vestigios de una época en que la calle aún no era avenida—salpican ambos lados. Viajo sentado en un amplio autobús, cortesía del hotel, que avanza por las calles a lo largo del muelle: pasamos frente a la esquina donde comenzó la guerra mundial. Nada ha cambiado. Busco huellas de sangre. Las han eliminado. Trece años, innumerables lluvias y millones de personas han borrado la sangre. Los chiquillos salen de los colegios; ¿les hablan de la guerra mundial?

La calle principal está muy tranquila. En su extremo superior hay un cementerio turco, flores de piedra en un jardincito para los difuntos. En su extremo inferior comienza el bazar oriental. Aproximadamente a la mitad se alzan, frente a frente, dos grandes hoteles, con sus terrazas. El viento se pasea indiferente entre los periódicos viejos y las hojas secas. Los camareros aguardan en las puertas, más para satisfacer su curiosidad que para contribuir al comercio turístico. Y los viejos policías apoyados en las paredes recuerdan la paz, la época de antes de la guerra. Uno, que lleva patillas, parece una aparición de los tiempos de la Monarquía Dual. Hombres muy ancianos, probablemente notarios jubilados, hablan el alemán militar de los tiempos austríacos. Un librero vende papel,

libros y revistas literarias, más bien por motivos simbólicos. Le compro un Maupassant (aunque también tiene algún título de Dekobra) para una noche en tren sin coche cama. Me cuentan que en Sarajevo ha disminuido el interés por la literatura. Sólo un maestro está suscrito a dos semanarios literarios. (¡Consuela saber que esos maestros existen!).

Por la noche llega el paseo de las hermosas y castas mujeres. Es el paseo de una ciudad de provincias. Las bellas mujeres van de dos en dos o de tres en tres, como novicias. Los caballeros saludan con el sombrero constantemente, y la gente se conoce tanto que me siento tres veces extranjero. Es como si estuviera viendo una película de época, pero casi preferiría que la gente no se conociera entre sí, que hubieran eliminado las escenas en que se saludan, para sentirme como un extraño entre extraños en la sala a oscuras y que sólo me asustaran los intervalos de luz radiante. Quizá debería ponerme a leer un periódico: a lo mejor alguna noticia del mundo que he dejado atrás explique el que tengo ante los ojos.

A las diez todo está tranquilo; al fondo de una callecita brilla la luz de un único bar: es una celebración familiar. Al otro lado del río, en la orilla turca, los tejados de las casas que trepan por las colinas forman terrazas, y las luces se disuelven en la niebla, como velas en la amplia escalera de un gran altar.

La ciudad tiene un teatro, una ópera, un museo, hospitales, juzgados, policías, todo lo que puede necesitar cualquier ciudad. ¿Cualquier ciudad? ¡Como si Sarajevo fuera una ciudad cualquiera! ¡Como si no hubiera comenzado en Sarajevo la mayor de todas las guerras! Todos los monumentos, todas las fosas comunes, todos los campos de batalla, los gases venenosos, los lisiados, los soldados desconocidos, todas las viudas de guerra: todo empezó aquí. No es que desee la destrucción de esta ciudad, naturalmente. En ella viven personas buenas y amables, mujeres hermosas, maravillosos niños inocentes, animales que agradecen estar vivos, como las mariposas que revolotean entre las lápidas del cementerio turco. Pero aun así, aquí empezó la guerra, el mundo fue destruido, y Sarajevo sigue en

pie. No debería ser una ciudad, debería ser un monumento a esos terribles recuerdos.

Frankfurter Zeitung, 3 de julio de 1927

26

LA TUMBA ABIERTA

En el noticiario de los cines puede verse al zar con la familia imperial en una de sus últimas apariciones en San Petersburgo: la zarina, su hijo, el sucesor al trono, toda la corte, el estricto cuerpo de guardias imperiales. A esa imagen sigue la grabación de la marcha del Primero de Mayo protagonizada por Trotski en Moscú. La distancia entre esos dos fragmentos de historia permite entender a la audiencia cuánto ha ocurrido.

Pero debería mostrarse al revés: primero las escenas de las multitudes rojas guiadas por un escritor sin formación militar y luego al último zar ruso con su familia. Después de la imagen del zar la pantalla debería quedar blanca, inmaculada y blanca como un sudario, y tendría que imponerse un silencio tan sepulcral que hiciera de la taiga siberiana un lugar estruendoso. Porque ni siquiera una pantalla ignorante e insensible puede mostrar sin estremecerse la imagen de esas personas acribilladas y rematadas diez veces, la visión de unos fantasmas que ya estaban muertos cuando fueron filmados todavía vivos y alegres, y a los que no pudo matarse cuando se los asesinó: lo que se extinguió con ellos no fue tanto la vida como una ilusión asombrosamente parecida a la vida. El último zar gobernó: ordenó destierros, ejecuciones, y permitió que se incendiara, se saqueara y se matara. Incluso existen filmaciones donde aparece. Pero, como demuestra la película, no vivió. Hasta los muertos tienen su propio aliento. Y éste parecía animar los cuerpos de los miembros de la familia del zar de un modo tan

convincente que cualquiera suponía que el príncipe, la princesa, la estricta guardia imperial y el pequeño sucesor al trono estaban todos vivos.

Primero aparece el zar. Lleva un traje profusamente bordado y cubierto de galones, una especie de uniforme de húsar, y su rostro descansa sobre una barba puntiaguda perfectamente alineada con la barbilla. Con los pesados párpados entornados como persianas, parece dirigir la mirada vidriosa hacia la cámara. Así debió de mirar al cañón del fusil pocos años más tarde. Los enérgicos andares del zar son en parte los de una marioneta y en parte los de un espectro. Cuando desaparece a la derecha de la pantalla, donde el blanco se funde con el negro, ni por un momento sientes que la película en la bobina del proyector situado a tu espalda haya terminado. Lo que estabas viendo se parecía más a la invocación de un espíritu en una sesión de espiritismo.

La zarina y todas las damas de la corte van vestidas como antes de la guerra, con grandes sombreros de amplias alas, curvadas hacia abajo delante y hacia arriba detrás, y sujetos con horquillas a los altos moños para que no se muevan. Llevan los sombreros inclinados, de modo que protegen un lado de la cara y dejan el otro descubierto, lo cual les da un aspecto audaz, aunque se trata de la audacia que dan los sombreros de ladrón en las fiestas de disfraces, la inútil coquetería de un aroma que quiere ser seductor pero sólo resulta rancio. Los vestidos son largos y cerrados hasta el cuello, y los senos, tan recatadamente cubiertos como realzados, trazan una línea curva bajo las capas de impenetrables telas. Tras las orejas, los cabellos bien tirantes.

Tales damas son aun más viejas y están más pasadas que los uniformes de húsar. La airosa comitiva de mujeres pasa veloz por delante de la cámara, y aunque todas van de blanco parecen llevar velos de luto.

La película dura apenas tres minutos. No es más que uno de los innumerables momentos horribles de la historia mundial que muestran a los soberanos en su medio. Pero éste lo captó casualmente una cámara de cine y lo legó a la posteridad. La

película está un poco deteriorada, las imágenes parpadean, pero uno duda de si son los estragos que el tiempo ha causado o las partículas de polvo naturales que forman una nube en torno a esas figuras que parecen vivas. Es la ilusión más atroz que ha proyectado jamás el cine: una danza de la muerte histórica, una tumba abierta que un día pareció un trono…

Frankfurter Zeitung, 31 de diciembre de 1925

27

SU IMPERIAL Y REAL APOSTÓLICA MAJESTAD (K. y K.)

Érase una vez un emperador (*Kaiser*) que era también rey (*König*). Una gran parte de mi infancia y mi juventud transcurrieron bajo el implacable resplandor de Su Majestad, del que hoy tengo derecho a hablar porque entonces me opuse con vehemencia a él. De los dos, el emperador y yo, he terminado teniendo razón yo (aunque podría haberme equivocado): él está enterrado en la Cripta de los Capuchinos bajo las ruinas de su corona, y yo, vivo, vago entre ellas. Ante la majestuosidad de su trágica muerte—que no su vida—mis convicciones políticas callan y se impone sólo mi recuerdo. Ningún estímulo exterior lo ha despertado; quizá ha sido sólo alguna de esas cosas escondidas, interiores y privadas que a veces hacen hablar a un escritor, sin preocuparse de si hay alguien escuchando.

Cuando lo enterraron, yo era uno de sus muchos soldados de la guarnición de Viena y estaba allí con mi nuevo uniforme gris de campaña que unas semanas más tarde llevaría para ir la guerra: era un simple eslabón de la larga cadena que se formaba en las calles. A la conmoción de comprender que se trataba de un día histórico se sumaba la pesarosa conciencia del final de una patria que había convertido a sus hijos en opositores. Aunque la seguía condenando, empecé a compadecerla. Y pese a calcular con amargura la proximidad de la muerte a la que me abocaba el difunto emperador, me conmovió la ceremonia con que se llevó a la tumba a Su Majestad (es decir, al Imperio austrohúngaro). Era plenamente

consciente de lo absurdos que habían sido los últimos años, pero asimismo aquel absurdo era una parte de mi infancia. El gélido sol de los Habsburgo desaparecía, pero al menos había sido un sol.

La noche en que volvimos a nuestros cuarteles en columna de a dos, mientras desfilaba por las calles principales recordé el día en que una devoción infantil me había llevado a buscar la proximidad física con el emperador, y lloré, pero no por la pérdida de la piedad, sino por la de aquellos días. Pero como la muerte del emperador ponía fin a mi patria y a mi infancia, lo lloré a él y a la patria como mi infancia. Desde aquella tarde he vuelto a pensar muchas veces en los días de verano en que iba a Schönbrunn a las seis de la mañana para ver al emperador marcharse de vacaciones a Bad Ischl. Ni la guerra, ni la Revolución, ni mis convicciones políticas lograron deteriorar o eclipsar el recuerdo de esas mañanas de verano, a las que debo mi apego a las ceremonias y mi respeto a las manifestaciones religiosas, al desfile del 9 de noviembre en la Plaza Roja del Kremlin, y en general a todo momento de la historia humana cuya belleza armonice con su grandeza, y a toda tradición que al menos confirme la existencia de un pasado.

Aquellas mañanas de verano solían caer en domingo y, como si obedecieran a un principio, no solía llover. Existía un servicio especial de tranvías. Muchas personas acudían convencidas ingenuamente de ir a despedirse. De un modo extraño los innumerables trinos de las alondras, lejanos y sonoros, se mezclaban con los pasos apresurados de cientos de personas. Caminaban a la sombra, puesto que el sol de primera hora apenas alcanzaba los segundos pisos de las casas y las copas de los árboles más altos. El suelo y las piedras todavía emanaban un frío húmedo, pero en el cielo ya se notaba el aire de verano, de forma que podía sentirse la primavera y el verano al mismo tiempo, y las dos estaciones se superponían en lugar de sucederse. El rocío aún relucía y empezaba a evaporarse, y en los jardines asomaban las lilas perfumando la brisa con vehemente frescura. El cielo era de un liso azul celeste. En el reloj de la torre daban las siete.

Entonces se abría un portal y un carruaje descubierto salía despacio, tirado por caballos blancos que doblaban mucho las patas marcando el paso, con la cabeza baja, guiados por el impertérrito cochero de librea gris y amarilla sentado en el alto pescante; llevaba tan sueltas las riendas, que colgaban suavemente sobre el lomo de los caballos, y resultaba incomprensible que los animales trotaran con tanto brío si parecían tener libertad para avanzar a su ritmo. Tampoco el látigo se movía: no era un instrumento de exhortación, y mucho menos de castigo. Empecé a sospechar que los poderes del cochero no se limitaban a sus manos, y que tenía otros medios aparte de las riendas y el látigo. Además, sus puños eran dos manchas de un blanco resplandeciente en mitad del verde sombrío de la avenida. Las grandes y elegantes ruedas—los frágiles radios recordaban brillantes batutas de director de orquesta, un juego de niños y la ilustración de un libro—completaban suavemente algunas vueltas sobre la gravilla, que permanecía silenciosa, como si fuera arena fina. Entonces el carruaje se detenía. Ningún caballo movía siquiera un casco, acaso alguna oreja, y hasta ese mínimo movimiento le parecía impropio al cochero. No es que reaccionara, pero la sombra lejana de una sombra lejana que ensombrecía su rostro me convenció de que el fastidio no era suyo sino de la atmósfera que lo rodeaba. Todo estaba en silencio. Sólo los mosquitos danzaban en las copas de los árboles, y el sol cada vez calentaba más el aire.

Los policías uniformados que hasta entonces habían estado presentes, desaparecían de pronto en silencio. Una de las órdenes fríamente calculadas del viejo emperador era que no se viera a oficiales armados cerca de él. La policía vestida de civil usaba gorras grises en lugar de verdes para evitar ser reconocida. Los miembros de la comitiva que llevaban sombreros de copa y galones negros y amarillos bastaban para mantener el orden y la estimación del pueblo de un modo mucho más decoroso. La multitud no se atrevía a mover un pie; a veces emitía un murmullo sofocado, como si susurrase a coro un homenaje. Sin embargo, se imponía una sensación de privilegiada intimidad. Porque el emperador tenía la

costumbre de partir de vacaciones sin pompa, a primera hora de la mañana, cuando más humano resultaba, a la hora en que acababa de levantarse de la cama, de tomar su baño y ataviarse. Por eso llevaba el cochero su librea de andar por casa, muy parecida a la del cochero de un hombre adinerado; por eso también era descubierto el carruaje, sin asiento atrás; y por eso tampoco había nadie en el pescante con el cochero mientras el coche no se movía. No era la ceremonia española de los Austrias, la ceremonia a pleno sol del mediodía español. Era la modesta ceremonia austríaca de un amanecer en Schönbrunn.

Pero precisamente por eso se apreciaba mejor su brillo, que parecía surgir del emperador mismo, no de las leyes que lo legitimaban. La suave luz permitía ver sin deslumbrar. Por decirlo de algún modo, podía verse el origen de esa luz, contemplar al emperador por la mañana, saliendo de vacaciones, en un carruaje descubierto y sin sirvientes, al emperador en privado, el lado humano de Su Majestad. Cualquier zapatero podía imaginar que le daba permiso al emperador para tomarse sus vacaciones. Y puesto que los súbditos se inclinan especialmente cuando creen estar ofreciendo algo a su señor, esa mañana el pueblo se mostraba más sumiso que nunca. Entre ellos y el emperador no se interponía ninguna solemnidad, así que cada cual inventaba su ceremonia íntima en su corazón, donde se reunía con el mismísimo emperador: nadie los había invitado a la corte, así que cada cual podía invitar al emperador a su trono.

De vez en cuando, se oía alzarse un rumor tímido y distante, como si la concurrencia no tuviera el coraje de hacerse oír y tan sólo indicase que podría dejarse oír. Hasta que de pronto parecía que el emperador había salido finalmente de palacio y creíamos oír cómo escuchaba en el patio a un niño declamando un poema dedicado a su persona. De la misma manera que lo primero que nos anuncia la llegada de una tormenta es el viento que se levanta, lo primero que notaba cualquiera al saber que se acercaba el emperador era el aroma de la gracia que precede siempre a las majestades. Un par de elegantes caballeros de la comitiva se adelantaban, y en su

nerviosismo leíamos, como si fuera un termómetro, lo que pasaba en lo más profundo de sus corazones.

Finalmente, las cabezas de los que estaban delante se descubrían despacio, y quienes estaban detrás se inquietaban de pronto. ¿Cómo? ¿Habían perdido el respeto? ¡De ningún modo! Sólo que la devoción se mezclaba con la curiosidad y todos buscaban con afán su objeto. De repente todo el mundo se movía un poco, hasta los disciplinados caballos agachaban las orejas, y entonces ocurría lo más increíble: el cochero fruncía los labios como un niño chupando un caramelo para indicarles a los caballos que no podían comportarse como la gente.

En ese momento llegaba realmente el emperador. Ahí estaba, anciano y encorvado, cansado de poemas y un poco abrumado, a esa hora de la mañana, por las interminables muestras de lealtad de sus súbditos, y quizá también un poco excitado por el viaje, en ese estado que en los periódicos llamaban «la juvenil frescura de Su Majestad y su agilidad», avanzando a paso lento, encorvado, casi a pasitos, mientras las espuelas tintineaban suavemente, con una gorra de oficial negra, un tanto polvorienta, de los tiempos de Radetzky, no más alta de cuatro dedos. Los tenientes jóvenes despreciaban el diseño de esa gorra. El emperador era el único miembro del Ejército que se atenía severamente a las normas, porque *era* emperador.

Iba envuelto en una vetusta capa con el forro de un rojo pálido. El sable que llevaba a un lado arrastraba un poco. Las botas altas, lustradas y pulidas, relucían como espejos oscuros, y veíamos también sus pantalones negros con las bandas rojas de general, un poco anchos, al estilo antiguo. Una y otra vez el emperador saludaba sonriendo y alzando la mano hasta el borde de su gorra. Tenía los ojos de quien no mira nada en particular y lo ve todo. Sus ojos describían un semicírculo, como el sol, y prodigaban rayos de gracia a todos los presentes.

Medio paso por detrás de Su Majestad iba el ayudante, casi tan viejo como él pero no tan cansado, más impaciente y probablemente muy nervioso, deseando que el emperador se sentara por fin en su

coche y las muestras de lealtad de los súbditos llegaran a su debido final. Y cuando el emperador se alejaba del carruaje, el ayudante—de no estar él allí, el emperador se habría perdido entre la multitud—susurraba al oído del emperador, que realmente lo escuchaba volviendo la cabeza casi imperceptiblemente. Finalmente, cuando ambos llegaban al carruaje, el emperador se sentaba y, sonriendo, saludaba en semicírculo. El ayudante pasaba por detrás del carruaje y también se sentaba. Sin embargo, antes de acomodarse, hacía un movimiento como para sentarse frente al emperador y podía verse claramente a Su Majestad hacerle sitio a su lado para animarlo. En ese instante aparecía un sirviente con una manta, que colocaba con cuidado sobre las piernas de los dos ancianos. El sirviente se volvía con rapidez y, como impulsado por un resorte, saltaba al pescante, junto al cochero. Era el lacayo personal del emperador, casi igual de viejo, pero ágil como un muchacho, porque servir lo rejuvenecía tanto como gobernar envejecía a su señor.

Cuando los caballos se ponían en marcha aún podía verse el brillo plateado de las blancas patillas del emperador. La multitud gritaba entonces «¡Viva!» y «¡Hurra!». Un año, una mujer se precipitó en ese momento hacia adelante y vimos revolotear un papel blanco hacia el carruaje, como un pájaro asustado. ¡Era una petición de clemencia! Inmovilizaron a la mujer, el carruaje se detuvo y, mientras policías de paisano se la llevaban sujetándola por los hombros, el emperador le sonrió, como para mitigar el dolor que la policía le causaba. Todo el mundo quedó convencido de que el emperador no sabía que la encarcelarían. Sin embargo, la llevaron a la comisaría, la interrogaron y la soltaron. Se atendería su petición. El emperador se lo debía a sí mismo.

El carruaje se había marchado. El ruido constante de los cascos se apagó entre el griterío de la multitud. El sol picaba y hacía un tórrido día de verano. Las campanas dieron las ocho. El cielo estaba de un azul celeste uniforme. Los tranvías tintineaban, los ruidos del mundo empezaban a despertar.

Frankfurter Zeitung, 6 de marzo de 1928

CUARTA PARTE

URSS

28

LOS EMIGRADOS ZARISTAS

Mucho antes de que pudiera pensarse en visitar la nueva Rusia, la vieja vino a visitarnos. Los emigrados traían el fuerte aroma de su patria, de la desolación, la sangre, la pobreza, de sus extraordinarios destinos románticos. Que hubieran vivido aquello, que los hubieran expulsado de sus cálidos hogares, que se hubieran convertido en vagabundos sin rumbo por el mundo, que hubieran descarrilado, encajaba con las estereotipadas nociones europeas de los rusos. Disponíamos de la vieja fórmula literaria que se aplicaba a cada accidente o exceso: así era «el alma rusa». Europa se había familiarizado con los cosacos de las varietés, con las exageradas bodas campesinas a través de las óperas, con los cantantes rusos y las balalaicas. Nunca comprendió (ni siquiera cuando los rusos aparecieron en nuestro país) que los novelistas franceses—los más conservadores del mundo—y los sentimentales lectores de Dostoievski habían convertido a los rusos en personajes cursis hechos de divinidad y bestialidad, alcohol y filosofía, hogareños samovares y baldías estepas asiáticas. ¡Por no hablar de la mujer rusa! Una especie de animal humano, llena de remordimientos y pasión adúltera, derrochadora y rebelde, mujer de literatos y fabricante de bombas. Cuanto más se prolongaba la emigración, más confirmaban los rusos la idea que teníamos de ellos. Nos halagaron asimilándose a nuestro cliché. Tal vez la sensación de representar un «papel» aliviaba su miseria. Era un papel mucho más soportable en la medida en que tenía prestigio literario. El príncipe

ruso que termina convertido en taxista parisino adquiere de inmediato una dimensión novelesca: su destino tal vez sea cruel, pero al menos es literario.

La anónima vida de los emigrantes se convirtió en una creación pública. Y entonces ellos mismos empezaron a exhibirse. Cientos de rusos fundaron teatros, coros, ballets y orquestas de balalaicas. Durante dos años todos resultaban novedosos, auténticos, asombrosos. Pero con el tiempo se volvieron redundantes y aburridos. Habían perdido el toque de su tierra natal, cada vez se alejaban más de Rusia (y Rusia de ellos). Europa ya había oído hablar de Meyerhold mientras ellos seguían vendiendo a Stanislavski. Los «pájaros azules» comenzaron a cantar en alemán, francés e inglés. Finalmente volaron a Estados Unidos y mudaron el plumaje.

Los emigrados se consideraban los únicos representantes legítimos de Rusia. A lo que se produjo en Rusia después de la Revolución lo tacharon de «antirruso», «judío» o «cosmopolita». Europa ya se había acostumbrado hacía tiempo a ver en Lenin a un representante de Rusia, pero los emigrados rusos seguían anclados en Nicolás II. La fidelidad con que se aferraban al pasado resultaba conmovedora, pero conspiraban contra la historia. Y además trivializaban su tragedia.

¡Ay, de algo tenían que vivir! Por eso aparecían en los hipódromos parisinos galopando como cosacos a lomos de caballos extranjeros, se paseaban por Montmartre disfrazados con cimitarras turcas, con cartucheras vacías y dagas oxidadas compradas en el rastro de Clignancourt, o se exhibían ante las puertas de establecimientos de dudosa reputación con gorros de auténticas pieles de gato para hacer creer que eran caucásicos curtidos de las orillas del Don, aunque en realidad vinieran de Volinia. Algunos, gracias a los pasaportes Nansen, consiguieron borrar sus huellas y se convirtieron en archiduques. La verdad es que a nadie le importaba. Todos sabían hacer oír su nostalgia y añoranza en las balalaicas, ponerse botas de piel negra con espuelas plateadas y bailar como cosacos sobre un solo pie. Yo vi a una princesa actuar

en un teatro de variedades de París. Interpretaba el papel de una novia radiante, y algunos vigilantes nocturnos de la rue Pigalle disfrazados de boyardos la flanqueaban; una catedral de cartón relucía al fondo, y de ella salió un pope con barba de algodón. Las joyas de cristal centelleaban al resplandor de un foco que hacía las veces de sol ruso, y la orquesta estremecía los corazones del público interpretando el *Canto de los remeros del Volga* con mucho sentimiento. Las demás nobles las interpretaban camareras de distintos bares: sus cuadernos para tomar nota colgaban de unas cadenitas de plata sujetas a sus delantales, pero mantenían las cabezas bien altas, como perfectas modelos de la dura tragedia del emigrado.

Otros, arruinados, se sentaban abatidos en los bancos de las Tullerías, los Jardines de Luxemburgo, el Prater vienés, el Tiergarten de Berlín, o en los bancos a orillas del Danubio en Budapest y en los cafés de Constantinopla. Mantenían contacto con los reaccionarios de los respectivos países de acogida. Allí sentados lloraban a sus hijos e hijas caídos, a sus mujeres desaparecidas—pero también un reloj de oro perdido, regalo de Alejandro III—. Muchos habían abandonado Rusia porque ya no podían soportar «la miseria del país». Conozco a judíos rusos a quienes Denikin y Petliura expropiaron hace unos años y que, no obstante, odian a muerte a Trotski, que no les ha hecho nada. Quieren recuperar sus certificados de bautismo falsos con los que se colaron humilde e indignamente en las grandes ciudades rusas.

En el pequeño hotel del Quartier Latin de París en que yo me alojaba, vivía uno de los célebres «príncipes» rusos, con su padre, su mujer, sus hijos y una *bonne*. El viejo príncipe seguía siendo una pieza auténtica. Se calentaba la sopa en un hornillo de alcohol, y aunque yo sabía que era antisemita y había sido un célebre terrateniente de los que explotaban a los campesinos, me resultaba conmovedor verlo arrastrase temblando en las húmedas noches de otoño: ya no era un ser humano, sino un símbolo, una hoja desgajada del árbol de la vida. En cambio, su hijo, educado en aquel país extranjero, mantenido por nobles más ricos y elegantemente

vestido con trajes confeccionados en las sastrerías parisinas, ¡qué distinto era! En la oficina de telégrafos pedía conferencias con antiguos guardias personales, enviaba a falsos y auténticos Romanov felicitaciones de cumpleaños, y dejaba en los casilleros de los hoteles cursis tarjetitas rosas para alguna que otra dama que se alojara en ellos. Iba a los congresos zaristas en automóvil y vivía en Francia como un diosecillo emigrado. Adivinos, popes, echadores de cartas y teósofos iban a verlo, todos los que conocían el futuro de Rusia y anticipaban el regreso de Catalina la Grande y de la troika, de las cacerías de osos y la kátorga, de los Rasputines y la servidumbre.

Todos se extraviaron. Perdieron su rusidad y su nobleza. Y como eso es lo que habían sido, nobles rusos, lo perdieron todo. Su propia tragedia se convirtió en una farsa, el gran drama se quedó sin héroes. La historia siguió implacable su amargo camino. Se nos cansaron los ojos de contemplar la miseria que tanto nos había deleitado. Parados frente a los últimos de esos emigrados, que no comprendían su propia catástrofe, sabíamos más de ellos que lo que podían contarnos, y cuando el tiempo nos tomó del brazo, crueles y, sin embargo, tristes, nos alejamos, dejando atrás a estas almas extraviadas.

Frankfurter Zeitung, 14 de septiembre de 1926

29

LA FRONTERA DE NIEGORELOYE

La frontera de Niegoreloye es una gran sala de madera por la que todos debemos pasar. Amables mozos de estación sacaron nuestras maletas del tren. Era una noche muy negra, hacía frío y llovía, por eso parecían tan amables los mozos. En cuanto los extranjeros llegamos a la frontera vinieron a ayudarnos con sus delantales blancos y sus fuertes brazos. Un funcionario autorizado ya se había llevado mi pasaporte en el tren, robándome mi identidad. Y así atravesé la frontera, sin ser enteramente yo. Habrían podido confundirme con cualquier otro viajero. Sin embargo, más tarde quedó claro que los inspectores de aduanas rusos no cometen errores. Más inteligentes que sus colegas de otros países, sabían cuál era el propósito de mi viaje.

Nos esperaban. La cálida luz amarillenta de las lámparas eléctricas iluminaba la sala de madera. En la mesa en la que se sentaba el inspector jefe había una acogedora lámpara de aceite que parecía un saludo amistoso de tiempos pasados. El reloj de la pared marcaba la hora europea, pero los viajeros, ansiosos por llegar a su destino, adelantaron sus relojes una hora: ya no eran las diez sino las once. A las doce teníamos que proseguir el viaje.

Éramos pocos viajeros pero muchas maletas. La mayoría de ellas pertenecían a un diplomático. De acuerdo con la legislación internacional, nadie las tocó. Tenían que llegar tan virginales a su destino como habían salido de su lugar de origen: contenían los llamados secretos de Estado. Pero ello no significaba que no

pudiera realizarse un cuidadoso registro de cada una de ellas, lo cual llevaba su tiempo. El diplomático tenía ocupados a los inspectores más eficientes. Y, entre tanto, el tiempo de la Europa oriental iba transcurriendo.

Fuera, en la noche oscura y húmeda, estaban preparando el tren ruso. Las locomotoras rusas no silban, sino que aúllan como las sirenas de los barcos, sonoras, alegres y oceánicas. Por la noche, al mirar por la ventanilla y oír la locomotora te sientes como si estuvieras en el mar. La sala se volvió casi acogedora. Las maletas comenzaron a abrirse y a despojarse de ropa, como si tuvieran calor. De los grandes baúles de un comerciante de Teherán salieron juguetes de madera, serpientes, gallinas y caballitos de balancín. Pequeños tentetiesos se columpiaban suavemente sobre las bases llenas de plomo: sus grotescos rostros de colores cobraban vida a la luz de la lámpara de aceite y, con las sombras de las agitadas manos de los funcionarios, parecían cambiar de expresión, sonreír, reír o llorar. Los juguetes eran depositados en una báscula de cocina, se los pesaba y regresaban a la mesa, donde los envolvían de nuevo en su papel crepé. De la maleta de una joven guapa y un tanto desesperada salieron tiras de seda de colores brillantes, como un arcoíris descompuesto. Luego siguió la lana, que por fin se expandió y respiró, consciente de su libertad tras largos días de una existencia constreñida y sin aire. Un par de delicados zapatos de tiras plateadas asomaron bajo el papel de periódico que debía ocultarlos, la página cuatro de *Le Matin*. Unos guantes con puños adornados escaparon de un pequeño ataúd de cartón. Y finalmente salieron los pañuelos de bolsillo, las prendas de ropa interior y de noche, todas tan menudas que apenas cubrían la mano del inspector. Todos los atractivos accesorios de un mundo rico, todas esas naderías satinadas o brillantes, yacían allí, fuera de lugar y triplemente inútiles en aquella sala de madera oscura, bajo las pesadas vigas de roble y los severos carteles de letras angulosas como hachas afiladas, en aquel ambiente donde se mezclaban los olores de la resina, el cuero y el aceite de la lámpara. Sobre la mesa descansan botellas alargadas y cuadradas llenas de líquidos de

color verde esmeralda o ámbar, estuches de manicura de piel abiertos descubriendo sus relucientes tesoros y diminutas pantuflas femeninas.

Nunca había presenciado una inspección tan detallada, ni siquiera en los primeros años de postguerra, la época dorada de los inspectores. Todo indicaba que no era una frontera entre un país y otro, sino entre un mundo y otro. El inspector de aduanas proletario —el más experto del mundo: ¡cuántas veces había tenido él que ocultar algo y había logrado salirse con la suya!—examinaba a ciudadanos de países neutrales e incluso amigos, pero miembros de una clase enemiga. Eran comerciantes y distribuidores, embajadores del capital. Viajaban a Rusia llamados por el Estado, pero eran enemigos del proletariado. El inspector de aduanas sabía que esos mercaderes acudían a su país para sembrar en las tiendas hojas de pedidos de las que brotaban luego en los escaparates las mercancías maravillosas, caras e inalcanzables para el proletariado. Primero examinaba los rostros y después las maletas. Reconocía a los que volvían a casa aunque lo hicieran con nuevos pasaportes polacos, serbios o persas.

Bien entrada la noche, los viajeros seguían de pie en los pasillos del tren, tratando de reponerse del susto del control de aduanas. Se contaban unos a otros lo que llevaban, lo que habían declarado y lo que era de contrabando. Tenían tema de conversación para varias largas veladas de invierno en Rusia. Hasta sus nietos terminarán escuchando sus historias.

Sus nietos las escucharán, y al hacerlo descubrirán el extraño y confuso aspecto de esta época, encerrada en sus propias fronteras, de niños desconcertados, inspectores de aduanas de los rojos y viajeros de los blancos, falsos persas, soldados del Ejército Rojo con abrigos largos hasta el suelo, húmedas noches en Niegoreloye, jadeos de los porteadores cargados de equipajes pesados. Está claro, esa frontera tiene un significado histórico. Lo sentí en el momento en que la ronca sirena lanzó un fuerte aullido y nos adentramos en la oscura e inmensa región que se extendía ante nosotros.

Frankfurter Zeitung, 21 de septiembre de 1926

30

POR EL VOLGA HASTA ASTRACÁN

El vapor del Volga que va de Nizhni Nóvgorod a Astracán, blanco y festivo como un domingo, está anclado en el puerto. Un hombre agita una campanilla asombrosamente ruidosa. Los estibadores, que sólo llevan pantalones y una correa de cuero, como luchadores, van de un lado a otro del muelle de madera. Son las diez de una mañana clara. Sopla un viento ligero. Parece como si un nuevo circo acabara de acampar a las afueras de la ciudad.

El vapor del Volga lleva el nombre de un famoso héroe de la Revolución rusa y tiene cuatro clases de pasajeros. En la primera viajan los nuevos ciudadanos de Rusia, los hombres de la Nueva Política Económica, que van de vacaciones al Cáucaso y a Crimea. En el comedor, a la escasa sombra de una palmera, comen frente al retrato del famoso héroe de la Revolución colgado sobre la puerta. Las jóvenes hijas de los camaradas tocan el estridente piano, que suena como cucharillas de metal contra vasos de té. Los padres juegan al sesenta y seis y se quejan del Gobierno. Algunas madres tienen clara preferencia por los pañuelos de color naranja. El camarero no tiene conciencia de clase: ya era camarero cuando los barcos de vapor tenían nombres de archiduques. Una propina da a su rostro tal expresión de reverencia que cualquiera olvida la Revolución.

La cuarta clase se encuentra muy abajo. Sus pasajeros arrastran bultos pesados, cestos baratos, instrumentos musicales y aperos de labranza. Todas los pueblos que viven junto al Volga y más allá, en

la estepa y el Cáucaso, están aquí representadas: chuvasios, chuvanos, gitanos, judíos, alemanes, polacos, rusos, cosacos, kirguises. Hay católicos, ortodoxos, mahometanos, lamaístas, paganos, protestantes, ancianos, padres, madres, jóvenes y niños. Aquí hay campesinos modestos, artesanos pobres, músicos y vendedores ambulantes, piratas tuertos, limpiabotas imberbes y niños sin hogar—los *besprizornye*, que viven del aire y la desgracia —. Todos duermen en literas de madera. Comen calabaza, despiojan a sus hijos o les dan el pecho, lavan pañales, preparan té y tocan la balalaica y la armónica.

Durante el día ese estrecho espacio es vergonzosamente ruidoso e indigno. De noche, sin embargo, infunde algo parecido al respeto: así de sagrada luce la pobreza al dormir. Todos los rostros expresan el auténtico patetismo de la ingenuidad, todos son como puertas abiertas a través de las que pueden verse almas inmaculadas y claras. Manos confusas tratan de ahuyentar las molestas luces de las lámparas como si de moscas se tratara. Los hombres hunden los rostros en los cabellos de sus mujeres, los campesinos se aferran a sus mayales y los niños a sus muñecos miserables. Las lámparas se mueven al ritmo constante del motor de vapor. Muchachas de mejillas sonrosadas con la boca entreabierta dejan ver sus dientes blancos y sanos. Una gran paz reina sobre el pobre mundo y—al menos mientras duerme—la humanidad parece completamente pacífica.

Pero en el vapor del Volga no sólo están separados los ricos de los pobres. Entre los pasajeros de cuarta clase hay campesinos ricos, y entre los de primera clase, comerciantes que no son necesariamente ricos. El campesino ruso prefiere la cuarta clase, no sólo porque es más barata, sino porque se siente más como en casa. La Revolución puede haberlo liberado de la sumisión al «señor», pero no del respeto a los objetos. En un restaurante donde suena el estridente piano el campesino no puede comerse su calabaza a gusto. Durante unos meses todos viajaron en todas las clases. Pero al poco tiempo se separaron, casi voluntariamente.

—¿Ve lo que ha conseguido la Revolución?—me dijo un estadounidense en el barco—. ¡Los pobres se apiñan abajo y los ricos juegan arriba al sesenta y seis!

—Sin embargo, ¡es lo único que pueden hacer sin temor a represalias!—respondí—. El más pobre de los limpiabotas de cuarta clase sabe que podría reunirse con nosotros si quisiera. Precisamente eso es lo que temen los ricos de la Nueva Política Económica. En este barco «arriba» y «abajo» ya no simbolizan nada, son términos meramente descriptivos. Quizá algún día vuelvan a simbolizar algo.

—No lo dude—dijo el estadounidense.

El cielo sobre el Volga es bajo, liso y está salpicado de nubes inmóviles. A ambas orillas, tierra adentro, es posible ver cada árbol, cada ave que alza el vuelo, cada animal que pasta a lo lejos. Los bosques parecen formaciones artificiales. Todo tiende a extenderse y dispersarse. Grandes distancias separan pueblos, ciudades y gentes. Hay granjas, cabañas y tiendas de nómadas rodeadas de soledad. Las muchas tribus de la región no se mezclan. Incluso quienes se establecen en algún lugar siguen vagando toda su vida. Esta tierra da la sensación de libertad que a nosotros nos suele dar el agua y el aire; ni siquiera las aves querrían volar si pudieran caminar. El hombre se desliza sobre la tierra como si fuera un cielo, alegre y sin rumbo, surcando los campos.

El río es como la tierra: ancho, interminablemente largo (desde Nizhni Nóvgorod hasta Astracán hay más de dos mil kilómetros) y fluye muy lento. Sólo al cabo de mucho navegar aparecen en sus orillas las «colinas del Volga», una especie de cubos bajos que ofrecen al río su cara rocosa. Parecen estar allí sólo para romper la monotonía del paisaje, como si Dios las hubiera creado en un caprichoso momento de recreo. Detrás de ellas se extiende la llanura sin límites, que empuja el horizonte más y más lejos, hasta la estepa.

El poderoso aliento de la llanura cubre las colinas y el río. Notas la amargura de la infinitud en la boca. Ante las colinas y este mar sin

orillas, te sientes perdido y amenazado. Tal vez al contemplar las grandes llanuras el ser humano se sienta perdido, pero, en alguna medida, lo consuelan: puede que no sea más que una brizna de hierba, pero se siente parte de ella; es como el niño que se despierta temprano una mañana de verano, cuando todos siguen durmiendo. Así, ante el silencio infinito uno se siente perdido y seguro a un tiempo. El zumbido de una mosca o el sonido del péndulo del reloj al marcar las horas producen el mismo efecto de triste consuelo que la llanura ilimitada.

Nos detenemos ante pueblos cuyas casas son de madera y arcilla, techados con tejas y paja. A veces, la cúpula de una iglesia destaca, maternal, en medio de sus hijas, las cabañas. Otras veces, la iglesia está a la cabeza de una larga hilera de cabañas y sobre la cúpula tiene una torre fina, afilada y larga como una bayoneta francesa. Parece el comandante armado que guía a su pueblo errante.

Kazán, la capital de los tártaros, se alza ante nosotros. Los coloridos toldos de los puestos del mercado se amontonan en la orilla. Las ventanas abiertas de las casas parecen banderas de cristal. Se oye el traqueteo de los carruajes, las cúpulas doradas resplandecen bajo los primeros rayos de sol.

Una carretera comarcal lleva del puerto a Kazán. La carretera está completamente inundada, ayer llovió. En la ciudad se han formado estanques calmos en cuyo fondo apenas se distingue el pavimento. Los letreros de las calles y los nombres de las tiendas están salpicados de barro y son ilegibles, doblemente ilegibles porque están escritos en parte en antiguo turco-tártaro. Además, los tártaros prefieren sentarse delante de sus tiendas y anunciar a los transeúntes sus mercancías. Tienen reputación de ser hábiles vendedores. Se los distingue por la perilla negra. Desde la Revolución, el analfabetismo que antaño era tan habitual entre las clases populares se ha reducido un veinticinco por ciento, de modo que hoy son muchos los que pueden leer y escribir. En las librerías hay obras tártaras, los vendedores de periódicos anuncian

periódicos tártaros, y hay funcionarios tártaros detrás de las ventanillas de correos. Uno me contó que los tártaros eran el pueblo más valiente del mundo. Cuando, maliciosamente, le respondí: «Pero están mezclados con los finlandeses», se ofendió bastante. Con excepción de los dueños de restaurantes y los vendedores, todo el mundo está contento con el gobierno. En la guerra civil, los campesinos tártaros lucharon a veces con los rojos y otras con los blancos. A menudo no sabían de qué iba el conflicto. Hoy, todos los pueblos de las provincias de Kazán están politizados. Los jóvenes pertenecen a las organizaciones del Komsomol. Como en la mayoría de pueblos musulmanes de Rusia, también entre los tártaros la religión es más una costumbre que una fe. De modo que la Revolución, más que suprimir algo necesario para estos pueblos, ha destruido una costumbre. En esta región, los campesinos pobres están tan contentos como en todas las demás provincias del Volga; y los campesinos ricos, que tanto han perdido, están tan descontentos como en el resto del país, como los alemanes de Pokrovsk, o los campesinos de Stalingrado y de Sarátov.

Los pueblos del Volga—a excepción de los alemanes—proporcionan al Partido los más fieles seguidores jóvenes. En las provincias del Volga, el entusiasmo político viene con más frecuencia del campo que del proletariado de las ciudades. Muchos pueblos de esta región estaban completamente aislados de la cultura. Los chuvasios, por ejemplo, siguen siendo hoy secretamente «paganos»: rezan a ídolos y les hacen ofrendas. Para el ingenuo de un pueblo del Volga, el comunismo es civilización. Para el joven chuvasio, los cuarteles municipales del Ejército Rojo en la ciudad son un palacio, y el palacio—al que también tienen acceso—, el séptimo cielo. La electricidad, los periódicos, la radio, los libros, la tinta, la máquina de escribir, el cine y el teatro, es decir, todo lo que tanto nos hastía a nosotros, anima y renueva al hombre primitivo. Todo lo ha hecho «el Partido». No sólo derrocó a los grandes señores, sino que además inventó el teléfono y el alfabeto. Ha enseñado a los hombres a sentirse orgullosos de su pueblo, de su insignificancia y hasta de su pobreza. Ha convertido su modesto

pasado en un mérito. La instintiva desconfianza del campesino termina cediendo ante la multitud de prodigios. Como su sentido crítico está lejos de haber despertado, se convierte en un fanático de la nueva fe. El puro éxtasis suple con creces el «sentimiento colectivista» del que carece el campesino.

Las *ciudades* del Volga son las más tristes que he visto jamás. Me recuerdan las ciudades destrozadas en el frente de Francia. Durante la guerra civil los rojos quemaron las casas, y luego sus ruinas vieron galopar a los hambrientos jinetes blancos por las calles.

Las personas murieron cien, mil veces. Comieron gatos, perros, ratas y a sus propios hijos famélicos. Se mordieron las manos para beber su propia sangre. Escarbaron la tierra buscando gruesos gusanos y cal blanca, que tanto se parecía al queso: dos horas después de comerla, morían entre tormentos. ¡Que esas ciudades sigan vivas! ¡Que la gente regatee y venda manzanas, que tenga hijos! Ya crece una generación que no conoce el terror, ya se alzan andamios llenos de carpinteros y albañiles que se afanan en nuevas construcciones.

No me extraña que la belleza de esas ciudades sólo se aprecie de lejos y desde lo alto: en Samara una cabra me impidió entrar en el hotel, en mi habitación de Stalingrado cayó un aguacero, y las servilletas son coloridos trozos de papel de envolver. ¡Si se pudiera pasear por los hermosos tejados en vez de tener que hacerlo por el pavimento lleno de baches!

En todas las ciudades del Volga topas con las mismas cosas: en todas partes los comerciantes están descontentos, los trabajadores son optimistas pero están cansados, los camareros son respetuosos e informales, los porteros, humildes, los limpiabotas, obsequiosos. Y en todas partes los jóvenes son revolucionarios (también la mitad de los jóvenes de la burguesía forma parte de las organizaciones pioneras y del Komsomol).

Por lo demás, el trato de la gente depende de mi atuendo. Si me pongo botas y no llevo corbata, la vida se hace de repente fantásticamente barata: me toman por un refugiado político extranjero que vive en Rusia y la fruta cuesta unos kopeks, un trayecto en *droshka*—así llaman al faetón—medio rublo, me llaman «camarada», los camareros tienen conciencia proletaria y no esperan propina, los limpiabotas se conforman con diez kopeks, los vendedores no se quejan de su situación y en la estafeta los campesinos me piden que escriba direcciones en sus cartas «con buena caligrafía». Pero cuando me pongo corbata ¡qué caro es el mundo!: me llaman *grashdanin* (‘ciudadano’) y también, tímidamente, *gospodin* (‘señor’); los mendigos alemanes que me piden limosna me dicen «señor compatriota»; los comerciantes empiezan a quejarse de los impuestos; el cochero espera un rublo; el camarero del coche restaurante me cuenta que ha estudiado comercio y afirma que en realidad es «un poco intelectual», cosa que me demuestra cobrándome veinte kopeks de más; un antisemita me confiesa que, con la Revolución, sólo han salido ganando los judíos, ya que ahora hasta se les permite vivir en Moscú; un tipo que quiere impresionarme me cuenta que en la guerra era oficial y lo hicieron prisionero en Magdeburgo; otro, representante de la Nueva Política Económica, me advierte de que «¡No podrá verlo todo aquí!».

Estoy convencido de que en Rusia veo tanto o tan poco como en cualquier otro país extranjero. Pero en ningún país me han tratado con tanta naturalidad y generosidad como en éste. Se me permite entrar en oficinas, tribunales, hospitales, escuelas, cuarteles, comisarías o cárceles, y hablar con oficiales y profesores universitarios. Los ciudadanos de clase media critican más ruidosa y abiertamente de lo que suele gustarle escuchar al visitante. Pero también he hablado con soldados y comandantes de regimiento del Ejército Rojo, en todas las tabernas, sobre la guerra, el pacifismo, la literatura y el armamento. En otros países hablar de estas cosas es peligroso. Seguramente la policía secreta es tan discreta que ni siquiera reparo en ella.

Los famosos remeros del Volga siguen cantando sus míticos cantos. En los cabarés rusos de Occidente los *burlaki*, que así se llaman, aparecen bajo focos violáceos tocando el violín en *pizzicato*. Pero los auténticos *burlaki* son más tristes de lo que sus representantes occidentales dan a entender. Aunque sean efectivamente muy pintorescos, su canto es desgarrador.

Probablemente sean los hombres más fuertes de nuestra época. Cada uno de ellos puede cargar sobre los hombros doscientos cuarenta kilos, levantar cien kilos del suelo, partir una nuez y sostener un remo con dos dedos, o comerse tres calabazas en cuarenta y cinco minutos. Con su inconfundible correa de cuero, parecen estatuas de bronce cubiertas de piel humana. Cobran relativamente bien, de cuatro a seis rublos. Son fuertes, sanos y viven libres en el río. Pero nunca los he visto reír, como si no tuvieran capacidad de divertirse. Se limitan a beber aguardiente y el alcohol aniquila a esos gigantes. Desde que se usa el Volga para el transporte de mercancías han vivido aquí los remeros más fuertes, y todos han bebido. Hoy surcan el Volga más de doscientos vapores y mil doscientas barcazas, lo cual supone un total de casi dos millones de toneladas. Pero los remeros siguen sustituyendo a las grúas como hace doscientos años. Su canto no sale de sus gargantas, sino de las remotas profundidades de sus corazones, donde el canto y el destino se entretejen: cantan como condenados a muerte. Nunca se liberarán estos cantores de su atuendo de trabajo ni del alcohol. ¡El trabajo es una bendición! ¡Todo hombre es una grúa!

Pocas veces he logrado escuchar una canción entera, sólo estrofas aisladas, unos pocos compases. La música es una ayuda mecánica, funciona como una palanca: hay canciones para cuando tiran de un cabo, cuando levantan la carga, cuando la bajan. Las letras son antiguas y primitivas. He oído distintas letras para la misma melodía: hablan de lo dura que es la vida y lo fácil que es la muerte, de mil tipos de tartas, y de las mujeres y el amor. Pero en cuanto la espalda está cargada se interrumpe la canción: entonces todo hombre es una grúa.

Como me resultaba imposible volver al comedor donde sonaba el estridente piano y los hombres jugaban al sesenta y seis, he decidido abandonar el vapor. Viajo sentado en una embarcación diminuta. Dos remeros duermen apaciblemente sobre un montón adujado de cabos gruesos. Dentro de cuatro o cinco días estaremos en Astracán. El capitán ha enviado a su mujer a la cama. Él es toda su tripulación. Se ha puesto a preparar un *schaschlik*. Probablemente el pincho de carne estará grasiento y duro, pero tendré que comérmelo con él…

Antes de que me levante, el estadounidense traza con el índice un gran círculo, señala la tierra caliza y la arena de la orilla, y dice:

—¡Cuántos materiales valiosos hay aquí que no se utilizan! ¡Qué playa para reposar o para los enfermos! ¡Qué arena! ¡Si todas estas maravillas del Volga estuvieran en algún rincón del mundo civilizado…!

—Si el Volga estuviera en el mundo civilizado habría montones de fábricas echando humo, embarcaciones de motor, oscuras grúas trajinando mercancías; la gente enfermaría e iría a recuperarse en las orillas de arena a tres kilómetros, y sin duda no sería un desierto. A una distancia determinada, higiénica, de las grúas, habría montones de restaurantes y cafés, con terrazas al aire libre. Las bandas de música tocarían el *Canto de los remeros del Volga* y hasta sonaría un elegante charlestón del Volga, con letra de Arthur Rebner y Fritz Grünbaum.

—¡Ah, un charlestón!—exclamó entusiasmado el estadounidense.

Frankfurter Zeitung, 5 de octubre de 1926

31

LAS MARAVILLAS DE ASTRACÁN

En Astracán hay mucha gente que se dedica a la pesca y el comercio de caviar. El olor de esas actividades impregna la ciudad entera. Se aconseja evitar la ciudad a quien no está obligado a ir. Y quien va a parar a Astracán no se queda mucho tiempo. Entre las especialidades de la ciudad se encuentran las famosas pieles de astracán, los gorros de piel de cordero y las «pieles persas» de un color gris plateado. Los peleteros tienen mucho que hacer. Tanto en verano como en invierno (aquí los inviernos también son cálidos) los rusos, los kalmukos y los kirguises llevan pieles.

Me cuentan que antes de la Revolución vivían en Astracán personas adineradas; como me cuesta creerlo, me muestran sus casas, muchas de ellas destruidas en la guerra civil. Por las ruinas es posible advertir que eran ostentosas y de dudoso gusto. De todas las cualidades de un edificio, la ostentosidad es la que más perdura, y hasta el último ladrillo delata el alarde. Los constructores huyeron, viven en el extranjero. No es extraño que comerciaran con caviar, pero ¿por qué vivían en este lugar, donde se produce caviar (negro, azul y blanco) y el pescado apesta despiadadamente?

En Astracán hay un pequeño parque con un pabellón en el centro y una rotonda en un extremo. Al caer la tarde, por un módico precio es posible acceder al parque y pasear oliendo a los peces. Como está tan oscuro, uno se figura que cuelgan de los árboles. También hay sesiones de cine al aire libre y números de cabaret al son de alegres bandas de música de otros tiempos. Todo el mundo

bebe cerveza y come unos cangrejitos baratos. No pasa hora en la que uno no desee marcharse a Bakú. Por desgracia, el vapor sólo sale tres veces a la semana.

Para dar mayor verosimilitud a mi sueño de partir en el vapor, me dirijo al puerto. Del muelle n.º 18 zarpa con destino a Bakú. Pasado mañana lo tomaré. ¡Falta una eternidad! Los kalmukos reman, los kirguises arrastran sus camellos tirando del cabestro, los comerciantes de caviar alborotan en sus oficinas, los campesinos despistados que han llegado antes de tiempo para tomar el vapor duermen a la intemperie, echados en la hierba dos días y dos noches, los gitanos juegan a las cartas. Como es evidente que todavía falta mucho para que llegue un vapor, el ambiente en el puerto es más triste que en la ciudad. Para tener una ligera sensación de partida, decido dar un paseo en carruaje. Los asientos de los carruajes descubiertos son estrechos, sin respaldo, peligrosísimos, y los caballos, para protegerse del polvo, van cubiertos con una especie de túnicas blancas que recuerdan a las del Ku Klux Klan, como si fueran a actuar en una exhibición. Los cocheros apenas entienden ruso y aborrecen el pavimento: como el caballo va protegido, prefieren tomar por los caminos de tierra, así que el viajero que viste traje oscuro termina el paseo con uno plateado; y el que se ha vestido de blanco termina con un traje gris paloma. Ir preparado para Astracán significa llevar un guardapolvos con capucha, igual que los caballos. En la noche escasamente iluminada uno tiene la impresión de ver fantasmas en carruajes tirados por caballos fantasma.

A pesar de ello, hay en Astracán escuelas técnicas superiores, bibliotecas, clubs y teatros; los helados relucen bajo lámparas de arco, y la fruta y el mazapán se presentan cubiertos de un tul blanco que parece un velo nupcial. Rezo para que termine la plaga de polvo. Al día siguiente, Dios envía un diluvio. El techo de mi habitación de hotel, deteriorado a causa del polvo, el viento y los meses de sequía, no tarda en derrumbarse. No había pedido yo tanta lluvia: tronaba y relampagueaba sin cesar. La calle era irreconocible. Los taxis rodaban gimiendo, con las ruedas medio

hundidas en el barro, mientras de las llantas caían unos pesados grumos de blando fango gris. Los fantasmas abrían el conocido artilugio humano para la lluvia y se echaban atrás las capuchas. Por el pavimento de la calle principal no podían pasar dos personas al mismo tiempo, así que, cuando se cruzaban, una tenía que retroceder cinco metros al menos para que pasara la otra. Y para cruzar la calle había que dar grandes saltos. Fue una suerte que todo lo que necesitaba estuviera en la única calle digna de tal nombre: hotel, papel de escribir, estafeta de correos y pastelería.

En los días que pasé en Astracán, la pastelería me parecía la institución más importante. La regentaba una familia polaca, a la que un destino implacable había traído de Częstochowa. Tuve que poner al corriente de la última moda en Varsovia a las mujeres, y también pude exhibir mis amplios conocimientos sobre política polaca. La preocupación que a los habitantes de Astracán les producía una guerra entre Polonia, Rusia y Alemania logré disiparla por completo. Por lo visto, en Astracán era yo un conversador brillante.

Sin esa pastelería no hubiera podido trabajar: el medio de escribir más importante es el café. Las moscas, en cambio, son prescindibles. Y, sin embargo, allí estaban mañana, mediodía y noche. De hecho, las moscas, no los peces, integran el noventa y ocho por ciento de la fauna de Astracán. Las moscas son totalmente inútiles, no son una mercancía, nadie vive de ellas pero ellas viven de todos. Espesos enjambres negros acampan sobre los platos, el azúcar, los alféizares, las fuentes de porcelana, los restos de comida, los arbustos y los árboles, las montañas de basura y estiércol, e incluso en manteles donde el ojo humano es incapaz de ver alimento alguno. Estas moscas pueden sorber una gota de sopa seca, derramada muchos días atrás, molécula a molécula, como si dispusieran de cucharas. En los guardapolvos blancos que usa aquí la mayoría de hombres se posan miles de moscas, seguras y absortas, a las que no inmuta ningún movimiento de su anfitrión: pueden quedarse horas en sus hombros. Las moscas de Astracán tienen la parsimonia de los grandes mamíferos, o de los gatos, y también la de sus enemigas en el mundo de los insectos: las

arañas… Me sorprende y lamento que esos animales de inteligencia casi humana no acudan en tropel a Astracán, donde podrían convertirse en útiles aliadas de los humanos. En mi habitación viven ocho arañas de jardín, tranquilas, silenciosas, inteligentes y amables compañeras en mis noches de insomnio. Durante el día duermen en sus rincones, pero en cuanto cae el sol ocupan sus puestos (dos de ellas, las más grandes y peligrosas, cerca de la lámpara). Observan larga y pacientemente a las inconscientes moscas, y con sus patas finas como pelos se desplazan por los hilos de sus telas surgidas de la nada y de su saliva, hacen remiendos y vigilan, cercan a su presa tejiendo amplios círculos a su alrededor, se aferran hábilmente al menor granito de arena pegado en el yeso de la pared, trabajan mucho y con astucia, ¡pero qué escasa es la recompensa! Mil moscas alborotan por el cuarto con sus zumbidos, ¡lo que yo daría por tener veinte mil arañas venenosas, todo un ejército de arañas! Si tuviera que quedarme más tiempo en Astracán, las criaría y les dedicaría más cuidados que al caviar.

Pero a la gente de Astracán sólo le interesa el caviar. No notan a las moscas. Ven a esos insectos asesinos corroer la carne, el pan, la fruta, y no mueven un dedo. Sí, incluso se pasean por sus barbas, narices y frentes, mientras charlan y se ríen. También en la pastelería habían renunciado a dar batalla a las moscas, ni siquiera cerraban las vitrinas, se las dejaba atracarse de azúcar y chocolate, se las mimaba en toda regla. El papel matamoscas, que inventó un estadounidense, y que de todas las bendiciones de la cultura es la que más odio, se me antojó en Astracán como una noble obra humanitaria. Pero en todo Astracán no había un solo trozo de ese precioso material amarillo. Cuando preguntaba: «¿Por qué no usan papel matamoscas?», me respondían con evasivas, diciendo cosas como: «¡Ay, si hubiera visto Astracán antes de la guerra, sólo dos meses antes de la Revolución!». Ésa era la respuesta tanto del dueño del hotel como del comerciante. Su resistencia pasiva era el abono perfecto para las reaccionarias moscas. Un día esos animalitos devorarán Astracán entera, con todos sus peces y su caviar.

Prefiero a los mendigos que las moscas, y eso que aquí son más numerosos que en ninguna otra ciudad. Vagan lentamente por las calles, sollozando o cantando en voz alta, llorando sus penas como si formaran parte de su propio cortejo fúnebre y desahogándose en todas las cervecerías. Cuando alguno me pide, tan sólo le doy un kopek, ¡pero con ese único kopek consigue vivir! De todas las maravillas de Astracán, ésa es la más sorprendente.

Frankfurter Zeitung, 12 de octubre de 1926

32

EL SANTO PETRÓLEO

De Bakú a Sabunchi, donde se extraen ingentes cantidades de petróleo, hay un tren eléctrico. La línea no se construyó hasta el año pasado y todavía no está terminada. (También los tranvías de Bakú son obra del gobierno soviético). La población se enorgullece de esa nueva línea. El poder soviético lo considera un logro local con una repercusión propagandística inmensa. Es probable que los productores anteriores extrajeran el petróleo con menos inversión y supieran explotarlo más rentablemente que los actuales empresarios estatales, pero lo cierto es que ni los Nobel ni los Rotschild construyeron jamás una línea ferroviaria para sus miles de trabajadores, ingenieros y empleados. Todos ellos tenían que recorrer largas distancias a pie, en coches de un caballo o en primitivos carros de campo. Ahora, cada media hora, un tren espacioso, higiénico y moderno sale de Bakú. Al europeo occidental no le asombra, pero para el ciudadano de los estados soviéticos ese tren no es sólo un medio de transporte bienvenido y muy ansiado, sino todo un símbolo: es el único tren eléctrico en toda Rusia. Lo que para nosotros sería un progreso técnico natural tiene en este rincón euroasiático una indudable dimensión política. El tren mantiene y alimenta el optimismo de los trabajadores del petróleo, muchos de los cuales tienen salarios relativamente altos (hasta trescientos rublos mensuales), una larga tradición revolucionaria y, por lo tanto, son muy proclives a creer en los logros del nuevo Estado. Y, así, tanto los raíles como los vagones, el cemento y los

ladrillos son susceptibles de adquirir una inusitada importancia política e histórica. Al parecer, los antiguos empresarios no lo advirtieron.

Los vagones se llenan mucho antes de que el tren se ponga en marcha. Hace calor, una suave brisa ha reemplazado excepcionalmente el habitual viento de la región, el sol atraviesa los cristales y calienta las paredes, el techo y el suelo. Todos los pasajeros hablan del calor (se agradece tener un tema de conversación). Veo a proletarios turcos con la bandera roja, muchos con insignias del Partido, junto a mujeres turcas, con el rostro ritualmente cubierto, y un viejo jeque, al que se hace sitio, no exactamente con reverencia pero sí con esa tolerancia que no es aún rutinaria y sigue pareciendo una forma de cortesía. Un pope armenio lee un libro; habría jurado que era un texto devoto, pero descubro que no: es uno de los muchos folletos de la nueva explotación petrolífera. Un vendedor ambulante ofrece pegajosos dulces orientales, halva y baklava, espolvoreados de azúcar, a veces de colores llamativos pero insípidos, que sólo logras tragar cuando consigues despegártelos de los dientes. Los *besprizornye*, niños sin hogar, se acurrucan en los escalones o se refugian entre las piernas de los pasajeros, hasta que son capturados y echados, tras lo cual reaparecen milagrosamente colándose a través de grietas y aberturas. Toda esa reunión de proletariado y semiproletariado—el petróleo atrae a todo el mundo—, parece amenazadora, pero en realidad son inofensivos y están hambrientos. Muchos tienen ojos conmovedoramente bellos, radiantes y, sin embargo, atormentados. Pienso en los pesados párpados de los armenios, que les dan esa expresión de cansancio, en la mirada esquiva, trágica, de los judíos […] en las grandes pupilas vidriosas de las musulmanas, lo único que veo de sus rostros completamente cubiertos con gruesas telas, como animales enjaulados. El maquinista ruega que le abran paso. Lleva una blusa de lino amarilla con insignias elegantes y parece un maquinista inglés de las colonias. Ésta es una Rusia moderna y tecnológica con aspiraciones estadounidenses. Nada queda de la Rusia real.

Esas torres que emergen de pronto, negras, densas, de hierro…, esas torres ya no son Rusia. Son triunfantes torres de perforación y reveladores símbolos del gran poder llamado petróleo, *nieft* en ruso. La palabra contiene toda la sudorosa viscosidad del material. ¡Un sonido histórico y una visión histórica! Una atmósfera de capital, de aventura y de novela. La mayor potencia colonial mira esas torres y el mayor poder continental se aferra a ellas. Sólo en esta región se produce al menos medio millón de toneladas diarias, la tierra caucásica es generosa. Miles de kilómetros cuadrados siguen inexplorados, prometedores, volcanes que humean cada pocos meses, traicionando miles de millones bajo tierra. (¡Qué estéril y pobre parece en comparación la tierra de lugares como Drohobycz y Borysław en Galitzia!). «¡Queremos dinero, dinero, dinero!—gritan las torres—. Somos diez mil, somos veinte mil, ¡queremos ser cien mil, queremos ser millones!».

Ante la pequeña estación de Sabunchi se encuentra un estanque de un verde azulado y, más allá, un sendero agreste, descuidado, empinado, traicionero y polvoriento. Lleva a los pozos y a la ciudad, situada sobre un cerro en cuya cumbre destaca una iglesia, perdida, extraña, desamparada, débil rival de las torres, sola entre veinte mil enemigos, pegada al edificio de las autoridades soviéticas. A derecha e izquierda del lago aguardan montones de polvorientos faetones. Todos los cocheros esperan de pie, como aurigas romanos, y llaman al mismo tiempo a los posibles clientes. En las proximidades de Sabunchi hay algunas distinguidas y tranquilas dachas, las casas veraniegas de los rusos. A veces—aunque pocas—algunos pasajeros necesitan transporte para ir a sus dachas, aunque hay cien veces más faetones. Así que cuando aparece un pasajero todos los cocheros gritan a coro «*Barin*!» (‘¡Señor!’): cada uno de ellos cree veinte veces al día que el pasajero lo elegirá precisamente a él, veinte veces se frustra y mil veces grita. Aquí no hay cálculo de probabilidades, la profesión es una lotería. Así es la gente: por una pequeña probabilidad pierde un día entero. Los cocheros de faetones son jugadores natos.

También los vendedores que aguardan fuera de sus tristes puestos gritan hasta quedarse roncos. Sus tranquilas almas orientales están excitadas. El petróleo cambia el carácter, enciende a las personas incluso antes de ser extraído. Sabunchi no parece asiática ni rusa: es una ciudad de película estadounidense sobre la fiebre del oro.

A la izquierda […] se encuentra la plaza del mercado. Calabazas de unas dimensiones exageradas, sobrenaturales, verdes y redondas como balones, cubren el suelo. Esta variedad gigantesca de frutos constituye la suculenta dieta del pueblo. ¿Pero quién consume tantas calabazas? En Sabunchi viven más de veinte mil trabajadores y la cifra de calabazas disponibles triplica la de obreros. Estos exuberantes ejemplares eclipsan las uvas, los dátiles, los higos o las peras. En cien puestos venden fruta, pan, carne y cerdos bien cebados y criados, con manchas negras, robustos pero ágiles como perros, cerdos acelerados: otro capricho de la naturaleza meridional del sur. A la derecha, en la ladera del cerro, hay casas tristes, desnudas, rojizas: parece como si las hubieran desollado. Las viviendas están abiertas, los pasillos son largos y oscuros, en las habitaciones se nota un calor húmedo y el denso aroma de la penuria, muy parecido al olor de la muerte. Alrededor, ningún horizonte, sólo torres, torres y más torres, negras, sombrías, apiñadas, como si se apoyaran unas en otras. Son tan numerosas y tan frágiles que no dejan de temblar nunca. Te alejas abrumado por la demencial cantidad y cuando vuelves la vista atrás parecen haberse multiplicado, están aún más apiñadas, se reproducen, terminarán devorando el mercado, las calabazas gigantes y las mohosas casas enfermas.

Las casas son provisionales. Los trabajadores que viven en ellas se trasladarán en dos o tres años a las explotaciones. En Azerbaiyán ya se están construyendo colonias de trabajadores modélicas. Visito una, casi terminada, dos tercios de la cual ya están habitados. Se llama Stenka Razin, como el héroe ruso popular, el primer campesino revolucionario que robó a los ricos para repartir entre los pobres, señor del delta del Volga y el mar Caspio, al que el

pueblo quiere todavía hoy con una ternura que dista mucho de la veneración por los héroes.

Un cañón profundo atraviesa una montaña y según me cuentan lleva al mar: lo abrió Stenka Razin para esconder sus tesoros robados, y desde allí podía huir. En la colonia de trabajadores se levantará un monumento en su memoria, en medio de un parterre de césped, algo que Razin jamás habría podido ni soñar. Una doctrina extraña lo ha adoptado póstumamente, lo cual le habría parecido extraño; pero como la intención es buena lo habría aceptado. Hay un parque para que jueguen los niños, un club, un teatro, un cine, una biblioteca. De momento, los edificios son de una sola planta. Más adelante, por cuestiones económicas, se construirán más plantas. Arquitectos de Moscú han diseñado más de veinte modelos. Se busca vivacidad, diversidad, evitar la uniformidad.

Hace dos años la tierra era todavía hostil, pantanosa, estéril, exhalaba muerte. Que haya cobrado vida confirma a los trabajadores el maravilloso poder del socialismo. ¡Qué modestos son! Los mismos medios con que aquí se convierte a los obreros en partidarios de la revolución, se utilizan en nuestra capitalista región del Ruhr para convertirlos en pequeñoburgueses. Y tanto aquí como allí son los mismos: una bañera de zinc, corriente eléctrica, espacio para una maceta, funcionales y prácticos muebles atornillados, suelo de tablones de madera encerada que no sea preciso fregar, un brillo discreto, un sofá de dos plazas. ¡Cuánto es eso para ellos! ¡Y qué poco es en realidad! Las necesidades del proletario siguen siendo modestas, tanto si gobierna como si lo gobiernan. Creo que ello se debe al trabajo: en un lugar hay minas, en otro explotaciones petrolíferas, ¡qué placer perforar! ¡Cuánto más debería esperar de la vida quien pasa ocho, seis o cuatro horas perforando en busca de petróleo, del santo petróleo!

Ay, me temo que el trabajo sólo es una bendición porque ha suplantado a la alegría.

Escrito en octubre de 1926 como parte del encargo del Frankfurter Zeitung *de viajar a Rusia para escribir una serie de artículos, pero inédito.*

QUINTA PARTE

ALBANIA

33

CON EL PRESIDENTE AHMED ZOGU

Un sábado a las cinco de la tarde voy a ver al presidente de la República de Albania. Su casa está militarmente custodiada. Los centinelas saludan. Su ayudante aguarda en el vestíbulo: es joven, delgado, comandante, amable y preparado, capaz de hablar tanto del tiempo como del paisaje albanés o de los peligros del paludismo; lo que se llama un ayudante.

En la habitación del presidente se encuentra un señor anciano, ministro de Relaciones Exteriores, inteligente y corpulento. Es también intérprete, vigilante y escolta. El presidente lleva uniforme de general. De acuerdo con el precepto de que todo jefe de Estado que se precie debe tener su escritorio, Ahmed Zogu me recibe detrás del suyo y se levanta para saludarme. Me hundo en una butaca. El presidente dice al ministro en albanés que se alegra de dar la bienvenida al representante de un gran periódico alemán; la gran Alemania puede contar con la simpatía de su pequeña Albania. El ministro me lo traduce al francés. El presidente me permite viajar por Albania libremente y sin restricciones y contar con el apoyo de todas las autoridades del país. El ministro lo repite. Ahmed Zogu se inclina ante mí, una, dos, hasta tres veces, y a continuación se pasa al alemán (ha prestado servicios en Austria). Me pregunta si llevo mucho tiempo en Albania, cuánto tiempo pienso quedarme, cuándo y adónde tengo previsto ir. De los periodistas sólo desea que cuenten la verdad. La verdad es relativa, respondo yo: lo que a unos

parece verdad otros lo consideran mentira. En cualquier caso, los periodistas alemanes están obsesionados con la verdad.

Por lo demás, no tengo preguntas que hacer: yo mismo podría responderlas todas. Las entrevistas son una coartada para la falta de imaginación del periodista.

Resurjo del sillón. Los tres rostros sonríen. Una reverencia, otra y otra. Paso ante los centinelas. En posición de firmes.

Por lo que se refiere al ceremonial albanés de la audiencia, nada lo distingue de la acostumbrada y tradicional incomodidad del rito en otros países. Ahmed Zogu es más joven que los presidentes de las repúblicas europeas; apenas supera los treinta. Ha tenido una vida mucho más dramática y rica que la mayoría de europeos de su edad. Tiene enemigos muertos en su conciencia y vivos en el país. Esto último también es común entre el resto de hombres de Estado del mundo; en cambio, lo primero—me refiero a los enemigos muertos, más que a la conciencia—es una especialidad oriental. Ahmed Zogu parece más bien inofensivo: es alto, tan típico como corresponde, y sorprendentemente rubio. Su cabello claro contrasta con sus rasgos orientales, como un defecto. La postura que adopta para dar audiencias es más bien resultado de la cautela que de una seguridad natural. Tanto su parquedad verbal, como su escasa elocuencia o la vacua cortesía de sus preguntas delatan su poca experiencia en las artes de la diplomacia, razón por la cual se aferra rígidamente a ella. Se esfuerza—sin motivo comprensible—por aparentar una principesca trivialidad.

Dicen que sus méritos militares son escasos. En la guerra mundial no conquistó Durazzo a la cabeza de las tropas albanesas, como cuenta una leyenda reciente. Pero en este país, donde uno de cada diez aldeanos es un genio militar y uno de cada dos, un experto tirador, resulta increíblemente difícil destacar por las hazañas militares. Se dice que es un dictador sin escrúpulos. Pero en Albania, donde cada jefe de cuadrilla aspira a ser dictador, cada terrateniente, su vasallo y cualquiera que sabe leer y escribir, su secretario, probablemente sólo sea posible una dictadura sin escrúpulos. Al menos Ahmed no parece tan despótico como quienes

lo rodean, más experimentados, más listos y más despiadados que él: muchos de ellos han recibido adiestramiento turco durante años. De todas las cualidades que adornan a un dictador, el presidente de la República albanesa sólo parece conocer la preocupación por el futuro de Albania, cosa perfectamente lógica en un país en que ni siquiera hace falta ser dictador para temer un disparo ocasional. Ahmed ha disfrutado además de la magnífica hospitalidad de los eslavos del sur cuando «conquistó» Albania con la ayuda de bandas de eslavos del sur, poco antes de su conocido pacto con Italia. Sin embargo, durante más de ochocientos años la mayoría de los hombres más influyentes de los Balcanes no ha rechazado el dinero, especialmente cuando viene de dos bandos opuestos, así que ¿por qué habría de ser Ahmed la excepción? Por cierto que todavía está por ver si la amistad de los eslavos del sur era tan desinteresada. Pero incluso si (con razón) cuestiono el patriotismo desinteresado de Ahmed, debo admitir que la ambición egoísta del presidente coincide en muchos aspectos con las auténticas necesidades del país, ya que, ante la elección de aliarse con un país más cultivado o con un vecino que aún lucha por resolver sus problemas internos, opta por el primero. También se acusa al presidente de poner su imagen en todos los muros, los sellos y las monedas. Pero incluso en los países más desarrollados la reproducción de imágenes y su omnipresencia es el mejor medio de fijarse en la memoria generalmente traicionera de los votantes.

Sea como fuere, es imposible juzgar las circunstancias de un Estado oriental, cuya historia es la opresión; su costumbre, la corrupción; y su cultura, una mezcla de autóctona ingenuidad bucólica, romántica y vetusta con las intrigas recién importadas de la moral democrática occidental. Juzgarlo sería tan fatuo como escandalizarse por la quema de brujas si uno se viera de pronto transportado a la Edad Media.

Habría que tratar de juzgar a Ahmed con una mirada desprejuiciada, como una manifestación de su entorno. No habría que olvidar que es el descendiente de una estirpe de príncipes albaneses que gobernó desde el siglo XVII, y probablemente desde

antes, por métodos que, dada la época, no fueron democráticos. También habría que recordar que en Albania el Parlamento sólo puede surgir de un modo: precisamente del modo en que está surgiendo en la actualidad. Durante veinte años más seguirá siendo un Parlamento «nominalmente». Estará tan expuesto al influjo de las camarillas y a la voluntad del jefe de Estado como por ejemplo la *skupšhtina* sureslava, y será tan impotente como el Parlamento de Budapest y de Angora. Tampoco habría que olvidar que los adversarios y enemigos de Ahmed Zogu—conozco a algunos—no son más favorables a la occidentalización que el presidente. Sospecho que, entre los novecientos veinte hombres formados en Europa que han abandonado el país desde que gobierna Ahmed, los siete políticos que desde 1925 han huido a Eslavia del sur y los doce que han muerto desde 1922, no habría habido uno solo dispuesto a gobernar de un modo diferente que Ahmed Zogu—no los condeno por ello—. Porque en la política oriental en general, y en la albanesa en particular, la defensa propia es un concepto muy amplio y desempeña casi el mismo papel que el interés de Estado en los países de la Europa occidental. Es preciso un largo y laborioso proceso de educación para transformar a los pastores, jefes tribales, caudillos y fanáticos religiosos en ciudadanos.

No está nada claro si Ahmed Zogu está en condiciones o desea ocuparse de tal educación. En la actualidad incluso su vínculo con Italia lo inquieta. Ya no le conviene enfrentar a Italia contra Eslavia del sur: lo que más desearía sería que los eslavos del sur se acercaran a los italianos. Pero los eslavos del sur no perdonan, y están preparando a nuevos hombres y desarrollando nuevos métodos. Por su parte, a Italia le preocupan más sus propios intereses que la vida de Zogu. De ahí que ese hombre joven que ha tenido que sofocar ya tres rebeliones, con un uniforme de general bien cortado y enormes ingresos, que vive en una casa principesca para los estándares albaneses, pero burguesa para los nuestros, rodeado de una guardia personal cuya lealtad es tan relativa como todo en este país, asesorado por políticos cuya astucia se aguzó tanto como se debilitó su moral al servicio de los turcos; ese joven

que habría podido llevar una despreocupada vida de estudiante en París, es hoy un hombre serio y preocupado que aguarda la siguiente rebelión. Lo que más se le reprocha no son las muertes de las que al parecer es responsable, sino las sumas de dinero que ha obtenido. No obstante, una vez más, si no estuvieran en sus manos estarían en las de otros que las merecen menos aún: la reducida pero indecente clase de sanguijuelas alfabetizadas, los escribas turcos, los corruptos promotores de la corrupción.

Ahmed Zogu puede ser presidente mañana y dejar de serlo pasado mañana, reemplazado por alguien que se distinguirá muy poco de él.

Frankfurter Zeitung, 29 de mayo de 1927

34

ENTRADA EN ALBANIA

El mar está en calma, las nubes parecen colgadas en el cielo, y por las quietas aguas se acerca a recogerme al barco una chalupa fantasmal que parece arrastrada por un cabo invisible. Sólo dos personas a bordo desembarcamos en Albania: un hombre que espera hacer su agosto en este país de barbudos vendiendo maquinillas Gillette y yo.

Donde empieza tierra firme hay una idílica cabañita de madera con su chimenea que echa una columna de humo tan recta que parece dibujada. Son las siete de la mañana, y los montes boscosos y verdes o pelados, de un azul acerado, se recortan contra el horizonte; las alondras trazan crípticas figuras en el cielo de un azul brillante. En la cabaña, como en muchas otras atracciones turísticas de nuestros días, hay un libro de visitantes ante el cual se sienta un hombre de uniforme negro que está liando un cigarrillo: es un policía de fronteras albanés. Conocedor del alfabeto pero poco acostumbrado a escribir, está allí sentado escrutando minuciosamente los pasaportes de quienes llegan y haciéndoles perder su precioso tiempo. Un levantino encorvado aguarda en un Ford que se propone conducir en cuanto el policía acabe su examen. Para abreviar su trabajo me ofrezco a apuntar yo mismo mi nombre y apellidos.

Luego, en medio de una nube de polvo y del estruendo de los neumáticos sobre el pedregoso suelo, rebotando arriba y abajo gracias a los auténticos amortiguadores Ford, avanzo por la

carretera que conduce a Tirana. Cada vez que hay que cambiar un neumático, bajo del coche y contemplo cómo se disipa el polvo y reaparece el paisaje, las montañas de un violeta fantasmal, los prados de un verde brillante, el cielo de un azul incontestable, tan uniforme que parece una bóveda de tela, completamente lisa y planchada a la perfección. Unos obreros arreglan la carretera: siempre van en parejas y trabajan inclinados, como niños jugando en un jardín de infancia, reuniendo con palitas o con las manos montoncitos de arena, volcándolos en hoyos y fosas, esparciendo gravilla por arriba, mojándolo todo con regaderas y pisoteándolo firmemente con sus pies descalzos. En cuanto el Ford pasa por encima, pueden empezar a jugar desde el principio.

No tardamos en topar con soldados. ¡Cómo desfilan! En columnas de color amarillo caqui, con cascos de acero en la cabeza, mochilas en las cansadas espaldas, quemados por el sol, sudando y cantando, desfilan por la nueva patria hacia Durazzo para hacer instrucción, escoltados por una versión albanesa de Marte con polainas de cuero, que es teniente y lleva un uniforme distinto. Por los fértiles prados un pastor lleva sus corderos de lana blanca como las nubes. Carneros de ornamentales cuernos enroscados, bueyes negros que parecen sacados del inframundo, rebaños del Hades. A derecha e izquierda hay cables telegráficos tendidos, no sujetos a postes, sino a árboles torcidos y pelados, despojados de sus copas y ramas. Un día estuvieron al borde de las carreteras para cobijar a los pájaros y contener los vientos vespertinos, pero hoy se han reconvertido en postes de telégrafo, equipados con racimos de porcelana para transmitir a Europa las crónicas de los periodistas—gorjeos de los gorriones políticos—. A la izquierda del camino hay una vía férrea, recuerdo de los austríacos en la guerra mundial, hoy abandonada y entregada a los dientes del tiempo y la herrumbre. Finalmente sale de una casita blanca un policía uniformado de negro que habla alemán, recoge los pasaportes y promete entregarlos al día siguiente en la comisaría de Tirana. Así que hemos llegado a Tirana, la capital de Albania.

A la derecha, una mezquita, a la izquierda, la rudimentaria terraza de un café en la que los huéspedes se tuestan al sol y discuten. La mezquita resulta ser un cuartel lleno de soldados armados que se vigilan a sí mismos. Todos los hoteles están llenos, los periodistas se han apresurado a venir, y también los diplomáticos y parlamentarios, funcionarios de Inglaterra e Italia. Hay sesión parlamentaria, Tirana es una herida abierta: hay altercados en la calle, el país entero es una manzana de la discordia. Los buenos ciudadanos pasean por el centro de las calles y para protegerse de la insolación van armados de mosquetes o de pesados revólveres de tambor atrapados en sus anchas y ceñidas fajas rojas. Mulas cargadas merodean por las aceras, aguardando a la puerta de las tiendas como perros mientras sus dueños hacen compras. De repente, aparece la majestuosa figura del general en jefe del Ejército albanés, Jamal Aranitas, montando un noble corcel blanco y seguido de su escudero, mientras los niños de piel oscura que limpian botas en la calle tropiezan entre sí al tratar de abrirle paso. Viene de pasar revista a las tropas y por eso desfila tan triste: no hay Estado sin general, ni general sin corcel blanco. El dorado de sus charreteras reluce en sus hombros, y al pasar saluda desenfadadamente a sus conocidos sentados en los cafés.

Finalmente un hombre llamado Nikola me ofrece una habitación. La cama tiene las cuatro patas cubiertas de gasolina para espantar a las chinches, la ventana está rota por abajo y el cristal de la parte superior ha sido reemplazado por un mosquitero. Mi vecino toca la trompeta: es miembro de la orquesta que todas las tardes toca frente al palacio. En mitad de la calle hay apostado un policía de tráfico con guantes de algodón blanco por si acaso aparece algún coche.

Frankfurter Zeitung, 11 de junio de 1927

35

TIRANA, LA CAPITAL

A los habitantes de Tirana les gustan la música y las flores. Puede verse a los hombres con rosas en la boca, que por lo visto hace las veces de ojal.

Otra parte de la población se ha dedicado a los instrumentos de viento. Se ha reclutado a músicos de viento para el Ejército albanés, los trompetistas de la patria. Marcan el ritmo de los soldados, la hora de levantarse y acostarse, mediante la diana y el toque de retreta. El presidente tiene su propia banda, cuyo director lleva quevedos y es de Trieste. Los músicos proceden de Korçë, el sur melódico del país, y de Checoslovaquia, que en otro tiempo, cuando todavía era parte del reino de Bohemia, suministró al Ejército de la Monarquía Dual los mejores sargentos mayores. Cada músico recibe una paga mensual de quince napoleones, y con ellos debe adquirir y mantener su hermoso uniforme negro con ribetes dorados. Todos los músicos llevan en la gorra el popular símbolo de la música: una lira dorada. A las siete de la mañana, al toque de diana, se levantan los músicos, como alondras, y ensayan fragmentos de marchas y oberturas en plena calle principal. Los habitantes han solicitado en los tribunales hasta seis veces que se trasladen los ensayos musicales a un prado situado fuera de la ciudad. Pero en las seis ocasiones han olvidado ofrecer argumentos a sus solicitudes. Nada funciona sin argumentos.

A los que no están en el Ejército ni en la banda les gusta el delicado sonido de la mandolina. La mayoría de ellos han vivido en

Estados Unidos. Allí se pusieron empastes de oro en los dientes y se compraron instrumentos de cuerda. Cantan una canción sobre las bananas para demostrar que han visto mundo, y quizá también para expresar su profunda nostalgia de Estados Unidos, que abandonaron a causa de la profunda nostalgia de Tirana. Tal vez sus corazones aún sigan meciéndose con las olas del océano, pero los productos de los que viven, como espejos, peines y papel de carta, están en Tirana. Así que no les queda otro remedio que tocar la mandolina.

Se sientan delante de sus tiendas, al sol, durante horas. La calle está muy tranquila. Hay un gran silencio. Tirana, al margen de sus gustos musicales, es una ciudad tranquila. En las pausas en que no suenan las trompetas, se oye el canto de los gallos, los martillos de los herreros en el bazar y las regulares llamadas al rezo desde los minaretes. El sol abrasa el polvo de las calles, lo cuece y lo desintegra reduciéndolo a un polvo todavía más fino y ligero que se disuelve en la atmósfera y desaparece en el aire azul, ya que nadie riega ni limpia jamás las calles. Dicen que cada mañana el ayuntamiento envía a un joven con una regadera para mantener la higiene, pero nadie lo ha visto con sus propios ojos. En cambio, se construyen cuarteles en aras del progreso. Como el motor que tendría que alimentar las luces eléctricas es demasiado débil para tantas bombillas, cuando se encienden por la noche parecen brasas moribundas: cuelgan de los cables como luciérnagas suspendidas.

Para hacer de Tirana una capital moderna se han echado abajo bazares, se han abierto calles y se han dividido y revendido casas. Hay montones de edificios a medio construir que se alzan mostrando sus negras entrañas abiertas. Los lugareños hacen un exótico uso de las estufas, que usan para desahogar sus riñones, sin soltar jamás pistolas o fusiles. Nunca se está a salvo de una venganza de sangre. Mujeres cubiertas con velos negros y blancos recuerdan comitivas fúnebres o procesiones del Ku Klux Klan. Una especie de celosías cubren sus ojos y van completamente cubiertas de tela y velos. Me gustaría saber qué hacen en sus propias casas. Estas mujeres son un misterio para mí, una especie de ventanas

extrañas, iluminadas pero protegidas: mudas como animales e insensibles como difuntas. ¿Lloran sus ojos? Es imposible saberlo. Hablan entre sí, pero sus sonidos quedan atrapados y sus voces parecen gotear a través de la tela, como agua clara pasando a través de un cedazo muy tupido y sucio.

Esas mujeres con velo, así como los cientos de perros sin amo cuya única correa es el viento que los arrastra, o los feces en las grandes cabezas y los turbantes en rostros barbudos, los pintorescos vengadores con sus fajas de color rojo y el revólver en el vientre o el fusil en lugar del paraguas, los buscavidas que hacen negocios y median en sobornos oficiales, todos esos personajes son innumerables y están fuera de su tiempo. No hay nada más estéril que las llamadas costumbres populares disecadas desde hace treinta años en esas distintas sepulturas que son los museos de etnología, los libros y los seminarios, pero que siguen sacándose a pasear como si siguieran vivas. Ya existe un Parlamento con su tribuna presidencial y su campanilla, con su diario de sesiones y una tribuna de prensa; también existe un banco con lentos empleados italianos, las cotizaciones colgadas con alfileres en tableros, como mariposas, y un administrador de préstamos. El dueño de mi hotel ya ha empezado a usar la funda de cuero de su pistola para guardar el cambio, y en su bufé han empezado a posarse las primeras golondrinas de la civilización: agua mineral Gießhübler, whisky, vermut, Fernet-Branca. A ello se suman los empastes de oro y el *slang* neoyorquino, la incipiente educación y las mandolinas de los que han vuelto de Estados Unidos, además de los coches Ford, que recuerdan órganos destrozados. Todos ellos son signos de la transición que lleva de la «cultura nacional» a la demanda de una «república autónoma».

Albania avanza por el camino que va de las antiguas venganzas familiares a la Sociedad de Naciones.

Frankfurter Zeitung, 15 de junio de 1927

36

EL EJÉRCITO ALBANÉS

El Ejército albanés realiza entrenamiento militar de cinco a doce de la mañana y de tres a siete de la tarde. También durante la pausa del mediodía, y antes de acostarse; de noche, cuando los soldados duermen, suenan centenares de trompetas en todas las mezquitas donde están acuartelados los soldados. De todo lo cual deduzco que el Ejército albanés realiza entrenamientos incluso dormido, y me pregunto si descansa en algún momento.

Tampoco sé por qué entrenan tanto. En todos los individuos de sexo masculino de la especie humana parece haber una inclinación incontenible hacia el entrenamiento—yo soy la única excepción que conozco—. Los albaneses son desde que nacen buenos luchadores, y también disparar los divierte desde niños… ¿Por qué diablos querrán entrenar? Si en el resto del mundo recibimos instrucción militar es porque estamos obligados por alguna ley: nuestros nombres aparecen en una lista, nos reclutan, realizamos el entrenamiento militar o nos fusilan. Así que realizamos la instrucción militar para conservar la vida. Pero en Albania no existe la obligación legal. Los reclutas—así se les llama—sólo deben prestar servicio seis meses, tras los cuales son libres de regresar a casa. Además, se supone que se los remunera por su servicio. Sin embargo, en Albania se retiene a los reclutas dos años y no se les paga un céntimo—los oficiales sólo consiguen cobrar tres meses mediante extorsión (a los oficiales profesionales el Estado siempre les debe dos meses) y los comandantes de la gendarmería viven de

revender lo que requisan—. Así que, ¿por qué se realiza entrenamiento militar en Albania? Además, ni siquiera se castiga la deserción. Los reclutas que, sin decir palabra, vuelven a sus pueblos natales son entregados por un gendarme a algún chofer que pase por casualidad y que por casualidad esté estacionado en la misma guarnición que el desertor. La perspectiva de un viaje en Ford es suficiente para persuadir al desertor de volver y de seguir recibiendo instrucción militar. La disciplina no deja nada que desear. Los soldados que no han desertado se cuadran gustosamente cuando se cruzan con los oficiales por la calle, porque ¿quién los obliga a cuadrarse? Marchan, hacen sentadillas, se ponen firmes, corren, se arrodillan, se «dispersan» en filas cerradas y ni ellos ni sus oficiales reciben un céntimo. ¿Por qué no desertan? ¿Por qué realizan la instrucción militar?

Además, ¿para qué puede servirles el entrenamiento a los soldados albaneses? Conocen las montañas como la palma de su mano, conocen todos los escondrijos, todas las emboscadas, saben trepar como gamuzas. ¿Los querrá utilizar alguien en una guerra mundial? Sin embargo, contra los gases asfixiantes no valen las sentadillas. ¿Estará pensando Albania en invadir Italia? Incluso si fuera el caso, los entrenamientos no sirven de nada, porque ¿no habría que disparar? El Ejército albanés tiene fusiles austríacos que se encasquillan, cargadores que no encajan, mochilas inglesas a las que no es posible adaptar las correas italianas, fundas para palas pero no palas para abrir trincheras, oficiales italianos que no saben dar órdenes en albanés, oficiales austríacos a quienes los italianos no consideran compañeros, oficiales rusos de la Guardia Blanca que no reciben entrenamiento ya que sólo están ahí para no tener que dejar el uniforme mientras esperan que se hunda la Rusia de los sóviets, oficiales ingleses que no entienden albanés, ni italiano, ni alemán, ni ruso y pasean con bonitas fustas para demostrar que Inglaterra está presente. Es el Ejército más extraño del mundo: no tiene un único reglamento, ni un único mando, sólo tiene su música militar, muchos toques de corneta y tambores, y la devoción por la instrucción militar y los entrenamientos. A los jóvenes

acostumbrados a andar sobre rocas con calzado de suela blanda les han puesto unas pesadas botas de suela gruesa con las que a duras penas pueden levantar los pies. No necesitan bagaje, porque están acostumbrados a sobrevivir meses con pan, queso y agua, pero les hacen cargar unas mochilas pesadas llenas de cosas inútiles. Se los obligó a renunciar a su propia munición austríaca porque se firmaron contratos de suministro con los fabricantes de Milán, de modo que ahora ni siquiera pueden disparar (cosa que podían hacer a su antojo como civiles). Pero se siguen entrenando.

¿Para quién se entrenan? ¡No para la patria!, ya que la mitad del país está descontenta con el gobierno (son idealistas). De la otra mitad, un cuarto ha sido comprado por los serbios y el otro cuarto, sobornado por Italia. Entretanto, los soldados se entrenan, ¿quizá para Ahmed Zogu, el presidente? Él tiene su guardia personal, que, en caso necesario, dispararía contra los soldados, los cuales, por más instrucción que reciban, no resultan fiables, razón por la cual se les proporciona mala munición y botas pesadas para que sean incapaces de hacer nada contra el presidente. Sólo la guardia personal no usa mochila y tiene munición adecuada, botas ligeras, un mando único y oficiales que forman parte del círculo íntimo del presidente.

Así que vuelvo a preguntarme: ¿por qué, para quién y para qué se entrena el Ejército albanés? Y creo que tengo la respuesta: porque son tontos, porque les gusta sudar y que les griten y los sometan. Pero sospecho que esto no es exclusivo de los albaneses. ¿He dicho que el Ejército albanés es el más extraño del mundo? Pues no es verdad. Todos los ejércitos del mundo son extraños, muy extraños…

Frankfurter Zeitung, 29 de junio de 1927

37

VISITANTES OCCIDENTALES EN BARBARIA

El exótico carácter de Albania puede deducirse de inmediato de la especial forma de vida de los europeos civilizados que residen allí. Los sorprendentes usos y costumbres de los miembros de esta curiosa raza no han sido aún suficientemente estudiados: mientras que en sus confortables hogares se enorgullecen de odiarse mutuamente, en las regiones salvajes parecen adoptar otro corazón, otras convicciones y otro carácter. En cuanto ponen un pie en un país sin retretes, sacan de sus maletas una amabilidad insólita y radiante, para intercambiarla por otra igual de insólita y radiante con sus civilizados compañeros de destino. Por lo visto, en regiones particularmente inhóspitas se ha llegado incluso a ver bailar a auténticas señoras con simples viajantes en el club europeo (con tal de marcar distancias con los nativos).

En Albania puedo afirmar que todos los europeos y estadounidenses son uña y carne. Recuerdos comunes de ascensoristas y paquetes de acciones forjan un vínculo indisoluble que se consolida definitivamente cuando suena el gramófono y las parejas se unen para bailar. Diplomáticos rivales luchan hombro con hombro contra los mosquitos o el paludismo y se unen para hacer frente al menor intento de cualquier nativo por acercarse a la cultura que representan. Todos los competidores a los que ha reunido este bocado escaso pero sin dueño avanzan juntos pero se dividen el botín. Hasta los periodistas comparten generosamente las falsas noticias que obtienen de fuentes auténticas. Ya de buena mañana

puede verse a los agregados militares saludando a un barbero que casualmente está en su sector y, por lo tanto, bajo su protección. Cargos realmente influyentes dejan tarjetas de visita en casas de personas insignificantes. Ante las embajadas no hay porteros que rechacen, sino algún humilde policía o *kawas*. Donde en Europa se sienta un descortés secretario, aquí un amable dragomán se pone en pie. Y a veces hasta los caballeros llegan a compartir cama sólo para confundir a los insectos locales. La fraternidad de los señores es tan grande como si faltara sólo una hora para el fin del mundo. Tiemblan sobre el volcán en el que bailan charlestón. Algún que otro nativo distinguido ha sido admitido en el círculo de los dioses extranjeros. Hay en Tirana un club de tenis donde se admite a cualquiera capaz de golpear la pelota con la raqueta, siempre que use dentífrico. Un coronel y héroe nacional albanés de origen austríaco y carácter occidental, constituye un tema de conversación bienvenido. Un par de funcionarios albaneses se aventuran a echar una partida de cartas con las esposas de oficiales ingleses. El director alemán de una empresa juega al póquer con el vicecónsul de un Estado balcánico. Los estadounidenses son amables incluso con los búlgaros, porque han firmado un acuerdo para suministrarles esponjas, aunque Tirana todavía no está en el paquete. Y hasta se puede ver a algún extraño ministro ayudar a la niñera cuando saca a pasear a sus hijitos europeos.

Algunas noches hay bailes. Los ingleses, a los que se reconoce a la perfección incluso en traje de calle, van inconfundiblemente de esmoquin. En una de esas veladas un navegante feudal que odia la prensa y, en general, cualquier papel que no lleve un escudo de armas, habló conmigo media hora (sin que yo le correspondiera). Bebimos el whisky con soda que nos sirvió un ruso de la Guardia Blanca que regenta el bar hasta que el zar resucite. Todo el mundo contaba chismes, porque también en Tirana los hay (aunque los dioses extranjeros ni siquiera se den cuenta de lo humanos que son).

Se habló, por ejemplo, de que la atractiva amiga del presidente albanés es una vienesa, una joven de Ottakring que se llama Franzi.

La habían visto conduciendo un Fiat. ¿Cuándo? ¡Esta tarde! ¿A qué hora? ¡A las cuatro y veinte! ¿Qué llevaba? ¡Un sombrero a la última moda! ¿Qué clase de sombrero? ¡Rojo!… El comandante X, asistente personal de la hermana del presidente, prohibió a un joven funcionario albanés bailar con la dama. Pero como éste desobedeció la orden, el comandante mandó que lo detuvieran. Estuvo tres días en la cárcel de Tirana. «¡Qué barbaridad!», farfullan los dioses extranjeros, pese a que en Baviera los escritores pasen años en la cárcel, sin haberse cruzado ni siquiera con el asistente personal de nadie; o en Estados Unidos se boicotee a Chaplin por besar a su mujer en la boca o en cualquier otro lugar; o en Francia hubiese, si lo recuerdan, un tal Dreyfus; y en Italia se obligue a ingerir aceite de ricino a personas con estómagos perfectamente sanos. No obstante lo de Albania… lo de Albania es atroz.

Los diplomáticos tienen que demostrar que «se toman en serio» los intereses de sus países. Flotan—gracias a su extraterritorialidad—como moscas en una quesera, zumban al desplazarse de un lado a otro en sus coches oficiales, se hacen llamadas, se observan, se consultan, hacen una montaña de un grano de arena; luego encriptan sus noticias y telegrafían a sus países. Entonces la situación se tensa, se desencadena la carrera armamentística. En el periódico el enviado especial avisa a algún embajador, que hace las veces de brigada de bomberos. Se oyen bocinazos, ha llegado el diplomático, que cree lo que cuentan los periodistas. ¿Qué han oído? ¿Bandas en Escútari? ¿Han hablado ya con el agregado militar? ¿Todavía no lo sabe? ¿Salónica? ¿La isla de Sazán? ¿Acorazados? ¿Hidroplanos?

Entretanto, los campesinos albaneses trabajan en los campos, los comerciantes venden sus *opanci*, los zapatos tradicionales, los hojalateros golpean cazuelas, los talabarteros confeccionan sillas de montar. Pero cada mañana desfilan los reclutas, suenan los tambores y el toque de diana, se repiten los entrenamientos militares. Tarde o temprano recibirán un tiro: ¿de los italianos o de los eslavos del sur? Tanto da, una guerra es una guerra.

Frankfurter Zeitung, 7 de julio de 1927

38

UN ARTÍCULO SOBRE ALBANIA
(ESCRITO EN UN DÍA CALUROSO)

Albania es hermosa, desgraciada y, a pesar de su situación actual, aburrida. A veces, sus montañas parecen de una sustancia indeterminada tan clara que se las podría tomar por trozos de cristal pintados de verde. Sólo en días encapotados—no cuando el cielo está cubierto de nubes, sino cuando está revestido de una fina capa de nubosidad—parecen las montañas hechas de piedra. Entonces se vuelven colosales, implacables, y el país entero se convierte en el patio cerrado, rodeado de muros, de una prisión natural. Como la libertad es un concepto relativo, uno siente que no hay trenes para llevarle a nuestro siglo; y como los barcos, a dos, cuatro o doce horas de aquí, sólo salen una vez por semana de algún puerto albanés, el exotismo resulta dos veces más insoportable que un dolor voluntariamente elegido. Desde Berlín una costumbre local como las venganzas de sangre resulta más interesante. Sin embargo, en su lugar de origen va acompañada y se confunde con la suciedad, las chinches, las noches oscuras, las lámparas de petróleo rotas, las arañas voluminosas, los accesos de paludismo y el turbio té de algas.

En tales circunstancias me impresionan menos las bellezas naturales que a los turistas, optimistas por naturaleza. A lo sumo, puedo dejar constancia de lo que veo: tranquilos días azules de una sencillez sublime; el sol que quema hasta las sombras y se siente en cada tregua de frescura; las pocas aves (dada la extendida

costumbre de la caza) que surcan el aire o, naturalmente, se posan en las ramas; los bosques de una quietud, profundidad y oscuridad incomparables. Algunas casas, sin ventanas, como fortalezas, como cubos de piedra sordos y ciegos, toscos, enigmáticos y trágicos, delatores de los destinos y las maldiciones que encierran. Todas esas construcciones, que tanto sirven para ofrecer descanso a un asesino, como refugio a un perseguido o cobijo a todo un clan, poseen el supuesto encanto de lo siniestro, al que jamás me había acercado tanto. Sin permiso del señor de la casa no es posible entrar en la cabaña más miserable, pero con su permiso la hospitalidad es apabullante. Naturalmente, la hospitalidad es una hermosa costumbre, una de las manifestaciones de humanidad más nobles. No obstante, aquí también tiene su origen en un pensamiento egoísta: entre personas que han sustituido la justicia por la venganza, cualquiera puede terminar un día necesitando refugiarse en algún lugar, porque tarde o temprano todo el mundo se convierte en fugitivo. Quien, como yo, es un escéptico irredento, llega a la conclusión de que una buena policía es mejor que la hospitalidad. Que los albaneses y otros pueblos me disculpen por no estar dotado para admirar como corresponde una forma de conservadurismo improductivo. Por desgracia, además de las muchas cualidades que admiro en los albaneses, tienen una que a lo sumo puedo entender: están empeñados en conservar sus antiguas costumbres, aunque la defensa de las mismas sólo pueda hacerse en detrimento de su humanidad, y la de su tribalismo en detrimento de su país. Los albaneses que viven fuera de Albania se encierran voluntariamente, se casan sólo entre ellos y desconfían de su entorno. Siguen siendo albaneses en Estados Unidos, hablan albanés entre ellos y, al cabo de décadas, vuelven a Albania, ¿para qué? Para salir a dar vueltas con la cartuchera a la cintura. Como otros pueblos pequeños, poseen ese tipo de sentimiento nacional que condena a muerte a su pueblo y empobrece la cultura nacional. A ello se debe que la lengua albanesa no tenga aún una palabra para «amor», ni una palabra para los colores del arcoíris, ni para «alma», ni para «Dios»; o que la literatura albanesa pudiera ser hoy más rica, o al menos una representación más fiel de la vida

albanesa actual, pero siga siendo tan simple como las primeras canciones de los ancestrales europeos y vaya incluso por detrás de la evolución de un país que avanza lentamente. Los materiales de la literatura son bucólicas historias de clanes familiares. Al mismo tiempo que el conservadurismo nacional, las disputas tribales existen en perjuicio de la nación y el fanatismo religioso en perjuicio de la religión. No es que los albaneses sean muy devotos, sino tan sólo que su adhesión a una misma fe, por sí sola, les permite mirar con recelo otras confesiones.

Sé que la mayoría de esas «cualidades nacionales» son consecuencia de una historia desgraciada, de las luchas encarnizadas durante años con los turcos. Pero miles de albaneses sirvieron voluntariamente a los turcos, fueron sus favoritos, los generales o funcionarios que ayudaron a oprimir a su país, y no obstante siguieron siendo albaneses. ¡Caprichos de la cultura nacional! Un comandante albanés me dijo: «Es una suerte que los turcos nos oprimieran y nos mantuvieran al margen de su cultura porque de otro modo la lengua albanesa habría desaparecido hoy sin dejar rastro». Como he dicho, era un comandante albanés quien hablaba así, o sea que tuve que morderme la lengua y no le dije lo que habría querido: «¿Y qué ha ganado con ello? ¿Decirle a su bella mujer “¡Te quiero!” en albanés? ¿No sería mejor decirlo todo en turco que decirlo en albanés a medias? Es un crimen oprimir a una nación, en eso estamos de acuerdo los dos. Pero alabar precisamente la consecuencia negativa de tal opresión, esto es, la azarosa conservación, interesante desde un punto de vista técnico, de una lengua, es un motivo de orgullo nacional infantil y falso». Pero como decía me mordí la lengua.

He pasado por pueblos exquisitamente fantasmales y por otros simplemente desgarradores. He visto Elbasan, una de las ciudades más antiguas del país. Sus casas de piedra en patios de piedra con jardines de piedra tienen la monumentalidad de la muerte y, al mismo tiempo, la placidez de los sepulcros. No hay nada más conmovedor que el suave musgo húmedo brotando entre las grietas de las piedras, el florecimiento del moho y de la nada. Hace que la

piedra parezca más pétrea. Las sinuosas callejuelas de la ciudad y el bazar que aparece como una joroba, le dan un aire de inmensa concha de caracol, caprichosa e irregular, cuyo morador ha muerto dejando su lugar a una multitud de comerciantes desaliñados, morenos, vestidos de un modo pintoresco, e igualmente sucios y maltrechos. Por lo visto, la mayoría de las casas de Elbasan pertenecen al señor Shefqet Vërlaci, futuro suegro de Ahmed Zogu. Elbasan cuenta con uno de los lugares de oración más hermosos, amplios y verdes de todo el país, donde, en las tardes calurosas, los sacerdotes y sus acólitos se reclinan y se dedican a la metafísica. En el este se encuentran los grandes cementerios musulmanes, con lápidas tan cubiertas de moho que parecen setas gigantes; en el sur, el famoso puente dinamitado de Skumli; y más allá un extenso olivar de un verde profundo, un dramático bosque que parece sacado de un cuento de hadas.

No querría dejar de mencionar Krujë. Es de un primitivismo de ensueño. Me recuerda la historia de Rebeca yendo al pozo. Todo en la provinciana y verde ciudad parece expresar la característica ingenuidad de los primeros relatos bíblicos. En los hornos ardientes y abiertos, formas del Antiguo Testamento, se tornean y cuecen cántaros de arcilla inocente, de un color claro, con juveniles formas redondeadas y rudimentarios pitorros. Se hierve el café turco directamente sobre fogatas. La cafetería se encuentra allí donde hay un hombre sirviendo café en una bandeja en la que tintinean dos tacitas llenas de un líquido negro, viscoso y dulce. Gobierna esta ciudad con mano dura el comandante de la gendarmería, que fue en otro tiempo guerrillero (vulgarmente, el cabecilla de una banda de malhechores). Lleva un hermoso uniforme con estrellas doradas.

Basta pasear por la ciudad para presenciar escenas bíblicas: pastores cubiertos para protegerse del sol, rebaños de corderos, cabañas hechas de hojas secas, tiendas de sauce trenzado, hombres a lomos de mulos, mujeres con velo que tejen mientras caminan. Es un lugar tan apacible que uno se resiste a creer que sean ciertas las cosas que ha oído sobre sus peligrosas costumbres criminales. Sin embargo, conocí a un hombre que quiso vengar a un

amigo y, por error, mató a un inocente. Tuvo mala suerte, porque ese inocente tenía siete hermanos, todos los cuales andan persiguiéndolo. Ha tratado de explicarse enviando a varios emisarios, pero hace falta tiempo para establecer el precio del perdón. Así que lleva tres meses aguardando la muerte en cualquier momento. No crean que es un albanés primitivo; es un hombre que vivió en París como trabajador en municiones y tan sólo volvió para llevar a cabo su venganza de sangre. E incluso ahora que lo persiguen, sigue buscando al asesino de su amigo para vengarse.

Al visitar ciudades que son en tres cuartas partes europeas, como Escútari, Vlorë, Korçë, donde se usan camisas con cuello, corbatas, tarjetas de visita, navajas de afeitar, empastes de oro, coches Ford y abogados…, todavía cuesta más de creer que la semicivilización y la épica arcaica sigan coexistiendo. Sin embargo, el hermano del barbero es el perfecto y exitoso cabecilla de una banda. Cuando visita la ciudad, se afeita, toma café y habla como usted y como yo. A fin de cuentas todos somos humanos.

Los albaneses de las ciudades son muy tímidos. Aquí hace falta menos valor para disparar que para hablar. El albanés preferiría disparar que tener que decir lo que piensa. Teme que las paredes oigan. Ve en cualquiera a un espía, y sólo se equivoca a medias, porque uno de cada dos albaneses es espía. No existe una Ojrana albanesa en el sentido de la organización zarista, sobre todo porque cada albanés vigila espontánea y apasionadamente los menores actos y movimientos de sus vecinos, y encuentra tanto placer infantil en descubrir «secretos» que ve indicios sospechosos en las cosas más transparentes e inofensivas. Los buenos albaneses se complican la vida. Los extranjeros no atraen particular interés, se los vigila con la misma primitiva pasión espontánea. A menudo los albaneses con los que me cruzaba me decían, con una mueca de sagacidad: «Usted es periodista», como si yo hubiera tratado de ocultarlo y tuviera que sentirme desenmascarado. Sin embargo, si yo preguntaba: «¿Qué hay de nuevo?» o «¿Qué dice su periódico, que no leo albanés?», se encogían de hombros, porque lo «nuevo» es sinónimo de peligro y cualquier cosa que parezca una «novedad»

podría traicionarlo a uno. La formularia respuesta habitual suele ser: «¡No tengo noticias nuevas! Cuénteme usted algo. ¡Usted está enterado de todo!». Al oír esto, uno puede estar seguro de que el discreto albanés irá inmediatamente a algún lugar interesante e informará: «Ha dicho que…». La pasión de estas personas por la intriga es tan grande como su miedo a expresar una opinión. Tan poco la expresan que, con el tiempo, parecen haber renunciado a toda opinión propia y sólo escuchan las ajenas. ¿De qué sirve una opinión que no es posible expresar? La política del Partido sustituye las convicciones políticas; la conspiración sustituye la lucha; las insinuaciones, las palabras; el miedo, la precaución. En este país ningún gobernante está seguro, como tampoco ningún súbdito. Ni siquiera si se permitiese expresar las opiniones públicamente existiría nada como la opinión pública. A lo largo de los siglos, los albaneses han perdido el placer que da ejercer el derecho a tener y expresar las propias opiniones. Son capaces de convertir la circunstancia más inequívoca en un enigma secreto. No disfrutan de las cosas inofensivas.

Sus virtudes son la cortesía, el silencio, la modestia y la amabilidad. Su rasgo más peligroso, el amor al dinero. Hay comarcas donde los campesinos tienen montones de oro enterrado y siguen desviviéndose por acumular más. Quizá su frugalidad sea en parte avaricia. De modo que no es que sean vagos, simplemente están débiles: rinden mucho menos que un europeo porque están mal alimentados. Su austeridad roza lo absurdo y su moderación es casi tan deprimente como la ausencia de mujeres en las ciudades, donde durante días enteros no se ve ni se oye a ninguna. La vida de los albaneses está deserotizada, el amor se ha degradado a virtud doméstica y un paseo es tan desalentador como la perspectiva del domingo.

¡Pero Albania está de actualidad!

Frankfurter Zeitung, 30 de julio de 1927

SEXTA PARTE

HOTELES

39

LLEGADA AL HOTEL

El hotel que amo como si fuera mi patria se encuentra en una de las grandes ciudades portuarias europeas, y las contundentes letras doradas en estilo Antiqua con que se lee su trivial nombre (relucen sobre los tejados de las casas situadas en una ligera pendiente) son a mis ojos banderas de metal, banderitas alzadas que en vez de saludarme ondeando lo hacen con su brillo. Tal vez otros regresen a sus casas y al hogar, al encuentro de la mujer y los hijos, pero yo vuelvo a la luz del vestíbulo, a la camarera y el conserje, y la ceremonia del retorno es tan perfecta que el registro en la recepción del hotel ni siquiera se produce. La mirada con que me recibe el conserje es más que el abrazo de un padre. Y como si realmente fuera mi padre, paga el taxi de su propio bolsillo para que yo no tenga ni que pensar en ello. El recepcionista, con su elegante uniforme, sale de su refugio de cristal y me dedica más sonrisas que reverencias. Tan feliz parece hacerle mi llegada que la inclinación de su espalda refuerza la amabilidad de la sonrisa en sus labios, y en su saludo se mezclan lo profesional y lo humano. Le avergonzaría recibirme con un formulario de registro; sabe perfectamente que considero ese requisito legal como una ofensa personal. Así que rellenará él mismo mi formulario de registro cuando yo esté instalado en mi habitación, aunque no tenga ni idea de dónde vengo. Escribirá el nombre de alguna de las ciudades que le parezca que habría merecido la pena que yo visitara. Conoce mis datos mejor que yo mismo. Probablemente, a lo largo de los años

haya recibido a otros hombres que se llamen como yo. Sin embargo, nada sabe de ellos y le parecen siempre un tanto sospechosos, como si fueran usurpadores de mi nombre. El botones carga una de mis dos maletas bajo cada brazo, como un ángel al abrir las alas. Nadie me pregunta cuánto tiempo voy a estar, si una hora o un año: en esta patria mía cualquier cosa que yo decida es bienvenida. El recepcionista me susurra: «¡La 627! ¿Le parece bien?», como si también yo supiera perfectamente qué clase de habitación es…

¡Y de hecho lo sé! Me encanta el carácter «impersonal» de esa habitación como al monje debe de gustarle su celda. Y lo mismo que a otros les alegra volver a ver sus cuadros, sus platos, sus cucharas, a sus hijos y sus bibliotecas, a mí me alegra ver el papel de pared barato, el lavabo impecablemente limpio, los relucientes grifos metálicos del agua fría y caliente, y el libro más instructivo de todos: la guía de teléfonos. Mi ventana, naturalmente, no da nunca a un muro. Es la habitación de un huésped habitual, así que está orientada a la calle y desde la ventana puedo ver una chimenea, el cielo y una nube… Razón por la cual tampoco está tan aislada del mundo como para que la melodía amortiguada de la gran plaza cercana no llegue a través de las paredes como un eco del ancho mundo; de forma que estoy solo, pero no aislado ni abandonado; separado de los demás, pero no segregado. Me basta abrir la ventana para que el mundo aparezca de nuevo. De lejos me llegan las roncas sirenas de los barcos, de cerca el tintineo alegre de las campanillas de los tranvías. Las bocinas de los coches parecen llamarme por mi nombre, saludarme como si fuera un prócer de la patria. El policía regula el tráfico en el centro del bullicio. Los chicos que venden periódicos lanzan los nombres de sus diarios como si fueran pelotas. Y contemplo algunas escenitas callejeras que se me ofrecen como breves piezas teatrales. Me basta apretar ligeramente el timbre de baquelita para que se encienda una luz verde que avisa al camarero del servicio de habitaciones. ¡Y aparece de inmediato! Su profesionalidad la evidencia su frac, pero bajo la camisa almidonada, en su pecho sigue intacta la calidez humana, preservada durante toda mi ausencia. Cuando transmite por teléfono

mi encargo a la cocina, no olvida añadir para quién es, confiando en que escuchar mi nombre active—como el timbre de baquelita—el recuerdo de mis preferencias en el cocinero. El camarero sonríe. No necesita hablar. No necesita preguntarme nada. No hay que temer ningún error. Ya le resulto tan familiar que me aceptaría la propina a crédito (con un módico interés, claro está). Su fe en el carácter inagotable de mis ingresos es en sí misma inagotable. Si un día apareciera yo en harapos, como un mendigo, creería que se trata de un disfraz jocoso. Sabe que soy sólo un escritor y, sin embargo, me da crédito…

Cojo el teléfono. No para telefonear, ¡sino para saludar al telefonista de la centralita del hotel! Gracias a él me comunico a menudo sin problemas, o dice que no estoy si es necesario, o me pone sobre aviso, por las mañanas, de las noticias más importantes que publica el periódico. Asimismo, cuando alguien viene a traerme dinero me lo anuncia con júbilo discreto. Es italiano. El camarero es de la Alta Austria. El portero, un francés de la Provenza. El conserje, de Normandía. El jefe de camareros, bávaro. La camarera de habitaciones, suiza. El aparcacoches, holandés. El director, levantino; y desde hace años tengo la sospecha de que el cocinero es checo. Los huéspedes vienen de otras partes del mundo. Continentes y mares, islas, penínsulas y barcos, cristianos, judíos, budistas, musulmanes y hasta ateos, todo el mundo está representado en este hotel. El cajero suma, resta, cuenta, engaña en todos los idiomas y cambia todas las divisas. Liberadas de la constricción del patriotismo, de esos tapaojos que son los sentimientos nacionales, las personas que se reúnen aquí se parecen a lo que deberían ser siempre: hijos del mundo.

Y en breve, cuando baje las escaleras, el rito de mi llegada se habrá completado: el conserje vendrá a contarme sus noticias y escuchar las mías. Pondrá tanta atención en mí como el astrónomo en el cometa cuando aparece en el horizonte. ¿He cambiado? ¿Soy todavía el mismo? Sus ojos, delicados y precisos como un telescopio, examinarán la tela de mi traje, la forma de mis botas. Y cuando finalmente, tranquilizado, me diga: «¡Me alegra verlo tan

bien!», se referirá menos a mi estado de salud que a mi apariencia y lo que ésta revela de mis finanzas («¡Está usted igual que siempre!», está diciendo en realidad con ese cumplido, o: «Gracias a Dios no se ha hundido tanto como para tener que ir a otro hotel. ¡Es usted nuestro huésped y nuestro hijo! ¡Ojalá sea así muchos más años!»).

Por mi parte, a mí me interesa todo lo relacionado con el hotel, como si esperara heredarlo algún día. ¿Cómo va el negocio? ¿Qué barcos llegan este mes? ¿Vive aún el viejo camarero? ¿El director ha tenido algún problema de salud? ¿Ha habido algún robo internacional en el hotel?… ¡En esa hermosa hora me preocupa todo! Querría ver los libros contables, echar un vistazo a las reservas para los próximos meses. ¿Acaso no soy como las personas cuyo patriotismo las impele a seguir el presupuesto de su Estado, la orientación política de los ministros, la salud del jefe de Estado, la organización de la policía, la dotación del Ejército, los acorazados de la Marina? Soy un ciudadano del hotel, un patriota del hotel.

Pronto llegará el momento en que el conserje se aleje hasta una casilla remota para hacerme entrega de un montón de cartas, telegramas y periódicos para mí. Desde allí me lanzará una rápida mirada para indicarme que soy el destinatario de todos esos mensajes. Las cartas han envejecido y, sin embargo, son nuevas. Me han esperado largo tiempo. Su contenido lo conozco ya a medias, porque me ha llegado por otras vías. Pero ¿quién sabe? Entre las cartas que espero ¡tal vez haya alguna que me sorprenda, me descoloque incluso, o cambie el curso de mi vida! ¿Cómo puede sonreír el conserje tan tranquilo mientras se acerca con mi correspondencia? Su parsimonia es el resultado de una larga experiencia, de una agridulce sabiduría paternal. Está seguro de que no me llegará nada sorprendente, sabe lo monótonas que son las vidas agitadas, y nadie conoce tan bien como él lo ridículas que son mis vagas ensoñaciones románticas. Conoce a los pasajeros por sus maletas y las cartas por sus sobres. «Aquí tiene su correo, señor», dice con indiferencia. Y, sin embargo, la mano que me da el

paquete parece hacer una reverencia doblando la muñeca, como si obedeciera a una antigua tradición, algo así como el rito de las manos de los conserjes…

Me instalo en una butaca del vestíbulo. ¡Ése es mi hogar y el mundo, un lugar familiar y extraño, mi salón sin un solo retrato de mis antepasados! Aquí comenzaré a escribir sobre mis amigos, el personal del hotel. ¡Menudos personajes son! Cosmopolitas, conocedores de la humanidad, saben leer todos los idiomas y todas las almas. ¡Ellos son los verdaderos internacionales! (El patriotismo es más bien cosa de los dueños del hotel).

Empezaré por describir a mi amigo, el conserje.

Frankfurter Zeitung, 19 de enero de 1929

40

EL CONSERJE

Por la tarde, «entre dos trenes», cuando el vestíbulo está vacío y silencioso y la luz amarillenta e idílica del sol se derrama en la recepción, el conserje me recuerda a una especie de santo en su dorado iconostasio. Para que la semejanza sea aún mayor, junta las manos sobre los botoncitos dorados que sujetan su panza, y se entrega a la absorta contemplación del aire, del juego de las motas de polvo al sol y probablemente de algunos pensamientos relacionados con su vida privada. Finalmente, su inactividad lo avergüenza ante los botones, que forman un grupito, en quienes la agitación de la juventud podría manifestarse en cualquier momento, e inventa algún quehacer innecesario pero ejemplar para levantar la moral. Así, por ejemplo, saca su pesado reloj dorado del bolsillo del chaleco y comprueba la hora en el reloj eléctrico de pared colgado de dos cadenas toscamente trenzadas, cuyo rostro grande, blanco y redondo luce plateado, fantasmal, como la luna del hotel, en mitad de la atmósfera dorada de la tarde. Hay tal calma que cada vez que el minutero se mueve se oye el tac, que parece un sonido humano en el silencio. El conserje contempla largo rato ambos relojes, como si quisiera pillar al uno o al otro en un pequeño error de segundos. Luego, con un gesto decidido que es el equivalente visual de un suspiro, vuelve a guardarse el reloj. Coloca dos grandes libros uno sobre otro, de forma que sus cantos coincidan exactamente, acerca el teléfono de mesa al tintero, hace rodar con la palma de la mano la pluma hasta el hueco que le está destinado, sopla de la mesa una

mota de polvo imaginaria, examina largo rato un botón flojo de su puño y lo refuerza con el hilo suelto para estar seguro de que no se le caerá hoy. Nadie se atreve a molestarlo. En estas horas casi de meditación, sus ayudantes, dos hombres vestidos de calle, silenciosos ante la entrada, no deben hacerle preguntas.

Hay siempre dos hombres cerca de él, aunque no siempre son los mismos. Podrían ser seis en total, no estoy seguro del número exacto, porque nunca están todos juntos. Cuando llegan unos se marchan otros a consulados, farmacias, floristerías, apartamentos, a prestar servicios de mensajeros, representantes o criados de los huéspedes. En todos estos años he sido incapaz de saber si son empleados del hotel o amigos personales del conserje. A juzgar por las apariencias, es él, no el hotel, quien les da de comer y decide sobre sus oportunidades. Lo obedecen como los perros de caza al cazador, y tanto da cuán lejos los hayan llevado sus diligencias, pues se diría que están unidos por invisibles lazos elásticos al conserje y éste puede reclamarlos en cualquier momento. Los trata como a una especie de parientes empobrecidos o como una enfermedad hereditaria. Su existencia es sin duda un tanto misteriosa: una vida sin uniforme ni insignias. Como todos los demás empleados llevan la insignia de su servicio y su función, y sólo ellos conservan el anonimato de los civiles, los asociamos con actividades delictivas, y su frenesí parece entonces el de los perseguidos siempre alerta para evitar ser cazados por la policía.

¡Pero no hablemos más de ellos! En estas horas tranquilas no existen para el recepcionista, son transparentes como el aire. Ni siquiera los mira cuando les habla. Tiene la capacidad de hacer un encargo, desde el alto lugar en que se encuentra, sin mirar a nadie en particular, como si el vestíbulo estuviera lleno de siervos aguardando a que les asignara una tarea. Únicamente cuando un huésped se acerca a la recepción para encargar algo inclina amablemente la cabeza, no para oír mejor, sino para ocultar su superioridad, que a los huéspedes no suele gustarles notar.

Porque, para qué ocultarlo, él es superior. Lo evidencia su poderosa cabeza, la frente amplia y blanca en cuyas sienes el

cabello negro empieza a platearse, los ojos gris claro muy separados sobre los que las grandes cejas espesas se curvan formando unos arcos perfectos, el puente hundido de la nariz prominente y huesuda, la boca con las comisuras hacia abajo, sombreada por el arco, igual de perfecto que las cejas, del bigote entrecano, el mentón amplio en cuyo centro persiste un hoyuelo, vestigio de la infancia: ese rostro me recuerda los rasgos de los retratos de grandes señores, la serena expresión de orgullosa indiferencia, el aura de amargura que cubre todo el rostro, como una capa transparente de escarcha. Tiene la tez de un tono pardo enrojecido, la piel tersa, como si viviera al aire libre, entre el trigo, el agua, los troncos y el viento (los pocos surcos profundos sobre la nariz y las finas patas de gallo en las comisuras de los ojos no parecen deberse a las preocupaciones cotidianas; son más bien signos voluntariamente aceptados, los tatuajes de la vida y la experiencia, causados por el viento y las inclemencias del tiempo).

Se inclina ante los señores pero no hace una reverencia, tan sólo condesciende con el cuerpo. Cuando acepta las indicaciones de un huésped es como si escuchara un ruego. Cuando asiente con la cabeza, recuerda a los jueces clementes de las películas estadounidenses (el único sitio donde es posible ver a jueces clementes). Cuando un huésped le plantea una reclamación lo escucha como si tratara de establecer quién podría ser el culpable. Y, por medio de una pregunta irrelevante, el olvido de un encargo urgente se convierte en una ocasión para mostrarse simpático, y una omisión en un pretexto para la complicidad, como si el huésped no hubiera acudido a él para reprocharle algo sino para quejarse de alguien. «¡Eh!—grita el conserje al grupo de botones ociosos—. ¿Quién de vosotros ha llevado a planchar el traje de la 375?». Silencio. No ha sido ninguno de los botones, sino el portero, a quien el conserje acaba de enviar en autobús a la estación. Recuerda muy bien la protesta del portero, el traje, la urgencia del encargo. Pero en ningún momento se siente culpable. No quiero insinuar con ello que no tenga conciencia: la tiene, pero es una conciencia diferente. Es más abarcadora, como la de un general, por ejemplo, preocupado

por cosas más importantes, por el conjunto… «¡Marchando, vete a recoger el traje!», ordena entonces. Desde luego, poco futuro tendría el botones que se atreviera a preguntar: «¿Dónde hay que recoger el traje?». En los ojos del conserje puede advertirse un destello fulminante que recuerda el látigo de un circo, un puñal o una tormenta que se avecina por el horizonte… Así que el botones no pregunta, sale corriendo de inmediato. Entre los demás botones se hace un silencio incómodo y pegajoso como el bochorno de los días nublados de verano. La autoridad en traje de ribetes dorados permanece inmóvil en su tarima exhalando una nube de silenciosa iracundia que flota por todo el vestíbulo…

Pese a todo, volvería a sonreír si un huésped, por ejemplo yo, se acercara a pedirle algo. Nada en él—y no es que lo entienda tanto como podría parecer—se me antoja tan asombroso como su capacidad para pasar inmediatamente de la ira a la cortesía, de la indiferencia a la curiosidad, de la distante frialdad a la cálida hospitalidad. Como si cada uno de sus estados de ánimo tuviera su opuesto en el dorso y le bastara darle la vuelta a su humor para transformarse. Cuando faltan sólo diez minutos para que lleguen los huéspedes del expreso de Milán, se prepara para el recibimiento, que anuncia dando un tirón a su chaleco y gritando: «¡Diez minutos!». Entonces ocurre algo extraordinario: abandona su nido. Baja de la tarima, sale del mostrador de recepción y dispersa al grupo de botones, cada uno de los cuales se dirige a un lugar determinado, uno a la puerta giratoria, otro al ascensor de servicio, otro al principal, un cuarto a las escaleras, dos al guardarropa. En dos minutos llegará el primer coche. El conserje frunce los labios y deja escapar un suave silbido de serpiente. Por una oscura entrada lateral aparece un mozo de equipajes con delantal verde. Fuera se oye ya el motor de un coche. Llegan las primeras maletas. El recepcionista les echa una ojeada y, como son maletas de cuero y una de tartán gris oscuro con cuadros verdes y un estuche forrado de cuero para paraguas y bastones de paseo, se estira otra vez el chaleco. Cada vez que entra un nuevo huésped intercambia una mirada rápida con el recepcionista, y cada mirada significa un

número de habitación, un piso, un precio, una recomendación, una advertencia, si debe ser afable o duro. Y sí, hay huéspedes ante cuya aparición el conserje simplemente guiña un ojo, y el resultado es que se les comunica que no hay habitaciones. A veces—aunque eso pasa como mucho una vez a la semana—el conserje hace una reverencia, y cuando se endereza una sonrisa le ilumina la cara, sonrisa contagiosa por cierto, porque se propaga como un bostezo por todo el vestíbulo. Entonces el huésped cruza entre rostros sonrientes, como entre dos filas de luces.

Dicho sea de paso, reparo entonces en que el conserje lleva la librea con unos pantalones grises de lana que, evidentemente, pertenecen a un traje de calle elegante, como si quisiera indicar que sólo viste uniforme de cintura para arriba, esa parte del cuerpo que tan raras veces inclina. De vez en cuando me cuenta algún detalle de su vida personal, que tengo la impresión de conocer un poco. Supongo que se trata de una nueva revelación. Tiene una relación con una costurera, y puede suponerse que incluso a algunos sastres les interesa que luzca su ropa, de modo que le proporcionan las prendas a buen precio. A las seis de la tarde nuestro amigo desaparece en el guardarropa y cinco minutos más tarde sale de él transformado, con una nueva dignidad. Por primera vez es posible verlo devolviendo los saludos. Sujeta un bastón negro de puño plateado en la enguantada mano izquierda, se lleva la derecha a la chistera negra—a la que sigue siendo fielmente afecto—y la levanta cortés aunque fugazmente al pasar ante los botones, que le devuelven el saludo inclinándose. Charla breve pero amigablemente con el portero de noche. A los huéspedes sentados en el vestíbulo o con los que se cruza no les dirige ni una mirada. Sus ojos recorren todo el espacio y, una vez más, al verme, se iluminan con una chispa de amabilidad. Luego se dirige por fin a la puerta giratoria. Y por la solemne lentitud con que la puerta gira se puede saber quién acaba de salir del hotel…

Frankfurter Zeitung, 24 de enero de 1929

41

EL CAMARERO ANCIANO

Uno de los camareros es tan viejo que en toda la casa lo llaman así, «el viejo»; tanto los empleados como los huéspedes se refieren a él como «el viejo», y él mismo probablemente sólo recuerde su nombre de vez en cuando, porque no lo usa desde hace años. Efectivamente, es como si no tuviera ya nombre porque, como los semidioses de la mitología, ha entrado en la categoría de los seres cuyo nombre no importa, ya que representan algo determinado. Ese camarero representa la edad en el hotel, y sólo secundariamente uno de sus servicios. Fue camarero más de cuarenta años y ahora ha sido «viejo» durante más de una década. Y el frac que se pone cada noche ha pasado de ser un atuendo profesional a otro simbólico: al ver al camarero en frac se tiene la impresión de que ése es el uniforme apropiado para la vejez.

Tengo que decir que en este viejo no están presentes los signos habituales de la vejez. Va perfectamente afeitado, tiene el cráneo completamente pelado e incluso sus cejas, por un extraño capricho de la naturaleza, son completamente rubias, como si hubiera rechazado la digna plata de la edad. O quizá sea tan viejo que ha dejado ya atrás el período del cabello blanco y está en camino de petrificarse, de convertirse en una especie de mineral humano, de volver al origen de la materia inorgánica. Al verlo apoyado durante una hora en alguna de las gruesas columnas del vestíbulo del hotel, con una pequeña pipa de arcilla apagada en la comisura izquierda de la boca, el labio inferior salido, las mejillas un tanto caídas, del

color rojo y céreo de algunas manzanas tirolesas, los ojitos brillantes e inexpresivos de un azul cobalto perdidos en un mundo desconocido, la pechera almidonada de un blanco tan puro que parece de otro mundo, el negro impecable del frac sin una sola mota de polvo ni una arruga, el reflejo inalterable de las lámparas y las luces en sus zapatos lustrosos, al verlo allí apoyado podría confundirse al camarero con la estatua de un dios doméstico del hotel y del turismo, y resulta difícil pasar junto a él sin hacer una ligera inclinación. No obstante, cuando de repente se mueve resulta tan improbable que a uno le parece extraño que la columna permanezca inmóvil. ¿Adónde irá el viejo? Al restaurante. Sólo se mueve de rodillas para abajo, sus pies dan pasos diminutos y cuando alguien se cruza en su camino él se detiene, como si algún mecanismo se bloqueara, y hasta cree uno escuchar el engranaje, oculto por los faldones del frac, pararse de repente. Luego vuelve a ponerse en marcha, y un cuarto de hora más tarde está en el restaurante.

Nunca se mueve—aunque no siempre uno lo advierte de inmediato—sin algún propósito. Apoyado en su columna, con la mirada perdida en el más allá, ha visto llegar a unos huéspedes a los que sirvió hace veinte o treinta años. Su atención sigue intacta, sólo sus movimientos se han vuelto más lentos: del mismo modo observaba la llegada de la gente hace cuarenta años, sólo que entonces se movía más rápido, en cuestión de segundos aparecía ante ellos, corría a la cocina o regresaba. De forma tan imperceptible como ininterrumpida, a medida que pasaban años y décadas, sus pies se han ido volviendo más débiles, sus manos más temblorosas, sus movimientos más lentos; tan imperceptible como el movimiento de la aguja que marca las horas en el reloj, pero igual de imparable, la debilidad y la edad se han apoderado del cuerpo del viejo camarero. Cada día su andar se ha ido haciendo un poco más lento, y al cabo de cuarenta años se ha convertido en ese avanzar lentísimo arrastrando los pies.

Lo veo ante sus huéspedes de siempre, todavía puede inclinarse. Otro camarero, más joven y rápido, aparece al lado del

viejo, con un bloc en la mano para tomar nota. Pero es como si los antiguos huéspedes hablaran una lengua incomprensible para el joven camarero, una lengua de una generación desaparecida, quizá de un mundo desaparecido, porque el viejo repite al joven literalmente lo que los huéspedes dicen, pero parece que lo estuviera traduciendo. Como si lo que piden los huéspedes sólo se convirtiera en platos comestibles, en exquisiteces, gracias a la intervención del viejo camarero, y en caso de que el joven los anotara directamente no fueran comestibles. Aunque los huéspedes hablan en voz baja (la mesa a la que se sientan es un oasis de silencio en la estancia donde el tintineo de los platos y las copas se mezcla con las voces de los comensales) el viejo oye exactamente lo que dicen, mientras que el joven, probablemente, sería incapaz. Y es que el viejo tiene el don de la intuición: adivina lo que quieren sus huéspedes habituales y, llegado el caso, hasta puede cambiar lo que piden. Si, por ejemplo, piden un plato de cuya calidad el viejo no puede responder ese día, hace como si hubieran pedido otro. Por eso aguardan de buena gana los huéspedes hasta que él se les acerca lentamente. Entre ellos existe una antigua relación, son de una misma época como se es de una misma patria: en cierto sentido son patriotas de esa misma época, que puede ser más importante y querida que una patria, porque las épocas desaparecen rápidamente mientras que las patrias permanecen inmutables, y porque como las épocas cambian, las perdemos, mientras que las patrias nos retienen. Los huéspedes y el viejo hablan su lengua materna de una época pasada. Por eso se entienden entre sí y por eso se esperan solidariamente.

A veces alguna anciana dama de mirada fría y distante, consecuencia de una vida larga, rica y sin preocupaciones, apoyándose en su bastón, ataviada con un sobrio vestido de seda gris oscuro, un lustroso collar de perlas (que ya anhelan los herederos) en su arrugado cuello, a veces, alguna de esas ancianas a las que todos tratan temerosa o tímidamente, se dirige sin vacilar hacia el viejo camarero y le tiende la mano sin decir palabra. Él, a su vez, se inclina profundamente y sonríe un poco. La anciana y, a

juzgar por todas las apariencias, gélida dama, y el viejo camarero se conocen desde hace décadas, y sin duda ella no le tendió siempre la mano. Cuando los dos eran jóvenes aún, los separaban las diferencias de clase. Ahora que han envejecido, se ha iniciado un proceso de igualación que culminará con la definitiva igualdad de la muerte. Los dos se preparan ya para la tumba, bajo la misma tierra, el mismo polvo, los mismos gusanos, y quizá incluso, si la fe ha logrado sobrevivir a una vida tan larga, el mismo más allá.

Pasada la medianoche, a la una, el viejo entra en el ascensor—no el de servicio, sino el principal—y el ascensorista lo sube al ático, donde se encuentra la pequeña habitación gratuita donde vive. Nunca se ha casado, no tiene hijos, ni hermanos. Siempre ha estado solo, siempre ha sido camarero en este hotel, es hijo de este hotel. Nunca ha sido otra cosa que camarero. Desde hace diez años vive en esa habitación. No quería jubilarse, pero como ya no podía regresar de noche por la calle a su vivienda se quedó en el hotel, como un viejo reloj de pared. Está claro que morirá en su habitación gratuita. Sacarán su cadáver por la puerta de servicio del hotel y lo meterán en un coche negro sin ventanillas. Porque es inconcebible cruzar el vestíbulo del hotel hasta la entrada principal con un cadáver.

Frankfurter Zeitung, 27 de enero de 1929

42

EL CHEF EN LA COCINA

De importancia insólita pero desconocido, sí, invisible para la mayoría, el chef mora en el submundo del hotel. La mayor parte del día está sentado en el centro de la gran cocina, un pabellón de paredes de cristal, es decir, una casita que es toda ella una ventana, visible por todos lados y asomada a todos lados. Este submundo del hotel se compone de tres elementos: cristal, baldosa y metal blanquecino, plateado y mate. El cuarto elemento es el agua, que fluye incesante, silenciosa, melodiosamente, siempre en vilo y sin embargo relajante, sobre las blancas paredes de baldosa, delicado velo reluciente de higiénica inocencia nupcial, precioso, pródigo y, allí donde da la luz, irisado.

Ocho cocineros adultos y cuatro pinches de cocina adolescentes están de pie y van de aquí para allá, vestidos de blanco y con níveos gorros de marinero, blandiendo largas cucharas de madera, entre ocho pucheros metálicos, de los que a intervalos irregulares sale un vapor plateado y bajo cuyos vientres resplandece un fuego rojizo, irreal y teatral. Un blanco silencio infinito, comparable al silencio de las taigas rusas, cubre las baldosas, el metal, el cristal y a los cocineros, cuyos movimientos son inaudibles, como si fueran sombras blancas, y cuyos pasos apaga probablemente el ruido del agua que corre. Este único ruido en la estancia no interrumpe el silencio sino que lo acompaña: parece la melodía audible del silencio, el canto del mutismo. Sólo muy rara vez suelta la válvula de un puchero un silbido sofocado, que se extingue enseguida,

avergonzado y asustado, y pronto queda olvidado en el silencio, como el graznido ahogado de un cuervo en la silenciosa llanura cubierta de nieve en pleno invierno.

El mismo aspecto que esa cocina podría tener la sala de máquinas de algún moderno buque fantasma. El chef podría ser el capitán; los cocineros, marineros; los pinches, grumetes. El destino, desconocido y, sobre todo, inalcanzable.

Todo lo fantasmal que resulta el silencio, lo compensa el chef, tan real, brillante, vivo, festivo, en su palpable optimismo alegre y práctico. Basta mirarlo para olvidar las oscuras leyendas y cambiarlas por los alegres recuerdos de los cuentos de infancia, como el país de la Cucaña, que leímos en los libros llenos de ilustraciones en colores vivos. Ahí está el creador de los pichones asados que parecen volar hasta nuestras bocas. Su gorrito blanco—que recuerda tanto un turbante como un gorro de dormir y el forro de una corona real—resalta el rojo de sus mejillas, el negro brillante de sus cejas espesas y frondosas, y el color miel de sus vivaces ojitos, que se mueven de un lado a otro juguetonamente sobre sus mejillas mullidas, vigilando a los cocineros, las cacerolas, o los movimientos de las largas cucharas. Su gorrito blanco se apoya exuberante sobre su oreja derecha, tan roja que parece palpitar y expresar por sí misma salud y entusiasmo. En sus labios rojos hay una invariable sonrisa. La barbilla ancha y redondeada parece descansar cómodamente sobre la papada. Las anchas narinas aspiran los olores de los platos y los matices de esos olores. Y bajo su delantal blanco se curva su espaciosa y benevolente panza en la que cabría un segundo corazón especial.

¡Eso es lo que llamo yo un chef! Parece sacado directamente de los sueños de mi infancia y, en realidad—como creo haber dicho antes—, de Checoslovaquia. De los cuatro pueblos que viven en ese Estado, checos, alemanes, eslovacos y judíos, reúne todas sus cualidades positivas: es trabajador como un checo, metódico como un alemán, imaginativo como un eslovaco y astuto como un judío. Esa feliz combinación hace de él un hombre contento y amable, que está en paz con los demás y consigo, y que incluso es capaz de vivir

felizmente casado durante décadas. ¡La sola idea de que ese hombre pudiera perder la calma sería absurda! ¿Cómo podría caber la ira en un lugar tan lleno de paz, contento y despreocupación? ¿Y qué tendría que ocurrir para sacar fuera de sí a este hombre? En la mesita a la que se sienta normalmente hay un gran diario abierto en el que de vez en cuando anota algo y, junto a éste, un teléfono que a ciertas horas suena hasta veinte veces. Una y otra vez el chef levanta el auricular con la misma parsimonia, mientras suena, y lo coloca cuidadosamente sobre la mesa, donde sigue sonando un poco más, y sólo cuando calla por completo lo vuelve a levantar como si nada para acercárselo, no hasta el oído, sino hasta las proximidades del oído. Parece como si primero domara a una criatura salvaje y ruidosa, como si aguardara a que se calmase antes de ocuparse de ella. No habla, como hace todo el mundo, pegando la boca al micrófono, sino a cierta distancia, y tampoco levanta la voz, más bien la baja, y todas las palabras que susurra al aparato suenan aterciopeladas. Cada cuarto de hora uno de los cuatro pinches de cocina se acerca al pabellón de cristal llevando una muestra diminuta, sacada de un puchero, en un cuenco también diminuto. A veces el chef se contenta con echarle un vistazo rápido con sus ojos de miel (como si pudiera saborear con la mirada) y a dar su aprobación al plato afirmando con la cabeza. Más a menudo, no obstante, el chef se lleva el cuenco a los labios, da un sorbito, y envía otra vez al pinche a los fogones con unas palabras suaves. Por qué unas veces sólo mira y otras prueba es uno de sus secretos. Me imagino que conoce muy bien los caprichos de las cacerolas y las capacidades de los cocineros, pero también que podría echar a perder su paladar si lo pusiera a prueba con demasiada frecuencia. Es un paladar precioso, acostumbrado al mimo y a llenar el estómago de exquisiteces. Porque el chef no comerá nada hasta avanzada la noche, pero no siente hambre. Nunca come en la cocina. Cuando se quita su amplio uniforme blanco aparece su traje negro, y al quitarse el gorrito aparece el cabello espeso y ligeramente rizado, y una frente blanca y lisa. Sobre la camisa de popelín que le oculta el cuello lleva una pajarita de seda gris con topos negros, cuya delicadeza y coquetería

suaviza la seriedad de su atuendo y le da un aire emprendedor, audaz y juvenil. Sólo entonces se dirige al comedor. En una esquina, junto a la columna, tiene una mesa reservada. Le sirven en silencio pero con brío, ni siquiera tiene que pedir nada: la cocina sabe exactamente lo que desea. Le sirven porciones muy pequeñas, que reposan en los platos como piedras preciosas. Servirle gruesos bistecs sería una ofensa. Come con gracia y sin esfuerzo, y nunca tiene que llevarse la servilleta a los labios. Después del café, toma un coñac. El camarero le muestra la botella antes de servirle. A veces el chef le coge la botella sin decir palabra y la deja sobre la mesa. Por diminutos que sean los vasos, sólo se toma el coñac a sorbitos. Luego se levanta, ligero y sin esfuerzo, no como quien ha comido y bebido mucho, sino como quien descansa toda una mañana echado en un claro del bosque y finalmente decide ponerse en marcha al caer el sol. Se aleja dando caladas a un delgado cigarrillo y echando perfumadas nubecillas azules.

Ya se va a casa. Tiene una bonita casa, tres hijos, y una mujer joven y atractiva cuyo retrato guarda en el cajón de la mesa del pabellón de cristal, donde también se encuentra el diario cerrado. Una vez me enseñó el retrato. Estoy seguro de que no le enseña a nadie la foto, y sólo le echa una ojeada cuando abre y cierra el cajón, como una caricia fugaz. Jamás ha querido a otra mujer, y tampoco es el tipo de hombre que sucumba a las pasiones repentinas. (Tiene un sueldo superior al del director). Antes de la guerra trabajó en todas las grandes ciudades del mundo. Siempre entre baldosas, cristal, agua y metal plateado. En 1914 fue a la guerra, tranquilo, sin entusiasmo y sin miedo, porque sabía que su raro don no dejaría de producir efecto en los oficiales de un cuartel general. Durante cuatro años estuvo a veinte kilómetros del frente, en pueblos idílicos, junto a pucheros y hogares calientes, ante cantidad de alimentos sabrosos. A veces habla de aquellos tiempos, y siempre que lo hace añade: «Los oficiales de mi Estado Mayor comían mejor que combatían». Es el único aforismo que se le ha ocurrido y se le ocurrirá jamás, y no encierra un reproche, sino un elogio. Un día le pregunté si había visitado su nueva patria

independiente. «No—me dijo—, para qué, si pago aquí mis impuestos». También le pregunté si le gustaría que alguno de sus hijos fuera cocinero. «¡Quizá!—respondió—. Si tiene talento…». Pero en su voz suave me pareció percibir un atisbo de duda. Tal vez, como muchos, pensara que los hijos de los genios suelen terminar mal.

Frankfurter Zeitung, 3 de febrero de 1929

43

MADAME ANNETTE

Cuando Annette cumplió veintiocho años sin haber encontrado todavía marido, fue a uno de los joyeros de rue de la Providence en cuyos escaparates las alianzas de oro, plata y chapadas se amontonaban a docenas en conos de terciopelo que parecían los monumentos brillantes y diminutos a la monogamia. Compró una alianza de plata y se la puso en el anular izquierdo, como dicta la costumbre en su país. Quizá en lo más profundo de su alma confiaba en que un día aparecería un hombre que se convertiría en su marido y entonces podría cambiar el anillo de plata por uno de oro. Pero, mientras tanto, le bastaba el de plata como una especie de exhortación a Dios, o de coacción moral al destino, para que se ocupara por fin de proporcionarle marido. El anillo tenía, además, otra finalidad inmediata: proteger a la chica de las insinuaciones de hombres no deseados—que por lo común son también cobardes—al sugerir la existencia de un marido corpulento y celoso, siempre al acecho. Y también le daba cierta respetabilidad a su portadora entre sus compañeras. De hecho, inmediatamente todo el personal, que hasta entonces la había llamado «mademoiselle Annette», comenzó a llamarla «madame Annette». Por cierto, tal vez sea oportuno señalar aquí que si el título de señora todavía impresiona a mujeres solteras de las mejores familias, libres de la triste perspectiva de tener que servir a extraños para ganarse la vida, ¡cuánto más impresionará a las chicas que jamás abandonan su condición de «chicas», dada su profesión, aunque se conviertan en abuelas!…

Para las compañeras de Annette, que tan raras veces tenían ocasión de llamarse entre sí «madame», ese título significaba una distinción social. Así que se lo dieron a Annette, aunque pudieran sospechar que la alianza de plata era pura apariencia, porque ellas mismas se sentían ennoblecidas al poder llamarla «madame Annette».

Annette había sido criada desde los dieciséis años. Su padre, pescador normando, la envió a un hotelito en Le Havre, con cuya dueña mantenía una relación desde su época de marinero. Al parecer, en Le Havre las chicas no duraban mucho tiempo. Menos de un mes después de su llegada, Annette sucumbió a los arrullos amorosos tardíos de un naviero cincuentón que le prometió casarse; sin embargo, no pudo cumplir su promesa porque no iba a romper un matrimonio de veinte años. Annette tuvo un hijo y, poco después, consiguió un buen trabajo con una familia noble afincada en las proximidades de París, también de origen normando, a la que le gustaba contratar en Normandía a su servicio. El niño se quedó de huésped invitado con la dueña de Le Havre y, claro, murió seis meses después. Annette envió dinero para el entierro y, como no poseía ninguna foto de él pero quería tener algún recuerdo, compró en una papelería una postal de un bebé precioso, le puso un marco negro y la escondió en su maleta.

Escarmentada por su experiencia en Le Havre y convencida, dados sus rústicos prejuicios normandos, de que toda relación amorosa acaba en embarazo, Annette resistió los galanteos del señor de L., su patrono, aunque lo suyo le costó. Para evitar de una vez por todas caer en la tentación, contó a la señora de L. los intentos de su marido. Naturalmente, Annette fue despedida de inmediato y, para evitar que sembrara la confusión en ninguna otra casa noble, la recomendaron a un hotel de París, del que era accionista el señor L.

Allí comenzó su modesta carrera.

Consideraba (con razón) más agradable limpiar en una mañana veinte habitaciones de desconocidos siempre distintos que sólo ocho o diez habitaciones de personas establecidas para toda la vida

de las que tuviera que recibir sueldo y pan. Prefería las propinas que le dejaban quienes se iban como una especie de impuesto, a los regalos de Navidad, solemnemente entregados en diciembre por la señora de la casa, y de los que todavía seguía hablándose en abril, por Pascua. Se adaptó a su profesión, porque al menos no era tan monótona como el trabajo de sirvienta, y estaba desprovista del falso brillo de la autoridad patriarcal; su profesión tenía la fría y clara objetividad de un negocio, era casi como una oficina, y además le daba una idea de la diversidad y el colorido del mundo, de su riqueza y sus habitantes. Como era atenta y curiosa, con el tiempo aprendió a distinguir entre las diversas costumbres de los distintos círculos, los diversos grados de familiaridad con el lujo y con la vida en una cultura y una nobleza cuyos fundamentos son económicos. Esas experiencias aumentaron sus expectativas sobre el tipo de hombres a los que podía conocer. Y aunque éste o aquél le agradaran, no se decidió a casarse con ninguno. El único hombre que conoció en un baile y parecía familiarizado con los modales caballerescos que, en opinión de las criadas, eran propios de las clases altas fue un zuavo, un sargento de las colonias francesas. Pero la verdad es que la gente de color le daba un poco de miedo: alguien amarillo o negro tendría que terminar un día u otro evidenciando su diferencia, ya fuera en forma de ataque de locura, de inesperado acto violento o simplemente de enfermedad exótica. Sin embargo, ya estaba dispuesta a arriesgarse cuando estalló la guerra. El zuavo, como correspondía, dio su vida por Alsacia-Lorena…

El duelo de Annette fue mayor de lo que su amor había sido nunca, porque atribuía al muerto más cualidades de las que había tenido en vida. Estaba convencida de haber perdido un ideal de la virilidad. Comparados con la imagen que se había hecho del difunto, todos los huéspedes distinguidos del hotel eran puros saldos. Hasta los boxeadores y aviadores estaban muy por debajo del difunto zuavo. Como no tenía ninguna fotografía y no había postales de zuavos ideales, le atribuía los rasgos de todos los héroes fotografiados en las revistas ilustradas. En su cerebro piadoso, que

en pocos años hizo la labor que normalmente necesitan generaciones para crear leyendas, el difunto se convirtió en un semidiós moreno. Su recuerdo la mantuvo a salvo, dicho sea de paso, de los intentos de seducción de huéspedes del hotel un tanto borrachos e irresponsables.

Cuando se sufre una gran pena es bueno cambiar de residencia. Vino a este hotel sobre el que escribo fundamentalmente porque pertenece a la misma compañía propietaria del hotel parisino de Annette. Y aquí se compró el anillo de boda, recibió el título de *madame* y accedió a tareas menos arduas. Ahora es en cierto modo la mano derecha del ama de llaves, sólo tiene que ocuparse de cinco o seis habitaciones y vigilar a las chicas de dos plantas. Ya no lleva un vestido azul, sino uno negro, y tampoco está obligada a llevar la tradicional cofia blanca. Sin embargo, la sigue llevando (por coquetería, aunque ella diga que es por modestia). En cualquier caso, es increíblemente bonita. Sí, a veces incluso me parece que ni siquiera sabe lo guapa que está, porque para ser consciente de la propia belleza hace falta tiempo libre y cierta independencia material. A veces creo que algún hombre debería decirle: «¡Oiga, madame Annette (o simplemente: ¡Annette!), con su cabello negro, sus ojos gris claro y su tez morena es usted una rara criatura de la naturaleza! Aunque sólo lleve medias de seda los miércoles—el día que libra—también el resto de días es posible admirar la encantadora curva de sus piernas, la suave transición de la pantorrilla hasta el tobillo. No crea que sus estrechas caderas, su pequeño pecho y sus manos fuertes y trabajadoras pero tan bonitas delatan que no pertenece a la sociedad que usted considera superior. Podría pasar perfectamente por una señora, incluso cuando mira a los huéspedes con sus claros ojos grises mientras le dan instrucciones—o cuando los fija en sus espaldas mientras se alejan—, con sus labios finos y extraordinariamente rojos (yo creo que, teniendo en cuenta su tez, le quedaría mejor un color un poco más claro), que mantiene tan cerrados, como si quisiera asegurarse de evitar cualquier comportamiento inadecuado, y con su delicada

barbilla un poco alzada, como si ella expresara su atención, pero también su orgullo. ¡No hay duda de que es usted bella, Annette!».

Desgraciadamente, me temo que nadie debe de haberle hablado así. Los espejos, ante los que tanto le gusta detenerse, son complacientes pero mudos. Y el tiempo pasa volando, hay que apurarse. Annette tiene sin duda ya cierta práctica en la limpieza superficial. El lavabo le lleva cinco minutos, la cama tres, la mesa dos. A los señores les gusta dejar los trajes sobre las sillas, lo cual complica un poco más las cosas. Además hay papeles, libros y cartas sobre el escritorio, y aunque las normas del hotel prohíben alterar el desorden de los huéspedes en sus escritorios ¡hay que limpiar! Así que, como cada hoja debe regresar a su lugar, la tarea a veces requiere veinte minutos. Además, tiene que vigilar a las chicas, que se ponen a cotorrear y ni siquiera atienden cuando se encienden las señales verdes, por más que insistan. De modo que Annette tiene que llamarles la atención. Trabaja desde las doce del mediodía hasta las nueve de la noche. Tiene una hora para almorzar, cosa que hace abajo, junto a la cocina, en la larga mesa para el personal, que recuerda las mesas de comedor de los orfanatos. Si Annette sigue trabajando tanto durante cinco años más, llegará sin duda a ama de llaves (eso le servirá para seguir trabajando montones de horas).

Un día, era miércoles, la encontré delante de la entrada de un gran cine. Miraba las fotos, escenas ambientadas en lugares lujosos (nada hay más interesante para los pobres que la vida de los ricos). Como hace mucho que nos conocemos, me permití invitarla, y vimos una de esas películas que las grandes productoras vienen haciendo en los últimos veinte años para demostrar su «conciencia social». Era una de esas películas en que un joven de la mejor sociedad invitaba una y otra vez a cenar a una pobre chica de clase baja que no sabía si el helado se toma con tenedor o una manzana se parte con cascanueces. Como el público sí lo sabe, se siente complacido y jalea a la industria del cine (por lo menos eso hacía esa noche). No obstante, madame Annette me dijo: «¿No le parece que la chica podría haber sabido un par de cosas por las películas?

Seguro que habría ido alguna que otra vez al cine, porque la película está ambientada en Nueva York». Entonces—por una reacción inmediata, y en parte honesta, contra la industria—invité a madame Annette a cenar en un buen restaurante. Aquí y allá había algún huésped del hotel. Aquí y allá recibió madame Annette auténticos repasos, porque no la reconocían: a los verdaderos señores ni se les ocurre que en el restaurante en que cenan pueda sentarse una camarera. Por cierto que madame Annette llevaba un vestido oscuro de cuello alto que daba un tono mucho más pálido a su piel morena y aún más rojo a sus labios, además de un collar de perlas falsas que proyectaba un reflejo azul plateado sobre la parte inferior de su rostro. Pero lo que me parece más importante subrayar es que sabía usar los cubiertos mejor que algunos de los señores de la industria del cine con los que alguna vez he tenido ocasión de cenar o, como les gusta decir, de *souper*…

Frankfurter Zeitung, 9 de febrero de 1929

44

EL PATRÓN

No es posible adivinar la edad del director del hotel, y ésa es de hecho una de sus particularidades. Al observador puede resultarle inquietante ver a un director de hotel de cincuenta años a las once de la mañana que a las tres de la tarde parece un apuesto cuarentón y luego, avanzada la noche, vuelve a tener aspecto de cincuentón, como por la mañana. Aunque nada cambia tan rápido como su fisonomía, el color del cabello y la barba del director también cambian con increíble rapidez. A veces se adivinan en su bigote de un negro azabache pelillos de un gris plateado. A los dos días han desaparecido. En ocasiones a uno le parece ver clarear las entradas, pero a los pocos días vuelve a lucir su habitual cabellera suave, sedosa, de una exuberancia casi femenina. Aunque sea el director totalmente cosmopolita de un hotel cosmopolita, el personal sólo lo llama «patrón». A lo mejor a los pobres empleados les resulta muy difícil, pese a que su vida consista en estar siempre próximos a quienes manejan el moderno capital, concebir que sea una sociedad por acciones quien les proporcione su sustento, servir a la noción abstracta que sale de las delgadas cintas de papel con las cotizaciones, y considerar un simple empleado de una misteriosa sociedad de accionistas al hombre que los contrata y los despide, que les manda esto y les prohíbe aquello. Es más sencillo considerarlo el patrón. Si fuera realmente el propietario, o incluso si fuera uno de los accionistas, no aceptaría—por lo que le conozco—el título popular y provinciano, completamente inadecuado de

«patrón». Sin embargo, al director le agrada que lo llamen «patrón», incluso lo halaga. Esos secretos de su alma, que a veces creo adivinar, pero también otras cualidades más evidentes de su carácter, me han impedido durante mucho tiempo estrechar la relación con el director, como me habría gustado. Porque la objetividad del escritor requiere un tipo muy especial de simpatía por la persona descrita, una simpatía literaria que, llegado el caso, puede inspirar hasta un bribón. Pero mi corazón de persona sentimental (y ya bastante pasada de moda) late especialmente ante los personajes menores que reciben órdenes y obedecen, obedecen, obedecen, mientras que rara vez me permite sentir algo más que una fría objetividad hacia quienes dan órdenes, órdenes y más órdenes. En cuanto al director, a veces me repito la circunstancia atenuante: también él recibe órdenes ¡de la sociedad de accionistas! Pero sólo recibe órdenes una vez al año, para los siguientes trescientos sesenta y cinco días, y son órdenes generales, escritas en un hermoso pliego de papel, más parecidas a documentos. Además, puede impartirlas a sus subordinados como considere conveniente y, si se le antojan muy duras, como suele ocurrir, puede trasladarlas de un modo aún más duro, de modo que su suerte, comparada con la de quienes le obedecen, le parezca más llevadera. Por lo visto, en la escalera que asciende hasta la sociedad de accionistas, el director está en el peldaño más alto.

Pese a todo, me habría reconciliado con ello hace mucho tiempo si no estuviera entre sus costumbres aparecer sigilosamente allí donde menos se lo espera. Aparece de pronto en un rincón remoto del pasillo. Siempre da la impresión de llevar allí largo rato y moverse sólo cuando oye a alguien acercarse. Otras veces atraviesa el vestíbulo con paso rápido y la cabeza baja, como para demostrarnos que no le importa nadie. Pero sé muy bien que sus ojos, situados a los lados, cerca de las sienes, como los de las aves o los lagartos, perciben rápida y certeramente imágenes de todo el entorno, y que un breve trayecto le basta para saber exactamente quién se halla en el vestíbulo, qué hace el portero y si están todos los mozos y los botones. Clava la mirada en los objetos como un

arpón. Se diría que se lleva a su oficina todas las imágenes que capta para revelarlas o ponerlas en un álbum.

Tiene las costumbres, los movimientos y las cualidades de un detective. Nacido en el Levante e hijo de padres griegos, posee probablemente la agudeza mental que se atribuye a griegos y levantinos. Lo que mira, lo ve, y lo que ve, lo entiende. Habla todos los idiomas con la misma fluidez, pero no puede escribir una carta sin faltas en ninguno de ellos. A su secretaria le dicta sólo palabras sueltas, probablemente palabras clave, dejando que ella se ocupe de los detalles. De estatura mediana, pero tan delgado que a veces parece muy alto, tiene el aspecto de un noble ejemplar de una raza muy lejana y extraña. En su rostro oscuro, estrecho y como aplanado a los lados, su nariz descarnada recuerda un arma, un cuchillo curvado de huesos y piel. Una onda de cabello negro le oculta la mitad de la fina ceja derecha. El delgado bigote—se lo afeita por arriba y por abajo—describe una fina línea curva, como un alambre justo en el centro del labio superior. Raras veces abre la boca, ni siquiera para hablar. Si no tuviera dientes nadie lo sabría.

Indudablemente tiene la capacidad de crear y satisfacer el llamado «lujo». Si hay alguien que sepa exactamente qué es la comodidad, ése es el director. Todos los detalles de la decoración son cosa suya. En todo el hotel no hay un mostrador colocado a tal altura que el brazo se duerma al apoyarse en él. Las lamparillas que hay junto a las camas están a la altura de la mano en pequeños nichos como cajas de caudales y el estante en que reposan se puede ajustar, de modo que no hay peligro de romper la lámpara al coger un vaso de agua. Todos los ceniceros son profundos, anchos y pesados. Ante cada cama hay una cortina que la hace invisible durante el día. Cada habitación tiene un pequeño vestíbulo que la aísla del pasillo y permite al camarero dejar un carrito con la comida encargada en caso de que no convenga que entre en la habitación. Por la mañana, con el correo, se ofrecen al huésped periódicos de diversos países. Nunca entra un cartero con correo certificado sin que antes se avise por teléfono al huésped. Durante toda la noche funciona la llamada «cocinita», de la que puede obtenerse fruta, té,

café o coñac. La gran puerta giratoria está abierta toda la noche, de forma que nunca hace falta llamar ni despertar a nadie. A las tres de la mañana hay encendidas tantas luces como a las nueve de la noche. Todas estas comodidades se las debemos al director.

Y, sin embargo, la forma en que ordena a los botones que lo sigan a la oficina me resulta embarazosa. No dice: «¡Venga conmigo!». Tampoco les hace un gesto con la mano, ni les lanza una mirada. Simplemente se sitúa ante el infeliz, lo mira, se aleja un paso y se da la vuelta. No sé lo que pasa tras la puerta cerrada de la oficina del director, pero veo salir de ella a los empleados: se acomodan el uniforme, mueven la cabeza, como si necesitaran enderezar las vértebras, y antes de volver al servicio, se sacuden como si vinieran de otro mundo muy distinto y tuvieran que adaptarse a éste. ¡Y eso que apenas han estado dentro diez minutos! Podría preguntarles algo y no me oirían. Siguen teniendo en los oídos un estruendo terrible que ahoga los nuevos ruidos.

Tal vez sean costumbres naturales, propias del lugar. Pero lo que no tiene nada de natural es su forma de decir siempre las mismas trivialidades y hacer preguntas que no es posible responder: «¿Viene usted de muy lejos? ¿Hizo buen tiempo? Encantado de volver a verlo, ¡no sabe cómo me alegra volver a verlo!». Y, según el tiempo que haga y la estación: «¡Menudo día de verano, parece que va a llover!». O bien: «Qué hermoso día despejado. Lo mejor para la salud son estos días de otoño. ¡Que lo disfrute!». Todo lo cual remata siempre con una inclinación que convierte el cuerpo en un signo de interrogación: «¡La caja fuerte del hotel está siempre a su disposición! ¡Adiós!». Y, sin embargo, un día fui testigo de la siguiente escena:

Hacia las diez de la mañana entró un hombre por la puerta giratoria al vestíbulo vacío. El director estaba delante de la puerta del conserje y ya se disponía a alejarse. El pobre hombre se quedó allí en medio, como si alguien lo hubiera dejado abandonado. Llevaba un sobretodo que le venía grande. Sus dedos enrojecidos apenas sobresalían de las mangas; de lejos parecían las puntas de unos calcetines viejos. Tenía el rostro enjuto, pero iba

cuidadosamente afeitado e incluso se apreciaba algún corte reciente. Su delgado pescuezo danzaba en un cuello de camisa demasiado ancho, pero duro y muy blanco. Más abajo se intuía (pues no se veía) una camisa suave, de rayas azules y no especialmente limpia.

—Salga y vuelva a entrar por la puerta de servicio—dijo el director al recién llegado.

El hombre obedeció. Salió como si estuviera en un escenario. De hecho, todos sus gestos eran teatrales. Quitó una cinta elástica a su maletín de cartero y sacó algunos papeles doblados.

El director ordenó al hombre que los desdoblara, pero no hizo el menor ademán de tomarlos, sino que se limitó a echarles una rápida ojeada. Luego sacudió la cabeza.

El pobre hombre ya se disponía a salir cuando el director dijo muy bajo:

—¡Psssst!

El hombre volvió sobre sus pasos.

—¡Venga hoy a almorzar, a las doce y media en punto!

El pobre hombre sonrió y trató de hacer una genuflexión. Luego volvió a dirigirse a la salida

—¡Psssst!—repitió el director en voz baja.

El pobre hombre regresó de nuevo más rápidamente, con más confianza que la anterior vez.

Entonces el director dijo al portero:

—¡Dele un café con leche!—Y se alejó rápidamente. A la mitad del camino se detuvo de pronto y, sin volverse, gritó por encima del hombro—: ¡Con nata!

Y desapareció en la oficina.

La escena no bastó para persuadirme de que el director es una buena persona. Pero me permitió observarlo por fin con la necesaria objetividad literaria.

Frankfurter Zeitung, 20 de febrero de 1929

45

DESPEDIDA DEL HOTEL

Me habría gustado hablar de algunos otros de mis amigos del hotel, pero mañana ya me marcho. He pasado el suficiente tiempo: si me quedase hasta que no tuviera más remedio que dejarlo, el hotel terminaría degradándose en un hogar. Quiero sentirme bienvenido en él, pero no es mi casa. Me gusta ir y venir. Es bonito pensar que en el hotel me esperan. Ya sé que eso también es sentimentalismo y que, por miedo a lo convencional, caigo en la trampa de mis propias fantasías. Pero así es el corazón humano.

Hoy anunciaré al conserje mi partida. ¡No es que esté obligado a hacerlo! En este hotel no hay «avisos» en las habitaciones, ni «Decreto de establecimientos de alojamiento, año 1891, artículo IV, párrafo 18, apartados 18 y ss.», ni «Reglamentación interna», ni «Se ruega a los distinguidos huéspedes que comuniquen con la debida antelación su partida, ya que de otro modo se les facturará una noche más. Atentamente, la Dirección». No, en este hotel no hay letreros en las paredes. Ni siquiera el restaurante se anuncia de un modo especial, porque como es bueno a la gente le gusta comer en él. Si pienso comunicarle hoy al conserje mi partida es sólo porque necesito su amabilidad y quiero oírle murmurar: «¡Ay!, ¿ya se va?». ¡Y lo dice con un tono! En voz muy baja, como si fuera un secreto, como si mi decisión de partir pudiera aplazarse siempre y cuando sólo la conociéramos los dos. Lo dice de un modo tan lento y tan prolongado como un largo lamento que tuviera que recorrer la inmensa distancia a la que pienso viajar. ¡Qué hombre más bueno!

¿Cómo se las arreglará sin mí? ¿A quién dará las buenas noches cuando vuelva a casa de noche con su elegante traje? ¡Cómo nos hemos entendido! Nos hemos comunicado con miradas, con el auténtico lenguaje de la estereoscopia. Pero todo eso llega a su fin…

No obstante, como los hombres tienen que ser fuertes, el conserje me pregunta qué tren o barco querría tomar. Yo sólo le digo el destino y la hora aproximada, algo así como «por la tarde». Y de inmediato me dice: «¿Qué tal le iría el tren número 743 con coche cama de las 18.32, con dos paradas, vagón restaurante abierto hasta las diez de la noche?». Y sigue ofreciéndome alternativas. Yo dejo que escoja él, porque forma parte de las virtudes de un buen conserje distinguir los mejores trenes de los que no lo son tanto, aunque él viaje rara vez y los huéspedes lo hagan siempre. Confío en él. Y si ocasionalmente el tren que me ha recomendado llega con tres horas de retraso, me convenzo de que todos los demás trenes habrán descarrilado. Tales astucias ingenia quien quiere consolarse…

Mañana será el día más largo. A todos los efectos ya me habré ido, pero aún seguiré aquí. Ya se habrá corrido la voz, y el camarero de mi planta, que libra por la tarde, me deseará un buen viaje por la mañana. Lo dirá con vistas a una propina, pero no por ello será menos sincero. Me consta que los buenos deseos más sinceros son los de quienes reciben propinas. El que no espera obtener nada de mí sólo desea que me lleve el diablo. ¡Afortunado quien puede dejar una propina! La buena gente lo bendice, porque confía en que vuelva pronto. Resulta instructivo comprobar que el camarero me hace el honor de apreciar tanto mi humanidad como mi pequeño regalo. Le gusto tanto como mi dinero. (Todos mis amigos prefieren el dinero). Y en el brillo de alegría de sus ojos puedo distinguir unos destellos de melancolía. Al júbilo de recibir se mezcla el pesar de la despedida. ¡Que le vaya bien!

Será el día más largo. En la habitación ya no quedará nada, ni un solo detalle que pueda atraer mi atención y alentar la nostalgia. Ni el antiguo azucarero, ni el escritorio del tío, ni un retrato del

abuelo materno, ni el lavabo con florecitas bermellón y una grieta, ni el familiar crujido de las tablas del suelo del que uno se encariña en cuanto debe partir, ni el olor del asado en la cocina, ni los adornos de bronce en la antesala… Nada. Cuando desaparezcan mis maletas, otras ocuparán su lugar. Cuando retiren mi jabón, pondrán otro en el lavabo, cuando ya no esté yo junto a esta ventana, otro estará aquí. Esta habitación no se engaña, ni le engaña, ni me engaña a mí ni a nadie. Cuando le eche una última ojeada ya no será mi habitación. El día será largo porque no habrá melancolía para llenarlo.

De esta ciudad tampoco necesito despedirme. Me alegra pensar que no vive aquí ese anciano que me odia y al que odio pero al que todos los días debo saludar. Ni siquiera el joven que parece asustarse cada vez que me ve pero se sentiría ofendido si no me viera. Tampoco vive aquí el buen amigo que me acompaña a la estación y mientras nos despedimos agitando las manos está convencido de que con nuestra amistad sale perdiendo más que yo. Ni una dama de la que estoy enamorado (por galantería) y que, mientras sus ojos retienen las lágrimas, se alegra de que otro pasajero se haya fijado en ella. En esta ciudad soy extranjero, por eso me he sentido como en casa.

Todavía faltará un breve momento sentimental: cuando el mozo de estación haya subido mis maletas al tren y se quede plantado en la plataforma, junto a mí, con el gorro en una mano y la otra escondida bajo el delantal por miedo a extenderla involuntariamente, ya que lo de la propina es un asunto delicado. La cogerá rápida pero torpemente. Será casi como un apretón de manos apresurado y confuso. Luego retrocederá dos pasos sin dejar de mirarme y se pondrá el gorro. Y por última vez veré brillar las letras que forman el nombre de mi querido hotel.

Entonces levantaré velas y subiré al tren.

Frankfurter Zeitung, 24 de febrero de 1929

46

EL HOTEL

En el vestíbulo reluce una mañana muy determinada. Los grandes cristales ya reflejan la grisura del día que se avecina, y todavía brillan en el techo algunas lámparas, como solitarias estrellas nocturnas que se resisten a desaparecer. Es como si su brillo tardío estuviera vinculado a la presencia del portero nocturno que las encendió anoche. Son sus luces. Cuando desaparezca, palidecerán y romperá el día.

Por el mármol desnudo de la clásica escalera avanzan corpulentas limpiadoras como enormes monstruos ataviados con delantal azul. En el primer descansillo, donde un querubín de yeso vierte agua en una preciosa concha desde hace una eternidad y una palmera añosa da sombra inútilmente, reluce un conjunto de varillas de latón, un montoncito de rayos o de armas. Con las colas de sus fracs ondeando, los primeros camareros sortean a los monstruos de delantal azul, dejando tras de sí la estela de vapores surgidos de las bandejas que llevan en sus manos extendidas. Desde pasillos escondidos en los que todavía es noche cerrada llega el canto infatigable de la aspiradora. Como una tenaz tormenta vaga con furia arrolladora por las alfombras granates. Acaba de entrar el jefe de camareros en el hotel. Lleva un anodino abrigo gris oscuro y un sombrero verde de guardabosques. Pero no hay que apresurarse a juzgarlo: su modesto atuendo rural cubre el esplendor de su festivo frac. Pronto verán que parece el valet o hasta el marqués de una de esas viejas comedias del teatro. Con un magnífico gesto abre las

altas puertas dobles de la sala de desayunos, como si descorriera una espléndida cortina. Es como si el día hubiera permanecido agazapado, encerrado durante toda la noche en la sala de desayunos, y sólo ahora se le permitiera irrumpir en el vestíbulo y en todo el hotel. De repente han desaparecido las mujeres de la limpieza vestidas de azul, los fantasmas del amanecer. De repente se han apagado las lámparas, esas estrellas tardías. De repente aparece en su cubículo el rostro recién afeitado del conserje de día; al de la noche ya se lo ha tragado la cama. De repente las alfombras granates están sobre la escalera principal y es como si la mañana en persona bajara escalón tras escalón. El ascensor zumba. De él salen los primeros huéspedes que van a desayunar. Señoras y señores de avanzada edad que no pueden dormir mucho y que por ello han adoptado la sana costumbre de levantarse pronto. Tensos, en evidente desacuerdo con su edad, sin mirar a derecha ni izquierda, se dirigen al comedor como si se unieran a una procesión o una coronación, cada cual en su propia mañana. El día está al caer.

Los mayores todavía están desayunando cuando llegan los jóvenes. No es posible distinguir a las parejas legítimas de las ilegítimas. Todas tienen en común el haber superado con éxito la noche: desayunar juntos es una especie de confirmación de su amor. Desde luego, comen como si estuvieran acostumbrados a desayunar juntos desde hace décadas, pero el jefe de camareros los reconoce: no examinan los huevos dudosamente cocidos, se toman el café tibio. Acaban de pasar una noche juntos y ya anticipan la siguiente. El joven ignora el periódico. Cualquiera que no le haga caso al periódico tiene que ser joven y estar enamorado.

Por la tarde, a las cinco, tiene lugar el té. Las macetas con palmeras parecen haberse multiplicado. Gracias a ellas, además de a la calefacción central, la ilusión de estar en el ardiente trópico negro resulta perfecta. Junto a mesitas minúsculas, ante tacitas de café minúsculas que parecen dedales, se sientan las orondas damas a las que el médico ha recomendado acudir al balneario de Marienbad, tratando de que sus gestos resulten delicados, mientras

que sus hijas, que no tienen problemas de peso, se echan en brazos de los gigolós. Movidas por la suave brisa de los camareros al pasar, las hojas coriáceas de las palmeras esparcen al mismo tiempo calor y fresco, y, aunque haya ruido, el suave zumbido se convierte en una especie de silencio sonoro. Porque todos los sonidos parecen integrar el silencio y son tan discretos que unidos forman la quintaesencia de la discreción. Incluso las menores estridencias se apresuran a disculparse en cuanto se producen. En la sala de conferencias, lejos de la música, se reúnen hombres serios. Al verlos se diría que están decidiendo el destino del mundo en la media hora que les queda entre dos viajes en vagón de primera clase. Ellos determinan los precios, los salarios y cuánta hambre podemos soportar. Es imposible entender lo que dicen. Lo único que sabemos es que porque ellos se reúnen para hablar, otros pueden reunirse para bailar. Eso es todo. No es que se hayan reunido a hablar pese a que otros bailen al lado, sino que se han reunido para que siga sonando la música y el mundo pueda proseguir alegremente. Todos los engranajes se detienen cuando así lo deciden.

Y finalmente vuelve el portero de noche e ilumina la noche. Fresco, juvenil, recién afeitado, con librea azul y dorada, aparece como una segunda mañana cuando en el mundo atardece. Nuevos trenes han llegado de remotos lugares, y las puertas giratorias del hotel depositan exóticos visitantes en el vestíbulo. Quienes ya llevan alojados un día y se encuentran cómodamente sentados en el vestíbulo no son ya extraños. Son viejos clientes, las alfombras granates son su territorio, que no abandonarán, y lanzan miradas suspicaces y desconfiadas a los recién llegados. Las maletas se amontonan ante la recepción, llenas de etiquetas de hoteles extranjeros de Venecia, Merano, Buenos Aires y San Francisco, todas las cuales parecen legitimar a los nuevos huéspedes. El jefe de camareros aparece un momento para determinar quién tiene dinero suficiente para una comida bajo las palmeras (el desayuno, naturalmente, está incluido). Escéptico pese a sí mismo, se vuelve para hacer frente una vez más a las comidas de siempre, su

amabilidad se debe simplemente a su experiencia, su fe en la humanidad está lejos de ser inquebrantable, su alegre optimismo es tan sólo el reverso de su pesimismo y cuando se ríe querría llorar por la pobreza en este mundo.

Pronto, en unas dos horas, se pondrá su gorro verde, descolgará su abrigo gris, y cerrará con actitud solemne el comedor. Luego, en un rincón, cerrará la caja con los camareros, ya no como *maître d'hôtel* sino convertido en mero contable, en el simple guardabosques de los cotos de caza de la realidad. Por último, se despedirá aprisa con un escueto «¡Buenas noches!» del portero de noche, cuyo día acabará de empezar. Ya lucirán las estrellas en el pálido cielo del vestíbulo.

Frankfurter Zeitung, 23 de enero de 1930

SÉPTIMA PARTE

LOS PLACERES Y LAS PENAS

47

PRIMAVERA

Me despierta el ruido de alguien sacudiendo las alfombras sobre mi cabeza. El sonido amortiguado excita al canario de mi vecina, que se pone a piar, silbar y gorjear imitando el canto del pájaro. En el patio se abre con ímpetu una ventana, y luego otra, y otra: por un momento se diría que en todo el edificio están arrancando las ventanas.

Un rayo de sol baña el tintero violeta que hay encima de mi escritorio, y la joven de bronce se protege los pechos de la cálida luz, como si quisiera evitar que le oscurezca la piel. En el patio suena un organillo; las notas brotan, liberadas, y se funden en el aire.

Por todas estas cosas termina uno reparando en que por fin ha llegado la primavera.

Los cafés de la Kurfürstendamm lucen primaverales toldos, las señoras, vestidos nuevos, los caballeros, guantes de un amarillo canario. En las calles laterales, los niños juegan con botones y canicas. El azul del cielo, sin una nube, se refleja en el cuenco de latón colocado en la entrada de la barbería.

Todos tienen el aspecto de algo recién pintado donde puede leerse el cartel de POR FAVOR, NO TOCAR. Las chicas jóvenes que deambulan por las aceras con finas medias de color carne y zapatos nuevos parecen sauces disfrazados.

Por la tarde me siento junto a la ventana y pienso que el domingo está a punto de llegar, por ejemplo a Grunewald.

Después de las seis, o incluso más tarde, una chica vestida de púrpura llama a mi puerta. Así es el amor.

Freie Deutsche Bühne, 16 de junio de 1921

48

EL HOMBRE EN SU JAULA DE CRISTAL

Es la época en que el anhelo de libertad aboca cruelmente al hombre encerrado en su acogedora casa a abrir las ventanas de su galería.

Por la mañana, un rayo de sol o unas gotas de lluvia caen en su taza de café. Y por la tarde la obstinada luz del semáforo tortura sus ojos.

Expuesto y visible para todos, el seno de la familia y todo lo que ha ocultado durante el invierno. Los gestos íntimos quedan a la vista de los vecinos curiosos.

Por las calles resuenan los labios que prodigan besos y los tenedores que caen con un tintineo quejumbroso de las agitadas manos de padres de familia.

Las paredes se llenan de ojos. El hombre se encuentra encerrado en una jaula de cristal, expuesto en toda su impotencia, despotricando en mangas de camisa, apenas protegido por los pocos tiestos de flores, y parece suspendido sobre el pavimento como si fuera el canario que tiene en casa.

El rocío le humedece la nariz al olfatear las nubes, y un viento frío sopla sobre su pecho velloso e hincha como una vela las camisas de los turistas.

En los patios traseros el aroma de sábanas y otras prendas tendidas se impone sobre el tímido aroma de las lilas en flor, que

luchan por hacer valer su existencia en un mundo repleto de pañales.

Das Blaue Heft, 8 de julio de 1922

49

GENTE EN DOMINGO

Los domingos el mundo es brillante y ligero como un globo. Las chicas vestidas de blanco pasean por las calles, tan numerosas como las campanadas, dejando un rastro de olor a jazmín, almidón y amor.

El cielo parece invariablemente recién pintado. El sol baña los edificios y los campanarios medran ágilmente hacia lo alto. En las afueras de la ciudad, donde aparecen los carteles de prohibición, comienza a imponerse la naturaleza: es eminentemente verde y consiste en una sucesión de paisajes de postal.

La naturaleza es muy importante los domingos. Básicamente el domingo se estableció para salvaguardar la naturaleza. Todas las relaciones entre ella y la humanidad interrumpidas los días laborables se restablecen el domingo. Los domingos son puentes que conducen a los santuarios olvidados y escondidos del mundo: el bosque, el Wannsee, el Lunapark o los altares de Dios.

Los domingos la gente despierta con las campanadas o con el sacudir de alfombras y toma el café en la cama. Todos abren las ventanas y respiran libertad. Abren también armarios y cajones para ponerse prendas especiales y celebrar el día de ocio que tanto anhelan sus almas.

Los domingos me asomo a la ventana. En la casa de enfrente todas las ventanas están abiertas de par en par como alas de mariposa hechas de cristal, y por un momento casi tengo la sensación de que el edificio va a echar a volar. Pero finalmente no lo

consigue porque los muebles, las personas y sus destinos pesan demasiado.

Por cierto que también las personas están transformadas: mi vecino, ayer mismo contable (durante veinticinco años en la misma empresa «sin un solo aumento») no tiene hoy ninguna obligación. Con Dios en el corazón y el regusto del café matutino aún en la boca, se apresura a asomarse en mangas de camisa a la ventana para llenarse los pulmones de un soplo de libertad.

Durante la semana lo veo pasar con una chaqueta gastada, con los brazos colgando, y hasta las manos parecen parte de la chaqueta, mientras que ahora me da la impresión de que podría ser el protagonista de uno de mis relatos, o de varios. Se me ocurre, por ejemplo, que podrían ofrecerle un día un trabajo mejor pagado, pero sería incapaz de renunciar a su puesto. Tal vez ya estuvo alguna vez ante la puerta doblemente acolchada de su jefe, pero su valor se vio sofocado ante esa puerta que todo lo sofoca y su corazón se volvió blando como uno de esos mullidos cojines de cuero sobre los que les gusta sentarse a los gerentes.

Un lunes por la mañana, tras haberse armado de valor durante el domingo, se habría ido a trabajar convencido de cambiar de vida, pero al llegar el jefe le habría regalado algún detalle, una pluma estilográfica o un tintero, y los empleados le habrían dejado un ramo de flores en el escritorio, porque precisamente ese lunes se cumplían veinticinco años desde que lo habían contratado aunque él lo hubiera olvidado. De modo que ahora no podía renunciar a su empleo.

Creo que el personaje se llamará Gabriel.

Hoy domingo, sin embargo, Gabriel pondrá en su mesa el gramófono y hará sonar un disco de Caruso («*La donna è mobile*…») que derramará sobre Gabriel el canto y la melodía de un mundo fabuloso donde los números y la plumas estilográficas son desconocidos.

También a los canarios les gusta celebrar el domingo. En la ventana del primer piso está la jaula, y el canario declama una oda de Eichendorff, o tal vez de Baumbach.

Un tapete blanco de ganchillo adorna el mantel rojo. Y los niños no pueden evitar poner los codos en el tapete y arrugarlo.

Siempre que veo a la madre lleva su bata azul. Es muy silenciosa, diría que nació con las pantuflas puestas y que seguramente su andar arrastrando los pies delata lo fatigada que tiene el alma.

A menudo la veo regañar a los niños por arrugar el tapete. Siempre me he preguntado para qué necesitará el tapete y en una ocasión hasta le mandé un par de chinchetas en una cajita de fósforos con las instrucciones de uso. Pero ella siguió regañando a los niños.

No obstante, hoy domingo, les ha hecho una tarta, y aunque ellos han arrugado el tapete como siempre, la madre se ha asomado a la ventana para deleitarse con las declamaciones del canario. Llevaba una blusa blanca y no quedaba rastro de las pantuflas.

Pero los domingos por la tarde son tristes. Veo a la gata atigrada en el quicio de la ventana del tercer piso. La maestra ha salido.

Cada vez que el reloj de la torre marca los cuartos tañendo sobre los tejados de cobre de la ciudad, la gata se despereza. Sospecho que cuenta los minutos y se impacienta aguardando a su dueña.

De vez en vez mira hacia abajo y cuando por fin llega la maestra, como no tiene un pañuelo para saludarla, mueve la cola.

Los domingos la maestra va a visitar a su hermano, que es capitán retirado y oye mal. A la maestra le lleva un buen rato conseguir que su hermano se entere de que no hay novedades, por eso se ha retrasado.

—¡A la próxima la echo de casa!—dice la gata muy indignada.

Las tardes de los domingos son cortas y amargas, como si fueran ya lunes. Gabriel ha vuelto a ser contable, las chicas planchan sus arrugados vestidos blancos y huelen a tostadas con mantequilla. El mundo se ha vuelto denso de nuevo.

Berliner Börsen-Courier, 3 de julio de 1921

50

LA OFICINA

Como quiero viajar al extranjero, tengo que hacer trámites en varias oficinas, muchas oficinas, edificios grises, habitaciones grises, señores tras escritorios, señores tras mostradores, hombres que llevan trajes raídos, tienen caras amargas, llevan bigote, están calvos o van peinados con raya, y llevan gafas o lápices azules en el bolsillo de la chaqueta: pobres hombres, pobres oficinas. Entre nosotros sólo hay una mesa, pero nos separa todo un mundo. Me apoyo en escritorios ajenos y veo tampones rojos, azules y violetas, y grandes sellos, palilleros de estilográficas mordidos, huellas de dientes en lápices pardos, fotos antiguas, calendarios con las hojas arrancadas de los días pasados, trozos de papel roídos por las fauces del tiempo, que cada mañana devora una fecha para desayunar. Recorro pasillos irreales, casi de ensueño, y paso junto a personas que esperan apoyándose en sus paraguas y leyendo el periódico. A veces se abre una puerta y por un segundo atisbo el interior de la habitación: veo a un señor sentado detrás de su escritorio, un calendario colgando a sus espaldas, exactamente igual que en la habitación donde entraré, aunque ésta sea la número 24 y la mía la 64. Dos moscas zumban en las ventanas mientras sus cuerpecitos negros golpean contra los cristales, y otra está en la tapa azul del tintero, frotándose la cabeza con las delgadas patas. En el tintero se seca la tinta, se forman costras en los bordes, costras de un negro azulado, reseco, recordatorios, archivos.

Delante se sienta un joven y detrás un hombre mayor. El joven tiene el cabello de un rubio claro, simpático y rebelde, imposible de peinar con raya; nariz chata, labios de corazón y un femenino hoyuelo en la barbilla. Todavía tiene carita de niño, sus ojos azules son tan francos y encantadores como los de un muchacho jugando a «policías y ladrones». Los dedos de sus manos son redonditos y tiernos, y en uno de ellos lleva una improbable alianza. El chaleco traza una suave curva en la tripita, emblema de su carrera. Su maletín está prácticamente nuevo, las manos de una joven lo han llenado de bocadillos para el desayuno, y en los labios del funcionario todavía puede advertirse un soñoliento resto de la mañana; es amable, simpático, eficaz, me hace una broma confiando en que me anime a darle la réplica. Éste es el hombre al otro lado de la barrera: la pared que nos separa se hunde, el mundo que nos divide es derribado, me mira con la nostalgia de un hombre en una isla desierta, agradecido, con el corazón rebosante. Es como el famoso jefe de estación ante el que pasa diariamente el tren expreso sin detenerse, y yo soy tan exótico y ajeno como un tren que nunca se detiene. El joven funcionario querría retenerme, saber cómo es el país del que vengo y al que voy, saber muchas otras cosas de la vida. Es joven, disfruta de conversar con otras personas, se interesa por mí, todavía no se siente cómodo en el despacho, todavía no mordisquea los lápices, y también él sueña con vivir aventuras. Conserva la sagrada fe en lo imposible, está decidido a dejar un día esa habitación, ahorrar dinero, viajar en trenes expresos y ver el monte Fuji con sus propios ojos.

Pero dentro de veinte años, cuando yo vuelva a esta oficina, será el señor mayor que, desde detrás de su escritorio, me mirará suspicaz por encima de las gafas, un señor mayor calvo, cuya piel reseca caerá en escamitas. La tinta fresca habrá formado costras en los bordes del tintero, la ducentésima generación de moscas zumbará en las ventanas y mi amigo, me temo, estará mordisqueando un lápiz.

Prager Tagblatt, 20 de julio de 1924

51

LA DESTRUCCIÓN DE UN CAFÉ

El café era tan antiguo como una iglesia.

Unas robustas columnas sustentaban el techo, que parecía desaparecer en la penumbra. Aunque era plano y tenía motivos pintados, las columnas y el humo gris de los puros producían la ilusión de estar bajo una bóveda, que te cubría y hasta te envolvía, como si además de un techo fuera también una manta. Las columnas eran de un marrón oscuro y estaban cubiertas de una corteza lisa, como si hubieran recobrado su condición de árboles. A la altura de la cabeza tenían unos ganchos de hierro, decorados con follaje también de hierro. A su sombra se encontraban algunas mesas. Sin duda uno sabía cuál era el tamaño de las columnas, porque veía dónde empezaban y dónde terminaban, pero medidas con otro sistema que no cuenta unidades y que, no obstante, es real y verdadero, parecían infinitas, tanto que quien se sentaba en esas mesas y se apoyaba en las columnas estaba tan solo como en una habitación. Incluso si había otra persona apoyada en el otro lado de la columna uno sentía que estaba a cien años de distancia. Además, los abrigos que colgaban de los ganchos amortiguaban el ruido de las conversaciones y atrapaban las indiscretas confesiones en los pliegues. Era posible sentarse en medio del café y permanecer tan oculto como en medio de un bosque. Para entrar en el local había que descorrer una pesada cortina de color verde oscuro ribeteada de cuero. Era más pesada y cerraba mejor que cualquier puerta de hierro o de roble. Colgaba en torno a los hombros de la entrada,

como una abrigada capa de invierno. Así que la hacías a un lado, entrabas y de inmediato se cerraba a tus espaldas, tras lo cual quedabas completamente protegido, tanto en otoño como en febrero o incluso en Navidad.

Frente a la entrada, sobre una tarima alta, se encontraba la amplia barra oscura. Detrás de ésta se alzaban innumerables botellas de tamaños y formas variados, con etiquetas de colores y bordes dorados, y un regimiento de vasos relucientes, copas opalescentes y un montón de frívolas cucharillas de café que tintineaban y cantaban. Una señora, de pie o sentada, atendía la barra. Nunca sabía uno exactamente dónde se apoyaba, surgía de la nada. Tal vez se apoyaba en un taburete. Era de tez pálida, un poco subterránea, como iluminada por antiguas velas. El contorno del rostro era tan delicado (poco más que el contorno podía apreciarse) que recordaba una primavera bien conservada. Quizá ni siquiera existía y era tan sólo un dibujo hecho con lápiz de color carne sobre papel de seda. Lo cierto es que parecía mirar desde un marco, o desde una ventana situada sobre los tejados: sus ojos vagaban sin fijarse en ningún objeto en particular…

Un señor muy amable, que conocía a todos los clientes, recorría en silencio el local. Y cuando de repente aparecía de detrás de una columna para ayudar a alguien a ponerse el abrigo, era evidente que había observado los movimientos del cliente que se disponía a marcharse y allí estaba, en el momento oportuno. Saludaba con muchísima discreción y con la dignidad de alguien a quien se ha saludado no tan cortésmente durante decenios. «Te saludo—decía su cabeza inclinada—, pero no es necesario que me des las gracias». Cuando sostenía el abrigo, se transformaba en un perchero con los brazos extendidos. Si un camarero remoloneaba, lo reprendía con una larga mirada. Como un general, reconocía el terreno; como un médico, realizaba diagnósticos; como el señor de la casa, recibía a los visitantes; como un director de escena, hacía entrar y salir a los criados; como un ángel de la guarda, vigilaba a los desamparados; como un dios, era inmutable. No era ni joven ni

viejo, su cabello no era blanco ni oscuro, su expresión no era ni vivaz ni apática, y nunca lo vi sentarse a descansar.

Era el café al que iba mi amigo Krac por las tardes, con libros, manuscritos, el periódico de la tarde y un bocadillo. A esas horas otros se van a casa o salen a cenar en un restaurante, pero a él, *secum portans*, le gustaba comerse allí el bocadillo de la cena. Lo escondía bajo la mesa con la mano izquierda, y con la derecha iba sacando de la oscuridad bocados. Otros pedían dos huevos pasados por agua en un vaso, con las yemas de un amarillento rojizo y salpicadas de algún que otro pedacito de cáscara. Pero él tan sólo pedía un café, ni siquiera un *espresso*, un café a secas. Todo el establecimiento donde nos sentábamos, la mesa, las sillas, las columnas, los camareros, el amable señor, las lámparas, el bar y la dama de la barra, eran para mi amigo condimentos del bocadillo. Por su parte, todo el personal de aquel establecimiento actuaba de buen grado como si hubieran invitado a Krac a llevar consigo su cena. Tal era la hospitalidad de aquella casa.

Ahora sería difícil comerse allí un bocadillo.

Han «remodelado» el café. La entrada no tiene ya cortina. Para mantener despejadas las columnas, se ha instalado un guardarropa a la derecha de la entrada. Hay que entregar el abrigo antes de entrar, como en el teatro. Los finos marcos de las amplias ventanas se han pintado de verde, las columnas, de blanco, igual que el techo. «¡Fuera la pintura mural!—dice el espíritu de la época—. El color de nuestro tiempo es el blanco de los laboratorios, de la sala donde se inventó la lewisita, de las cocinas o los cuartos de baño, de las salas de disección; la nuestra es una época blanca como el acero, como la cal, como la higiene, como el delantal de un carnicero, como una mesa de operaciones, como la muerte y como el miedo de nuestra época a la muerte. ¡Hagamos unos techos claros!, dicen, porque en nuestra época se considera que el blanco es un color alegre. Con su claridad pretende atraer a las personas vivaces, y entonces se convierte a los felices en pacientes y el presente se vuelve tan alegre como un hospital.

No se ha bajado el techo, el color blanco basta para bajarlo. Ahora gravita sobre nuestras cabezas, implacablemente higiénico. La luz ya no viene de las lámparas, sino de unos tubos de cristal que parecen termómetros—quizá también toman la temperatura de la habitación—colocados en las paredes, de modo que las personas ciegas con ojos artificiales puedan leer la sección de eventos en la prensa. El suelo ya no es de madera, sino de piedras grises con rayas blancas, o eso parece hasta que uno lo pisa y siente que es goma o linóleo: piedra cobarde, para no hacer ruido, como si uno anduviera de puntillas. Es un suelo aséptico, tan silencioso que hasta los sordomudos pueden oír la radio. Han aumentado en un tercio el número de las mesas y suprimido los amplios sillones. Las sillas tienen el respaldo recto para mantener bien erguida la espalda, son de duro acero para endurecer el cuerpo. La barra parece el mostrador de una farmacia, el camarero tiene un cuaderno donde apunta las recetas. Un joven de botones dorados, rostro de leche y sangre, chaquetilla corta, Cupido, Mercurio y recadero a un tiempo, ofrece cigarrillos sin nicotina. Es posible pedir un café especialmente indicado para los enfermos del corazón y para los insomnes. La dama que atendía en la barra ya no está, ha desaparecido, o la han borrado, eliminado. Tampoco está ya el amable caballero. (Ya nadie te saludará de ese modo). No pudo adaptarse a la evolución del café, ese camino que supuestamente lleva de Alemania a Broadway pero siempre termina en Kurfürstendamm.

Frankfurter Zeitung, 21 de octubre de 1927

52

CONCIERTO EN EL VOLKSGARTEN

El concierto en el Volksgarten comenzó a las cinco de la tarde. Los mirlos cantaban todavía en los arbustos y en los arriates. La banda militar estaba tras la verja de hierro, rematada con puntas de lanza doradas, que separaba la terraza del restaurante de la explanada de los jardines y, por consiguiente, también separaba a quienes habían pagado y tenían asiento de otros oyentes con menos recursos. Entre éstos se encontraban muchas chicas jóvenes que habían acudido a disfrutar de la música. Porque la música en los jardines por las tardes significaba algo más, era una ocasión para escuchar la voz de la naturaleza y de la primavera. El susurro de las hojas amortiguaba la orgullosa melancolía de las trompetas, y una brisa intermitente parecía incluso alejar todos los sonidos de la terraza por momentos. Al mismo tiempo, podía oírse el crujido de los pasos lentos de los paseantes en la gravilla. Su ritmo constante devolvía a los oídos el placer de la música. Cuando volvían a oírse los instrumentos—los tambores redoblaban y los platillos chocaban—parecía como si hasta el ruido de los árboles se hubiera intensificado y los agitados brazos del director de la banda no sólo dirigieran a los músicos sino también a las hojas. Pero cuando de pronto un solo de flauta interrumpía el estruendo no parecía la voz de un instrumento, sino una especie de pausa cantada. Entonces los pájaros se sumaban, como si el compositor hubiera escrito esa parte para los mirlos. El perfume de los castaños era tan fuerte que ahogaba las melodías más dulces y golpeaba la cara como un

hermano del viento. Y de las jóvenes de la avenida llegaba un resplandor, un murmullo y, sobre todo, unas risas que resultaban más cercanas que las jóvenes mismas, y más familiares. Entonces, si te dirigías a alguna de aquellas desconocidas, tenías la impresión de haberla oído antes. Y si paseabas con ella por esa avenida y llegabas a otra, más aislada, no sólo iba contigo la muchacha, sino también algo de la música, y os adentrabais en el silencio como en una de esas pausas cantadas.

Como no se consideraba apropiado apoyarse en la verja para indicar a las chicas sentadas en la terraza que no estabas en condiciones de entrar a tomar un café, yo me paseaba arriba y abajo por la avenida, enamorándome, desesperándome, superando los desengaños, olvidando y volviendo a enamorarme (todo ello en un minuto). Me hubiera gustado detenerme a escuchar y nada más. Pero aunque me hubiera hecho amigo de un teniente elegante y lleno de botones que comía galletas de mantequilla en la terraza, habría tenido que seguir resignándome a contemplar de lejos el encanto de aquellas damas inmaculadas e inalcanzables que se sentaban junto a las blancas mesas del jardín, como nubes de primavera, con las que nunca era posible hablar porque jamás se las encontraba uno en la calle. En aquella época se reunía en la terraza del restaurante una parte del «gran mundo» y la verja era la barrera que me separaba de él. Y lo mismo que la jovencita con la que me besaba me tomaba por un caballero poderoso, yo habría dado mi vida por las mujeres a las que veía en las terrazas de los grandes restaurantes. Tendría ocasión de hacerlo más tarde, pero entonces sólo podía conformarme con pasear discretamente arriba y abajo de la avenida para contemplar aquella vida haciendo ver que no estaba cerrada a cal y canto para mí.

De vez en cuando veía ondear en el aire la graciosa cinta atada a la batuta laqueada de negro con punta de plata del director de orquesta, como un recordatorio ondulante. A veces, cuando casualmente estaba junto a la salida de la terraza, mis ojos topaban con la rápida mirada seductora y un tanto despectiva de alguna dama. De inmediato subía a un coche, seguida de caballeros, pero

en los pocos pasos que recorría desde el umbral del jardín hasta el estribo exigía de mis ojos admirados la confirmación de que era bella. Yo me enamoraba en el instante, mientras el coche se alejaba y el rápido traqueteo de los cascos de los caballos marcaba el ritmo de mi corazón. Todavía estaba lamentando su desaparición cuando de pronto surgía la melancólica esperanza de que la dama saliera del restaurante a la misma hora al día siguiente y yo, transeúnte casual, estaría allí para volver a verla y ser visto por fin. Y aunque la música me devolviera enseguida a la avenida y a las aventuras vulgares, estaba convencido de que me hallaba en el umbral de la vida espléndida que empezaría en un día.

Finalmente, cuando caía la noche, las farolas se encendían entre las copas de los árboles y de las muchachas apenas quedaba rastro, sólo se oían sus voces. En el crepúsculo parecían haberse multiplicado y casi sólo intercambiaban risitas. Como entonces no veía sus baratos vestidos azules casi podían competir con las inaccesibles damas de la terraza. Ya estaban cerrando la parte del jardín abierta a todo el público y también la banda empezaba a dar por concluida la velada: uno de los músicos iba de atril en atril, recogiendo las partituras como si fueran cuadernos escolares. La última pieza—casi siempre la *Marcha Radetzky*—no se tocaba con partitura, sino ante los atriles vacíos, como si no existiera sobre papel sino que estuviera grabada en la carne y la sangre de todos los músicos, que la tocaban sin pensarlo, igual que se respira sin pensarlo. Sonaba la marcha—*La Marsellesa* del conservadurismo—y, aunque los tamborileros y los trompetistas seguían en sus lugares, me parecía verlos marchar arrastrados por la melodía que tocaban. Sí, todo el Volksgarten marchaba. La gente quería pasear y perder el tiempo, pero el redoble de los tambores apresuraba sus piernas. Continuaba resonando durante largo rato en la calle, sobreponiéndose a los ruidos nocturnos de la ciudad como un raudo trueno risueño.

Frankfurter Zeitung, 8 de abril de 1928

53

LA CIUDAD EXTRAÑA

Desde hace más o menos una semana vivo en una nueva calle, y es como si me hubiera trasladado a una ciudad extraña. Todavía sé poco de las costumbres, gentes y dimensiones de esta ciudad, pero al menos creo haber identificado su principal característica: los balcones.

El arquitecto que urbanizó la zona estaba obsesionado con el sur. Durante veinte años su alma fue gestando gabletes, miradores, torrecitas y veletas, concibiendo una Núremberg comprimida, hasta que en el año veintiuno logró liberarla en un espacio abierto y hacer realidad su sueño del sur. Sin embargo, como la zona debía albergar el mayor número posible de personas, tuvo que construir grandes edificios, es decir, poner una casa encima de otra, y luego otra más, hasta llegar a cuatro o cinco casas apiladas. Por último coronó el conjunto con un típico tejado a dos aguas de Núremberg y esculpió balconcitos en los vientres de los distintos edificios, y dependiendo de la forma de la habitación los redondeó o los hizo cuadrados. Con ello satisfizo su obsesión, aunque sólo por la parte superior de las casas. Por abajo tienen las fachadas habituales: amplios portales con puertas de vidrio, picaportes deslustrados y timbres zoológicos, por ejemplo, cabezas de león que hay que tocar para que suene la campanilla. En las paredes del vestíbulo relucen grandes espejos, de forma que antes de subir, en ascensor los señores y a pie los demás, todos pueden mirarse, aunque difícilmente lleguen a verse a sí mismos.

A mí esas casas poseídas por el espíritu melancólico del arquitecto me ponen muy triste, porque son inevitablemente fallidas. Su propósito era ser funcionales, habitables y duraderas, debían estar llenas de luz y aire. Pero, como aspiraban a ser bellas, resultaron tan imprácticas como suele ser todo lo bello. Al verse obligadas a someterse a la ridícula coacción de su existencia material sólo pudieron permitirse ser lujosas en la parte superior, aunque también ésta quedó comprometida por la funcionalidad. De modo que esos edificios simbolizan la vida de miles de arquitectos y el abismo que existe entre lo que querrían hacer y lo que terminan haciendo.

He observado que muchos vecinos hablan de su «balcóóóón», como si ya se hubieran caído de él con alguna de sus macetas y el cristal de media ventana. Porque en este barrio todo el mundo adora su balcón y lo adorna con geranios, begonias, pelargonias y otras plantas cuyos nombres evocan países remotos. Es muy posible que ello se deba a la voluntad de diferenciarse de quienes dedican media vida a destacar y la otra a poner orden, como dice el refrán.[3] Seguramente nunca visiten ninguno de esos países remotos que evocan sus flores. Les basta con plantar el exotismo en sus casas y en sus corazones para que las cosas inalcanzables se conviertan en símbolos domésticos. Y así, en esos salientes de ladrillo donde pasan la mayor parte de sus vidas no sólo vacían sus regaderas, sino que también desahogan sus corazones y su apetito, siempre a la luz de las lámparas.

Las tenues luces rosadas recuerdan la visión de un lejano incendio en el horizonte o la luz eterna en un templo al borde de algún camino. Ahora bien, Dios me ha dado, por un lado, la suficiente sed de belleza para imaginar incendios en el horizonte y, por otro lado, un alma piadosa para apagarlos, que además es capaz de conmoverse ante un templo iluminado al borde de algún camino. Pero una retahíla de templos arbolados de los que sale el prosaico ruido de los platos y el tintineo de los cubiertos, es capaz de asestar un duro golpe a mi devoción. Así que a veces observo sin piedad la vida interior de mis vecinos, que han decidido exhibir

aireando en sus balcones. En ocasiones incluso me avergüenza mi arrogancia y mi secreto pudor, que me impiden actuar como mis vecinos. Veo las luces aisladas e imagino los templos al borde del camino. Quizá, pienso, las personas serían más discretas y mirarían más en su interior si la esencia del balcón no consistiera en dar a sus propietarios la ilusión de ser náufragos en esas colgantes islas desiertas que son los balcones. También las luces rosadas, como he terminado descubriendo, son una ilusión: quien las contempla cree que no lo ven, pero también a él se lo ve en la luz rosada… A lo mejor la gente sí desea que la vean.

Una cosa está clara: que estoy solo en esta ciudad extraña y que cualquier mañana, mientras avance por las calles, se apoderará de mí el estremecimiento de no tener hogar en medio de un ambiente tan doméstico. El impetuoso sonido de un piano matutino, las cortinas blancas tras los cristales de las ventanas, un hombre en mangas de camisa, una mujer con su gorro de dormir, un perro junto a una farola, una columna publicitaria con la cola de los carteles aún fresca, un portero lustrando los tiradores de las puertas, un muchachito limpiabotas, una panadera pizpireta, un peluquero en la puerta de su peluquería como un frasco blanco de fijador…, todos son extraños para mí, porque no me conocen, aunque me lo dicen todo. Se saludan entre sí con miradas familiares, y sus ojos delatan que lo saben todo del otro.

Además, la gente es muy limpia en esta zona. Huelen a jabón de Marsella, el mismo con el que solía lavarme mi tía. Las mujeres llevan el cabello recogido en la nuca y se les ven las orejas. Eso les da un aura de profunda austeridad espiritual. Sus horas rebosan actividad y tienen en orden todos sus papeles. Llevan el alma a la vista, en la palma de la mano. Su pasado es tan impoluto como el reluciente cuenco de latón colocado en la entrada de la barbería. Su ocupación es comprar. Su futuro hacer cuentas. Coleccionan sus días en un álbum, como si fueran sellos. Son coleccionistas de días y de años.

Nunca hubo nada misterioso en sus vidas, pero tampoco nada desagradable. Crecieron y prosperaron a la sombra de sus virtudes.

Cómo las envidio.

Todos los días me cruzo en la escalera con un señor que trabaja de representante.

No sé qué o a quién representa, pero es representante. Incluso cuando no lleva guantes, tiene unas manos solemnes, como si llevara un cirio en un funeral. También lleva un sombrero de paja, pero supongo que es un adorno. Su forma de andar es la de un director. Clava los ojos inquisitivamente en las cosas. No suele hablar, pero cuando lo hace advierto en su voz profunda una vibración que anticipa su potencial atronador. No lo saludo, pero es como si lo hiciera. Quizá represente a una empresa funeraria y todos los días le toque ir a un entierro.

Seguro que fue un buen chico, y muy estudioso. Sin duda era el orgullo de alguien. El típico compañero de clase junto al que yo habría querido sentarme para copiar sus respuestas.

Aunque no veo su frente, seguro que es alta y abombada. Debe de tener espacio para todos los solemnes umbrales que aloja en su cabeza.

A veces, sin embargo, cuando me lo encuentro va tomado de la mano de una chica de ojos azules que se llama Lili, y entonces es evidente que no está representando. Un día lo vi inclinarse para recoger un guante que se le había caído a la chica y fue como ver a un emperador echándose a reír, humanizado de repente.

Cada vez estoy más a gusto en esta ciudad extraña.

Berliner Börsen-Courier, 21 de agosto de 1921

54

VIAJES

El extranjero es ese lugar que sólo empieza a emerger tras cruzar fronteras protegidas por funcionarios de aduanas y regidas por innumerables regulaciones sobre pasaportes; ese anhelado objeto de deseo llamado el exterior es sólo otra jurisdicción con su propio jefe de Estado, su policía, sus estadísticas de población y sus impuestos. Casi seguro que el sonido exótico que uno toma por el grito de alegría que celebra su llegada es sólo el silbido de una locomotora. Todas las estaciones de tren del mundo huelen a carbón más que a promesas cumplidas. El tren expreso es un lugar sofocante, lleno de ronquidos de pasajeros cualquiera, que no parecen en absoluto aventureros, ni huelen a misterio, sino a los bocadillos que llevan envueltos en papel grasiento; son pasajeros que exhiben todos los signos de su lamentable humanidad en el estrecho compartimento donde se amontonan, y si alguien se asoma en busca de lugar lo miran de tal modo que sale despavorido. Recuerdo que una vez entró en mi compartimento una mujer tan bella que mi alma se estremeció. Al día siguiente, cuando parpadeó y abrió los ojos mirando el portaequipajes, vi a una criatura vestida de mujer con la tez demacrada tras horas de agitado viaje e insomnio. El viento que entraba por la ventana abierta le había cubierto de hollín el rostro empolvado, y tenía tanto sueño que ni siquiera podía abrir del todo los párpados. No quise ni imaginar el aspecto que debía tener yo.

Cuando crucé una nueva frontera le entregué a un portero desconocido un billete de tren en lugar de la tarjeta de visita que correspondía. En una ciudad extranjera vi cúpulas de verdoso cobre y campanarios góticos que trepaban hacia el cielo. Los mendigos se apiñaban junto a las puertas de las iglesias (y entre ellos vi a algunas mujeres con la cara velluda). Aguardaban a los fieles y asaltaban sus almas piadosas con la letanía de todas sus desgracias. Niños, ancianos y mujeres echaban unas monedas a los mendigos mientras pensaban: «Dios lo ve todo».

Tuve ocasión de ver algunas oficinas extranjeras, y los empleados llevaban manguitos, exactamente igual que en nuestro país. Chicas rubias o teñidas de otros colores se sentaban ante máquinas de escribir esperando a que dieran las seis, la hora en que quedan liberadas las mujeres de nuestro siglo. Pero apenas acababan de dar las dos. Al poco, desde un campanario cercano llegó el tañido de los cuartos y las chicas aguzaron el oído confiando en que se produjera un milagro y de pronto sonaran las seis. Pero, igual que en nuestro país, seguían siendo las dos y cuarto, así que las chicas continuaron tecleando activamente. También en el extranjero los relojes son obstinadas máquinas sin alma. Y posiblemente las chicas también terminen siéndolo…

Asimismo, estuve en un hospital, y olía a alcanfor y a yodo, como todos los hospitales del mundo. Las hermanas revoloteaban de cama en cama con sus amplias cofias blancas como alas almidonadas, y los enfermos gemían de un modo tan familiar que me sentí como en casa. Evidentemente, pensé, los hombres sólo hablan lenguas extranjeras cuando están sanos. El dolor es el mayor y más exitoso movimiento internacional y su lenguaje es tan universal como la música.

Vi salir a unos médicos con batas blancas un poco salpicadas de sangre de la gran sala de operaciones, donde acababan de abrir a un hombre. Dos recios enfermeros impasibles sacaron al paciente y lo dejaron en la penumbra, a un paso del umbral del Paraíso: su rostro exangüe ya tenía la beatitud del más allá. Todos los hombres,

pensé, son buenos cuando están muertos: en nuestro país los muertos tienen el mismo aspecto.

Visité asimismo los parques y los jardines de la ciudad extranjera, esos lugares donde el amor florece… Hombres y mujeres iban y venían, se sentaban juntos en los bancos y se prometían mutuamente amarse, lo cual era completamente innecesario porque resultaba evidente. La tarde se paseaba por las avenidas, aguardando probablemente a que llegara la noche. Un guardián iba y venía por una calle sin detectar nada, pese a que tenía un cuaderno entero para apuntar cualquier comportamiento sospechoso.

En los restaurantes y cafés del país extranjero los camareros trataban de ser diligentes y serviciales para merecer la opcional propina de los clientes, que, sin embargo, a veces se impacientaban y golpeaban las copas con sus alianzas (por su impaciencia se reconoce a los casados). Igual que en casa, en esos locales se puede tomar té, café y licores, y aunque a veces sabían de un modo distinto, producían el mismo efecto.

La gente hablaba distinto. Las casas eran extrañas. (A fin de cuentas, era un país extranjero). Pero las cosas significativas, las que muestran el verdadero rostro de una nación al mundo, es decir, la policía y los funcionarios de aduanas, son iguales en todas partes. Tienen manos rapaces y miradas inquisitivas que parecen palpar.

No tengo ni idea de lo que puede contar nadie tras haber viajado al extranjero. Yo podría quedarme años en casa y estar tan contento, si no fuera por las estaciones de tren… Juraría que el sonido estridente que rasga la noche es sólo el silbido de una locomotora, pero es un grito de alegría que celebra las llegadas. Y de vez en cuando entra en el compartimento una mujer bellísima…

Berliner Börsen-Courier, 2 de octubre de 1921

55

«ROMANTICISMO» DEL VIAJE

La alegría que produce la expectativa de realizar un viaje siempre queda compensada por la irritación de tener que hacerlo realmente. No hay nada más exasperante que una estación gigantesca que parece un monasterio y ante la cual siempre me pregunto si no debería quitarme los zapatos en vez de llamar al mozo de estación. No hay nada más irritante que la barandilla de hierro ante la ventanilla. Delante de mí se cierne una mochila, detrás siento clavárseme en la espalda un par de agujas de tejer que atraviesan los huecos de un cesto de mimbre. Tengo que agacharme para comunicar mi destino al funcionario de la taquilla, aislado del mundo entero. Está enmarcado en una ventanilla a través de la cual recibe el dinero y las voces. Me maravilla siempre que no prefiera hablar con mis manos…

El mozo que se ha llevado todas mis maletas sólo me ha dejado un número. Debo confiar en que tenga buena memoria para las caras. ¿Y si no la tiene? ¿Y si hay en la estación un doble mío? ¿Y si le ocurre algún contratiempo? El amigo que me acompaña necesita un boleto si quiere despedirse en el andén. ¿Para qué querrán que saque un boleto? A los vagones sólo tienen acceso los pasajeros, pero de todas formas hay que pagar un boleto para acceder al andén. De modo que quien quiere despedirse se fastidia por partida doble: no viaja pero paga igual. Ya puestos podrían cobrar billete a todo el que entrara en la estación.

Para colmo, están los escalones empinadísimos para subir al vagón. ¿Por qué no ponen una escalera normal? Subir a un vagón es tan penoso como trepar hasta el ático para tender la ropa. Los compartimentos son como cajas de cerillas apoyadas sobre uno de los lados estrechos. Los asientos están diseñados tan miserablemente que entre mis rodillas y las del pasajero que se sienta enfrente no hay ni un dedo de espacio. Podríamos apoyar un tablero de ajedrez sobre ellas. Imposible levantar los ojos, porque eso equivale a mirar de frente al otro. Y si uno tiene realmente mala suerte, va sentado entre dos pasajeros, de modo que para sacar un cigarrillo del bolsillo hay que clavar el codo en las costillas del vecino.

El adormecedor traqueteo de las ruedas es más bien un martilleo en el cerebelo y las sienes. Si estiro una pierna, cepillo involuntariamente los zapatos de mi vecino. Y no nos queda más remedio que vernos continuamente: pelando manzanas, comiendo salchichas, abriendo naranjas. Por supuesto, el jugo de nuestras frutas va a los ojos del de enfrente.

Nuestras manos, nuestros cuellos, nuestras camisas, nuestros pañuelos se ennegrecen. La locomotora cubre de hollín los rostros. Ese polvillo invade el vagón en los túneles, el orgullo de la ingeniería moderna. Nos adentramos en el inframundo aunque no seamos mineros. Si abrimos una ventana, protestan los acatarrados. Cada vez que quiero salir del compartimento tengo que pedir disculpas seis veces. Las llaves de las alarmas de emergencia están selladas con plomo. Si se utilizan, hay que pagar una multa. En caso de discrepancia, prevalece la opinión del maquinista. Siempre pierdo yo…

Si hubiera decidido viajar en coche cama, seguro que habría compartido el armario diminuto con un señor grueso. Y, además, las noches compartidas son medias noches. Por desgracia, no hay coches cama mixtos. Las esposas tienen que demostrar que lo son. Si almuerzo en el vagón restaurante, los platos y los camareros llegan tambaleándose peligrosamente, y las botellas de vino están metidas en unos aros de hierro. ¡Ay de quien las libere!

Los revisores cambian tan a menudo como el tiempo en abril. Están allí exclusivamente para garabatear los billetes, para trazar una línea, y para despertarme cada vez que aparecen. La verdad es que yo podría hacer igual de bien todas esas rayas (o incluso las perforaciones). A los jefes de tren les gusta controlar los garabatos de los revisores. En los portaequipajes se tambalean amenazadoras maletas letalmente pesadas, que no acaban de encontrar su equilibrio. En las fronteras entran los inspectores de aduanas y se fuman mis puros. En los pasillos cuelgan, en cajas de cristal, ominosas hachas y sierras.

Cuando uno llega a su destino, hay que ir a buscar las maletas. Si viajan en el vagón de equipajes hay que esperar una hora. Todas las terminales son de unas dimensiones colosales, pero las salidas al mundo exterior son siempre diminutas. Al salir hay que entregar los billetes del viaje. ¿Qué hace la dirección de ferrocarriles con todo ese cartón?

Nadie sufre más que el viajero. Es sorprendente que esa tortura medieval parezca a todo el mundo tan romántica. Llegamos con la ropa estropeada, el estómago destrozado a fuerza de salchichas calientes y cerveza fría, los ojos irritados y las manos grasientas y sucias. ¡Y se supone que deberíamos estar encantados!

A veces, en las películas veo los vagones lujosos de los millonarios estadounidenses. Dictan cartas a sus mecanógrafas, se zambullen en bañeras y toman un baño mientras viajan, un negro les frota la espalda, una cocinera les prepara sus platos favoritos. Algunos viajan en automóviles suntuosos, ni siquiera dependen de los raíles. Otros vuelan en avión, las aves del capitalismo. También podríamos reclamar todas esas comodidades. Los billetes de tren son suficientemente caros. Y encima tenemos que pagar las butacas en el cine.

Nuestros medios de transporte se han quedado muy por detrás de la época. No guardan relación con el orgullo que nos da nuestra civilización avanzada y el desprecio que nos inspiran los coches de postas. De hecho, los compartimentos de los trenes se parecen más a los coches de postas de lo que creen las autoridades del

ferrocarril. En la época de la radio seguimos perforando un cartón. ¡Los contemporáneos de los dirigibles arrastran pesadas maletas! Ya estamos hablando de la posibilidad de viajar a la Luna o a Marte, hemos descubierto la teoría de la relatividad, y aunque no entendamos qué significa no tenemos por qué viajar como sardinas en lata si hemos pagado una cama.

Los aviones modernos ya son más confortables que los trenes. Si tuviera yo algún talento para el aforismo—está claro que no—diría algo así: es mejor estrellarse en avión que llegar en tren. Para los accidentes de tren no hay paracaídas, ni siquiera he visto salvavidas en las locomotoras…

Ochenta kilómetros por hora está muy lejos de la velocidad del tiempo. El tiempo viaja a cien mil kilómetros por segundo. Así que mientras estoy sentado en un tren en marcha, yo viajo más rápido. Ése es el sentido de la teoría de la relatividad…

Puedo enviar mi fotografía en un segundo por telégrafo, pero desplazarme me lleva doce horas. Cuando llego ya no me reconocen, porque en el tren no es posible afeitarse. Hasta la barba crece más rápido de lo que corre el tren: no es posible utilizar los lavabos cuando el tren para en las estaciones, y durante el viaje están ocupados.

En tercera clase los asientos son de madera, como los catres de las cárceles. Si alguien apaga la lámpara, todos tienen que echarse a dormir. No es posible leer el periódico, porque todo el compartimento queda a oscuras. Pero incluso cuando está encendida la luz, los renglones del editorial no dejan de moverse. Sólo por terquedad terminas doblando la página del suplemento cultural sobre las rodillas y tratas de leer.

Si sacas la cabeza por la ventanilla, la pierdes. Seguramente va a parar a algún pozo. Si te apoyas contra una puerta, sales volando como una cáscara de naranja. Y eso que está prohibido tirar cosas fuera…

«Toda infracción de las normas será sancionada». El robo de equipaje «está penalizado», pero recuperar las maletas extraviadas es imposible. Cualquiera que suministre información que contribuya

a la detención del ladrón recibirá una recompensa. Pero cualquiera que lo haya intentado alguna vez sabe lo difícil que es conseguir una recompensa de la compañía de ferrocarriles. Por el contrario, a menudo termina pagando «gastos suplementarios», aunque incluso le dan un recibo, que siempre puede pegar en el espejo de los lavabos, puesto que allí nadie puede verlo cometiendo la infracción.

Subirse al tren en marcha está prohibido. Saltar del tren en marcha sólo saben hacerlo los delincuentes. Las personas normales son incapaces de abrir las puertas, a no ser apoyándose accidentalmente durante el viaje. A los niños hay que tenerlos atados. No está permitido entrar con perros en los vagones, pero no hay bozales para los viajeros parlanchines…

Hay trenes de lujo, expresos, rápidos, de cercanías, diversas tarifas, clases diversas, normas, restricciones, prohibiciones. Todo ello se considera «romántico».

Con todo, preferiría viajar a Montecarlo en primera clase que llenar a pie una declaración de impuestos…

Nota de la Redacción: Podemos asegurar a los lectores que, pese a todo lo que el autor de este artículo escribe a propósito del «romanticismo» del viaje, rara vez está en casa.

Frankfurter Zeitung, 6 de junio de 1926

56

VIAJAR CON UNA BELLA DAMA

Una bella dama entró en el compartimento donde yo estaba sentado hojeando el periódico. Miró mi periódico, no a mí, indicó al mozo de estación que colocara en el portaequipajes una gran maleta de cuero con apliques plateados y cuando se sentó se dio cuenta de que no tenía cambio para pagarle. Se produjeron unos instantes de tensión mientras el mozo, sin decir palabra, aguardaba pese a no tener ni un segundo que perder. Podía palparse la intensidad con que aquel hombre trataba de expresar su impaciencia, su prisa y quizá también su amargura, pero, como debía evitar mostrarse impaciente y amargado, su silencio resultaba más vehemente que una maldición. En ese momento la bella dama me pareció irritante. Me obligaba a salir de mi tranquilidad, a la que contribuía el placer de la emocionante lectura del periódico, para ocuparme de la penosa tarea de dar con una solución rápida y satisfactoria a la situación. En ocasiones semejantes hay quien es ingenioso, y su agudeza le gana la simpatía de las señoras y los mozos. Pero si no actuaba deprisa corría el riesgo de ser despreciado o ridiculizado por una u otro. Así que pregunté: «¿Cuánto es?», y cuando me lo dijo le pagué añadiendo una propina que lo movió a darme las gracias más alto de lo que yo habría querido, tras lo cual volví a sentarme a la espera de nuevos acontecimientos. La dama seguía buscando cambio sin éxito, hasta que terminó sacando un billete grande y preguntándome, sin mirarme, si se lo podía cambiar. «¡No!», le respondí, y la dama

siguió buscando, seguramente muy avergonzada. Ya estaba dispuesto hasta a apiadarme de ella, pero no lo conseguí porque necesitaba toda mi piedad para mí mismo. ¿Tenía que decirle ingeniosamente: «Qué placer tener a una deudora tan atractiva»? ¡Menudo cumplido! ¿No era una impertinencia molestarla mientras buscaba, y no era una vulgaridad aprovechar un pretexto tan prosaico para entablar conversación? No podía mirar a la dama, sus rápidos movimientos eran privados, incluso íntimos, y no debía curiosear el contenido de su bolso.

Sin embargo, como tampoco logré recuperar la calma necesaria para reanudar la lectura, me puse a mirar por la ventanilla y a contemplar las grandes vallas publicitarias, las casetas de guardavías, las rampas y postes de telégrafo (de todos modos, tampoco me interesaba demasiado la naturaleza en aquel momento). Al cabo de un cuarto de hora la dama encontró cambio, me lo entregó, me dio las gracias y también ella se puso a mirar por la ventanilla. Yo, por mi parte, cogí el periódico y volví a leer. Al poco, la hermosa dama se puso en pie, levantó los brazos hacia el portaequipajes tratando de agarrar su maleta, no lo consiguió y se quedó de pie como suplicándome ayuda. Me sentí obligado a levantarme, bajar la maleta insólitamente pesada y fingir que el peso era insignificante, que mis músculos eran de acero y la maleta me parecía una pluma. Tuve que hacer esfuerzos para evitar que se me pusiera la cara colorada, secar discretamente el sudor que me corría por la frente y, con una inclinación elegante, decir: «¡Toda suya!». Una vez lograda la hazaña, la dama abrió la maleta, de la que escapó un suave aroma de perfume, jabón y maquillaje, sacó tres libros y, al parecer, siguió buscando un cuarto. Mientras tanto, yo permanecí allí haciendo ver que leía el periódico pero preguntándome si lograría devolver la maleta al portaequipajes, porque sin duda estaba condenado a subirla: estaba condenado a cargar un bulto que pesaba más que yo con elegancia y sin enrojecer. Así que en silencio tensé los músculos, traté de hacer acopio de todas mis fuerzas y le ordené a mi corazón que se

calmara. Entretanto, la dama encontró el cuarto libro, cerró la maleta y se dispuso a levantarla.

El hecho de que lo intentara me indignó. ¿Por qué fingía no saber que tendría que hacer yo el trabajo? ¿Por qué no me pedía claramente la ayuda que la educación y hasta casi la ley me imponen? ¿Y por qué tenía que viajar con una maleta tan pesada? ¿O por qué no metía los libros en una bolsa de mano? ¿Por qué tenía que leer, si era mucho más fácil ponerse a hablar conmigo enseguida, en lugar de tener que esperar al menos una hora, en aras de la decencia? ¿Y por qué tenía que ser tan guapa que su desvalimiento pareciese diez veces mayor? ¿Y por qué tenía que ser una dama y no un caballero, un boxeador, un deportista que pudiera levantar su maleta como si nada? En cualquier caso, mi indignación fue inútil, porque tuve que levantarme de todos modos diciéndole: «¡Permítame, por favor!» y, con un esfuerzo sobrehumano, subir la maleta. Cuando me puse de pie en el asiento, la maleta temblaba tanto en mis manos que temí que se me cayera y aplastara a la dama, lo cual me habría supuesto un disgusto, pero no remordimientos. Sin embargo, finalmente logré devolver la maleta a su sitio y me dejé caer en el asiento.

La dama me dio las gracias y se puso a leer. A partir de ese momento pensé en la mejor forma de abandonar el compartimento y a la dama. Habría envidiado con toda mi alma a cualquier hombre que hubiera tenido la suerte de viajar con una mujer tan bella. Pero como entonces era yo quien tenía esa suerte no podía envidiarme a mí mismo. No conseguía dejar de pensar, con verdadera preocupación, cuántos otros objetos útiles albergaría aquella maleta. Ya no me entretenía el periódico y el paisaje me parecía un asco. Por suerte entró en el compartimento un joven caballero, enérgico, con aspecto atlético y sin duda más cándido que yo. La dama dejó de leer enseguida y al cabo de un cuarto de hora, cuando el joven hizo un comentario bobo, la bella mujer se rio. El muchacho tenía aplomo, era ingenioso, sabía ser entretenido y, seguramente, también levantar una maleta. Y como era despreocupado conquistaría a la bella dama y me derrotaría. Yo, por mi parte,

recuperé la tranquilidad, observé con indiferencia cómo subía y bajaba la maleta, dejó de palpitarme el corazón, y contemplé complacido los movimientos de la bella mujer y el desarrollo de la aventura. Estaba encantado de tener compañeros de viaje tan agradables, aunque mi presencia los importunara y me maldijeran. Para los individuos huraños como yo no hay mejor compañía.

Frankfurter Zeitung, 19 de septiembre de 1926

57

UNA MAÑANA EN UN CRUCE FERROVIARIO

Pleno verano. Cuando el tren se detiene, se oye el incesante canto de los grillos en los campos y la música de las líneas de telégrafos, que parece el silbido de guadañas siniestras, amenazantes y ultramundanas. El cruce ferroviario se encuentra en medio de montañas, campos y alondras, a cielo abierto, y llegamos a las cuatro de la madrugada, ni antes ni después. El atento horario de trenes prevé que el sol de junio y el pasajero se encuentren en el cruce a la misma hora.

Los mozos de equipajes ya están levantados, así que no estamos solos. Hay raíles en todas direcciones, curvados como gomas estiradas y sujetas a estaciones lejanas para evitar que vuelvan de golpe al cruce. La estación cuenta con un restaurante acogedor de primera, segunda y tercera clase. Acogedora como es, tiene también una máquina expendedora con letras doradas, seis rendijas para monedas, un mango con florituras y un gablete barroco que le da el aspecto de una casita en miniatura. En todas las estaciones de mi infancia había máquinas como ésa. En mi memoria están asociadas al misterioso sonido de las señales y el sonido de la cuchara dorada contra el cristal, que los iniciados saben interpretar y para los legos sólo significa que va a llegar algún tren, quién sabe de dónde. En el largo camino que me separa de mi infancia han quedado esas máquinas rojas. Si insertara una moneda podría sacar la chocolatina que tanto deseé hace veinte años y tan poco me importa ahora.

El pequeño quiosco verde todavía está cerrado; por lo visto es demasiado pronto para comprar tabaco. Pero en el restaurante ya sirven café en vasos recién lavados que una chica enjuaga y seca al sol. Todavía pueden leerse los periódicos de ayer, que no saben que ya es hoy. No obstante, la sensación del hoy es tan fuerte que los periódicos parecen muy viejos. El simple amanecer basta para desmentir la novedad de sus noticias.

Al salir de la estación hay una aldea tan pequeña que uno se pregunta por qué se encuentra precisamente aquí el cruce, o por qué, si el cruce está aquí por casualidad, no ha crecido a su alrededor una gran ciudad; ¿cómo es posible que la ambición de un lugar consista en seguir siendo un cruce y en que toda su importancia se concentre fuera, en la estación de ferrocarriles? ¿Cómo es posible que ese lugar, pese al tren que se detiene en el cruce todas las mañanas y a los pasajeros que se apean, duerma tan profundamente como si no supiera que es un cruce de vías? Sólo los gallos, que nada saben, cantan. Hasta las cinco en punto de la madrugada no aparece un hombre con un rastrillo y una regadera por la calle principal de camino a su huerto. El barbero duerme aún tras la cerca en la que se encuentra fijado su reluciente cuenco de latón, como un espejo del sol. En la casa del número 76 vive el trompeta de los bomberos, según anuncia un letrero. A través de su ventana abierta lo veo levantarse, besar a su joven mujer, ponerse una camisa y dirigirse al lavabo. Me detengo frente a su ventana confiando en que pronto se ponga a tocar, aunque no haya ningún incendio. Un intelectual de visita en la aldea está ya despierto: sale con un bastón, relamiéndose los labios tras el huevo duro del desayuno, y se dirige hacia alguna montaña con el periódico en el bolsillo, que lleva hasta el fin del mundo, hasta la cumbre más alta. ¡Qué despacio pasa el tiempo cuando uno se dedica a mirar ocioso! Todavía quedan tres horas de espera (y el reloj de la torre de la iglesia atrasa). El arroyo mueve el molino; el pastor, su rebaño; el viento, la niebla matutina. El quiosco de la estación sigue cerrado. La chica del bar sigue enjuagando vasos. Lleva trenza, un delantal, y su boca es un pequeño botón rojo.

—¿Ha ido a dar una vuelta?—pregunta con su boquita, mientras sigue enjuagando vasos—. ¿Va usted muy lejos?

—Sí.

—¿Y no me llevaría con usted?

Y como no puedo responderle «¡Sí!» (¡el ritmo de esta estación en medio de la nada me ha vuelto lento de reflejos!), le pregunto:

—¿Por qué lo dice, le gustaría venir conmigo?

—¡Claro que sí!—me contesta.

Probablemente cada mañana haga la misma pregunta, en voz alta o en silencio, a algún hombre que espera el tren y, como viaja a algún lugar lejano, le resulta simpático. Me gustaría ser viejo para encubrir mi cobardía. Si tuviera una barba blanca, o al menos estuviera calvo, podría decirle: «¡Quédese en esta estación, señorita! Normalmente es mejor dejar partir a los hombres que verse arrastrada por ellos». Porque los viejos pueden consolar a las chicas y a sí mismos con sabias mentiras.

No la invito a viajar conmigo, tan sólo le tiendo la mano. Ella se seca la suya en el delantal, y ese gesto expresa toda su resignación. Ha borrado sus deseos con una esponja.

—¡Buen viaje!—me dice.

Yo no me atrevo a mirarla, tengo los ojos clavados en las vías, ya que de otro modo habríamos tenido que besarnos, y nos da miedo, porque somos tontos, cobardes y pragmáticos.

Frankfurter Zeitung, 24 de junio de 1927

OCTAVA PARTE

FINAL

58

EL VIEJO POETA HA MUERTO

Hace unos días escribí un artículo sobre el poeta de Linz, Edward Samhaber, de ochenta años, para el *Frankfurter Zeitung*. Terminaba el artículo expresando el deseo de que el octogenario cumpliera los cien años. Acabo de leer en *Kölnische Volkszeitung* que Edward Samhaber murió tres días antes de aparecer mi artículo y, como sé ahora, el mismo día en que lo escribí. Lo hice de noche. Apreciaba al difunto Samhaber, pero entonces, mientras le deseaba una larga vida, ignoraba que estaba escribiendo su necrológica. Además, el día de su muerte recibió una distinción: la medalla de plata que la República austríaca concede a sus poetas. Ahora tanto esa distinción oficial como mis buenos deseos están de más. Violetas brotarán de sus restos mortales y tendrá vida eterna en la sección del paraíso reservada a los poetas. Ha dejado atrás su magnífico rostro terrenal y nos lo ha dejado como recuerdo. ¡Honremos su hermoso legado!

Frankfurter Zeitung, 2 de abril de 1927

59

EL TERCER REICH, FILIAL DEL INFIERNO EN LA TIERRA

Desde hace diecisiete meses estamos acostumbrados a que en Alemania se derrame más sangre que la tinta que utilizan los periódicos para informar al respecto. Probablemente el jefe supremo de la tinta alemana, el ministro Goebbels, tiene más cadáveres sobre su conciencia—si la tuviera—que periodistas sumisos dispuestos a silenciar todos esos muertos. Porque es sabido que la prensa alemana ya no se dedica a publicar lo que ocurre, sino a ocultarlo; ni se limita a difundir mentiras, sino que también las inventa; ni a engañar al mundo—los miserables restos del mundo que tiene todavía una opinión propia—, sino también a imponerle noticias falsas con una ingenuidad apabullante. Nunca, desde que en esta tierra empezó a derramarse sangre, ha existido un asesino que haya lavado sus manos manchadas de sangre en tal cantidad de tinta. Nunca, desde que en este mundo se miente, ha tenido un mentiroso tantos altavoces a su disposición. Nunca, desde que en este mundo se perpetró la primera traición, se han visto tantas disputas entre traidores. Y, por desgracia, nunca como hoy la parte del mundo que no se ha hundido aún en las tinieblas de la dictadura se ha visto tan cegada por el infernal resplandor de las mentiras, ni tan ensordecida y abrumada por el rugido de las mismas. Desde hace siglos estamos acostumbrados a que las mentiras circulen con sigilo. Sin embargo, el monumental invento de las dictaduras modernas es haber creado las mentiras atronadoras, partiendo del acertado supuesto psicológico de que los individuos darán crédito a

los gritos cuando duden del discurso. Por más que la mentira tenga, según dicen, patas muy cortas, desde la aparición del Tercer Reich, ha recorrido un buen trecho. Ya no le pisa los talones a la verdad, sino que corre delante de ella. Si algún mérito hay que reconocerle a Goebbels es haber logrado que la verdad oficial cojee igual que él. Ha prestado su deforme horma a la verdad alemana oficial. Que el primer ministro alemán de propaganda cojee no es un accidente, sino una broma intencionada de la historia.

Sin embargo, pocos periodistas extranjeros han advertido esta sofisticada ocurrencia por parte de la historia mundial. Sería un error suponer que los periodistas de Inglaterra, Estados Unidos, Francia, etcétera, no han sucumbido a los oradores mentirosos y vociferantes de Alemania. También los periodistas son hijos de su tiempo. Es una ilusión creer que el mundo tiene una idea exacta del Tercer Reich. El reportero, que ha jurado atenerse a los hechos, se inclina reverente ante los hechos consumados como ante un ídolo, esos hechos consumados que reconocen incluso políticos y gobernantes, monarcas y sabios, filósofos, profesores y artistas. Hace sólo diez años, un asesinato, sin importar dónde o quién lo cometiera, se habría considerado un horror para el mundo. Desde los tiempos de Caín, la sangre inocente, que clama al cielo, ha encontrado también eco en la tierra. Incluso el asesinato de Matteotti—¡no hace tanto tiempo!—horrorizó a los vivos. Pero desde que Alemania, con sus altavoces, sofoca el clamor de la sangre, éste sólo se oye en el cielo, mientras que en la tierra se ha convertido en noticia habitual en los periódicos. Asesinaron a Schleicher y a su joven mujer. Asesinaron a Ernst Röhm y a muchos otros. Muchos de ellos eran también asesinos. Pero no fue un castigo justo, sino injusto, el que recibieron. Asesinos más listos y hábiles asesinaron a asesinos menos listos y más torpes. En el Tercer Reich no sólo Caín mata a Abel: también hay un Supercaín que mata al simple Caín. Es el único país del mundo en el que no sólo hay asesinos, sino además asesinos elevados a la enésima potencia.

Y, como ya he dicho, la sangre derramada clama al cielo, donde no están los reporteros, simples seres mortales. No, los periodistas se encuentran en las conferencias de prensa de Goebbels. Aturdidos por los altavoces, asombrados por la velocidad con que, de pronto, en contra de todas las leyes naturales, una verdad cojeante empieza a correr y las piernas cortas de la mentira se alargan tanto que, a paso ligero, dejan atrás a la verdad, los periodistas del mundo entero informan sólo de lo que les cuentan en Alemania y muy poco de lo que ocurre en Alemania. Ningún reportero está a la altura de un país donde, por primera vez desde la creación del mundo, se producen anomalías no sólo físicas sino también metafísicas: monstruosos engendros infernales, lisiados que corren, incendiarios que se queman a sí mismos, fratricidas, diablos que se muerden la cola. Es el séptimo círculo del Infierno, cuya filial en la tierra se conoce con el nombre de Tercer Reich.

Pariser Tageblatt, 6 de julio de 1934

60

LEJOS DEL TERRUÑO

I

Heinrich Heine es tanto un poeta inmortal como un escritor contemporáneo. Su imperecedera actualidad, siempre renovada en el interés de los periodistas, compite con su inmortalidad poética. Como las musas y las mujeres siempre lo favorecieron, Alemania siempre lo ha detestado. Conocía, amaba, compadecía y despreciaba este país, que parece empeñado en demostrarse una y otra vez indigno de su genio. Heine es su profeta: predijo exactamente lo que ocurriría en Alemania. Leer su obra permite ahorrarse la lectura diaria de los periódicos. Cada nueva catástrofe alemana lo confirma. Cada nueva fase pubescente de ese pueblo, que no consigue llegar a la madurez y, como consecuencia, se considera (y, por desgracia, considera también a otros pueblos) «dinámico», confirma lo que escribió Heine de su patria. No es de extrañar que haya casi tantas biografías de Heine como catástrofes alemanas. La más reciente es, hasta donde sabemos, la de Antonina Vallentin, publicada en francés por Gallimard.

Probablemente sea la más discreta de todas las biografías de Heine, cautelosa, delicada, indulgente y bastante amorosa. Todas las miserias privadas del poeta, la felicidad y el sufrimiento de sus

amores, son percibidas con mayor fiabilidad de la que hasta ahora han podido ofrecer la investigación y el saber literarios. Con ello no queremos decir que falten datos y no sea rigurosa. Al contrario, es una biografía inmensamente rigurosa. Pero es necesaria la delicadeza y la sensibilidad de una mujer para ordenar los datos de forma que parezcan un telón de fondo. A veces se diría que la autora conoció personalmente al autor y sólo luego, para confirmar sus impresiones, hubiera consultado fuentes de mayor peso y más objetivas. Y ni por un instante pierde de vista la época que Heine coronó y representó, ni su mencionada eterna actualidad. Un agudo sentido de la oportunidad induce a la autora a fijar su penetrante mirada una y otra vez en la actualidad para establecer analogías entre el presente y el pasado.

Es un libro notable. La autora camina a la sombra de su gran héroe y, sin embargo, esa discreción revela su comprensiva presencia. El libro, escrito en alemán, se publica en francés, y es uno de los pocos regalos dignos que los autores alemanes más allá de las fronteras de la barbarie alemana pueden ofrecer a los admiradores franceses de Heine y de su espíritu.

II

Una casualidad evidentemente significativa nos trae, casi al mismo tiempo que la mencionada biografía de Heine, un nuevo libro del conocido biógrafo de Heine y político Hermann Wendel. A los lectores que conocen la política de antes y después de la guerra no hace falta presentarles a Hermann Wendel. Nacido en Metz, de padres alemanes, con un amor a Francia tan vivo como su deseo de una Alemania libre y digna, Hermann Wendel fue un diputado socialista con vocación de poeta, un político activo por idealismo, por decirlo así, no un realista, sino un idealista. Un perfecto representante del hombre de frontera, galo y alemán, europeo en un sentido que ya no existe.

Hermann Wendel publica ahora en la editorial Mésange de Estrasburgo sus memorias de juventud (*Jugenderinnerungen eines Metzers* [‘Recuerdos juveniles de un ciudadano de Metz’]): escritas en alemán por un corazón europeo, como todo lo que ha escrito ese político, historiador y publicista. Sus recuerdos emanan una melancolía amable, indulgente (sin duda Wendel tiene mucho que perdonar al socialismo y a Alemania). Su libro es importante y de interés para muchos lectores, aunque parezca hablar sólo de experiencias personales. Porque Wendel tiene el don del escritor y del hombre de mundo: todo lo que dice es culto, delicado, poderoso, válido e inmensamente sugestivo.

III

El tercer libro que me parece digno de mención junto a los dos anteriores son los pensamientos del conocido abogado berlinés Alfred Apfel sobre la trastienda de la justicia alemana (*Les dessous de la Justice allemande* [‘Los secretos de la Justicia alemana’]). En realidad el libro reúne revelaciones. Los alemanes que lean este libro podrán recordar con melancolía que Alemania, mucho antes de Hitler, estaba madura para convertirse en el Tercer Reich. Los lectores franceses conocerán lo que quizá aprendieron demasiado tarde y hubieran tenido que aprender mucho antes (¡por su Justicia los conoceréis!). Apfel, que fue encarcelado por el gobierno de Hitler, ha salvado la vida huyendo a Francia, y parece lógico y significativo que sus revelaciones aparezcan primero en francés. Puesto que ha salvado la vida en Francia, ¿de qué mejor modo podría agradecer a ese país la ayuda que ilustrándolo? Pero no se trata sólo de agradecer, sino también de demostrar los propios méritos, digan lo que digan los bárbaros sobre los «traidores a la patria». ¡Nuestra patria no es aquella donde nos va bien! Un país donde ocurren cosas espantosas y se preparan cosas aún más

espantosas que en la cocina del Infierno no puede llamarse patria. No podemos amar un terruño en el que prolifera tanta mala hierba.

Cada capítulo del libro de Alfred Apfel va encabezado por una cita de Heinrich Heine, ese profético e imperecedero Heinrich Heine al que Antonina Vallentin ha sabido devolverle la vida.

Das Neue Tage-Buch (París), 14 de julio de 1934

61

GRILLPARZER RETRATO

I

Huraño, taciturno, cascarrabias, escondía su timidez tras una humildad agresiva, una modestia que, en realidad, era arrogancia. No era precisamente un «austríaco amable», sino más bien desagradable, incluso lúgubre. Se diría que, a consecuencia de la promesa de ser un representante clásico de la monarquía, sentía la necesidad de contradecir la idílica imagen de postal que los otros pueblos alemanes se habían formado de Austria (antes incluso de la invención de las postales). Pero también contradecía el tópico del súbdito quisquilloso y leal tan extendido entre las altas esferas de su país. Nunca se sublevó porque, como buen conservador, estaba en constante rebelión contra el abandono y el ataque de los valores tradicionales y del orden jerárquico, no por parte del pueblo, sino de las elites. Funcionario humilde y débil, sometido a las arbitrariedades de sus superiores, dramaturgo expuesto al favor, la indiferencia o la descalificación, devoto de la Casa de Habsburgo y de la idea de la gran Alemania supranacional que simbolizaba, su actitud hacia la persona del emperador era de una hosca frialdad y, amargado por su experiencia, que le había demostrado que quienes detentaban el poder no tenían capacidad para gobernar, se propuso defender la herencia, gloriosa e incomprendida, del emperador

romano. Es cierto que gozaba de «el más alto reconocimiento», que deseaba y necesitaba vivamente como confirmación formal de su imagen idealizada de la realidad—no en el sentido de una representación sensiblera, sino de una especie de reconstrucción de la realidad—, pero ese reconocimiento era un sol frío, ¡y él sentía como lo congelaba! Por eso recelaba de él. Sus ojos grandes y claros parecían hechos tanto para oír como para ver, eran luces que escuchaban. Le creaban enemigos y agudizaban la desconfianza hacia su persona: en Austria no gustan los que tienen ojos que oyen (con la sola excepción de Beethoven, que era sordo).

Rara vez lo invadía el deseo de partir lejos, el anhelo de dejar atrás las fronteras de su extensa y variopinta patria, hogar y extranjero a un tiempo. Una vez partió para visitar a Goethe. Los lectores cultos conocerán el lamentable resultado de ese encuentro entre el hombre humilde, que se escudaba en su modestia, y el gran genio que usaba su grandeza para poner el mundo al alcance de su mano. Parecía que se hubieran encontrado la vienesa colina de Kahlenberg y el monte Olimpo: un encuentro trágico, porque Kahlenberg parecía desdeñable. Grillparzer había confiado en escapar durante dos días de los estrechos márgenes de su patria para respirar en una atmósfera de amplios horizontes. Pero regresó a casa más alterado que abatido, más triste que decepcionado, enriquecido por una experiencia que afianzaba su fe católica: ningún hombre puede convertirse en semidiós e incluso el genio tiene sólo cinco sentidos, algunas intuiciones aisladas y, a veces, una considerable buena fortuna, que no es nada comparada con la gracia del sufrimiento.

Esta experiencia volvió a repetirse con otros autores, y lo convenció de que merecía la pena provocar los accidentes del destino. Tal vez fue a visitar a Goethe para ver con sus propios ojos la felicidad de un hombre afortunado, es decir, de su opuesto. Como si un viernes hubiera querido conocer un domingo y, tras hacerlo, hubiera regresado a casa a un tiempo satisfecho y triste de ser viernes.

II

El amor conlleva riesgos. Y los riesgos, con razón, nos inspiran temor. Están remotamente relacionados con las revueltas, los alzamientos y los disturbios. El objeto de amor no es responsable del carácter impredecible del sentimiento que llamamos *pasión* (naturalmente en el sentido original del término, 'sufrimiento'). El objeto amoroso, la mujer singular, naturalmente no es responsable de los sufrimientos del enamorado, pero como tipo, como «mujer», representa el peligro, el pecado, lo imprevisible y tumultuoso. En un mundo en que apenas quedan certezas, hace que la comedia o el drama sean más probables. Puede hacer saltar por los aires el orden jerárquico, como un niño que se pusiera a soltar y romper los peldaños de una escalera. Grillparzer está felizmente enamorado. Sólo teme al otro sexo. Curioso descendiente de trovadores austríacos, invierte el mandamiento de los *Minnesänger* y ama *antes* de venerar: es un moralista, no un cortesano, del mismo modo que tampoco era cortesano en su actitud hacia el emperador. No era un adulador, prefería quedarse en silencio, y su mutismo era un reproche.

Tal como era y como se presentaba habría querido ser amado: no sólo como un hombre apesadumbrado, sino también como un gruñón, incómodo y pedante, consciente de que esas cualidades no resultan precisamente atractivas a las mujeres. Sin duda, había en esta actitud arrogancia, inseguridad y abnegación. La renuncia satisfacía, alimentaba y nutría su deseo.

Por eso no «conoció» a mujer en el sentido bíblico de la expresión. Tampoco encontró amigos entre los hombres. El amor lo acarició, ofreciéndole confianza e interés. Habría podido tenderle la mano para aferrarse a él, pero lo apartó, como un viajero en el desierto que se empeña en considerar el oasis auténtico como un espejismo y mentalmente lo desdeña como un pedazo del inalcanzable azul del horizonte. No es que pisoteara la felicidad cuando se le ofrecía, simplemente la apartaba con las manos, la rechazaba, la evitaba, miraba hacia otro lado.

III

Tenía el don de la intuición, y se sumergía en el futuro como otros en el pasado. Ninguno de sus contemporáneos que profesionalizaron su clarividencia política vio el futuro tan claro como él, que escribió: «Del humanismo a la barbarie a través del nacionalismo». No se trata de una intuición, sino de un grito de pánico ante la inminente desintegración de la monarquía, la victoria final del auge de la barbarie. Un grito de pánico palpable incluso en su grito de victoria a Radetzky: «¡Austria está en tu campo!». En realidad, el interior ya no estaba intacto, sólo el Ejército lo fingía. La batalla de Sadová proyectaba su larga sombra. Austria había triunfado en el mar, contra los italianos, en Lissa, no en el norte, por tierra, contra Alemania. No sólo el Ejército austríaco, sino la idea de la Alemania cosmopolita, había sido aplastada por su hermanastra, la Alemania nacionalista, cuyas divisas eran centralizar, vencer, someter, gobernar, lo contrario de la divisa latina, injustamente usada (porque se la malinterpreta y se la aplica en la política interna) *Divide et impera*!, cuya traducción libre podría ser «¡Descentraliza e influye!», no «¡Divide y vencerás!».

¿Pero cuántos sabían—incluso entonces—latín? Desde que José II, tratando de imitar el centralismo prusiano y la Ilustración al estilo de Federico el Grande, restringió a la Iglesia y—seguramente sin quererlo ni saberlo—sentó las bases morales y espirituales de la posterior arrogancia nacionalista de los austríacos alemanes frente al resto de austríacos (podría llamársela «dictadura»), uno de los últimos refugios del latín universal fue destruido desde arriba, aunque, naturalmente, al emperador católico le faltase el impulso (o el «dinamismo», en lenguaje actual) protestante y volteriano. Grillparzer quizá marca el comienzo del *Weltschmerz* (político), del 'hastío vital', del escritor austríaco. Con toda seguridad fue Grillparzer quien le dio su expresión clásica: la angustia consciente de que a la Europa de la Edad Media, universalista, latina, unificadora y supresora de las diferencias nacionales—que en Austria seguían teniendo presencia y fuerza—, le seguiría

inevitablemente la Europa de la Reforma, la Revolución francesa, la Europa de Napoleón y de Bismarck. «Del humanismo a la barbarie a través del nacionalismo» quiere decir: de Erasmo hasta las actuales dictaduras europeas a través de Lutero, Federico, Napoleón y Bismarck.

En aquella época había pocos representantes de ese *Weltschmerz* (católico, político): el liberalismo comenzó a transformar las virtudes de los austríacos en una escenografía, la ligereza en frivolidad; los poemas y canciones que inspiraba el agrio *Heuriger* (‘vino nuevo’) se convirtieron en una limonada edulcorada. Un fino oído conservador podía anticipar el triunfo en todo el mundo del vals y sus vástagos, las operetas de Lehár. La «gracia», que procedía tanto de la Antigüedad griega como de la católica *gratia*, se convirtió en un artículo de exportación: la «jovialidad austríaca»; y asimismo la etiqueta, severa hija de España, se convirtió en la superficial «amabilidad». ¡No es de extrañar la melancolía de Grillparzer! Había tanto júbilo a su alrededor que sólo podía afirmarse en el pesar. La risa sin motivo lo hería, también en la esfera privada. Cualquier infracción leve, cualquier palabra inadecuada, incluso un gesto desafortunado, lo amargaban. Reaccionaba con excesiva sensibilidad—la más vengativa de todas las debilidades humanas—, a veces con hiriente altanería (aunque nunca traspasaba el límite de la vulgaridad). Y esos incidentes lo entristecían más aún: después de cada enfado sufría una especie de resaca, como suelen padecerla tantos después de cometer otros excesos.

IV

España está muy próxima a Austria históricamente. La Contrarreforma es una prima lejana, más razonable y tranquila, de la Inquisición. Los Habsburgo son españoles que adoptaron el carácter austríaco y conservaron los rituales españoles. Esos rituales,

rigurosos y, sin embargo, integradores, ofrecen resistencia a la creciente ola de frivolidad en Austria. En la bandera, el negro se combina con el amarillo. El negro contrarresta el amarillo. El águila doble, dorada, sobre las dos mitades, asegura la unidad. España está muy próxima a Austria históricamente, y literariamente está muy próxima a Grillparzer.

Es el único autor clásico en lengua alemana con antecedentes españoles. Como los Habsburgo, venía de España, fue un descendiente de Calderón. No lo evidencia sólo la forma de *Die Ahnfrau* ('La antepasada'), ni el metro, sino más bien la «cadencia». Grillparzer trató de acercar el ágil sonido de las castañuelas a los yambos de la lengua alemana, en vano, por cierto. *La antepasada* sigue siendo una rareza clásica, un referente en los programas del Burgtheater de Viena y en los libros escolares, publicados con autorización del Real e Imperial Ministerio de Cultura y Educación.

Grillparzer terminó renunciando a la métrica y al ritmo, pero no a la melodía de España, que fluía con bastante naturalidad en su lengua vienesa nativa. Y también la grandeza del ceremonial español se unió con naturalidad a la ligereza austríaca. (Quien no oye las castañuelas en la percusión del comienzo de la *Marcha Radetzky* no tiene oído para la música).

La melancolía de la prosa narrativa no es la *Wehmut* dorada—la expresión natural de la tristeza austríaca—, sino que tiene la severidad de un paisaje encantador con un marco negro. La prosa aforística de Grillparzer no es satírica, ni tampoco combativa como su prosa, sino colérica. Es la expresión aforística de un juez, de un fiscal o, dicho llanamente, de un inquisidor que se impone a su pueblo a veces con los recursos de un profeta. Nunca se convierte la amargura en burla, ni la burla en chiste. Hay una estricta obediencia al género literario. También al escribir, sobre todo al escribir, hay que atenerse a la jerarquía. Cuando Grillparzer se indigna, se trata de la ira española. Austria no conoce la ira, que se suaviza hasta convertirse en gruñido: también la ira encuentra su versión más comercial.

La ira de Grillparzer era expresión de una implacabilidad suavizada por la Austria latina y corregida a su vez por la severidad española. Su indignación era limitada, personal, en absoluto beligerante, es decir, contagiosa; por el contrario, era la rebelión de la arrogancia dentro de las *fronteras* del individuo. Por eso ofrecía el modelo clásico del rebelde que, al mismo tiempo, era un auténtico reaccionario: un fenómeno que la reciente moda de declarar a todo rebelde e indignado, a todo excéntrico y marginal deliberado como «revolucionario», es incapaz de entender. Cuando Grillparzer se opone al emperador, es más imperial que el emperador. Se rebela contra la relajación de los rituales desde arriba. Vigila a los supuestos guardianes de la jerarquía. Es, si se me permite la expresión, un anarquista individualista reaccionario, es decir, el reaccionario por excelencia. Una posteridad que se apodera impertinente y dictatorialmente del pasado afirma que Grillparzer fue una víctima de la Austria reaccionaria, como si fuera simplemente una de las indefensas víctimas habituales de la reacción. No obstante, fue un rebelde porque reaccionó voluntaria y conscientemente. La indignación contra los gobernantes no era—en términos actuales—de izquierdas, sino de derechas. Era tan español como los Habsburgo y tan romano como el papa: fue el único revolucionario conservador que ha dado la historia de Austria.

V

Los éxitos le sabían casi tan amargos como los fracasos. Había en la Austria de su época fracasos presuntos o prefracasos, una especie de fenómeno paralelo a la precensura: la desaprobación en la corte, ni siquiera espontánea, sino provocada por las intrigas, calumnias y mezquindades de fisgones y farsantes, podía obstaculizar el fracaso real, anticipándose y privando al autor de la posibilidad de escuchar la voz del público. Ser retirado del programa, despreciado, rechazado, abucheado por los

espectadores supone un fracaso honrado, en cierto modo merecido. Pero «conocer la desaprobación» sin permitir al autor hacer frente a su suerte, obligarlo a someterse a un destino demasiado poderoso para siquiera hacerle frente es una suerte terrible, una maldición austríaca. Es como ser encarcelado sin conocer los cargos. En esas condiciones, el éxito, o incluso los honores, difícilmente podían proporcionar placer o satisfacción, no digamos ya verdadera alegría. Por eso le sabían igual de amargos los éxitos que los fracasos. Tal vez los éxitos le causaran incluso dolor, y los fracasos sólo una aflicción esperada largo tiempo, casi ansiada. Es posible familiarizarse con la miseria, aprender a amarla como a una amiga fiel. Cuando eso ocurre, se teme hasta la sorpresa alegre, como si fuera una Navidad a destiempo; los regalos parecen agresiones, pues uno se siente obligado a sonreír. También el éxito puede ser un tormento.

Grillparzer dejó atrás la esperanza, se apegó a la duda, pero jamás perdió la fe. No es posible perder la fe: a fin de cuentas, es la fe en Dios. El escepticismo no menoscaba esa fe, al contrario, la acompaña y a veces incluso la refuerza. El mundo es poco fiable porque es deficiente. No es posible combatir la presión que ejerce, ni su capricho, ni su despotismo, mediante una rebelión abierta—cuya consecuencia sólo puede ser un error catastrófico: el caos, el mayor de todos los peligros para la humanidad—, sino tan sólo retirándose a las profundidades, a la caverna del yo. Parece difícil no recordar la imagen del sombrío Carlos V, que se retiró a un monasterio como quien se entierra en vida: no vivía al margen del mundo, sino en sus profundidades. Desde ellas también Grillparzer veía con mayor nitidez, con una amargura moral más ecuánime, la frivolidad, la pobreza de la superficie, y apreciaba mejor a cuánta distancia se hallaba del cielo y las estrellas que lo pueblan de día (¡incluso de día!). Los muertos que lo rodeaban estaban más próximos de lo que pueden estar los vivos. Allí oía su aliento eterno, el sueño silencioso de quienes habían conquistado el tiempo. Habían conquistado su época, tan contradictoria y errada, hecha de oscuridad y falsos amaneceres aclamados por los inconscientes,

optimistas, nobles y revolucionarios, temidos por los cascarrabias como nosotros, que no son daltónicos y entienden perfectamente cuánta sangre humana es precisa para que existan esos amaneceres. Están empapados de la sangre de la Gran Revolución, de las guerras de Napoleón en las que sonó por primera vez el grito «¡Despertad, naciones!», al que nuestra adusta especie respondió: «Del humanismo a la barbarie a través del nacionalismo».

¡Ah, qué tiempos! Las instituciones jerárquicas siguen ilesas, pero sus responsables son perezosos, irreflexivos e inescrupulosos. Encarnan la arbitrariedad y el desorden que deberían ocuparse de combatir. Tienen la desconcertante capacidad—más bien la maldición—de oprimir y al mismo tiempo ceder. La crueldad de sus ancestros y sus antepasados puesta al servicio de una idea implacable es tan distinta del frívolo e ilegítimo deseo de tiranizar mediante el poder como lo oscuro es distinto de lo negro. La anarquía lleva la máscara de la legitimidad. Mientras tanto, una segunda anarquía sigue los pasos de la primera con el propósito de combatirla. En la superficie hay soledad y pánico; en las profundidades, seguridad. Carlos V decidió sepultarse en vida: también él sintió que el final estaba cerca, y tampoco tenía aliados.

VI

El fin del gran imperio, aunque sensiblemente contraído, sigue teniendo un aspecto noble, a pesar de todas sus grietas, defectos, mezquindades y podredumbres internas. Es una noble agonía. Las tropas victoriosas tienen algo del ímpetu clásico de los blancos caballos lipizzanos, los animales más caballerosos de Europa, que poseen la nobleza simbólica de los animales heráldicos. También las tropas austríacas combaten con túnicas blancas como la nieve. Sus victorias son éxitos clásicos de una tradición pasada. Sus derrotas tienen un peso simbólico. Es el último resplandor de la antigua caballería, que pierde frente a la tecnología plebeya: el ataque a la

descubierta de filas descubiertas y cerradas contra unidades más pequeñas, dispersas y camufladas; el demasiado visible blanco níveo que se convierte en un noble blanco de disparo frente al azul invisible en la niebla (llamado desde entonces «azul de Prusia»); el viejo mosquetón frente al moderno fusil de retrocarga; la carga de caballería frente a los cañones. Se trata del final del feudalismo: muere con la vieja armadura, combatiendo contra el advenedizo que pronto se pondrá una corona falsa, la del emperador jurídicamente construido. Visto desde un promontorio el *junker* se convierte en un inconsciente beneficiario de la Gran Revolución y del único genial advenedizo de la historia: Napoleón.

Ésa es la catástrofe que rodea a Grillparzer. Sus contemporáneos—incluso los más importantes—no están a su altura. Son demasiado pequeños para una derrota tan absoluta, que confirma el declive de Carlos V y anuncia el de Carlos I de Austria en 1918. Se refugian en la cámara del tesoro del hogar, en Austria, que sigue siendo suficientemente amplia y diversa y tiene aliento suficiente, pero es ya más «folklore» que «mundo». Las corrientes de influencia que surjan a partir de entonces tomarán otras direcciones: Zagreb, Sarajevo, Belgrado, Teherán, Constantinopla; ya no Gante, Brujas, Amberes, Ámsterdam, Colonia, Fráncfort del Meno, Milán, Roma, Hanóver…, ni el enemigo fraterno tradicional, Berlín. Los grandes e importantes de Austria adquieren el carácter periférico de singularidades, el dialecto los colorea a todos, incluso a los cosmopolitas vieneses, no sólo a los provincianos «poetas populares locales». Sólo Grillparzer siguió observando el mundo, porque fue el único que sufrió el dolor de ese mundo perdido, grande y agotado. Pero Calderón y los antecedentes españoles de los Habsburgo se volvieron cada vez más remotos, de modo que el origen moral y espiritual de Grillparzer estaba aun menos presente que su hogar material, Suiza. Hace veinte años todavía estaba vivo allá el pasado. Ahora está envuelto en las penumbras y la niebla. Sólo Grillparzer sobrevive, convertido en monumento, vivo en un monumento deteriorado que se está desmoronando. Su rostro recordaba piedra erosionada, un poco cetrina, como si fuera de una

insólita materia, de un pergamino pétreo. También su cuerpo, delgado, nudoso, encorvado, recordaba madera, raíces, piedra. La estatua de piedra que lo conmemora resulta menos pétrea que él. Su corazón brillaba a través de sus grandes ojos, fieles espejos grises de un mundo sumergido, luces grandes y claras que escucharon el futuro y expresaron el terror del final. Cuando los cerró para siempre, no antes de tiempo, ni a su debido tiempo, más bien demasiado tarde, porque la muerte es a veces tan cruel como la vida—cuando Caronte se demora—, lo único que sabía la gente es que había fallecido un «clásico», uno de los «grandes», un «dramaturgo del Burgtheater» (equivalente austríaco del miembro de la Academia Francesa), un alto funcionario jubilado. Hoy se sabe menos aún cuánto abarcó su existencia, del Alcázar a Königgrätz, nada menos que desde la grandeza y el ceremonial a la vulgaridad y los prusianos; de los Habsburgo a los Hohenzollern, del humanismo a la barbarie a través del nacionalismo.

Austria sólo tiene cementerios y una Cripta de los Capuchinos, pero no Panteón, y está bien así. Todos yacen bajo la hierba: Beethoven, Bruckner, Stifter, Raimund, Nestroy, Grillparzer. Representar a Austria significa ser incomprendido y maltratado en vida, desconocido al morir y periódicamente devuelto al olvido con cada conmemoración de un aniversario.

Das Neue Tage-Buch (París), 4 de diciembre de 1937

62

EL PAN AMARGO

Amanece y el hombre pobre desearía poder prolongar la noche. Aunque es diciembre y el día empieza tarde, llega demasiado temprano para él. Los amaneceres son malos, pero al cabo de los años el hombre pobre ha comprendido que hay que superarlos porque el día aguarda. No todos los días son tan malos como su anticipo, los amaneceres. Algunos, aunque raros, han sido sorprendentemente favorables; otros, la mayoría, han sido decididamente malos. Sin embargo, al levantarse por la mañana no es posible saber cómo será el día.

Es una habitación de hotel diminuta en el cuarto piso, las paredes están cubiertas de un papel escarlata estampado con girasoles amarillos. En el reloj de la iglesia vecina dan las ocho. Las cañerías resuenan porque un inquilino del primero o segundo piso ha abierto el grifo para bañarse. También el hombre pobre desafía a las cañerías. Desde hace dos semanas cuelga la misma toalla de la barra de latón. Pegada a la toalla, la suciedad de los últimos días, los buenos, los regulares y los decididamente malos. También la ropa de cama tiene cuatro semanas. Pero por las mañanas puede no verlo y por las noches es imposible verlo, porque la bombilla eléctrica del techo sólo ilumina el centro del techo blanco, como si su función exclusiva fuera dar satisfacción a las moscas. Las arañas, sin embargo, aguardan en las esquinas oscuras, tras las espesas telas grises que han tejido ellas mismas; probablemente esperan el momento en que el hombre pobre apague la luz y,

tanteando, con los pies descalzos, vaya desde el interruptor hasta la cama. Entonces las moscas caerán en sus redes, quedarán envueltas, atrapadas y serán devoradas. Porque no hay criatura que no robe, arrebate, mate, coma y viva. Sólo el hombre pobre necesita dinero, porque sin él no puede vivir.

Que precisamente un hombre pobre necesite dinero no es nada nuevo desde hace mucho. El hombre pobre necesita al menos un poco de dinero, sólo el rico necesita mucho. No obstante al hombre rico le cuesta menos obtener mucho dinero que al pobre un poquito; y quizá ocurre lo mismo con las arañas: las que están en las mejores esquinas atraparán más moscas en sus espesas telas. Pero ni siquiera eso es un consuelo para el hombre pobre.

Menos aun los jueves, y hoy es jueves. Porque ese día le toca pagar la cuenta semanal del hotel. Si hubiera podido pagar un mes entero anticipadamente no habría tenido que temer cada semana al dueño, e incluso los jueves serían soportables. Pero, en su situación, la llegada de los jueves es bastante desagradable. Y hoy, como se ha dicho, es jueves.

Con todo, el hombre pobre se lava como si fuera un martes o miércoles, y trata de encontrar una esquina limpia en la toalla para secarse con ella. Pero una toalla sólo tiene cuatro esquinas, y todas están sucias, por no hablar del centro.

El abrigo cuelga del tirador de la puerta, porque el gancho de la ropa está flojo en un agujero demasiado grande de la pared y sólo puede aguantar el sombrero. El hombre pobre se pone el sombrero ya en la habitación, pero el abrigo sólo en la escalera, y no cierra la puerta con llave. Sólo saca la llave de la cerradura, porque tiene que entregarla en recepción. No cierra el cuarto, en cierto modo como forma de rebelión contra su pobreza o como si aguardara a que hubiera alguien en el descansillo de la escalera que le dijera: «¡Tenga cuidado!», para tener ocasión de responder: «¿Qué podrían robarme? ¡No tengo nada!»… Pero a nadie se le ocurre advertir a un hombre pobre contra los ladrones.

El hombre pobre lleva consigo todo lo que posee. Le cabe en un pequeño maletín, y ni siquiera puede decirse que todo lo que hay

dentro sea realmente suyo: los lápices, los patrones de camisa, los gemelos, los carretes de hilo, las medias de seda artificial, los jabones, los frasquitos de perfume, todo lo ha recibido «en depósito»: primero hay que vender la mercancía y entregar lo cobrado, y sólo entonces recibirá un poco de dinero. El hombre pobre se lleva la mano al bolsillo del pecho, donde lleva su cuaderno de notas. Allí están anotadas las «recomendaciones» más importantes, es decir, direcciones de personas de las que se dice que tienen más dinero que un hombre pobre, al menos el suficiente como para preferir cerrar con llave sus puertas. Al hombre le han recomendado a esas personas. Pero a la gente no le gusta arriesgarse a que ciertas compañías los hagan impopulares. Piensan que al hombre pobre le perjudica menos la impopularidad.

Sin esas «recomendaciones» no sabría realmente adónde ir tras abandonar el hotel. Tal como están las cosas, al menos tiene un lugar al que ir, y quizá sea mejor apuntar alto, porque la esperanza dura más cuanto más arriba viven los recomendados. En el primer piso, piensa el hombre pobre, aguardan las decepciones de siempre. Quiere vender una docena de lápices. Nadie diría que los lápices puedan ser más caros que unos gemelos, ni muy difíciles de colocar. Si el hombre pobre consiguiera colocar una docena de lápices podría decir que «ha cerrado una operación». Sin embargo, cuando sólo vende un lápiz, se dice a sí mismo que hay que confiar en la «venta al por menor», y de inmediato agrega: «Hoy en día». Son malos tiempos, de eso no duda nadie, o quizá sólo los ricos, a cuyas zonas se dirige el pobre mientras dice «hoy en día».

Ese jueves, sin embargo, parece querer anunciar mejores tiempos. Una de las personas recomendadas le compra dieciocho lápices y seis gemelos, tras lo cual le indica que puede volver en dos meses. Asunto zanjado. Dos meses es mucho tiempo para el hombre acomodado que pasa las páginas de su agenda de bolsillo, pero para un hombre pobre son dos eternidades. Si alguien le pidiera que regresara pasado mañana no podría asegurarle que allí estaría de nuevo, porque nunca sabe dónde andará ni desde dónde regresará a casa al final del día. El hombre pobre ni siquiera sabe si

volverá a casa. Entra en un bistró, toma un café y moja en él un croissant. No lo disfruta del todo porque sabe que es jueves.

Sin embargo, está siendo un buen jueves. Porque antes de que oscurezca—y eso que en diciembre los días son más cortos y terminan sin que uno tenga tiempo ni de darse cuenta—el hombre pobre ya ha vendido tres pares de medias de mujer y recibido un encargo de tres camisas (con sus cuellos). Quién sabe cuántas más cosas podría vender hoy si no fuera, además de jueves, veintinueve de diciembre. Porque ese día el hombre pobre también debe ir a la policía. Tiene un documento con su nombre en el que se indica de dónde viene y dónde vive. Lo que no dice es cuánto tiempo puede quedarse ni adónde le está permitido ir.

No le dicen nada. Espera. Luego deja el maletín en el suelo y se acerca a una ventanilla donde un funcionario le pone un sello en el documento, tan rápidamente que el hombre pobre se siente tentado de preguntarle si no necesita lápices. Por suerte lo piensa dos veces y se aleja. ¿Qué más puede pedir? Tiene con qué pagar la renta de su dormitorio, le permiten quedarse quince días más, hasta se puede costear una salchicha, un trozo de queso y una cerveza. El hombre pobre está lleno de optimismo, y eso que es jueves.

Regresa al hotel, paga la cuenta, sube a su habitación y se echa en la cama. Hoy ni siquiera enciende la luz, de lo contento que está el hombre pobre.

Pariser Tageszeitung, 3 de enero de 1939

63

LICENCIA EN YABLONOVKA

Mi memoria atesora el recuerdo del pueblo de Yablonovka como si fuera una joya. A veces consigo evocarlo, ver sus chozas de paja pintadas de azul claro, y su única casita, que casi parecía urbana porque tenía un techo de teja y una puerta de madera rojiza a la que conducían dos escalones bajos, sólo dos. La blanca iglesia en medio del cementerio vallado se encontraba en una pequeña loma, un poco más allá de las últimas chozas, o un poco antes de las primeras, según desde donde se llegara. A la izquierda de la iglesia estaba el campanario, con una gran campana flanqueada por dos más juveniles. Detrás de las chozas, a ambos lados de la calle, había una ligera pendiente y algunas chozas aisladas parecían trepar despacio. Había estado en el pueblo de Yablonovka hacía tres meses. Fue un 10 de octubre, en una mañana plateada, en la que era imposible decidir si hacía frío o calor. Sobre los campos de rastrojos se mecía una fina niebla.

Fue durante la guerra. Pero el pueblo de Yablonovka, alejado de las grandes carreteras, había alojado sólo un par de veces tropas austríacas y rusas. Las mujeres, los niños, los ancianos y el viejo sacerdote no habían sufrido ninguna amenaza en tres años. Caballos y vehículos había pocos, el ganado parecía mal alimentado, los gansos y patos también, sólo los cerdos eran presentables, pero no había muchos después de numerosas requisiciones.

Pocas horas después de llegar a Yablonovka la dejamos otra vez. Habíamos atravesado ya muchos lugares devastados. Pero ése —extrañamente—se había salvado. Si nos quedábamos allí, tal vez participáramos del milagro. ¿Por qué no? ¿Por qué no quedarnos allí? ¿No valía un soldado, de la veintiuno o de la treinta y cinco, tanto como cualquier pato? Verán—dijo aquel pueblo—, también es posible vivir en paz: las cabañas no tienen por qué arder, ni las granadas por qué explotar. Tal vez de vez en cuando un avión trace círculos en el cielo, tanto da mientras los domingos sigan repicando las campanas. ¿Por qué no iba a ser así, por qué no iban a seguirse celebrando las festividades y los domingos? Piensen en todos los campesinos a los que he alumbrado en mi seno y criado que habrían podido envejecer aquí en vez de morir. Me quedan aún un montón de jóvenes aldeanos. Quizá los engendraron soldados extranjeros, pero al menos lo hicieron aquí, en mis prados, en mis campos, en mis chozas. Si me lo preguntan a mí, me gustaría mantenerme lejos de la catástrofe, con ayuda de Dios.

Así hablaba el pueblo, pero yo no pude escucharlo mucho tiempo. Hasta mediados de diciembre estuvimos unos veinte kilómetros más al este, en un sector tranquilo del frente. Era como si el pueblo extendiera hasta las trincheras su bendición.

En esa época recibíamos ya muchos paquetes de Navidad prematuros, pero, naturalmente, no los abríamos. La verdad es que a mí todavía no me había llegado ninguno y, para ser sincero, confieso que en caso de haberlo recibido lo habría abierto, porque siempre he odiado las sorpresas: no me gusta darlas ni que me las den. Así que estaba completamente solo en medio de la alegre expectativa de mis compañeros. Sí, afortunadamente el nuestro era un sector del frente tranquilo. Pero le habíamos visto el rostro a la muerte y seguía rondándonos. Por eso me indignaba que los hombres que habían sentido tan cerca el aliento de la muerte ahora se ilusionaran ante los llamativos adornos con que desde hace unos cien años se celebra el Nacimiento del Señor. A decir verdad, sentía sudores fríos al pensar en la Navidad, o más bien en todo lo que la acompañaba. Deseaba fervientemente que no llegara ningún

paquete desde mi patria—y en cualquier caso, qué es la propia patria si no un pedazo de tierra glorificada—, ni tampoco ninguna consoladora sorpresa de mis camaradas. Nunca había estado tan cerca del pesebre de Belén ni tan lejos de la sala de estar con los regalos. «La Navidad en el frente» era una patraña para los corresponsales de guerra.

Pero entonces ocurrió un milagro, no un milagro de postal, sino uno de veras. El 19 de diciembre nos fuimos con licencia a Yablonovka. Ya ves—dijo el pueblo—a veces pasan cosas buenas. Estaba cubierto por la nieve. De los bordes de los techos de paja colgaban los carámbanos hasta las diminutas ventanas. Y cuando, desde la habitación donde estaba acuartelado, quería mirar la blanca carretera del pueblo, tenía que derretir con la llama de una vela la capa de hielo del cristal de la ventana. Poco después volvía a formarse una costra de hielo sobre el círculo. Estábamos a veintitrés grados bajo cero.

La mañana de Nochebuena los aldeanos vinieron a la sede del regimiento y pidieron dieciséis velas. Hanamak, nuestro suboficial, les dio ocho y las partió por la mitad. En calabazas vacías, los niños tallaron ojos, narices y bocas, encendieron las velas, las metieron dentro y cada uno se quedó con tres calabazas, que eran sus Reyes Magos. Cinco chicos, hijos todos de la señora Olszewska, tenían un Nacimiento que habían hecho ellos mismos. Era una casita diminuta, de cincuenta centímetros apenas, pintada de verde, con tres paredes. Dentro había pequeños montones de heno auténtico. Y cuando se metía un dedo dentro de un anillo de hierro que colgaba del gablete de la casita, todo el conjunto comenzaba a mecerse como por sí mismo y, dentro, la Virgen mecía al Niño, el asno gris sacudía sus largas orejitas y los tres diminutos Reyes Magos, vestidos de escarlata y oro, aparecían por el lado izquierdo y movían sus bracitos temblorosos, sujetos con hilos en las articulaciones. Como si hubiera atravesado con fuerza el techo de paja, la estrella de Belén brillaba dentro del pesebre, y se veía que no era una estrella, sino una escarapela dorada, como las que

nuestros reales e imperiales militares solían llevar. A fin de cuentas, la guerra también había llegado a Yablonovka.

La campesina en cuya casa estaba yo acuartelado se llamaba Jozefowa Gargasch, y nunca la olvidaré. Aunque durante la guerra muchas mujeres del pueblo habían enviudado, sólo a ella la llamaban «la Viuda», porque su marido había muerto de muerte natural apenas medio año antes de la guerra. Tenía mellizos de tres años, dos encantadores hatillos de ropa. Su rostro demacrado parecía imponer silencio, incluso le daba un aspecto severo. Pero cuando la conocías mejor descubrías que se esforzaba en vano en erradicar su bondad, que se revelaba continuamente.

Karl Greiser, cabo y carnicero de profesión, sacrificó un cerdo. La Viuda limpió el suelo, la mesa, las tres sillas. Cuando llegó la noche, puso un gran cuenco, con flores azules en los bordes y franjas rojas, en el centro de la mesa. Dos enormes platos de loza lo flanqueaban como niños. Tres cucharas de madera, de un amarillo pálido como la mesa sobre la que descansaban, parecían sus hijos; eran madera de su madera. Los leños amontonados aguardaban en el hogar abierto. Y las cabezas de los mellizos olían a aquel jabón de guerra que apenas se parecía al jabón y olía a una mezcla de lejía, agua sucia y pobreza; sobre todo a pobreza.

La temperatura no subía ni bajaba, toda una bendición. Un día que había sido como una especie de nada desaparecía en una noche completamente despejada. ¿Quién sabía cuánto tiempo permaneceríamos allí? ¿Quién sabía adónde nos enviarían? No soy muy amante de las celebraciones. Llegó el correo con dos paquetes, dos paquetes para cada cual. Rainacher y yo teníamos que acudir a la misa de los oficiales a las ocho. También él había recibido dos paquetes, y tampoco a él le gustaban las celebraciones. Los dos nos alojábamos con la viuda Jozefowa. Como él era de graduación superior, dormía en la cama, y yo, en el jergón de paja. Los dos enviamos partes oficiales: imposible acudir a la misa de oficiales. Y en vez de eso, a medianoche subimos la colina para acudir a la misa de gallo.

El cielo brillaba sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies brillaba la nieve, como si el uno fuera un reflejo del otro. Era absurdo avanzar por la calle pisoteada del pueblo. La nieve era tan seductora que hubiera sido un pecado no pisotearla: era profunda y crujiente, noble, virginal, cristalina y cantarina. Para no encontrarnos con nuestros compañeros y poder disfrutar de la noche, las estrellas y la nieve, ascendimos por detrás de las casas. A nuestro alrededor reinaba el silencio, no había rastro de la guerra. Diez o doce veces un reflector cruzó el cielo, pero incluso esa luz parecía pasear pacíficamente en aquel claro cielo, más pálida que sus hermanas, que tan bien conocía yo.

Llegaron a la iglesia los chiquillos con sus calabazas iluminadas y entraron cantando. De haber entendido las letras habría podido ver el establo, el pesebre y el asno. A juzgar por aquellas canciones, el Señor había nacido en Yablonovka, no lejos de la cabaña de la viuda Jozefowa Gargasch, no dos mil años atrás, sino a lo sumo sesenta, y los abuelos aún lo recordaban. Prácticamente podían verse las huellas de los Reyes Magos en la nieve. La estrella estaba al alcance de la mano. La fe envolvía las llanuras de Podolia, Dios estaba en Podolia, y Belén, a un paso, mucho más cerca que el frente.

Una tras otra las luces se apagaron y las chozas quedaron a oscuras. Sólo el cielo y la nieve relucían, mientras el pueblo subía la colina hacia la iglesia. Las dos hojas de su puerta estaban abiertas de par en par y parecía como si el altar saliera a recibir a los visitantes en todo su esplendor. No había bancos: la gente se quedaba de pie o se arrodillaba. Aunque la puerta siguió abierta, pronto pude sentir el calor, como si todas las pieles me calentaran, y las velas, el fervor, el Gloria y el Introito: «*Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Quare fremuerunt gentes; et populi meditati sunt inania*?»… ¿Por qué se amotinan los paganos y trazan los pueblos planes vanos? «*Et pastores erant in regione eadem vigilantes*», y había pastores cuidando sus rebaños en aquel lugar, junto a nosotros, junto a Rainacher y a mí. Acompañamos a la viuda Jozefowa Gargasch a casa. No había cerrado la puerta, nadie

cerraba la puerta en aquel pueblo, pese a que soldados de tropas extranjeras, húngaros y bosnios, descansaran allí. Cerca había pastores cuidando sus rebaños.

Nos sentamos a la mesa y nos comimos el *borsch* con cucharas de madera. Luego cortamos la carne con navajas. Bebimos *sliwowitz* en vasos de té y cantimploras. Mi amigo Rainacher, un bromista, se sentó, abrió los brazos y dijo: «*Gloria in excelsis*». Pero no estaba blasfemando. A las tres de la madrugada besamos a los mellizos y a la viuda, cada cual entregó sus dos paquetes y nos fuimos a dormir. «Hoy puedes utilizar la cama—dijo Rainacher—, yo dormiré en el jergón. Ése es mi regalo». Y así fue. A las seis de la mañana nos despertaron con una orden de marcha.

Das Neue Tage-Buch, 23 de septiembre de 1939

CODA

64

CUNA

Mi primer recuerdo es muy antiguo. Una gran laguna lo separa de la cadena casi ininterrumpida de recuerdos posteriores, cuyo origen se remonta a mi séptimo año de vida, de forma que esa primera experiencia está aislada, como una imagen iluminada en medio de la oscuridad, y por lo tanto aún más luminosa. Fue un acontecimiento triste, al menos fue el que me entristeció por primera vez en mi vida; y de la imagen que, como he dicho, sigue muy presente en mí emana todavía hoy una especie de melancolía sin motivo, es decir, una auténtica melancolía. El hecho de que un recuerdo pueda conservarse tan nítidamente bajo una capa de olvido parece aumentar la importancia de esa experiencia temprana y la convierte casi en un acontecimiento simbólico.

Era un claro día de invierno. Todavía me parece estar viendo en la pequeña habitación en que vivía entonces el reflejo del cielo despejado, una capa espesa de nieve cristalina en el alféizar de la ventana y algunas extrañas flores de escarcha en la hoja derecha de la ventana. Entra en el cuarto una anciana, con un largo chal gris de fieltro que le cubre la cabeza y la espalda. Mi madre saca, pieza por pieza, la ropa de mi cuna y la va dejando en un sillón pardo, ancho y acolchado. Entonces la mujer, que lleva la cabeza cubierta y es bastante menuda, dice algo, levanta con una rapidez asombrosa mi cuna, la sostiene contra su pecho, como si fuera un objeto que no pesara ni abultara, habla largo rato, sonríe mostrando unos dientes grandes y amarillos, va hacia la puerta y sale de mi

casa. Yo me quedo triste, inconsolablemente triste y desamparado. Soy consciente de haber perdido algo irrecuperable. En cierto sentido me han robado. Cuando empiezo a llorar me llevan a una gran cama blanca, la de mi madre. Y allí me quedo dormido.

Aquí acaba el recuerdo. Los cuatro años siguientes están envueltos en la oscuridad, en la espesa oscuridad del olvido. Más tarde mi madre no recordaba nada de ese día: unos diez años más tarde, ni siquiera pudo decirme cuándo ni a quién había dado mi cuna. No me sorprendió ni se lo reproché, simplemente se había perdido el primer dolor de mi vida: no tenía ni idea. Lo que sí me sabe mal es que no recordara si había sido un día de verano o de invierno. Por casualidad pude reconstruir luego quién había heredado la cuna y cuándo había sido. Yo debía de tener unos tres años entonces. Hoy tengo la sensación de que aquel día, en aquella hora, me convertí en adulto, tal vez sólo por unos instantes, pero bastaron para que me sintiera triste, triste como un adulto, y quizá con mayor motivo.

Die Literarische Welt, 17 de diciembre de 1931